



MISELANIA



PQ6521

A1

1883

c.1

46660

010382



1080021945



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

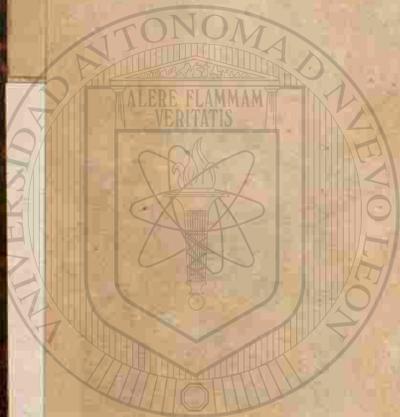
205

UANL



BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

ESPRONCEDA



Arusca

POESIAS

Emeterio Valverde
PRESBITERO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Capilla Alfonso
Biblioteca Valverde y Fedez
Biblioteca Universitaria

VERACRUZ — PUEBLA

LIBRERÍA "LA ILUSTRACION"

1883

46660



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

POESIAS LIRICAS

SERENATA.

Delio á las rejas de Elisa
La canta en noche serena
Sus amores;
Raya la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena
Por las flores,
Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,
Le dice Delio á su hermosa
En cantinela amorosa:
•Yo te adoro.
En el regazo adormida
Del blando sueño, presentes
Mil delicias,

010382

PQ 6521

A 7

1883

- 4 -

En tu ilusión embebida,
Feliz te finges, y sientes
Mis caricias.
Y en la noche silenciosa
Por la pradera espaciosa
Blando coro
Forman, diciendo á mi acento,
El arroyuelo y el viento :
«Yo te adoro.»
En derredor de tu frente
Leve soplo vuela apenas
Muy callado,
Y allí esparcido se siente
Dulce aroma de azucenas
Regalado.
Que en fragancia delectosa
Vuela también á la diosa
Que enamoro.
El eco grato que suena,
Oyendo mi cantinela :
«Yo te adoro.»
Del fondo del pecho mio
Vuela á ti suspiro eterno,
Con mi acento:
En él, mi Elisa, te envío
El fuego de amor eterno
Que yo siento.
Por él, mi adorada hermosa,
Por esos labios de rosa
De tí imploro
Que le escuches con ternura,
Y le oírás cómo murmura :
«Yo te adoro.»
Despierta y el lecho deja :
No prive al sueño tirano

010385

- 5 -

De tu risa
A Delio, que está á tu reja
Y espera ansioso tu mano,
Bella Elisa.
Despierta, que ya pasaron
Las horas que nos costaron
Tanto lloro ;
Sal, que gentil enramada
Dice, á tu puerta enlazada :
«Yo te adoro.»

Londres : 1828.

A UNA DAMA BURLADA.

Dueña de rubios cabellos,
Tan altiva,
Que creéis que basta el vellos
Para que un amante viva
Preso en ellos
El tiempo que vos queréis ;
Si tanto ingenio teneis
Que entreteneis tres galanes,
¿Cómo salieron mal hora,
Mi señora,
Tus afanes ?
Pusiste gesto amoroso
Al primero :
Al segundo el rostro hermoso
Le volviste placentero ;
Y con dolos
Sortilegio en tu prision
Entró un tercer corazon ;

Viste á tus piés tres galanes,
Y diste, al verlos rendidos,
Por cumplidos
Tus afanes.
De cuántas mañas usabas
Diligente!
Ya tu voz al viento dabas,
Ya mirabas dulcemente,
O ya hablabas
De amor, ó dabas enojos;
Y en tus engañosos ojos
A un tiempo los tres galanes,
Sin saberlo tú, leían
Que mentían
Tus afanes.
Ellos de tí se burlaban;
Tú reías:
Ellos á tí te engañaban,
Y tú, mintiendo, creías
Que te amaban:
Decid, ¿quién aquí engañó?
¿Quién aquí ganó ó perdió?
Sus deseos tus galanes
Al fin miraron cumplidos,
Tú fallidos
Tus afanes (1).

(1) Estos versos componen una canción que el autor puso en boca del paje Jiméno, en la novela histórica titulada, *Sancho Saldaña ó el Castellano, de Cuellar*.

A LA NOCHE.

ROMANCE.

Salve, oh tú, noche serena,
Que el mundo velas augusta,
Y los pesares de un triste
Con tu oscuridad endulzas.

El arroyuelo á lo léjos
Más acallado murmura,
Y entre las ramas el aura
Eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombra
Que las praderas anublan,
Y las estrellas apenas
Con trémula luz alumbran.

Melancólico ruido
Del mar las olas murmuran,
Y fátuos, rápidos fuegos
Entre sus aguas fluctúan.

El majestuoso río
Sus claras ondas enluta,
Y los colores del campo
Se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas
Lleva el pastor con presura,
Y el labrador impaciente
Los pesados bueyes punza.

En sus hogueras le esperan
Su esposa y prole robusta,
Parca cena preparada
Sin sobresalto ni angustia.

Todos suave reposo

En tu calma ¡oh noche! buscan,
Y ¡un las lagrimas tus sueños
Al desventurado enjugan.

¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata
Oscuridad y tristura!

¡Como el alma contemplaros
En sí recogida gusta!

Del místico agorero buho
El ronco graznar se escucha,

Que el magnífico reposo
Interrumpe de las tumbas,

Allá en la elevada torre
Lánguida lámpara alumbrá,
Y en derredor negras sombras,
Agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata
Muestra naciente la luna,
Y las cimas del otero
De cándida luz inunda.

Con majestad se adelanta
Y las estrellas ofusca,
Y el azul del alto cielo
Reverbera en lumbré pura.

Deslizase manso el río,
Y su luz trémula ondula
En sus aguas retratada,
Que, terso espejo, relumbran.

Al blando batir del remo
Dulces cantares se escuchan
Del pescador, y su barco
Al plácido rayo cruza,

El ruiseñor á su esposa
Con vario cántico arulla,
Y en la calma de los bosques
Dice él solo sus ternuras.

Tal vez de algun caserío
Se ve subir en confusas
Ondas el humo, y por ellas
Entre clarear la luna.

Por el espeso ramaje
Penetrar sus rayos dudán,
Y las hojas que los quiebran
Hacen que tímidos luzcan.

Ora la brisa súaue
Entre las flores susurra,
Y de sus gratos aromas
El ancho campo perfuma,
Ora acaso en la montaña
Eco sonoro modula

Algun lánguido sonido,
Que otro á imitar se apresura,
Silencio, plácida calma
A algun murmullo se juntan
Tal vez, haciendo más grata
La faz de la noche oscura.

¡Oh! salve, amiga del triste,
Con blando bálsamo endulza
Los pesares de mi pecho,
Que en tí su consuelo buscan.

EL PESCADOR.

Pescadorcita mía,
Desciende á la ribera,
Y escucha placentera
Mi cántico de amor;
Sentado en su barquilla,
Te canta su cuidado,

Cual nunca enamorado,
Tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre,
Y calla manso el viento,
Y el mar sin movimiento
Tambien en calma está ;

A mi batel descende,
Mi dulce amada hermosa :

La noche tenebrosa
Tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,
Sin otros pescadores,
Suavisimos amores
Felicite diré,

Y en esos dulces lábios
De rosas y claveles,
El ámbar y las miele
Que vierten, libaré.

La mar adentro iremos,
En mi batel cantando,
Al son del viento blando,
Amores y placer :

Regalaréte entonces
Mil varios pececillos,
Que al verte, simplecillos,
De tí se harán prender.

De conchas y corales
Y nácar á tu frente
Girnalda reluciente,
Mi bien, te ceñiré ;

Y eterno amor mil veces
Jurándote, cumplida
En tí, mi dulce vida,
Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,

Ni el viento proceloso,
Que al ver tu rostro hermoso
Sus iras calmarán ;

Y sifidas y ondas
Por reina de los mares
Con plácidos cantares
A par te aclamarán.

Vén ¡ ay ! á mi barquilla :
Completa mi fortuna :
Naciente ya la luna
Refleja al ancho mar :

Sus mansas olas bate
Süave, leve brisa ;
Vén ¡ ay ! mi dulce Elisa,
Mi pecho á consolar.

OSCAR Y MALVINA

IMITACION DEL ESTILO DE OSIAN.

(A tale of the times of old.)

LA DESPEDIDA.

Magnífico Morven, se alza tu frente
De sempiterna nieve coronada :
Al hondo valle bramador torrente
De tu cumbre enricada
Se derrumba con impetu sonante,
Y zumba allá distante.
La lira do Osian resonó un día
En tu breñosa cumbre :
Tierna melancolía
Vertió en la soledad, y repetiste
Su acento de dolor, lánguido y dulce
Como el recuerdo del amante triste
De su amada en la tumba.
El eco de su voz clamando « guerra. »
Al rumor del torrente parecia,

Que en silencio retumba.
Aun figuro tal vez que las montañas
De nuevo esperan resonar su acento.
Cual, muda la ribera,
De las olas que tornan,
El ronco estruendo y el embate espera.
¿Dónde estás, Osian? ¿En los palacios
De las nubes agitas la tormenta,
O en el collado gira allá en la noche
Vagarosa tu sombra macilenta?
Siento tierno quejido,
Y oigo el nombre de Oscar y de Malvina
Del aura entre el ruido,
Si el alta copa del ciprés inclina;
Y al resonar el hijo de la roca,
Cuando su voz se pierde
Cual la luz de la luna entre la niebla.
Mi mente se figura
Que escucho tus acentos de dulzura.
Miro el alcázar de Fingal cubierto
De innoble musgo y hierba,
Y en silencio profundo sepultado
Como la noche el mar, el viento en calma.
¿Dó las armas están? ¿Dónde el sonido
Del escudo batido?
¿Dó de Caril la lira delicada,
Las fiestas de las conchas y tu llanto,
Móina desconsolada?
Blando el eco repite
Segunda vez el nombre de Malvina
Y el de su dulce Oscar; tiernos se amaron:
Gime en su losa de la noche el viento,
Y repite sus nombres que pasaron.
Oscar, de negros ojos : en las paces
Dulce su corazon como los rayos

Del astro bello precursor del día;
Y fiero en la batalla de la lanza,
A la suya seguía
La muerte que vibraba su pujanza.
Llamó al héroe la guerra
Que el tirano Cairvar fiero traía,
Y su Malvina hermosa,
Tierno llanto vertiendo, le decía:
• ¿Dónde marchas, Oscar! • Sobre las rocas,
Bonde braman los vientos,
Me mirarán llorar mis compañeras:
No más fatigaré, vibrando el arco,
Por el monte las fieras,
Ni á tí cansado de la ardiente caza
Te esperaré cuidosa,
Ni oiré ya más la voz de tus amores,
Ni mi alma estará nunca gozosa.
• ¿En donde está mi Oscar? • A los guerreros
Preguntaré anhelante;
Y ellos, pasando junto á mí ligeros,
Responderán: • ¿Murió! • Dice, y espira
En sollozos su acento, más suave
Que del arpa el sonido,
Al vislumbrar la luna
El solitario bosque y escondido.
• Destierra este temor, Malvina mía, •
Oscar responde con fingido aliento:
• Muchos los héroes son que Fingal manda:
Caiga el fiero Cairvar y yo perezca,
Si es forzoso también; mas tú, Malvina,
Bella como la edad de la inocencia,
Vive, que ya destina
Himnos el bardo á eternizar mi gloria,
Mis hazañas oírás, y entre las nubes
Yo sonreiré feliz, y vagaroso,

Allá en la noche fría,
Bajaré á tu mansion; verás mi sombra
Al triste rayo de la luna umbría.
Y dice, y se desprende de los brazos
De su infeliz Malvina
A pasos rapidísimos avanza,
Y á la llama oscilante
De las hogueras del extenso campo
Brillar se ven sus armas cual ardiente,
Rápida exhalación. Yace en silencio
El campamento todo.
Y sólo al eco repetir se siente
El crujir al andar de su armadura
Y el blando susurrar del manso ambiente.
Cual por nubes la luna silenciosa
Su luz quebrada envía
Trémula sobre el mar que la retrata,
Que ora se ve brillar, ora perdida,
Pardo bellón de nube la arrebatada,
Cielo y tierra en tinieblas sepultando;
Así á veces Oscar brilla y se pierde,
La selva atravesando.

EL COMBATE.

Cairvar yace adormido
Y tiene junto á sí lanza y escudo,
Y relumbra su yelmo
Claro á la llamarada reluciente
De un tronco carcomido,
Casi despojo de la llama ardiente,
Mitad de él á cenizas reducido

Sublime resonando,
Del trueno payoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol! á ti llegará
Y en medio de tu curso te parará!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
Diera también su ardor á mis sentidos;
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaría,
Y en tu semblante fúlgido atrevidos,
Mirando sin cesar, los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente;
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente.
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y estático te vía,
Y en contemplar tu luz me embabecía!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Oceano,
Al término sombroso de Occidente,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vivido lanzas de tu frente el día,
Y, alma vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envía
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,

Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculos se mecen,
Y al furor de Aquilon desaparecen.
Libre tú de tu cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero,
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno
El roncó trueno y con temblor crujieron
Los ejes de diamante de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entónces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreias,
Y á otros mundos en paz resplandecias,
Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Oceano,
Y tornan otra vez á sucederse;
Mientras inmutable tú, solo y radiante

¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¡Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, parenal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.
¡Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía!!!
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estable y se desprenda
De la potente mano
Del Padre soberano,
Y allá á la eternidad también descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado,
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado,
De cien tormentas al horrible estruendo
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morira : noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre :
Ni áun quedara reliquia de tu lumbre!!!

CANCIONES

LA CAUTIVA.

Ya el sol esconde sus rayos,
El mundo en sombras se vela,
El ave á su nido vuela,
Busca asilo el trovador,
Todo calla : en pobre cama
Duerme el pastor venturoso : —
En su lecho suntuoso
Se agita insomne el señor.
Se agita ; mas ; ay ! reposa
Al fin en su patrio suelo !
No llora en misero duelo
La libertad que perdió.
Los campos ve que á su infancia
Horas dieron de contento,
Su oído halaga el acento
Del país donde nació.

¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¡Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, parenal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.
¡Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía!!!
Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estable y se desprenda
De la potente mano
Del Padre soberano,
Y allá á la eternidad también descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado,
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado,
De cien tormentas al horrible estruendo
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morira : noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre :
Ni áun quedara reliquia de tu lumbre!!!

CANCIONES

LA CAUTIVA.

Ya el sol esconde sus rayos,
El mundo en sombras se vela,
El ave á su nido vuela,
Busca asilo el trovador,
Todo calla : en pobre cama
Duerme el pastor venturoso : —
En su lecho suntuoso
Se agita insomne el señor.
Se agita ; mas ; ay ! reposa
Al fin en su patrio suelo !
No llora en misero duelo
La libertad que perdió.
Los campos ve que á su infancia
Horas dieron de contento,
Su oído halaga el acento
Del país donde nació.

No gime ilustre cautivo
Entre doradas cadenas,
Que si bien de encanto llenas,
Al cabo cadenas son

Si acaso triste lamenta,
En torno ve á sus amigos,
Que, de su pena testigos,
Consuelan su corazon,

La arrogante erguida palma
Que en el desierto florece,
Al viajero sombra ofrece,
Descanso y grato manjar :

Y, aunque sola allí es querida
Del árabe errante y fiero,
Que siempre va placentero
A su sombra á reposar.

Mas; ay triste! yo cautiva,
Huérfana y sola suspiro,
En clima extraño respiro,
Y amo á un extraño tambien,

No hallan mis ojos mi patria;
Humo han sido mis amores;
Nadie calma mis dolores,
Y en celos me siento arder.

¡ Ah ! ¡ Llorar ! ¡ Llorar !... no puedo
Ni ceder á mi tristura,
Ni consuelo en mi amargura
Podré jamas encontrar.

Supé amar como ninguna,
Supé amar correspondida !
Despreciada, aborrecida,
¿ No sabré tambien odiar ?

¡ Adios, patria ! ¡ adios, amores !
La infeliz Zoraida ahora
Sólo venganzas implora,

Ya condenada á morir.

No soy ya del castellano
La sumisa enamorada;
Soy la cautiva cansada
Ya de dejarse oprimir (1).

CANCION DEL PIRATA.

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela,
No corto el mar, sino vuelo
Un velero bergantin:

Bajel pirata que llaman,
Por su bravura, el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul (2).

« Navega, velero mio,
Sin temor,
Que ni enemigo navio,

(1) Esta canción tambien se insertó en la citada novela de Sancho Saldaña.

(2) Nombre que dan los turcos á Constantinopla.

Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza,
Ni á sujetar tu valor.

•Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y ha rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis piés. •

*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

•Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes

Por un palmo más de tierra :
Que yo tengo aquí por mio
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.

•Y no hay playa,

Sea cualquiera,

Ni bandera

De esplendor,

Que no sienta

Mi derecho,

Y dé pecho

A mi valor. •

Que es mi barco mi tesoro.....

•A la voz de «barco viene!»
Es de ver

Cómo vira y se previene

A todo trapo escapar;
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

•En las presas

Yo divido

Lo cogido

Por igual:

Sólo quiero

Por riqueza

La belleza

Sin rival. •

Que es mi barco mi tesoro.....

•¡Sentenciado estoy á muerte!

Yo me río :

No me abandone la suerte
Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navio.

•Y si caigo,

¿Qué es la vida?

Por perdida

Ya la, di,

Cuando el yugo

Del esclavo,

Como un bravo,

Sacudi. •

Que es mi barco mi tesoro.....

•Son mi música mejor

Aquilones:

El estrépito y temblor

De los cables sacudidos,

Del negro mar los bramidos

Y el rugir de mis cañones.

•Y del trueno
Al són violento
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.»

*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad
Mi ley la fuerza y el viento
Me única patria la mar.*

EL CANTO DEL COSAGO.

Donde sienta mi caballo
los piés no vuelve á nacer
hierba.
(Palabras de Atila.)

CORO.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Eurpoa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campañas sean,
De los grajos su ejército festin.
¡Hurra! ¡a caballo, hijos de la niebla!
Suelta la rienda, á combatir volad:
¿Veis esas tierras fértiles? Las puebla
Gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,
Todo es hermoso y refulgente allí:
Son sus hembras celestes serafines,*

Su sol alumbrá un cielo de zafir.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Nuestros sean su oro y sus placeres;
Goceemos de ese campo y ese sol;
Son sus soldados ménos que mujeres,
Sus reyes viles mercaderes son.

Vedlos huir para esconder su oro,
Vedlos cobardes lágrimas verter...
¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro
Huellen nuestros caballos con sus piés.
¡Hurra, cosacos del desierto!

Dictará allí nuestro capricho leyes,
Nuestras casas alcázares serán,
Los cetos y coronas de los reyes
Cual juguetes de niños rodarán.
¡Hurra! ¡volad! á hartar nuestros deseos:
Las más hermosas nos darán su amor,
Y no hallarán nuestros semblantes feos,
Que siempre brilla hermoso el vencedor.
¡Hurra, cosacos del desierto!

Desgarrarémos la vencida Europa
Cual tigres que devoran su ración;
En sangre empaparémos nuestra ropa
Cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando
Regias habitaciones morarán;
Cien esclavos, sus frentes inclinando,
Al mover nuestros ojos temblarán.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Venid, volad, guerreros del desierto,
Como nubes en negra confusion,

Todos suelto el bridon, el ojo incierto,
Todos atropellándoos en monton,
Id en la espesa niebla confundidos,
Cual tromba que arrebató el huracán,
Cual témpanos de hielo endurecidos
Por entre rocas despeñados van
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Nuestros padres un tiempo caminaron
Hasta llegar á una imperial ciudad :
Un sol más puro es fama que encontraron,
Y palacios de oro y de cristal.
Vadearon el Tíbre sus bridones,
Yerta á sus piés la tierra emudeció ;
Su saeño con fantásticas canciones
La fada de los triunfos arrulló.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

*¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,
Hambrienta, en vuestras manos, de matar!
¿No veís entre la niebla aparecerse
Visiones mil que el parabien nos dan?
Escudo de esas miserables naciones
Era ese muro que abatido fué ;
La gloria de Polonia y sus blasones
En humo y sangre convertidos ved.
¡Hurra, cosacos del desierto!...*

*¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó!
¿Quién puso fin á sus gloriosos días?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?
¡Hurra, cosacos! ¡ gloria al más valiente!
Esos hombres de Europa nos verán :
¡Hurra! nuestros caballos en su frente*

Hondas sus herraduras marcarán.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

A cada bote de la lanza ruda,
A cada escape en la abrasada lid,
La sangrienta ración de carne cruda
Bajo la silla sentiréis hervir.
Y allá despues en templos suntuosos,
Sirviéndonos de mesa algun altar,
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
Hartará nuestra hambre blanco pan.
¡Hurra, cosacos del desierto!...

Y nuestras madres nos verán triunfantes,
Y á esa caduca Europa á nuestros piés,
Y acudirán de gozo palpitantes,
En cada hijo á contemplar un rey.
Nuestros hijos sabrán nuestras acciones
Las coronas de Europa heredarán.
Y á conquistar tambien otras regiones
El caballo y la lanza apostarán,
*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín :
Sangrienta charca sus campañas sean,
De los grajos su ejército festín.*

EL MENDIGO.

*Mío es el mundo : como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo ;
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.*

El palacio, la cabaña

Son mi asilo.
Si del ábrego el furor
Troncha el roble en la montaña.
O que inunda la campaña
El torrente asolador.

Y á la hoguera

Me hacen lado

Los pastores

Con amor,

Y sin pena

Y descuidado

De su cena

Ceno yo.

O en la rica

Chimenea,

Que recrea

Con su olor,

Me regalo

Codicioso

Del banquete

Suntuoso

Con las sobras

De un señor.

Y me digo : el viento brama,
Caiga furioso turbión;
Que al són que cruje de la seca leña,
Libre me duermo sin rencor ni amor.
Mios es el mundo el aire libre...

Todos son mis bienhechores,
Y por todos

A Dios ruego con fervor;

De villanos y señores

Yo recibo los favores

Sin estima y sin amor.

Ni pregunto

Quiénes sean,

Mi me obligo

A agradacer;

Que mis rezos

Si desean,

Dar limosna

Es un deber.

Y es pecado

La riqueza;

La pobreza

Santidad:

Dies á veces

Es mendigo,

Y al avaro

Da castigo

Que le niegue

Caridad.

Y soy pobre y se lastiman
Todos al verme plañir,
Sin ver son mías sus riquezas todas,
Que mina in gotable es el pedir.

Mio es el mundo : como el aire libre...

Mal revuelto y andrajoso,
Entre harapos
Del lujo sátira soy,
Y con mi aspecto asqueroso
Me vengo del poderoso,
Y adonde va, tras él voy.

Y á la hermosa

Que respira

Cien perfumes,

Gata amor,

La persigo

Hasta que mira,
Y me gozo
Cuando aspira
Mi punzante
Mal olor.
Y las fiestas
Y el contento
Con mi acento
Turbo yo,
Y en la bulla
Y la alegría
Interrumpen
La armonía
Mis harapos
Y mi voz :

Mostrando cuán cerca habitan
El gozo y el padecer,
Que no hay placer sin lagrimas, ni pena
Que no transpire en medio del placer.

Mio es el mundo: como el aire libre...

Y para mí no hay *Mañana*,
No hay *ayer*;
Olvido el bien como el mal,
Nada me alige ni afana;
Me es igual para mañana
Un palacio, un hospital.

Vivo ajeno
De memorias,
De cuidados
Libre estoy ;
Busquen otros
Oro y glorias,
Yo no pienso
Sino en hoy.

Y do quiera
Vayan leyes,
Quiten reyes,
Reyes dén ;
Yo soy pobre,
Y al mendigo,
Por el miedo
Del castigo,
Todos hacen
Siempre bien.

Y un asilo donde quiera
Y un lecho en el hospital
Siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
Mi cuerpo miserable al espirar,

*Mio es el mundo : como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo :
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.*

EL REO DE MUERTE.

¡Para hacer bien por el alma
Del que van á justiciar !!!

I.

Reclinado sobre el suelo
Con lenta, amarga agonía,
Pensando en el triste día
Que pronto amanecerá ;
En silencio gime el reo
Y el fatal momento espera

En que el sol por vez postrera
En su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo
Y la enlutada capilla,
Lánguida vela amarilla
Tiñe en su luz funeral;
Y junto al misero reo,
Medio-encubierto el semblante,
Se oye al fraile agonizante
En son confuso rezar.

El rostro levanta el triste
Y alza los ojos al cielo;
Tal vez eleva en su duelo
La súplica de piedad.

¡ Una lágrima ! ¿ es acaso
De temor, ó de amargura ?
¡ Ay ! ¿ A aumentar su tristura
Vino un recuerdo quizá !!!

Es un jóven. y la vida
Llena de sueños de oro,
Pasó ya, cuando aún el lloro
De la niñez no enjugó :

El recuerdo es de la infancia,
¡ Y su madre que le llora,
Para morir así ahora
Con tanto amor le crió !!!

Y á par que sin esperanza
Ve ya la muerte en acecho,
Su corazón en su pecho
Siente con fuerza latir;
Al tiempo que mira al fraile,
Que en paz ya duerme á su lado,
Y que, ya viejo y postrado,
Le habrá de sobrevivir.

¡ Mas qué rumor á deshora

Rompe el silencio? Resuena
Una alegre cantinela
Y una guitarra á la par,
Y gritos y de botellas
Que se chocan, el sonido,
Y el amoroso estallido
De los besos y el danzar.
Y tambien pronto en són triste
Lúgubre voz sonará :

*¡ Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar !*

Y la voz de los borrachos
Y sus brindis, sus quimeras.
Y el cantar de las rameras.
Y el desórden bacanal
En la lúgubre capilla
Penetran, y carcajadas,
Cual de léjos arrojadas
De la mansion infernal.
Y tambien pronto en són triste
Lúgubre voz sonará :

*¡ Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar !*

¡ Maldicion ! al eco infausto.
El sentenciado maldijo
La madre que, como á hijo,
A sus pechos le crió;
Y maldijo el mundo todo,
Maldijo su suerte impía,
Maldijo el aciago día
Y la hora en que nació.

II.

Serena la luna
Alumbra en el cielo,
Domina en el suelo
Profunda quietud:
Ni voces se escuchan,
Ni ronco ladrido,
Ni tierno quejido
De amante laud.

Madrid yace envuelto en sueño,
Todo al silencio convida,
Y el hombre duerme y no cuida
Del hombre que va á espirar;
Si tal vez piensa en mañana,
Ni una vez piensa siquiera
En el misero que espera
Para morir, despertar;
Que sin pena ni cuidado
Los hombres oyen gritar:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

¡Y el juez también en su lecho
Duerme en paz! ¡Y su dinero
El verdugo, placentero,
Entre sueños cuenta ya!
Tan sólo rompe el silencio
En la sangrienta plazuela
El hombre del mal que vela
Un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
Sueños de angustia y fiebre y devaneó

El alma envuelven del confuso reo,
Que inclina al pecho la abatida frente,
Y en sueños
Confunde
La muerte,
La vida:
Recuerda
Y olvida,
Suspira
Respira,
Con hórrido afán.

Y en un mundo de tinieblas
Vaga y siente miedo y frío,
Y en su horrible desvarío
Palpa en su cuello el dogal;
Y cuanto más forcejea,
Cuanto más lucha y porfía,
Tanto más en su agonía
Aprieta el nudo fatal,
Y oye ruido, voces, gentes,
Y aquella voz que dirá:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

O ya libre se contempla,
Y el aire puro respira,
Y oye de amor que suspira
La mujer que á un tiempo amó,
Bella y dulce cual solía,
Tierna flor de primavera,
El amor de la pradera
Que el Abril galan mimó,
Y gozoso á verla vuela,
Y alcanzarla intenta en vano,
Que al tender la ansiosa mano

Su esperanza á realizar,
Su ilusion la desvanece
De repente el sueño impío,
Y halla un cuerpo mudo y frío
Y un cadalso en su lugar :
Y oye á su lado en s6n triste
Lúgubre voz resonar :
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

EL VERDUGO.

De los hombres lanzado al desprecio,
e su crimen la víctima fui,
Y se evitan de odiarse á sí mismos,
Fulminando sus odios en mí.
Y su rencor
Al poner en mi mano, me hicieron
Su vengador
Y se dijeron:

• Que nuestra vergüenza comun caiga en él;
Se marque en su frente nuestra maldicion;
Su pan amasado con sangre y con hiel,
Su escudo con armas de eterno baldon,
Sean la herencia
Que legue al hijo,
El que maldijo
La sociedad;
Y de mí huyeron.

De sus culpas el manto me echaron,
Y mi llanto y mi voz escucharon
Sin piedad !!!

Al que á muerte condena le ensalzan...
*¡Quién al hombre del hombre hizo juez ?
¡Que no es hombre ni siente el verdugo,
Imaginan los hombres tal vez?*

Y ellos no ven
Que yo soy de la imagen divina
Copia tambien!
Y cual dañina

Fiera á que arrojan un triste animal,
Que ya entre sus dientes se siente crujir,
Así á mí, instrumento del génio del mal,
Me arrojan al hombre que traen á morir.

Y ellos son justos,
Yo soy maldito,
Yo sin delito
Soy criminal.
Mirad al hombre

Que me paga una muerte; el dinero
Mo echa al suelo con rostro alteraño.
¡A mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos
Y del reo el histérico *¡ay!*
Y el crujir de los nervios rompidos
Bajo el golpe del hacha que cae,
Son mi placer.

Y al rumor que en las piedras rodando
Hace, al caer,
Del triste saltando

Da hirviente cabeza de sangre en un mar,
Allí, entre el bullicio del pueblo feroz,
Mi frente serena contemplan brillar,
Tremenda, radiante con júbilo atroz.

Que de los hombres
En mí respira
Toda la ira

Todo el rencor :
Que á mi pasaron
La crueldad de sus almas impía,
Y al cumplir su venganza y la mía,
Gozo en mi horror.
Ya más alto que el grande que altivo
Con sus plantas hallára la ley,
Al verdugo los pueblos miraron.
Y mecido en los hombros de un rey .
Y en él se hartó,
Embriagado de gozo, aquel día
Cuando espiró ;
Y su alegría
Su esposa y sus hijos pudieron notar ;
Que en vez de la densa niebla de horror,
Miraron la risa su lábio amargar,
Lanzando sus ojos fatal resplandor
Que el verdugo
Con su encono
Sobre el trono
Se asentó :
Y aquel pueblo
Que tan alto le alzára bramando,
Otro rey de venganzas, temblando,
En él miró.
En mí vive la historia del mundo
Que el destino con sangre escribió.
Y en sus páginas rojas Dios mismo
Mi figura imponente grabó.
La eternidad
Ha tragado cien siglos y ciento,
Y la maldad
Su monumento
En mí todavía contempla existir ;
Y en vano es que el hombre do brota la luz

Con viento de orgullo pretenda subir :
¡ Preside el verdugo los siglos aún !
Y cada gota
Que me ensangrienta
Del hombre ostenta
Un crimen más.
Y yo aún existo,
Fiel recuerdo de edades pasadas,
A quien siguen cien sombras airadas,
Siempre detrás.
¡ Oh ! ¿ por qué te ha engendrado, el verdugo
Tú hijo mio, tan puro y gentil ?
En tu boca, la gracia de un ángel
Presta gracia á tu risa infantil.
¡ Ayl tu candor.
Tu inocencia, tu dulce hermosura
Me inspiran horror,
¡ Oh ! ¿ tu ternura,
Mujer, á qué gastas con ese infeliz ?
¡ Oh ! muéstrate, madre, piadosa con él ;
Ahógale, y piensa será así feliz.
¿ Qué importa que el mundo te llame cruel
Mi vil oficio
Querrás que siga.
Que te maldiga
Tal vez querrás ?
Piensa que un día
Al que hoy miras jugar inocente,
¡ Maldecido cual yo y delincuente
También verás ! ! ! ! !

ASUNTOS HISTORICOS.

A LA MUERTE

DE
TORRIJOS Y SUS COMPANEROS.

SONETO.

Hélos allí : junto á la mar bravía
Cadáveres están ; ay ! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, á España nombrada.

Ansia de patria y libertad henchía
Sus nobles pechos, que jamás temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado día.

Espanoles, llorad ; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue á siervos y opresore

Y los viles tiranos con espanto
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

A LA MUERTE.

DE

DON JOAQUIN DE PABLO

(CHAPALANGARRA.)

Desde la elevada cumbre
Do el gran Pirene levanta
Término y muro soberbio
Que cerca y defiende á España,
Un jóven proscrito de ella
Tristes lágrimas derrama,
Y acaso tiende la vista
Por ver desde allí su patria,
Desde allí do á su despecho,
Llorando deja las armas
Con que del Sena al Pirene
Se lanzó por libertarla ;
Y al ver la turba de esclavos
Que sus hierros afianzan,
De infame triunfo orgullosos,
Alejarse en algazara ;
Sólo entónces, contemplando
El suelo que ellos pisáran,
Y que aún torrentes de sangre
Recien derramada bañan,
En su rápida carrera
Volcando cuerpos y almas ;
Se sienta en la alzada cima,

A un lado la rota espada,
Y al rumor de los torrentes
Y del huracán que brama,
Negra cítara pulsando,
Endechas lúgubres canta.

Llorad, vírgenes tristes de Iberia,
Nuestros héroes en fúnebre lloro;
Dad al viento las trenzas de oro
Y los cantos de muerte entonad:
Y vosotros, ¡oh nobles guerreros,
De la patria sosten y esperanza!
Abrazados en sed de venganza,
Odio eterno al tirano jurad.

CORO DE VIRGENES.

*Danos, noche, tu lóbrego manto,
Nuestras frentes envuélvete el ciprés;
El robusto cayó: su sepulcro
Del ínciuo mancharon los piés.*

Enrojece ¡oh Pirene! tus cumbres
Pura sangre del libre animoso,
Y el tropel de los servios odiosos
En su lago su sed abrevó.

Cayó en ellas la gloria de España,
Cayó en ellas de Pablo valiente,
Y la patria, inclinada la frente,
Su gemido al de héroe juntó...

Sus cadenas la patria arrastrando,
Y su manto con sangre teñido
Tardamente y con hondo gemido
Va á la tumba del fuerte varón.

Y el ajado laurel de su frente
Al sepulcro circunda llorosa,

Miéntas ruge en la fúnebre losa.
Aherrojado á sus piés, el león.

CORO DE MANCEBOS.

*Traición sólo ha vencido al valiente;
Sénois astro de triunfo y de honor,
Tu, que siempre á los déspotas fuiste
Como á negras tormentas el sol.*

DESPEDIDA.

DEL PATRIOTA GRIEGO.

DE LA

HIJA DEL APOSTATA.

Era la noche: en la mitad del cielo
Su luz rayaba la argentada luna,
Y otra luz más amable destellaba
De sus llorosos ojos la hermosura.

Allí en la triste soledad se hallaron
Su amante y ella con mortal angustia,
Y su voz en amarga despedida
Por vez postrera la infeliz escucha.

« Determinado está; sí, mi sentencia
Para siempre selló la suerte injusta.
Y cuando allá la eternidad sombría
Este momento en sus abismos hunda,
» ¡Ojalá para siempre que el olvido,
Suavizando el rigor de la fortuna,
La imagen ¡ay! de las pasadas glorias

Dajó sus alas lóbregas encubra!

¡Por qué al nacer, crüeles, me arrancaron
Del seno de mi madre moribunda,
Y salvo he sido de mortales riesgos
Para vivir penando en amargura?

• ¿Por qué yo fui por mi fatal destino
Unido á ti desde la tierna cuna?

• ¿Por qué nos hizo iguales en riqueza
Y en linaje tambien mi desventura?

• ¿Por qué mi infancia en inocentes juegos
Brilló contigo, y con delicia mútua
Ambos tegimos el infausto lazo

Que nuestras almas miseras anuda?

• ¡Ah! para siempre odios: vano es ahora
Acariciar memorias de ventura;
Voló ya la ilusion de la esperanza,
Y es en vano amar sin esperanza alguna.

• ¿Qué puede el infeliz contra el destino?

• ¿Qué ruegos moverán, que desventuras
El bajo pecho de tu infame padre?

Infame, sí, que al despotismo jura

• Vil sumision, y en sórdida avaricia

Vende su patria á las riquezas turcas,

Él apellida sacrosantas leyes

El capricho de un despota; el nos juzga

• De rebeldes do quier: su voz comprada

Culpa su patria y al tirano adula;

Él nos ordena ante el sultan odioso

Humilde miedo y obediencia muda.

• Mas no, que el alma de la Grecia existe:
Santo furor su corazan circunda,

Que ávido se hartará de sangre hirviente,

Que nuevo ardor le infundirá y bravura.

• No ya el tirano mandará en nosotros:

Tristes rüinas, áridas llanuras,

Cadáveres no más serán su imperio:

Será sólo el señor de nuestras tumbas.

• Ya osan ser libres los armados brazos

Y ya rompen la bárbara coyunda;

Y con júbilo á ti, todos ¡oh muerte!

Y á ti, divina libertad, saludan.

• Gritos de triunfo, sacudido el viento

Hará que al éter resonando suban,

O eterna muerte cubrirá á la Grecia

En noche infanda y soledad profunda.

• Ese altivo monarca, que embriagado

Yace en perfumes y lascivia impura,

Despechado sabrá que no hay cadena

Que la mano de un libre no destruya.

• Con rabia oirá de la libertad el grito

Sonar tremendo en la obstinada lucha,

Y con miedo y horror su sed de sangre

Torrentes hartarán de sangre turca.

• Y tu padre tambien, si ora imprudente

So el poder del Islan su patria insulta,

Pronto verá cuán formidable espada

Blande en la lid la libertad sañuda.

• Marcha y dile por mí que hay mil valien-

Y yo uno de ellos, que animosos juran ftes,

Morir cual héroes, ó romper el cetro

A cuya sombra el pérfido se escuda.

• Que aunque marcados con la vil cadena,

No han sido esclavas nuestras almas nunca,

Que el heredado ardor de nuestros padres,

Las hace hervir aún; que nuestra furia

• Nos labrará, lidiando, en cada golpe

Triunfo seguro ó noble sepultura.

Dile que sólo en baja servidumbre

Puede vivir un alma cual la suya,

• El alma de un apóstata que indigno

Llega sus lábios á la mano impura,
Que de caliente sangre reteñida,
Nuevos destrozos á su patria anuncia.
» Perdóname, infeliz, si mis palabras
Rudas ofenden tu filial ternura.
Es verdad, es verdad; tu padre un tiempo
Mi amigo se llamó, y ¡ojala nunca
» Pasado hubieran tan dichosos dias!
; Yo no llamaré injusta á la fortuna!
; Cómo entonces mi mano enjugaría
Las lágrimas que viertes de amargura!
» Tu padre; oh Dios! como engañoso ami-
Cuando la Grecia la servil coyunda lgo
Intrépida rompió, cuando mi pecho
Respiraba gozoso el aura pura
» De la alma libertad pensó el inicuo
Seducirme tal vez con tu hermosura,
Y en premio vil me prometió tu mano
Si ser secuaz de su traición inmunda,
» Y desolar mi patria le ofrecía.
; Esclavo yo de la insolente turba
De esclavos del sultan!!! Antes el cielo
Mis yertos miembros insepultos cubra
» Que goce yo de ignominiosa vida
Ni en el seno feliz de tu dulzura.
; Ah! para siempre adios: la infausta suerte
Que el lazo rompe que las almas junta,
» Y va á arrancar tu corazón del mio,
Tan sólo ahora una esperanza endulza;
Yo te hallaré dondè perpétuas dichas
Las almas de los ángeles disfrutan.
» ; Ah! para siempre adios... tente... un mo-
mento...
Un beso nada más... es de amargura...
Es el último; oh Dios!... mi sangre hiela...

! Ah! los martirios del infierno nunca
» Igualaron mi pena y mi agonia.
; Terminára la muerte aqui mi angustia,
Y aun muriera feliz! Mis ojos quema
Una lágrima; oh Dios! y tú la enjugas.
» ; Quién resistir podrá! — Basta; la hora
Se acerca ya que mi partida anuncia.
; Ojalá para siempre que el olvido
Suavizando el rigor de la fortuna,
» La imágen ¡ay! de las pasadas glorias.
Bajo sus alas ¡óbregas enuebra!
Dice, y se alejan: á esperar consuelo
La hija del apóstata en la tumba;
Él batallando pereció en las lides,
Y ella víctima fué de su amargura.

GUERRA.

; Ois? es el cañon. Mi pecho hirviendo,
El cántico de guerra entona á,
Y al eco ronco del cañon venciendo,
La lira del poeta sonará.
El pueblo ved que la orgullosa frente
Levanta ya del polvo en que yacía,
Arrogante en valor, omnipotente,
Terror de la insolente tiranía.
Rumor de voces siento,
Y al aire miro destlunbrar espadas,
Y desplegar banderas:
Y retumban al són las escarpadas
Rocas del Pirineo;
Y retiemblan los muros

De la opulenta Cádiz, y el deseo
Crece en los pechos de vencer lidiando ;
Brilla en los rostros el marcial contento,
Y donde quiera generoso acento
Se alza de PATRIA Y LIBERTAD tronando.

Al grito de la pátria
Volemos, compañeros,
Blandamos los aceros
Que intrépida nos da.
A par en nuestros brazos
Ufanos la ensalcemos,
Y al mundo proclamemos :
« España es libre ya. »
Mirad, mirad en sangre
Y lágrimas tenidos
Reir los forajidos,
Gozar en su dolor ;
¡ Oh ! fin tan sólo ponga
Su muerte á la contienda,
Y cada golpe encienda
Aún más nuestro rencor.
¡ Oh siempre dulce patria
Al alma generosa !
¡ Oh siempre pertentosa
Mágia de libertad !
Tus inclitos pendones
Que el español tremola,
Un rayo tornasola
Del iris de la paz.
En medio del estruendo
Del bronce pavoroso,
Tu grito prodigioso
Se escucha resonar.
Tu grito, que las almas

Inunda de alegría,
Tu nombre, que á esa impia
Caterva hace temblar
¿ Quién hay ; oh compañeros !
Que al bélico redoble
No sienta el pecho noble
Con júbilo latir ?
Mirad centelleantes,
Cual nuncios ya de gloria,
Reflejos de victoria
Las armas despedir.

¡ Al arma ! ; al arma ! mueran los carlistas !
Y al mar se lancen con bramido horrendo
De la infiel sangre caudalosos rios,
Y atónito contemple el Océano
Sus olas combatidas
Con la traidora sangre enrojecidas.
Truene el cañon : el cántico de guerra,
Pueblos ya libres con placer alzad :
Ved, ya descende á la oprimida tierra.
Los hierros á romper, la libertad (1).

A LA PATRIA.

ELEGÍA.

¡ Cuán solitaria la nacion que un di
Poblára inmensa gente !
¡ La nacion cuyo imperio se extendia
Del Ocaso al Oriente !

(1) Estos versos se leyeron en una funcion patrió-
tica celebrada en el teatro de la Cruz en el 22 de
Octubre en 1835.

Lágrimas viertes, infeliz, ahora,
Soberana del mundo,
;Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!

Oscuridad y luto tenebroso
En tí vertió la muerte,
Y en su furor el dèspota sañoso
Se complació en tu suerte.

No perdonó lo hermoso, patria mía;
Cayó el jóven guerrero,
Cayó el anciano, y la segur impía
Manejó placentero,

So la rabia cayó la vírgen pura
Del dèspota sombrío.
Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.

;Oh vosotros del mundo habitadores!
Contemplad mi tormento;
;Igualarse podrán ;ah! qué dolores
Al dolor que yo siento?

Yo desterrado de la patria mía,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía,
Y sus desgracias lloro.

Hijos espúreos y el fatatal tirano
Sus hijos han perdido,
Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ay! convertido.

Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron; mas traidora sana
Desbarató su bando.

¿Qué se hicieron tus muros torreados,
Oh mi patria querida?
¿Dónde fueron tus heroes esforzados

Tu espada no vencida?
;Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:
A sus ojos caídos tristemente
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué: cien héroes fueron
En tiempos de ventura.
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Libano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno á la vírgen amedrenta,
Su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,
Yaces deseparada.
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío
Pobre hierba y arena,
Y el enemigo que tembló á su brío
Burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la caballera
Y dadla al vago viento;
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ;oh Dios! de nuestros lares,
Lloremos duelo tanto:
¿Quién calmará ;oh España! tus pesares?
¿Quién secaré tu llanto?

Lóndres, 1829.

SONETO.

Fresca, lozana, pura y olorosa,
 Gala y adorno del pensil florido,
 Gallarda, puesta sobre el ramo erguido,
 Fragancia esparce la naciente rosa;
 Mas si el ardiente sol, lumbre enojosa,
 Vibra del can en llamas encendido,
 El dulce aroma y el color perdido,
 Sus hojas lleva el aura presurosa.
 Así brilló un momento mi ventura
 En alas del amor, y hermosa nube
 Fingí tal vez de gloria y alegría;
 Mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura.
 Y deshojada por los aires sube
 La dulce flor de la esperanza mia

A UNA ESTRELLA.

¿Quién eres tú lucero misterioso,
 Timido y triste entre luceros mil,
 Que cuando miro tu esplendor dudoso,
 Turbado siento el corazon latir?
 ¿Es acaso tu luz recuerdo triste
 De otro antiguo perdido resplandor,
 Cuando engañado como yo, creíste
 Eterna tu ventura que pasó?
 Tal vez con sueños de oro la esperanza
 Acarició tu pura juventud,
 Y gloria y paz y bienaventuranza

Vertió el mundo tu primera luz.
 Y al primer triunfo del amor primero
 Que embalsamó en aromas el Edén.
 Luciste acaso, mágico lucero,
 Protector del misterio y del placer.
 Y era tu luz voluptuosa y tierna
 La que entre flores resbalando allí,
 Inspiraba en el alma un ansia eterna
 De amor perpétuo y de placer sin fin.
 Mas ¡ay! que luégo el bien y la alegría
 En llanto y desventura se trocó:
 Tu esplendor empañó niebla sombría;
 Sólo un recuerdo al corazon quedó.
 Y ahora melancólico me miras
 Y tu rayo es un dardo del pesar:
 Si amor aún al corazon inspiras,
 Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay lucero! yo te vi
 Resplandecer en mi frente,
 Cuando palpar sentí
 Mi corazon dulcemente
 Con amante frenesí.

Tu faz entónces lucía
 Con más brillante fulgor,
 Mientras yo me prometía
 Que jamás se apagaria
 Para mí tu resplandor.

¿Quién aquel brillo radiante
 ¡Oh lucero! te robó,
 Qué oscureció tu semblante,
 Y á mi pecho arrebató
 La dicha en aquel instante?
 ¿O acaso tú siempre así
 Brillaste, y en mi ilusión

010382

Yo aquel esplendor te di,
Que amaba mi corazón,
Lucero, cuando te vi?
Una mujer adoré
Que imaginara yo un cielo;
Mi gloria en ella cifré,
Y de un luminoso velo
En mi ilusión la adorné.
Y tú fuiste la aureola
Que iluminaba su frente,
Cual los aires arrebola
El fúlgido sol nacienta,
Y el puro azul tornasola.
Y astro de dicha y amores,
Se destizaba mi vida
A la luz de tus fulgores,
Por fácil senda florida.
Bajo un cielo de colores.
Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños,
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasías,
Deleites tan halagüenos,
¿Qué se hicieron?
Huyeron con mi ilusión
Para nunca más tornar,
Y pasaron,
Y sólo en mi corazón
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! de aron.
¡Ah lucero! tú perdiste
También tu puro fulgor,
Y lloraste;
También como yo sufriste,
Y el crudo arpon del dolor

¡Ay! probaste.
¡Infeliz! ¿por qué volví
De mis sueños de ventura,
Para hallar
Luto y tinieblas en tí,
Y lágrimas de amargura
Que enjugar?
Pero tú conmigo lloras,
Que eres el ángel caído
Del dolor,
Y piedad llorando imploras,
Y recuerdas tu perdido
Resplandor.
Lucero, si mi quebranto
Oyes, y sufres cual yo,
¡Ay! juntemos
Nuestras quejas, nuestro llanto,
Pues nuestra gloria pasó;
Juntos lloremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,
Y un vago padecer mi pecho siente:
Que está mi alma de sufrir cansada,
Seca ya de las lágrimas la fuente.
¿Quién sabe!... tu recobrarás acaso
Otra vez tu pasado resplandor.
A ti tal vez te anunciará tu ocaso
Un Oriente más puro que el del sol.
A mí tan sólo penas y amargura
Me quedan en el valle de la vida;
Como un sueño pasó mi infancia pura,
Se agosta ya mi juventud florida.
Astro sé tú de candidez y amores
Para el que luz te preste en su ilusión,
Y ornado el porvenir de blancas flores,

Sienta latir de amor su corazon.
Yo indiferente sigo mi camino
A merced de los vientos y la mar,
Y entregado en los brazos del destino,
No me importa salvarme ó zozobrar.

A JARIFA EN UNA ORGIA.

Trae, Jarifa, trae tu mano,
Vén y púsala en mi frente,
Que en un mar de lava hirviente
Mi cabeza siento arder.

Vén y junta con mis lábios
Esos lábios que me irritan,
Donde aún los besos palpitan
De tus amantes de ayer.

¿Qué la virtud, la pureza ?
¿Qué la verdad y el cariño ?
Mentida ilusion de niño
Que halagó mi juventud.

Dadme vino : en él se ahoguen
Mis recuerdos ; aturdida
Sin sentir huya la vida ;
Paz me traiga el ataud.

El sudor mi rostro quema,
Y en ardiente sangre rojos
Brillan inciertos mis ojos,
Se me salta el corazon.

Huye, mujer ; te detesto,
Siento tu mano en la mia,
Y tu mano siento fria,
Y tus besos hielo son.

¡ Siempre igual ! Necias mujeres,
Inventad otras caricias,
Otro mundo, otras delicias,
O maldido sea el placer.

Vuestros besos son mentira,
Mentira vuestras ternuras,
Es fealdad vuestra hermosura,
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino,
Como en mi mente imagino,
Como en el mundo no hay ;

Y es la luz de aquel lucero
Que engaño mi fantasia,
Fuego fatuo, falso guia
Que errante y ciego me tray.

¿ Por qué murió para el placer mi alma,
Y vive aún para el dolor impio ?

¿ Por qué si yazgo en indolente calma,
Siento en lugar de paz, árido hastio ?

¿ Por qué este inquieto abrasador deseo ?
¿ Por qué este sentimiento extraño y vago,

Que yo mismo conozco un devaneo,
Y busco aún su seductor halago ?

¿ Por qué aún fingirme amores y placeres
Que cierto estoy de que serán mentira ?

¿ Por qué en pos de fantásticas mujeres
Necio tal vez mi corazon delira,

Si luego, en vez de prados y de flores,
Halla desiertos áridos y abrojos :

Y en sus sándios ó lúbricos amores
Fastidio sólo encontrará y nojos ?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,
En alas de mi ardiente fantasia :

Do quier mi arrebatada mente inquieta,
Dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo
Fuera del mundo en la región etérea,
Y hallé la duda, y el radiante cielo
Vi convertirse en ilusión aérea.

Luego en la tierra la virtud, la gloria,
Busqué con ansia y delirante amor,
Y hediondo polvo y deleznable escoria
Mi fatigado espíritu encontré

Mujeres vi de virginal limpieza
Entre albas nubes de celeste lumbre;
Yo las toqué, y en humo su pureza
Trocarse vi, y en lodo y prodredumbre.

Y encontré mi ilusión desvanecida,
Y eterno é insaciable mi deseo ;
Palpé la realidad y odié la vida ;
Sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún y busco codicioso ;
Y aún deleites el alma finge y quiere .
Pregunto, y un acento pavoroso

• ¡ Ay ! me responde : desespera y muere .
• Muere, infeliz : la vida es un tormento,

Un engaño el placer : no hay en la tierra
Paz para ti, ni dicha, ni contento,
Sino eterna ambición y eterna guerra.

• Que así castiga Dios el alma osada,
Que aspira loca en su delirio insano,
De la verdad para el mortal velada,
A descubrir el insondable arcano .

¡ Oh ! cesa ; no, yo no quiero
Ver más, ni saber ya nada :
Harta mi alma y postrada,
Sólo anhela descansar.

En mí muera el sentimiento,
Pues ya murió mi ventura,
Ni el placer ni la tristura
Vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria
Y otras jóvenes almas engañad :
Nacaradas imágenes de gloria,
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
Con danza y algazara en confusión ;
Pasad como visiones vaporosas
Sin conmovér ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía
Los brindis y el estruendo del festín,
Y huya la noche y me sorprenda el día
En un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa ; tú has sufrido
Como yo ; tú nunca lloras ;
Mas ; ay triste ! que no ignoras
Cuán amarga es mi aflicción.

Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contienen....
Tú también, como yo, tienes
Desgarrado el corazón.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRAL DE BIBLIOTECAS



CUENTO.

EL ETUDIANTE DE SALAMANCA.

PARTE PRIMERA.

Sus fueros, sus bríos,
Sus premáticas, su voluntad,
Quijote, parte primera.

Era más de media noche,
Antiguas historias cuentan,
Cuando en sueño y en silencio
Lóbrego envuelta la tierra,
Los vivos muertos parecen,
Los muertos la tumba dejan.
Era la hora en que acaso
Temerosas voces suenan
Informes, en que se escuchan
Tácitas pisadas huecas,
Y pavorosas fantasmas
Entre las densas tinieblas,
Vagan, y aullan los perros
Amedrentados al verlas.

En que tal vez la campana
De alguna arruinada iglesia
Da misteriosos sonidos
De maldicion y anatema,
Que los sábados convoca
A las brujas á su fiesta.
El cielo estaba sombrío,
No vislumbraba una estrella,
Silbaba lúgubre el viento,
Y allá, en el aire, cual negras
Fantasmas, se dibujaban
Las torres de las iglesias,
Y del gótico castillo
Las altísimas almenas,
Donde canta ó reza acaso
Temeroso el centinela.
Todo, en fin, á media noche
Reposaba, y tumba era
De sus dormidos vivientes
La antigua ciudad que riega
El Tórmes, fecundo río,
Nombrado de los poetas,
La famosa Salamanca,
Insigne en armas y letras,
Patria de ilustres varones,
Noble archivo de las ciencias.
Súbito rumor de espadas
Cruje, y un ¡ay! se escuchó:
Un ¡ay! moribundo, un ¡ay!
Que penetra el corazón,
Que hasta los tuétanos hiela
Y da al que lo oyo temblor.
Un ¡ay! de alguno que al mundo
Pronuncia el último adios.
El ruido

Cesó,
 Un hombre
 Pasó
 Embozado,
 Y el sombrero
 Recatado
 A los ojos
 Se caló.
 Se desliza
 Y atraviesa
 Junto al muro
 De una iglesia,
 Y en la sombra
 Se perdió.

Una calle estrecha y alta,
 La calle del Ataud,
 Cual si de negro crespon
 Lóbrego, eterno capuz
 La vistiera, siempre oscura,
 Y de noche, sin más luz
 Que la lámpara que alumbra
 Una imagen de Jesus.
 Atraviesa el embozado,
 La espada en la mano aún;
 Que lanzó vive reflejo
 Al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube
 Con franjas de plata bordarla en redor,
 Y luego si el viento la agita, la sube
 Diuuelta á los aires en blanco vapor;
 Así vaga sombra de luz y de nieblas,
 Mística y aérea dudosa vision.
 Va brilla, ó la esconden las densas tinieblas,

Cual dulce esperanza, cual vana ilusion,
 La calle sombría, la noche ya entrada,
 La lámpara triste ya pronta á espirar.
 Que á veces alumbra la imagen sagrada,
 Y á veces se esconde, la sombra á aumentar,
 El vago fantasma que acaso aparece,
 Y acaso en las sombras tal vez desaparece,
 Cual ánima en pena del hombre que fué,
 Al más temerario corazon de acero
 Recelo inspirára, pusiera pavor;
 Al más maldiciente feroz bandolero
 El rezo á los labios trajera el temor.
 Mas no alembozado, que aún sangre su espada
 Destila, el fantasma terror infundió,
 Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,
 Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo don Juan Tenorio,
 Alma fiera é insolente.
 Irreligioso y valiente,
 Altanero y reñidor;

Siempre el insulto en los ojos,
 En los labios la ironía,
 Nada teme y todo fia
 De su espada y su valor.

Corazon gastado, mofa
 De la mujer que corteja,
 Y, hoy despreciándola, deja
 La que ayer se le rindió.

Ni el porvenir temió nunca,

Ni recuerda en lo pasado
La mujer que ha abandonado,
Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños
Del que mató en desafío,
Ni turbó jamás su brio
Recelosa prevision.

Siempre en lances y en amores,
Siempre en báquicas orgias,
Mezcla en palabras impías
Un chiste á una maldición.

En Salamanca famoso
Por su vida y buen talante,
Al atrevido estudiante
Le señalan entre mil ;

Fueros le da su osadía,
Le disculpa su riqueza,
Su generosa nobleza,
Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,
Caballeresca apostura,
Agilidad y bravura
Ninguno alcanza á igualar.

Que hasta en sus crímenes mismos,
En su impiedad y altiveza,
Pone un sello de grandeza
Don Félix de Montemar.

Bella y más pura que el azul del cielo,

Con dulces ojos lánguidos y hermosos,
Donde acaso el amor brilló entre el velo
Del pudor que los cubre candorosos;
Tímida estrella que refleja al suelo
Rayos de luz brillantes y dudosos,
Angel puro de amor que amor inspira,
Fué la inocente y desdichada Elvira
Elvira, amor del estudiante un día,
Tierna y feliz y de su amante ufana,
Cuando al placer su corazón se abría,
Como al rayo del sol rosa temprana:
Del fingido amador que la mentía,
La miel falaz que de sus lábios mana
Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno
De que oculto en la miel hierbe el veneno.
Que no descansa de su madre en brazos
Más descuidado el candoroso infante,
Que ella en los falsos lisonjeros lazos,
Que teje astuto el seductor amante :
Dulces caricias, lánguidos abrazos,
Placeres ; ay ! que duran un instante.
Que habrán de ser eternos imagina
La triste Elvira en su ilusion divina.
Que el alma virgen que hallagó un encanto
Con nacarado sueño en su pureza,
Todo lo juzga verdadero y santo,
Presta á todo virtud, presta belleza
Del cielo azul al tachonado manto,
Del sol radiante á la inmortal riqueza,
Al aire, al campo, á las fragantes fiords.
Ella añade esplendor, vida y colores.
Cifró en don Félix la infeliz doncella
Toda su dicha, de su amor perdida ;
Fueron sus ojos á los ojos de ella
Astros de gloria, manantial de vida.

Cuando sus lábios con sus lábios sella,
Cuando su voz escucha embhecida,
Embriagada del Dios que la enamora,
Dulce le mira, estática le adora.



PARTE SEGUNDA.

....Except the hollow sea's.
Mours o'er the beauty of the Cyclades.
BYRON, *D. Juan*, canto iv.

Está la noche serena,
De luceros coronada,
Terso el azul de los cielos
Como trasparente gasa.
Melancólica la luna
Va trasmontando la espalda
Del otero : su alba frente
Tímida apenas levanta,
Y el horizonte ilumina,
Pura virgen solitaria,
Y en su blanca luz suave
El cielo y la tierra baña.
Deslizase el arroyuelo,
Fúlgida cinta de plata,
Al resplandor de la luna,
Entre franjas de esmeralda.
Argentadas chispas brillan
Entre las espesas ramas,
Y en el seno de las flores
Tal vez se duermen las auras
Tal vez despiertas susurran,
Y al desplegarse sus alas,

Mecen el blanco azahar,
Mueven la aromosa acacia,
Y agitan ramas y flores,
Y en perfumes se embalsaman.
Tal era pura esta noche
Como aquella en que sus alas
Los ángeles desplegaron
Sobre la primera llama
Que amor encendió en el mundo,
Del Eden en la morada.
¡Una mujer! ; Es acaso
Blanca silfa solitaria,
Que entre el rayo de la luna
Tal vez misteriosa vaga?
Blanco es su vestido, ondea
Suelto el cabello á la espalda,
Hoja tras hoja las flores
Que lleva en su mano, arranca.
Es su paso incierto y tardo
Inquietas son sus miradas,
Mágico ensueño parece
Que halaga, engañosa, el alma.
Ora, vedla, mira el cielo,
Ora suspira, y se pára :
Una lágrima sus ojos
Brotan acaso; y abrasa
Su mejilla es una oía
Del mar que en fiera borrasca
El viento de las pasiones
Ha alborotado en su alma.
Tal vez se sienta, tal vez
Azorada se levanta;
El jardín recorre ansiosa,
Tal vez á escuchar se pára.
Es el susurro del viento,

Es el murmullo del agua,
No es su voz, no es el sonido
Melancólico del arpa.
Son ilusiones que fueron ;
Recuerdos ; ay ! que te engañan,
Sombras del bien que pasó.....
Ya te olvidó el que tú amas,
Esa noche y esa luna
Las mismas son que miráran
Indiferentes tu dicha,
Cual ora ven tu desgracia.
¡ Ah ! llora, sí, ¡ pobre Elvira !
Triste amante abandonada !
Esas hojas de esas flores
Que distraída tú arrancas
¡ Sabes adónde, infeliz,
El viento las arrebató !
Donde fueron tus amores,
Tu ilusión y tu esperanza.
Deshojadas y marchitas
¡ Pobres flores de tu alma ! !
Blanca nube de la aurora,
Teñida de ópalo y grana,
Naciente luz te colora,
Refulgente precursora
De la cándida mañana.
Mas ¡ ay ! que se disipó
Tu pureza virginal,
Tu encanto el aire llevó
Cual la ventura ideal
Que el amor te prometió.
Hojas del árbol caídas
Juguetes del viento son :
Las ilusiones perdidas

¡Ay! son hojas desprendidas
Del árbol del corazón.

¡El corazón sin amor!
Triste páramo cubierto
Con la lava del dolor,
Oscuro inmenso desierto
Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,
El sol cayendo en la mar,
En la playa un aduar,
Y á lo lejos un navío
Viento en popa navegar;
Óptico vidrio presenta
En fantástica ilusión,
Y al ojo encantado ostenta
Gratas visiones que aumenta
Rica la imaginación.

Tú eres, mujer, un fanal
Transparente de hermosura :
¡Ay de tí! si por tu mal
Rompe el hombre en su locura
Tu misterioso cristal.

Mas ¡ay, dichosa tú, Elvira,
En tu misma desventura,
Que aún deleites te procura,
Cuando tu pecho suspira,
Tu misteriosa locura!

Que es la razón un tormento,
Y vale más delirar
Sin juicio, que el sentimiento
Cuerdamente analizar,
Fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va que sueña en su locura
Presente el bien que para siempre hayó :

Dulces palabras con amor murmura :
Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora
Cual si presente le mirára allí :
Vedla, que sola se contempla y llora,
Miradla delirante sonreír.

Y su frente en revuelto remolino
Ha enturbiado su loco pensamiento,
Como nubló que en negro torbellino
Encubre el cielo y amontona el viento,

Y vedla cuidadosa escoger flores,
Y las lleva mezcladas en la falda,
Y, corona nupcial de sus amores,
Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío
Triste recuerdo el alma le importuna,
Y al márgen va del argentado río,
Y allí las flores echa de una en una;
Y las sigue su vista en la corriente.
Una tras otras rápidas pasar,
Y confusos sus ojos y su mente
Se siente con sus lágrimas ahogar;

Y de amor canta, y en su tierna queja
Entona melancólica canción,
Cancion que el alma desgarrada deja.
Lamento ¡ay! que haga el corazón.

• ¿Qué me valen tu calma y tu terneza,
Tranquila noche, solitaria luna,
Si no calmáis del hado la crudeza,
Ni me dáis esperanza de fortuna?

• ¿Qué me valen la gracia y la belleza,
Y amar como jamás amó ninguna,
Si la pasión que el alma me devora,
La desconoce aquel que me enamora? •
Lágrimas interrumpen su lamento,

Inclina sobre el pecho su semblante,
Y de ella en derredor susurra el viento
Sus últimas palabras sollozante.

Murió de amor la desdichada Elvira,
Cándida rosa que agostó el dolor,
Suave aroma que el viajero aspira
Y en sus alas el aura arrebató.
Vaso de bendición, ricos colores
Reflejó en su cristal la luz del día,
Mas la tierra empañó sus resplandores,
Y el hombre lo rompió con mano impia.

Una ilusión acarició su mente :
Alma celeste para amar nacida,
Era el amor de su vivir la fuente,
Estaba junta á su ilusión su vida.
Amada del Señor, flor venturosa,
Llena de amor murió y de juventud :
Despertó alegre una alborada hermosa,
Y á la tarde durmió en el ataúd.

Mas despertó tambien de su locura
Al término postrero de su vida,
Y al abrirse á sus piés la sepultura,
Volvió á su mente la razon perdida.
; La razon fría, la verdad amarga !
; El bien pasado y el dolor presente !
; Ella feliz, que de tan dura carga
Sintió el peso al morir únicamente !

Y conociendo ya su fin cercano,
Su mejilla una lágrima abrasó :
Y así al infiel con temblorosa mano,
Moribunda su víctima escribió :

• Voy á morir : perdona si mi acento
Vuela importuno á molestar tu oído :
Él es, don Félix, el postrer lamento
De la mujer que tanto te ha querido.
La mano helada de la muerte siento.....
Adios : ni amor ni compasion te pido.....
Oye y perdona si al dejar el mundo,
Arranca un ; ay ! su angustia al moribundo.

• ; Ah ! para siempre adios. Por tí me vida
Dichosa un tiempo resbalar sentí,
Y la palabra de tu boca oída,
Éxtasis celestial fué para mí.
Mi mente aún goza la ilusión querida
Que para siempre ; misera ! perdí.....
; Ya todo huyó, desapareció contigo !
; Dulces horas de amor, yo las bendigo !

• Yo las bendigo, si, felices horas,
Presentes siempre en la memoria mia,
Imágenes de amor encantadoras,
Que aún vienen á halagarme en mi agonía,
Mas ; ay ! volad, huid, engañadoras
Sombras, por siempre : mi postrero día
Ha llegado : perdon, perdon, ; Dios mio !
Si aún gozo en recordar mi desvarío.

• Y tú, don Felix, si te causa enojos
Que te acuerde yo mi desventura,
Piensa están hartos de llorar mis ojos
Lágrimas silenciosas de amargura,
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,
Concede este consuelo á mi tristura :
Estos renglones compasivo mira,
Y olvida luégo para siempre á Elvira.

• Y jamas turbe mi infeliz memoria
Con amargos recuerdos tus placeres ;
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,

Dichas el mundo, ¡amor otras mujeres!
Y si tal vez mi lamentable historia
A tu memoria con dolor trajeres,
Llórame, si; pero palpíte exento
Tu pecho de roedor remordimiento.

• Adios, por siempre adios: un breve instan-
Siento de vida, y en mi pecho el fuego [te
Aun arde de mi amor: mi vista errante
Vaga desvanecida.... calma luego
¡Oh muerte! mi inquietud... ¡Sola... espiran
Amame: no, perdona: ¡inútil ruego! [tel.
Adios, adios, ¡tu corazón perdí!

Todo acabó en el mundo para mí! •
Así escribió su triste despedida
Momentos antes de morir, y al pecho
Se estrechó de su madre dolorida,
Que en tanto inundó en lágrimas su lecho.
Y exhaló luego su posterr aliento,
Y á su madre sus brazos se apretaron
Con nervioso y convulso movimiento,
Y sus labios un nombre murmuraron.
Y huyó su alma á la mansion dichosa
De los ángeles moran... Tristes flores
Brotó la tierra en torno de su losa;
El céfiro lamenta sus amores,
Sobre ella un sauce su ramaje melina,
Sombra le presta en lánguido desmayo.
Y allá en la tarde, cuando el sol declina,
Baña su tumba en paz su último rayo...

PARTE TERCERA.

CUADRO DRAMÁTICO.

Sarg. ¿Teneis más que parar?
Franco Paro los ojos.

Los ojos sí, los ojos: que descreo
Del que los hizo para tal empleo.
MORETO, San Franco de Sena.

PERSONAS.

D. FÉLIX DE MONTEMAR.
D. DIEGO DE PASTRANA.
SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa
Hasta seis hombre están,
Fija la vista en los naipes,
Mientras juegan al parar:

Y en sus semblantes se pintan
El despecho y el afán:
Por perder desesperados,
Avarientos por ganar.

Reina profunda silencio,
Sin que lo rompa jamás
Otro ruido que el del oro,

O una voz para jurar.
Pálida lámpara alumbra
Con trémula claridad
Negras de humo las paredes
De aquella estancia infernal.
Y el misterioso bramido
Se escucha del huracan,
Que azota los vidrios frágiles
Con sus alas al pasar.

ESCENA I.

JUGADOR PRIMERO.

El caballo aún no ha salido.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Qué carta vino?

JUGADOR PRIMERO.

La sota.

JUGADOR SEGUNDO.

Pues por poco se alborota.

JUGADOR PRIMERO.

Un caudal llevo perdido :
¡Voto á Cristo!

JUGADOR SEGUNDO.

No juréis,

Que aún no estais en la agonía.

JUGADOR PRIMERO.

No hay suerte como la mía.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Y como cuánto perdeis?

JUGADOR PRIMERO.

Mil escudos y el dinero
Que don Félix me entregó.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Dónde anda?

JUGADOR PRIMERO.

¿Qué se yo?
No tardará.

JUGADOR TERCERO.

Envido.

JUGADOR PRIMERO.

Quiero.

ESCENA II.

Galan de talle gentil,
La mano izquierda apoyada
En el pomo de la espada,
Y al aspecto varonil :
Alta el ala del sombrero
Porque descubra la frente,

Con airoso continente
Entró luego un caballero.

JUGADOR PRIMERO (*al que entra*).

Don Félix, á buena hora
Habeis llegado.

D. FÉLIX.

¿Perdisteis!

JUGADOR PRIMERO.

El dinero que me disteis
Y esa bolsa pecadora.

JUGADOR SEGUNDO.

Don Félix de Montemar
Debe perder. El amor
Le pegara su favor
Cuando le viera ganar.

D. FÉLIX (*con desden*).

Necesito ahora dinero
Y estoy hastiado de amores.

(*Al Corro con altivez.*)

Dos mil ducados, señores,
Por esta cadena quiero.

(*Quitase una cadena que lleva al pecho.*)

JUGADOR TERCERO.

Alta poneis la tarifa.

D. FÉLIX (*con altivez*).

La pongo en lo que merece.
Si otra dupa se os ofrece,

Decid,

(*Al corro.*)

Se vende y se rifa.

JUGADOR CUARTO. (*Aparte.*)

¿Y hay quien sufra tal afrenta?

D. FÉLIX.

Entre cinco están hallados.
A cuatrocientos ducados
Os toca, segun mi cuenta.
Al as deoros. Allá va.

(*Va echando cartas, que toman los jugadores
en silencio.*)

Una, dos.....

(*Al perdidoso.*)

Con vos no cuento,

JUGADOR PRIMERO.

Por el motivo lo siento.

JUGADOR TERCERO.

¡El as! ¡El as! A qui esta.

JUGADOR PRIMERO.

Y ganó.

D. FÉLIX.

Suerte teneis.

A un sólo golpe de dados
Tiro los dos mil ducados.

JUGADOR TERCERO.

¿En un golpe?

JUGADOR PRIMERO (*A D. Félix.*)

Los perdeis.

D. FÉLIX.

Perdida tengo yo el alma
Y no me importa un ardite.

JUGADOR TERCERO.
Tirad.

D. FÉLIX.

Al primer envite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad pronto.

D. FÉLIX.

Tened calma :
Que os juego mas todavía,
Y en cien onzas hago el trato,
Y os llevais este retrato
Con marco de pedrería.

JUGADOR TERCERO.

¿En cien onzas?

D. FÉLIX.

¿Qué dudais?

JUGADOR PRIMERO (*tomando el retrato*).

¡ Hermosa mujer !

JUGADOR CUARTO.

No es caro.

D. FÉLIX.

¿ Quereis pararlas ?

JUGADOR TERCERO.

Las paro.

Más ganaré.

D. FÉLIX.

Si ganais (*se registra todo*)
No tengo otra joya aquí

JUGADOR PRIMERO (*mirando al retrato*).

Si esta imágen respirára...

D. FÉLIX.

A estar aquí la jugará
A ella, al retrato y á mí.

JUGADOR TERCERO.

Vengan los dados.

D. FÉLIX.

Tirad.

JUGADOR SEGUNDO.

Por don Félix cien ducados.

JUGADOR CUARTO.

En contra van apostados.

JUGADOR QUINTO.

Cincuenta más. Esperad,
No tireis.

JUGADOR SEGUNDO.

Van los cincuenta.

JUGADOR PRIMERO.

Yo, sin blanca, á Dios le ruego
Por don Félix.

JUGADOR QUINTO.

Hecho el juego.

JUGADOR TERCERO.

¿Tiro?

D. FÉLIX.

Tirad con sesenta

Dejá caballo.

*(Todos se agrupan con ansiedad alrededor de
la mesa. El tercer jugador tira los dados.)*

JUGADOR CUARTO.

¿Qué ha salido?

JUGADOR SEGUNDO.

¡Mil demonios, que á los dos
Nos lleven!

D. FÉLIX *(con calma, al PRIMERO.)*

¡Bien, vive Dios,
Vuestros ruegos me han valido!
Encomendadme otra vez,
Don Juan, al diablo; no sea
Que si os oye Dios, me vea
Cautivo y esclavo en Fez.

JUGADOR TERCERO.

Don Felix, habeis perdido

Sólo el marco, no el retrato,
Que entrar la dama en el trato
Vuestra intencion no habrá sido.

D. FÉLIX.

¿Cuánto diérais por la dama?

JUGADOR TERCERO.

Yo, la vida,

D. FÉLIX.

No la quiero.

Mirad si me dais dinero
Y os la llevais.

JUGADOR TERCERO.

¡Buena fama
Lograréis entre las bellas,
Cuando descubran, altivas,
Que vos las haceis cautivas,
Para en seguida vendellas!

D. FÉLIX.

Eso á vos no importa nada.
¿Quereis la dama? Os la vendo.

JUGADOR TERCERO.

Yo de pinturas no entiendo.

D. FÉLIX *(con cólera.)*

Vos hablais con demasiada

Altivez é irreverencia
De una mujer..... ¡y si no !...

JUGADOR TERCERO.

De la pintura hablé yo.

TODOS.

Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FÉLIX (*sossegado*).

Sobre mi palabra os juego
Mil escudos.

JUGADOR TERCERO.

Van tirados.

D. FÉLIX.

A otra suerte de esos dados,
Y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III.

Pálido el rostro cejijunto el ceño,
Y torva la mirada, aunque afligida,
Y en ella un firme y decidido empeño
De dar la muerte ó de perder la vida.
Un hombre entró, embozado hasta los
Sobre las juntas cejas el sombrero: [ojos
Vibróle al rostro el corazón enojos,
El paso firme, el ánimo altanero,

Encubierta fatidica figura,
Sed de sangre su espíritu secó,
Emponzono su alma la amargura,
La venganza irritó su corazón.

Junto á don Félix llega... y desatento
No habla á ninguno, ni áun la frente inclina;
Y en pié y delante de él y el ojo atento,
Con iracundo rostro le examina.

Miró también don Félix al sombrío
Huésped, que en él los ojos enclavó,
Y con sarcasmo desdeñoso y frío
Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FÉLIX.

Buen hombre, ¿de qué tapiz
Se ha escapado, — el que se tapa, —
Que entre el sombrero y la capa
Se os ve apenas la nariz?

D. DIEGO.

Bien, Don Félix, cuadra en vos
Esa insolencia importuna.

D. FÉLIX.

(Al tercer jugador sin hacer caso de don
Diego.)

Perdisteis.

JUGADOR TERCERO.

Sí. La fortuna
Se trocó : tiro y van dos.

(Vuelven á tirar.)

D. FÉLIX.

Gané otra vez.
(*Al embozado*) No he entendido
Qué dijisteis, ni hice aprecio
De si hablásteis blando ó recio
Cuando me habeis respondido.

D. DIEGO.

A solas hablar querria.

D. FÉLIX.

Podeis, si os place, empezar,
Que por vos no he de dejar
Tan honrosa compañía.
Y si Dios aquí os envía
Para hacer mi conversion,
No desprecies la ocasion
De convertir tanta gente,
Mientras que yo humildemente
Aguardo mi absolucion.

D. DIEGO (*desembozandose con ira*).

D. Félix, ¿no conoceis
A don Diego de Pastrana?

D. FÉLIX.

A vos no, mas si á una hermana
Que imagino que teneis.

D. DIEGO.

¿Y no sabeis que murió?

D. FÉLIX.

Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO.

Pienso que sabeis su historia,
Y quién fué quien la mató.

D. FÉLIX (*con sarcasmo*).

¿Quizá alguna calentura!

D. DIEGO.

¿Mentis vos!

D. FÉLIX.

Calma, don Diego,
Que si vos os morís luego,
Es tanta mi desventura,
Que aun me lo habrán de achacar.
Y es en vano ese despecho:
Si se murió, á lo hecho, pecho;
Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO.

Os estoy mirando y dudo
Si habré de manchar mi espada
Con esa sangre malvada,
O echaros al cuello un nudo
Con mis manos, y con mengua,
En vez de desafiáros,
El corazón arrancaros
Y patearos la lengua.
Que un alma, una vida, es
Satisfacción muy ligera,
Y os diera mil si pudiera
Y os las quitara despues.
Jugo á mi labio han de dar
Abiertas todas tus venas,
Que toda tu sangre apenas

Basta mi sed á calmar.
¡ Villano!

(Tira de la espada, todos los jugadores se interponen.)

TODOS.

Fuera de aquí
A armar quimera.

ALERE D. FELIX (con calma, levantándose).

VERITATIS

Tened,

Don Diego, la espada, y vez
Que estoy yo muy sobre mí
Y que me contengo mucho,
No sé por qué, pues tan frío
En mi colérico brío
Vuestra injurias escucho

D. DIEGO (con furor reconcentrado y con la espada desnuda).

Salid de aquí; que á fe mía,
Que estoy resuelto á mataros,
Y no alcanzará á libraros
La misma Virgen María.
Y es tan cierta mi intencion,
Tan resuelta está mi alma.
Que hasta mi cólera calma
Mi firme resolución.
Venid conmigo.

D. FÉLIX.

Allá voy;
Pero si os mato, don Diego,
Que no me venga otro luégo
A pedirme cuenta. Soy

Con vos al punto. Esperad
Cuente el dinero... uno... dos...
(A Don Diego.)

Son mis ganancias; por vos
Pierdo aquí una cantidad
Considerable de oro
Que iba á ganar... ¿ y por qué?
Diez... quince... por no sé qué
Cuento de amor... ; un tesoro
Perdido!... voy al momento.
Es un puro disparate
Empeñarse en que yo os mate.
Lo digo como lo siento.

D. DIEGO.

Remiso andais y cobarde
Y hablador en demasia.

D. FÉLIX.

Don Diego, más sangre fría:
Para reñir nunca es tarde.
Y si aún fuera otro el asunto
Yo os perdonára la prisa:
Pidiérais vos una misa
Por la difunta, y al punto.

D. DIEGO.

¡ Mal caballero!...

D. FÉLIX.

Don Diego,
Mi delito no es gran cosa.
Era vuestra hermana hermosa:
La vi, me amó, creció el fuego.
Se murió, no es culpa mía;
Y admiro vuestro candor,

Que no se mueren de amor
Las mujeres hoy en día

D. DIEGO.

¿Estais pronto?

D. FÉLIX.

Están contados.

Vamos andando.

D. DIEGO.

¿Os reis?

(Con voz solemne.)

Pensad que á morir venís.

D. FÉLIX. (Sale tras de el embolsándose el dinero con indiferencia.)

Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV.

Los jugadores.

JUGADOR PRIMERO.

Este don Diego Pastrana
Es un hombre decidido.
Desde Flándes ha venido
Solo á vengar á su hermana.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Pues no ha hecho mal disparate?

Me da el corazon su muerte.

JUGADOR TERCERO.

¿Quien sabe? acaso la suerte...

JUGADOR CUARTO.

Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA.

Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor más sombrío, en la más desalentada desesperación y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazón humano, que tan positivamente choca y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(La Protección de un sastre; novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.)

SPIRITUS QUIDEM PROMPTUS EST,
CARO VERO INFIRMA.

(S. MARC. Evang.)

Vedle, don Félix es, espada en mano,
Serenó el rostro, firme el corazón:
Tambien de Elvira el vengativo hermano
Sin piedad á sus piés muerto cayó.
Y con tranquila audacia se adelanta
Por la calle fatal del Ataud;
Y ni medrosa aparición le espanta,
Ni le turba la imágen de Jesús,
La moribunda lámpara que ardía
Trémula lanza su postrar fulgor,
Y en honda oscuridad, noche sombría
La misteriosa calle encapotó.
Mueve los piés el Montemar osado

En las tinieblas con incierto giro,
Cuando ya un trecho de la calle andando,
Súbito junto á él oye un suspiro.
Resbalar por su faz sintió el aliento,
Y á su pesar sus nervios se crisparon:
Mas pasado el primero movimiento,
A su primera rigidez tornaron

« ¿Quién va? » pregunta con la voz serena
Que ni finge valor, ni muestra miedo,
El alma de invencible vigor llena,
Fiado en su tajante de Toledo.
Palpa en torno de sí, y el impío jura,
Y á mover vuelve la atrevida planta,
Cuando hácia él fatídica figura
Envuelto en blancas ropas se adelanta,
Flotante y vaga, las espesas nieblas
Ya disipa y se anima y va creciendo
Con apagada luz, ya en las tinieblas
Su argentina blancor va apareciendo.
Ya leve punto de luciente plata,
Astro de clara lumbre sin mancilla,
El horizonte lóbrego dilata,
Y allá en la sombra en lontananza brilla.
Los ojos Montemar fijos en ella,
Con más asombro que temor la mira;
Tal vez la juzga vagorosa estrella
Que en el espacio de los cielos gira:
Tal vez engaño de sus propios ojos,
Forma falaz que en su ilusion creó,
O del vino ridiculos antojos
Que al fin su juicio á alborotar subió.
Mas el vapor del néctar jerezano
Nunca su mente á trastornar bastára.
Que ya mil veces embriagarse en vano
En frenéticas orgías intentára.

• Dios presume asustarme : ¡ojala fuera,
• Dijo entre sí, riendo, el diablo mismo!
• Que entónces, vive Dios, quién soy supiera,
• El cornudo monarca del abismo. •
Al pronunciar tan insolente ultraje
La lámpara del Cristo se encendió:
Y una mujer velada en blanco traje,
Ante la imagen de rodillas vió.
« Bienvenida la luz, » dijo el impió,
« Gracias á Dios ó al diablo » : y con osada.
Firme intencion y temerario brío,
El paso vuelve á la mujer tapada.
Mientras él anda, al parecer se alejan
La luz, la imagen, la devota dama,
Mas si él se para, de moverse dejan:
Y lágrima tras lágrima derrama
De sus ojos inmóviles la imagen,
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira
Su planta aedaz, ni su impiedad atajen,
Rostro á rostro á Jesús Montemar mira.
— La calle parece se mueve y camina,
Faltarle la tierra sintió bajo el pié;
Sus ojos la muerta mirada fascina
Del Cristo, que intensa clavado está en él.
Y en medio el delirio que embarga su mente,
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,
La lámpara alcanza con mano insolente
Del ara do alumbraba la imagen de Dios;
Y al rostro la acerca, que el cándido lino
Encubre, con ánimo asaz descortés;
Mas la luz apaga viento repentino,
Y la blanca dama se puso de pié,
Empero un momento creyó que veía
Un rostro que vagos recuerdos quizá
Y alegres memorias confusas traía

De tiempos mejores que pasaron ya
Un rostro de unángel que vió en un ensueño
Como un sentimiento que el alma halagó,
Que anubla la frente con rígido halagó,
Sin que lo comprenda jamás la razon.
Su forma gallarda dibuja en las sombras
El blanca ropaje que ondeante se ve,
Y cual si pisára mullidas alfombras,
Deslizase leve sin ruido su pié.
Tal vimos al rayo de la luna llena
Fugitiva vela de léjos cruzar,
Que ya la hinche en popa la brisa serena
Que ya la confunde la espuma del mar.
Tambien la esperanza blanca y vaporosa
Así ante nosotros pasa en ilusion,
Y el alma commueve con ánsia medrosa
Mientras la rechaza la adusta razon.

D. FÉLIX.

• ¡Qué! ¿ Sin respuesta me deja?
¿ No admitís mi compañía?
¿ Será quizá alguna vieja
Devota?... ¿ Chasco sería!
En vano, dueña, es callar,
Ni hacerme señas que no :
He resuelto que si yo,
Y os tengo de acompañar,
Y he de saber dónde vais,
Y si sois hermosa ó fea,
Quién sois y cómo os llamáis.
Y aun cuando imposible sea,
Y fuérais vos Satanas
Con sus llamas y sus cuernos,
Hasta en los mismos infiernos,
Vos delante y yo detrás,

Hemos de entrar, ¡Vive Dios
Y aunque lo estorbara el cielo,
Que yo he de cumplir mi anhelo
Aun á despecho de vos :
Y perdonadme señora,
Si hay en mi empeño osadía,
Mas fuera descortesía
Dejaros sola á esta hora :
Y me va en ello mi fama,
Que, juro á Dios, no quisiera
Que por temor se creyera
Que no he seguido á una dama. *

Del honco del pecho profundo gemido,
Crujido del vaso que estalla al dolor,
Que apenas medroso lastima el oído,
Pero que punzante rasga el corazón ;
Gemido de amargo recuerdo pasado,
De pena presente, de incierto pesar,
Mortífero aliento, veneno exhalado
Del que encubre el alma ponzoñoso mar
Gemido de muerte lanzó, y silenciosa
La blanca figura su pié resbaló,
Cual mueve sus olas Sifide amorosa
Que apenas las aguas del lago rizó.
¡Ay, el que vió acaso perdida en un día
La dicha que eterna creyó el corazón,
Y en noche de nieblas, y en honda agonía
En un mar sin playas muriendo quedó !
¡Y sólo y llevando consigo en su pecho,
Compañero eterno, su dolor cruel,
El mágico encanto del alma deshecho,
Su pena, su amigo y su amante más fiel ;
Miró sus suspiros llevarlos al viento,
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,

Sin nadie que acuda ni atienda á su acento,
Insensible el cielo y el mundo á su mal.....
Y ha visto la luna brillar en el cielo
Serena y en calma mientras él lloró,
Y ha visto á los hombres pasar en el suelo
Y nadie á sus quejas los ojos volvió ;
Y él mismo, la hefa del mundo temblando,
Su pena en su pecho profunda escondió,
Y dentro en su alma su llanto tragando
Con falsa sonrisa su labio vistió!!.....
¡Ay! quien ha contado las horas que fueron
Horas otro tiempo que abrevió el placer,
Y hoy solo y llorando piensa cómo huyeron
Con ellas por siempre las dichas de ayer ;
Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,
No huyeron del mundo, que en el mundo están,
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,
Y aquellos placeres para él no son ya!!
¡Ay! el que descubre por fin la mentira,
¡Al que la triste realidad palpó,
El que el esqueleto de este mundo mira,
Y sus falsas galas, loco, le arrancó.....
¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado!.....
¡Ay! el que su alma nutre en su pesar,
Las horas que huyeron llamará angustiado,
Las horas que huyeron y no torrarán.....
Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,
Quien noches enteras cantó sin dormir
En lechos de espinas, maldiciendo al cielo,
Horas sempiternas de ansiedad sin fin ;
Quien haya sentido quererse del pecho
Saltar á pedazos rotó el corazón ;
Crecer su delirio, crecer su despecho ;
Al cuello cien nudos echarle el dolor :
Ponzoñoso lago de punzante hielo,

Sus lágrimas tristes que cuajó el pesar,
Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afán...
Aquél, de la blanca fantasma el gemido,
Única respuesta que á don Félix dió,
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendida,
Hubiera pesado su inmenso valor

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

D. FELIX.

• Si buscáis algun ingrato,
Yo me ofrezco agradecido;
Pero, ó miente ese recato,
O vos sufrís el mal trato
De algun celoso marido.
¡Acerté? ¡Necia manía!
Es para volverme loco,
Si insistís en tal porfía;
Con los mudos, reina mía,
Yo hago mucho y hablo poco. •

Segunda vez importunada en tanto,
Una voz de suave melodía
El estudiante oyó, que parecia
Eco lejano de armonioso canto:
De amante pecho lánguido latido,
Sentimiento inefable de ternura,
Suspiro fiel de amor correspondido,
El primer sí de la mujer áun pura.
¡Para mí los amores acabaron:
Todo en el mundo para mí acabó:
Los lazos que á la tierra me ligaron,
El cielo para siempre desató.
Dijo su acento misterioso y tierno,
Que de otros mundos la ilusión traía,

Eco de los que ya reposo eterno
Gozan en paz bajo la tumba fria,
Montemar, atento sólo á su aventura,
Que es bella la dama y áun fácil juzgó
Y la hora, la calle y la noche oscura
Nuevos incentivos á su pecho son. [paro!
— Hay riesgo en seguir me. — ¡Mirad qué re-
— Quizá luego os pese. — Puede que por vos.
— Ofendeis al cielo. — Del diablo me emparo.
— Idos, caballero, no tenteis á Dios.
— Siento me enamora más vuestro despejo,
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:
Véame en vuestros brazos y máteme luego.
— Vuestra última hora quizá ésta será!...
Dejad ya, don Félix, delirios mundanos. —
— ¡Hola, me conoce! — ¡Ay! temblad por vos!
¡Temblad, no se truequen deleites livianos
En penas eternas! — Basta de sermón,
Que yo para oírlos la Cuaresma espero;
Y hablemos de amores que es más dulce ha-
Dejad ese tono solemne y severo. [blar:
Que os juro, señora, que os sienta muy mal:
La vida es la vida: cuando ella se acaba,
Acaba con ella tambien el placer.
De inciertos pesares ¿por qué hacerla esclava?
Para mí no hay nunca mañana ni ayer;
Si mañana muero, que sea en mal hora
O en buena, cual dicen, ¿qué me importa á mí?
Goce ye el presente, disfrute yo ahora,
Y el diablo me lleve siquiera al morir.
— ¡Cúmplase, en fin, tu voluntad, Dios mío! —
La figura fatídica exclamó:
Y en tanto al pecho redoblar su brio
Siente don Félix y camina en pos.
Cruzan tristes calles,

Plazas solitarias,
Arruinados muros,
Donde sus plegarias
Y falsos conjuros,
En la misteriosa
Noche borrascosa.
Maldecida bruja
Con ronca voz canta.
Y de los sepulcros
Los muertos levanta,
Y sueñan los ecos
De sus pasos huecos
En la soledad.
Mientras en silencio
Yace la ciudad,
Y en lúgubre són
Arrulla su sueño
Bramando Aquilon.
Y una calle y otra cruzan,
Y más allá y más allá:
Ni tiene término el viaje,
Ni nunca dejan de andar.
Y atraviesan, pasan, vuelven
Cien calles quedando atrás,
Y paso tras paso siguen,
Y siempre adelante van:
Y á confundirse ya empieza
Y á perderse Montemar,
Que ni sabe á dó camina,
Ni acierta ya dónde esta:
Y otras calles, otras plazas
Recorre y otra ciudad,
Y ve fantásticas torres
De su eterno pedestal
Arrancarse, y sus macizas

Negras masas caminar,
Apoyándose en sus ángulos,
Que en la tierra en desigual,
Perezoso tranco fijan;
Y á su monótono andar,
Las campanas sacudidas
Misteriosos dobles dan;
Mientras en danzas grotescas
Y al estruendo funeral
En derredor cien espectros
Danzan con torpe compás:
Y las veletas sus frentes
Bajan ante él al pasar,
Los espectros le saludan,
Y en cien lenguas de metal
Oye su nombre en los ecos
De las campanas sonar.
Mas luego cesa el estrépito,
Y en silencio, en muda paz.
Todo queda, y desaparece
De súbito la ciudad:
Palacios, templos, se cambian
En campos de soledad,
Y en un yermo y silencioso,
Melancólico arenal,
Sin luz, sin aire, sin cielo,
Perdido en la inmensidad.
Tal vez piensa que camina,
Sin poder parar jamás,
De extraño empuje llevado
Con precipitado afán;
Entretando que su guía
Delante de él, sin hablar,
Sigue misteriosa, y sigue
Con paso rápido y ya

Se remonta ante sus ojos
En alas del huracan,
Vision sublime, y su fren
Ve fosfórica brillar
Entre lívidos relampagos
En la densa oscuridad,
Sierpes de luz, luminosos
Engendros del vendabal:
Y cuando duda si duerme,
Si tal vez sueña ó está
Loco, si es tanto prodigio,
Tanto delirio verdad;
Otra vez en Salamanca
Súbito vuélvese á hallar,
Distingue los edificios,
Reconoce en donde está,
Y en su delirante vértigo
Al vino vuelve á culpar,
Y jura, y sigue andando
Ella delante, él detras.
• ¡Vive Dios! dice entre sí
O Satanas se chancea,
O no debo estar en mí,
O el Málaga que bebí
En mi cabeza aún humea.
• Sombras, fantasmas, visiones...
Dale con tocar á muerto,
Y en revueltas confusiones,
Danzando estos torreones
Al compás de tal concierto,
• Y el juicio voy á perder
Entre tantas maravillas,
Que estas torres llegue á ver
Como mulas de alquiler,
Andando con campanillas.

• Y esta mujer ¿quién será?
Mas si es el diablo en persona,
¿A mí qué diantre me da?
Y más, que el traje en que va
En esta ocasion, le abona.
• Noble señora, imagino
Que sois nueva en el lugar;
Andar así es desatino:
O habeis perdido el camino,
O esto es andar por andar.
• Ha dado en no responder,
Que es la más rara locura
Que puedo hallarse en mujer,
Y en qué yo la he de querer
Por su paso de andadura. •

En tanto don Félix á tientas seguía,
Delante camina la blanca vision,
Triplica su espanto la noche sombría,
Sus hórridos gritos redobla Aquilon.
Rechinan girando la ferreas veletas,
Crujir de cadenas se escucha sonar,
Las altas campanas, por el viento inquietas,
Pausados sonidos en las torres dan.
Ruidos de pasos de gente, que viene
A compás marchando con sordo rumor,
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,
Y rezar parece en confuso són.
Llegó de don Félix luego á los oidos,
Y luego cien luces á lo lejos vió,
Y luego en hileras largas divididos
Vió que murmurando con lúgubre voz,
Enlutados bultos andando venian,
Y luego más cerca con asombro ve,
Que un féretro en medio y en hombros traian

Y dos cuerpos muertos tendidos en él.
Las luces, la hora, la noche, profundo,
Infernal arcano parece encubrir,
Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo,
Cuando todo anuncia que habrá de morir [do,
Al hombre, que loco la recia tormenta
Corrió de la vida, del viento á merced,
Cuando una voz triste las horas le cuenta,
Y en lodo sus pompas convertidas ve,
Perzoso es que tenga de diamante el alma
Quien no sienta el pecho de horror palpar,
Quien, como don Félix, con serena calma
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar,
Así en tardos pasos, todos murmurando,
El lúgubre entierro ya cerca llegó.
Y la blanca dama devota rezando,
Entrambas rodillas en tierra dobló.
Calado el sombrero y en pié indiferente
El féretro mira don Félix pasar,
Y al paso pregunta con su aire insolente
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.
Más ; cuál su sorpresa, su asombro cual fuera,
Cuando horrorizado con espanto ve
Que el uno don Diego de Pastrana era,
Y el otro ¡Dios santo ! ; y el otro era él !...
Él mismo, su imagen, sa misma figura,
Su mismo semblante, que él mismo era en
Y duda, y se palpa, y fria pavora [fia :
Un punto en sus venas sintió discurrir.
Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió ;
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,
Pronto su fiera se volvió al corazón.

• Lo que es, dijo, por Pastrana,

Bien pensado está el entierro ;
Mas es diligencia vana
Enterrarme á mí, y mañana
Me he de quejar de este yerro.

• Diga, señor enlutado,
¿ A quién llevan á enterrar ?
— Al estudiante endiablado
Don Félix de Montemar,
Respondió el encapuchado.

— Mientes, truhan. — No por cierto. —
— Pues decidme á mi quién soy,
Si gustáis, porque no acierto
Cómo á un mismo tiempo estoy
Aquí vivo y allí muerto.

• Yo no os conozco. — Pardiez,
Que si me llevo á enojar,
Tus burlas te haga llorar
De tal modo, que otra vez
Conozcáis ya á Montemar.

• ¡ Villano !... mas esto es
Ilusion de los sentidos,
El mundo que anda al revés,
Los diablos entretenidos
En hacerme dar traspies

• ¡ El fanfarron de don Diego !
De sus mentiras reniego.
Que cuando muerto cayó.
Al infierno se fue luégo
Contando que me mató. •

Diciendo así, solló una carcajada,
Y las espaldas con desden volvió :
Se hizo el bigote, requirió la espada,
Y á la devota dama se acercó.

• Conque en fin, ¿donde vivis?
Que se hace tarde, señora.
— Tarde, aún no : de aquí á una hora
Lo será. — Verdad decís,
Será mas tarde que ahora.

• Esa voz con que haceis miedo,
De vos me enamora más :
Yo me he echado el alma atrás ;
Juzgad si me dará un bledo
De Dios ni de Satanas.

— Cada paso que avanzais
Lo adelantais á la muerte,
Don Félix. Y no temblais,
Y el corazon no os advierte
Que á la muerte carainais ? •

Con eco melancólico y sombrío
Dijo así la mujer, y el sordo acento,
Sonando en torno del mancebo impio,
Rugió en la voz del proceloso viento.
Las piedras con las piedras se golpearon,
Bajo sus piés la tierra retemblo,
Las aves de la noche se juntaron,
Y sus alas crujir sobre él sintió :
Y en la sombra unos ojos fulgurantes
Vió en el aire vagar que espanto inspiran.
Siempre sobre él saltándose anhelantes :
Ojos de horror que sin cesar le miran,
Y los vió y no temblo : mano á la espada
Puso y la sombra intrépida embistió,
Y ni sombra encontró ni encontró nada ;
Sólo fijos en él los ojos vió,
Y alzó los suyos impaciente al cielo,
Y rechinó los dientes y maldijo.
Y en él creciendo el infernal anhelo,

Con voz de enojo blasfemando, dijo :
• Seguid, señora, y adelante vamos :
Tanto mejor si sois el diablo mismo,
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,
Y acébase por fin tanto enbolismo
• Que de tanto sermón, de farsa tanta,
Juro, pardiez, que fatigado estoy
Nada mi firme voluntad quebranta.
Sabed, en fin, que donde vayais, voy.
• Un término no más tiene la vida :
Terminó fijo ; un paradero el alma :
Ahora adelante. • Dijo, y en seguida
Camino en pós con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,
Y era una puerta altísima, y se abrieron
Sus hojas en el punto en que llamó,
Que á un misterioso impulso obedecieron :
Y tras la dama el estudiante entró :
Ni pajes ni doncellas acudieron :
Y cruzan á la luz de unas bujías
Fantásticas, desiertas galerías,

Y la vision como engañoso encanto,
Por las losas delizase sin ruido,
Toda encubierta bajo el blanco manto
Que barré el suelo en pliegues desprendido :
Y por el largo corredor en tanto
Sigue adelante, y siguela atrevido,
Y su temeridad raya en locura,
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
Lánguida luz y cárdena esparcian,
Y en torno en movimientos desiguales

Las s6mbras se alejaban 6 venian :
Arcos aqu4 ruinosos, sepulcrales,
Urnas all4 y estatuas se veian,
Rotas columnas, patios mal seguros,
Hierbosos, tristes, h6medos y oscuros.

Todo vago, quim6rico y sombrío,
Edificio sin base ni cimiento
Ondula cual fant6stico navio
Que anclado mueve boroscoso viento.
En un silencio aterrador y frio
Yace all4 todo : ni rumor, ni aliento
Humano nunca se escuch6 : callado,
Corre all4 el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas 6 las muertas horas
Siguen en el reloj de aquella vida,
Sombras de horror girando aterradoras,
Que all4 aparecen en medrosa huida ;
Ellas sol4s y triste moradoras
De aquella negra, funeral guarida.
Cual sonada fant6stica quimera,
Vienen 6 ver el que su paz altera.

Y en 6l enclavan los hundidos ojos
Del fondo de la larga galeria,
Que brillan lej6s, cual carbonos rojos,
Y espant4ran la misma valentia :
Y muestran en su rostro sus enojos
Al ver hollada su mansi6n sombría,
Y ora en grupos delante se aparecen,
Ora en la sombra all4 se desvanecen

Grandiosa, sat6nica figura,
Alta la frente, Montemar camina

Espiritu sublime en su locura,
Provocando la c6lera divina :
F6brica fr6gil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina,
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza 6 su trono y le provoca 6 duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollado s4, pero jamas vencida ;
El hombre, en fin, que en su ansiedad que-
Su limite 6 la c6rcel de la vida, [branta
Y 6 Dios llama ante 6l 6 darle cuenta,
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un b6quico cantar tarareando,
Cruza aquella quim6rica morada,
Con atrevida indiferencia andando,
Mofa en los l6bios, y la vista osada :
Y el rumor que sus pasos van formando,
Y el golpe que al andar le da la espada.
Tristes ecos, sigui6ndole letras,
Repite con mon6tono compas.

Y aquel extraño y 6nico r6ido
Que de aquella mansi6n los ecos llena,
En el suelo y los techos repetido,
En su profunda soledad resuena ;
Y espira all4 cual funeral gemido
Que lanza en su dolor la 6nima en pena,
Que al fin del corredor largo y oscuro,
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,

fundo de sombras, vida que es un sueño,
vida, que con la muerte confundida,
ñe sus sienes con letal befeño;
fundo, vaga ilusion descolorida
e nuestro mundo y vaporoso ensueño,
on aquel ruido y su locura insana,
a sola imagen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía
e la alma dicha la ilusion parece,
ue ora acaricia la esperanza impía,
ra al tocarla ya se desvanece :
lanca, flotante nube, que en la umbria
oche, en alas del céfiro se mece,
u airosa ropa, desplegada al viento,
emeja en su callado movimiento :

Humo suave de quemado aroma
ue al aire en ondas á perderse asciende,
lazo de luna que en la parda loma,
ual un broche su cima al éter prende;
ilfa que con el alba envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
de negras sombras y de luz teñidas,
ntre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,
ue apenas toca con los piés al suelo,
ruza aquella morada tenebrosa
a mágica vision del blanco velo;
mágen fiel de la ilusion dichosa
ue acaso el hombre encontrará en el cielo,
ensamiento sin fórmula y sin nombre,
ue hace rezar y blasfemar al hombre.
Y al fin del largo corredor llegando,

Montemar sigue su callada guía,
Y una de mármol negro va bajando
de caracol torcida gradería,
larga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veía
Suspendida en el aire y con violento,
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino
Infinito prolóngase y se extiende,
Y el juicio pone en loco desatino
A Montemar que en tumbos mil desciende,
Y envuelto en el violento torbellino.
Al aire se imagina, y se desprende,
Y sin que el raudo movimiento ceda,
Mil vueltas dando, á los abismos rueda :

Y de escalon en escalon cayendo,
Blasfema y jura con lenguaje inundo,
Y su furioso vértigo creciendo,
Y despenado rápido al profundo,
Los silbos ya del huracan oyendo,
Ya ante él pasando en confusion el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,
Y aplauzos y brutales carcajadas,

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, rizas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos,
Viendo debajo de él, sobre él onhiestos,
Hombres, mujeres, todos confundidos,
Con sándia pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perpétuo remolino giran.

Siente por fin que de repente pára,
 Y un punto sin sentido se quedó ;
 Mas luego valeroso se repara,
 Abrió los ojos y de pié se alzó :
 Y fué el primer objeto en que pensara
 La blanca dama, y al redor miró,
 Y al pié de un triste monumento hallóla
 Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
 Que en medio de la estancia se elevaba,
 Y á un tiempo á Montemar ; raro portento !
 Una tumba y un lecho sem-jaba :
 Ya imaginó su loco pensamiento
 Que abierta aquella tumba le aguardaba,
 Ya imaginó tambien que el lecho era
 Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,
 Y á terminar resuelto su aventura,
 Al cielo y al infierno desafia
 Con firme pecho y decision segura :
 A la blanca vision su planta guía,
 Y á descubrirse el rostro la conjura,
 Y á sus piés, Montemar tomando asiento,
 Así la habló con animoso acento :

• Diablo, mujer ó vision.
 Que á juzgar por el camino
 Que conducé á esta mansion,
 Eres puro desatino
 O diabólica invencion :
 • Si quier de parte de Dios,
 Si quier de parte del diablo,
 ¿ Quién nos trajo aquí á los dos ?

Decidme, en fin, ¿ quién sois vos !
 Y sepa yo con quién hablo :
 • Que más que nunca palpita
 Resuelto mi corazon,
 Cuando en tanta confusion,
 Y en tanto arcano que irrita,
 Me descubre mi razon.
 • Que un poder aquí supremo
 Invisible se ha mezclado,
 Poder que siento y no temo,
 A llevar determinado,
 Esta aventura al extremo. •

Fúnebre
 Llanto
 De amor,
 Oyese
 En tanto
 En són
 Flébil, blando,
 Cual quejido
 Dolorido
 Que del alma
 Se arrancó :
 Cual profundo
 ¡ Ay ! que exhala
 Moribundo
 Corazon.
 Música triste,
 Languida y vaga,
 Que á par lastimosa
 Y el alma halaga ;
 Dulce armonia
 Que inspira al pecho
 Melancolia,

Como el murmullo
De algún recuerdo
De antiguo amor,
A un tiempo arrullo
Y amarga pena
Del corazón.

Mágico embeleso,
Cántico ideal,
Que en los aires vaga
Y en sonoras ráfagas
Aumentando va:
Sublime y oscuro,
Rumor prodigioso,
Sordo acento lúgubre,
Eco sepulcral,
Músicas lejanas,
De entutado parche
Redoble monótono
Cercano huracán,
Que apenas la copa
Del árbol menea
Y bramando está:
Olas alteradas
De la mar bravía,
En noche sombría
Los vientos en paz,
Y cuyo rugido
Se mezcla al gemido
Del muro que trémulo
Les siente llegar:
Pavoroso estrépito,
Infalible presage
De la tempestad.
Y en rápido *crescendo*,
Los lúgubres sonidos

Más cerca vanse oyendo
Y en ronco rebramar;
Cual trueno en las montañas
Que retumbando va,
Cual ruged las entrañas
De horrisono volcan.
Y algazara y gritería,
Crujir de afilados huesos
Rechinamiento de dientes
Y retemblar los cimientos.
Y en pavoroso estallido
Las losas del pavimento
Separando sus junturas
Irse poco á poco abriendo,
Siente Montemar, y el ruido
Más cerca crece, y á un tiempo
Escucha chocarse craneos,
Ya descarnados y secos.
Temblar en torno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rugir las airadas olas,
Estallar el ronco trueno,
Exhalar tristes quejidos
Y prorampir en lamentos:
Todo en furiosa armonía,
Todo en frenético estruendo
Todo en confuso trastorno,
Todo mezclado y diverso.
Y laégo el estrépito crece
Confuso y mezclado en un son,
Que rónico en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido

Medroso y sonoro se alzó:
Sintió, removidas las tumbas,
Crujir á sus piés con fragor,
Chocar en las piedras los cáneos
Con rabia y ahinco feroz,
Romper intentando la losa,
Y huir de su eterna mansion
Los muertos, de súbito oyendo
El alto mandato de Dios.
Y de pronto en horrendo estampido
Desquiciarse la estancia sintió,
Y al temblor fártareo rüido
Cien espectros alzarse miró:
De sus ojos los huecos fijaron
Y sus dedos enjutos en él;
Y despues entre sí se miraron,
Y á mostrarle tornaron despues;
Y enlazadas las manos siniestras
Con dudoso, espantado ademan
Contem plando, y tendidas sus diestras
Con asómbro al osado mortal,
Se acercaron despacio, y la seca
Calavera, mostrando temor,
Con inmóvil, irónica mueca
Inclinaron, formando en redor.
Y entónces la vision del blando velo
Al fiero Montemar tendió una mano,
Y era su tacto de crispante hielo,
Y resistirlo audaz intentó en vano:
Galbánica, cruel, nerviosa y fria,
Histérica y horrible sensacion,
Toda la sangre coagulada envía
Agolpada y helada al corazon.....
Y á su despecho y maldiciendo al cielo.
De ella apartó su mano Montemar,

Y temerario alzándolo á su velo,
Tirando de él la descubrió la faz,
¡Es su esposo!! los ecos retumbaron,
¡La esposa al fin que su consorte hallo!!
Los espectros con júbilo gritaron:
¡Es el esposo de su eterno amor!!
Y ella entónces gritó: *¡Mi esposo!!*; Y era
(¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!)
Una sórdida, horrible calavera
La blanca dama del gallardo andar!...
Luégo un caballero de espuela dorada,
Airoso, aunque el rostro con mortal color,
Traspasado el pecho de fiera estocada,
Aun brotando sangre de su corazon,
Se acerca y le dice, su diestra tendida,
Que impávido estrecha tambien Montemar:
— Al fin la palabra que disteis, cumplida,
Doña Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:
Mímuerte ós perdono. — Por cierto, D. Diego,
Repuso don Félix tranquilo á su vez,
Me alegro de veros con tanto sosiego,
Que á fe no esperaba volveros á ver.
En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,
Raro casamiento venisme á ofoecer;
Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;
Mas no se os figure que ós quiera ofender:
Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,
Y esperó no salga fallido mi plan,
Que en caso tan raro, y mi esposa muerta,
Tanto como viva no me cansará.
Mas ántes decidme si Dios ó el demonio
Me trajo á este sitio, que quisiera ver
Al uno ú al otro, y en mi matrimonio
Tener por padrino siquiera á Luzbel:
Cualquiera ó entrámbos con su corte toda,

Estando estos nobles espectros aquí,
No perdiera mucho viniendo á mí boda...
Hermano don Diego, ¿no pensais así? •
Tal dijo don Félix con fruncido ceño,
En torno arrojando con fiero ademan
Miradas audaces de altivo desdén.
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.
El cariado, livido esqueleto,
Los frios, largos y asquerosos brazos,
Le enreda en tanto en apretados lazos,
Y ávido le acaricia en su ansiedad :
Y con su boca cavernosa busca
La boca á Montemar, y á su mejilla
La árida, descarnada y amarilla,
Junta y refriega, repugnante faz,
Y él envuelto en sus secas coyunturas,
Aun más sus nudos que se aprietan siente
Baña un mar de sudor su ardida frente
Y crece en su impotencia su furor :
Fugna con ansia á desasirse en vano,
Y cuanto más airado forcejea,
Tanto más se le junta y le desea
El rudo espectro que le inspira horror.
Y en furioso, veloz remolino,
Y en aérea, fantástica danza,
Que la mente del hombre no alcanza
En su rápido curso á seguir,
Los espectros su ronda empezaron,
Cual en círculos raudos el viento
Remolinos de polvo violento,
Y hojas secas agita sin fin.
Y elevando sus áridas manos,
Resonando cual lúgubre eco,
Levantóse en su cóncavo hueco
Semejante á un aullido una voz

Pavorosa, monótona, informe,
Que pronuncia sin lengua su boca,
Cual la voz que del aspera roca
En los senos el viento formó.

• Cantemos, dijeron sus gritos,
La gloria, el amor de la esposa,
Que enlaza en sus brazos dichosa,
Por siempre al esposo que amo :
Su boca á su boca se junte,
Y selle su eterna delicia,
Süave, amorosa caricia
Y lánguido beso de amor.
Y en mútuos abrazos unidos,
Y en blando y eterno reposo,
La esposa enlazada al esposo
Por siempre descansen en paz.
Y en fúnebre luz ilumine
Sus bodas fatídica tea,
Les brinde deleites y sea
La tumba su lecho nupcial. •
Mientras, la ronda frenética
Que en raudos giro se agita,
Más cada vez precipita
Su vértigo sin ceder ;
Más cada vez se atropella
Mas cada vez se arrebata,
Y en círculos se desata,
Violentos más cada vez :
Y escapa en rueda quimérica,
Y negro punto parece
Que en torno se desvanece
A la fantástica luz,
Y sus lúgubres aullidos,
Que pavorosos se extienden,

Los aires rápidos hienden
Más prolongados aún.
Y á tan continuo vértigo,
A tan funesto encanto,
A tan horrible canto,
A tan tremenda lid;
Entre los brazos lúbricos
Que aprémianle sujeto,
Del hórrido esqueleto
Entre caricias mil;
Jamás vencido el ánimo,
Su cuerpo ya rendido,
Sintió desfallecido
Faltarle Montemar :
Y á par que más su espíritu
Desmiente su miseria,
La flaca vil materia
Comienza á desmayar.
Y siente un confuso,
Loco devaneo,
Languidez, mareo
Y angustioso afan :
Y sombras y luces
La estancia que gira,
Y espíritus mira
Que vienen y van.
Y luego á lo léjos,
Flébil en su oído,
Eco dolorido
Lángido sonó,
Cual la melodía
Que el aura amorosa,
Y el aura armoniosa
De noche formó :
Y siente luégo

Su pecho ahogado,
Y desmayado,
Turbios sus ojos,
Sus graves párpados
Flojos caer :
La frente inclina
Sobre su pecho.
Y á su despecho,
Siente sus brazos
Lánguidos, débiles
Desfallecer.
Y vió luégo
Una llama
Que se inflama
Y murió:
Y perdido,
Oye el eco
De un gemido
Que espiró.
Tal, dulce
Suspira
La lira
Que hirió
En blando
Concento
Del viento
La voz,
Leve,
Breve
Són.

En tanto en nubes de carmin y grana
Su luz el alba arrebolada envía,
Y alegre regocija y engalana
Las altas torres el naciente día :

Sereno el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, transparente y fría
Vierte á la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche, y con la noche huían
Sus sombras y quiméricas mujeres.
Y á su silencio y calma sucedían
El bullicio y rumor de los talleres.
Y á su trabajo y á su afán volvían
Los hombres y á sus frívoles placeres,
Algunos hoy volviendo á su faena
De zozobra y temor el alma llena :

¡ Que era pública voz, que llanto arranca
Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de mujer y en una blanca
Túnica misteriosa revestido,
Aquella noche el diablo á Salamanca
Había en fin por Montemar venido!...
Y si, lector, dijeres ser cuento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

EL DOS DE MAYO

¡ Oh ! ; Es el pueblo ! ! Es el pueblo ! Cual las
Del hondo mar alborotado brame ; [olas
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencía clama.
Hombres mujeres, vaelan al combate,
El volcan de sus iras estalló :
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazón colérico español.

La frente coronada de laureles,
Con el botín de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los coreles,
En cien campañas veterana tropa ;
Los que al rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus piés naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridades ;
A eterna iucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira ;
Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira,
Graba en su frente luminosa huella

Sereno el cielo, calma la mañana,
Blanda la brisa, transparente y fría
Vierte á la tierra el sol con su hermosura
Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche, y con la noche huían
Sus sombras y quiméricas mujeres.
Y á su silencio y calma sucedían
El bullicio y rumor de los talleres.
Y á su trabajo y á su afán volvían
Los hombres y á sus frívoles placeres,
Algunos hoy volviendo á su faena
De zozobra y temor el alma llena :

¡ Que era pública voz, que llanto arranca
Del pecho pecador y empedernido,
Que en forma de mujer y en una blanca
Túnica misteriosa revestido,
Aquella noche el diablo á Salamanca
Había en fin por Montemar venido!...
Y si, lector, dijeres ser cuento,
Como me lo contaron, te lo cuento.

EL DOS DE MAYO

¡ Oh ! ; Es el pueblo ! ! Es el pueblo ! Cual las
Del hondo mar alborotado brame ; [olas
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencía clama.
Hombres mujeres, vaelan al combate,
El volcan de sus iras estalló :
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazon colérico español.

La frente coronada de laureles,
Con el botín de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los coreles,
En cien campañas veterana tropa ;
Los que al rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron á sus piés naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones ;
A eterna iucha, á sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira ;
Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira,
Graba en su frente luminosa huella

La lumbre que destella el corazón,
Y á parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañon.

¡ Oh de sangre y valor glorioso día!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos; ay! y en la memoria mia,
Santo recuerdo de virtud, quedarou.

Entónces, indignados me decian,
Cayó el cetro español pedazos hecho;
Por precio vil á extraños nos vendian,
Desde el de Carlos profanado lecho.

La corte del monarca disoluta;
Prosternada á las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta,
Al trono de los reyes ensalzado

Sobre coronas, tronos y tiaras
Su orgullo sólo y su capricho ley;
Horda de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey.

Fijo en España el ojo centellante,
El pirene á salvar pronto el bridon,
Al rey de reyes, al audaz gigante
Ciegos ensalzan, siguen en monton.

Y vosotros ¿ qué hicisteis entre tanto
Los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hémbros débil llanto
O adular bajamente á la fortuna.

Buscar tras la extranjera bayoneta
Seguro á vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles á la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar *canalla*.

! *Canalla!* si, vosotros los traidores,
Los que negais al entusiasmo ardiente
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!

! *Canalla!* si, los que en la lid, alarde
Hicieron de su infame villanía,
Disfrazando su espíritu cobarde
Con la sana razon segura y fria!

¡ Oh! La *canalla*, la *canalla* en tanto
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo
Quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogia,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando á su príncipe ofrecia.

Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde y el traidor se esconde;
Truena el cañon y el grito castellano
De *Independencia* y *Libertad* responde.

¡ Héroes de Mayo, levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera;
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailen y Talavera;

Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y á los de Zaragoza alta corona
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.

Mas, ay! ¿ por qué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y alegría,
Y el alma atropellados alborotan
Tantos recuerdos de honra y valentía;

Negra nube en el alma se levanta
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazón quebranta
Y se ahoga la voz entre gemidos?

¡ Oh! levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aún arde en ella con eterna vida

La luz de la victoria!

¡Oh! levantalla del eterno sueño,
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño
La vergüenza y baldon de vuestros hijos!
Quizá en vosotros donde el fuego arde
Del castellano honor, aun sobre vida
Para alentar el corazon cobarde
Y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿cuál fué el galardón de vuestro celo
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heroica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldon dejó manchado.

¡Ay! para hollar la libertad sagrada
El príncipe, borron de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla ¡oh Dios! á los franceses vieron
Y hollarla á los franceses les dejaron.
Como la mar tempestuosa ruge,
La losa al choque de los cráneos duros,
Tronó y se alzó con indignado empuje
Del galo audaz bajo los piés impuros.

Y aun hoy hélos allí que su semblante
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y á Luis Felipe, en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.

La vil palabra ¡intervención! gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban;

De vuestros timbres sin honor mofaron,
Mientras en su impudor se encenagaban,
Hoy esa raza degradada, esparida,
Pobre nacion, que esclavizarte anhela,
Busca también por renovar tu injuria
De extranjeros monarcas la tutela.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor, que en la memoria
Sólo nos queda hoy día.

Verted juntando las dolientes manos
Lágrimas ¡ay! que escalde la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos.
No bastan á borrar vuestra mancha,

Llorad como mujeres; vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivis en tanta mengua.
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! en el dolor eterno que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira
Roto también mi corazon estalle.

ENSAYO ÉPICO

FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

EL PELAYO (1)

PRIMERO.

I.

De los pasados siglos la memoria
Trae á mi alma inspiracion divina,
Que las tinieblas de la antigua historia
Con sus fulgentes rayos ilumina :
Virtud contemplo, libertad y gloria,
Crímenes, sangre, asolacion, ruina,

(1) Este poema, comenzado muchos años há, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes que el autor ha sufrido, han extraviado la mayor parte de los manuscritos, y ólo le es dado ofrecer al público, como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfía de dar cumplido remate á una obra que ha ocupado los primeros años de su vida.

— 131 —

Rasgando el velo de la edad mi mente,
Que osada vuela á la remota gente.

II.

Tornan los siglos á emprender su giro
De la sublime eternidad saliendo,
Y antiguas gentes y ciudades miro
Súbito ante mi vista apareciendo :
De ellos á par en mi ilusion respiro,
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,
Y lleno el pecho de agradable susto,
Contemplo el brillo del palacio augusto.

III.

Al blando són de la armoniosa lira
Oigo la voz de alegres trovadores,
El aura siento que fragancia espira,
Y al eco escucho murmurando amores;
Al sol contemplo que á Occidente gira
Reverberando fúlgidos colores,
Do la corte del godo poderío
Se alza orgullosa sobre el áureo río.

IV.

Toledo, que de mágicos jardines
Cercada, eleva su muralla altiva,
No guardada de fuertes paladines,
Ornada sí de juventud festiva;
Allí entregado á espléndidos festines,
Rodrigo alegre y descuidado liba
Copas de néctar de fragancia pura,
Al deleite brindando y la hermosura.

V.

Allí con ojos lánguidos respira

Dulce placer beldad voluptuosa,
Y aroma exhala, si feliz suspira,
Del puro lábio de encarnada rosa :

Rodrigo en ella codicioso mira
La que á su amor se muestra desdefiosa,
Que más que todas es cándida y linda
La dulce, bella, celestial Florinda.

VI.

El ruido crece del festin en tanto,
Y el grato néctar aldeleite llama :
Su pecho inunda deleitoso encanto
Y el fuego impuro del amor le inflama :
Ebrío Rodrigo, desceñido el manto,
Alza la mano trémula, derrama
El aureo vaso, y atrevido sella
Dulce beso en el rostro á la doncella.

VII.

Todo es placer : de su mansion de rosa
La primavera cándida descende,
Y en el regazo de la tierra ansiosa
El fuego animador de vida enciende :
Templa del mar la furia procelosa,
El viento en calma plácido suspende,
Y derrama la aurora en sus albores
Luz regalada y regaladas flores.

Abre la flor naciente el lino seno,
Y recibiendo el encendido ravo,
En la esmeralda del otero ameno
Vierte su dulce olor, gloria del Mayo :
Pasa el arroyo plácido y sereno,
Solicito besándola al soslayo ;

Ella en vivos colores se ilumina
Y al dulce beso la cabeza inclina.

IX.

Y en el pensil do con rosada frente
El halagüeno Abril pasa riendo,
A la sombra de un árbol eminente
Está la juventud danzas tegiendo ;
Cual á la márgen de la herbosa fuente
Canta, blando laud diestro tañendo,
Y cuál del baile y del cantor se aleja,
Y á su dulce beldad tierno se queja.

X.

Allí Rodrigo con incierta huella
Lascivo sigue á la fatal Florinda :
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,
Intenta audaz que á su furor se rinda.
No oye ¡infeliz! su misera querella ;
La ve humilde á sus pies, la ve más linda,
Y con lascivos ojos, con desdoro
Mancha la hermosa flor de su decoro.

XI.

En tanto encubre pavorosa nube
El cielo en antes transparente y terso,
Y relumbra la espada del querube,
Ministro del Señor del Universo :
Que ya la voz de la inocencia sube
Que en llanto el gozo trocará al perverso,
Y á la luz del relámpago se muestra
Del rayo armada la divina diestra.

XII.

Súbito un trueno retumbar se siente :

• ¡Himnos, vivas al Rey! la danza siga,
Y nuestra dicha y júbilo acreciente
El mútuo amor que nuestras almas liga. •
Tal grita aquella juventud demente,
Y al Rey ensalza que Jehová castiga.
• ¡Himnos, vivas al Rey! » Súbito un rayo
Hirió sus pechos con mortal desmayo.

XIII.

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,
Las densas nubes agitando, ondean
Con sus alas los genios del profundo,
Que con cardeno surco centellean;
Y al ronco trueno, al eco tremebundo
De los opuestos vientos que pelean,
Se oye la voz de la celeste saña:
• ¡Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España! •

XIV.

Todo desapareció; lóbrego luto
Reina y silencio do el placer ardía;
Do el misero monarca disoluto
En vil torpeza y embriaguez yacía;
Guerra y desolacion el triste fruto
Al fin será de su lascivia impía,
Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto
Verterá entre sus hembras débil llanto.

XV.

¡Maldicion, maldicion! Yertas las flores,
Del huracan violento arrebatadas,
El alegre pensil de los amores
Verá sus hojas por do quier sembradas;
La música, el banquete, los favores
Dulces de amor, las danzas animadas,

El canto de las damas y galanes
Trocados miro en lágrimas y afanes.

XVI.

Tal otro tiempo en la soberbia cena
Donde mofaba de Jehová el impio,
Ya la medida al sufrimiento llena,
Rebosó de ira caudaloso río:
Y el rey asirio con amarga pena
Vió en el muro de mármol con sombrío
Fuego animarse escrito sobrehumano,
Trazado allí por invisible mano.

Lanzando rayos de ominosa lumbre;
Y su mano sintió que al acercarse
En su frente cargó su pesadumbre,
Grabando allí tremundo sobrescuro
Que le marcára por de Dios maldito.

IV.

Y luego oyó rumor de cien cadenas,
Crujir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló de eternas penas
Inmensurables, lóbregos y ardientes:
Oyó voces de horror y espanto llenas,
Batieron palmas las precitas gentes,
Y oyó también por mofa en su agonía
Bárbaras careajadas de alegría.

V.

Mas luego el sueño se troco en su mente,
Y amantes dichas disfrutar figura
En brazos de Florinda dulcemente
Entre flores, aromas y frescara;
Y cuando más su corazón consiente
Que estrecha la deidad de la hermosura.
Se halla en los brazos de Julian fornidos
Ahogándole á su cuello retorcidos.

VI.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
Fiero puñal que el corazón le hiela:
Procura desasirse, y más le junta
Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela.
Así fiero dragon, trilingüe punta
Vibra y se enlaza al animal que cela,
É hincando en él la ponzoñosa boca,
Le enrolla, anuda, oprime y le sofoca.

FRAGMENTO SEGUNDO.

I.

Era la hora en que el mandado ruido
Calma, en silencio el orbe sepultado;
Yacía el Rey, apenas interrumpido
Del dulce sueño su mortal cuidado,
Cuando un funebre oyó largo alarido
Entre angustiosos sueños congojado,
Triste presagio de su infausta suerte,
Y luego ante sus ojos vió la muerte.

II.

La amarillenta mano descarnada,
Blandiendo al aire la guadaña impía.
La aterradora vista al Rey clavada,
Su cetro y su corona recogia,
Mientras en torno extraña gente armada
Sus despojos alegre dividía:
Y oyó sus quejas y escuchó sus voces
Y sus semblantes contempló feroces.

III.

Y el ángel de tinieblas levantarse
Súbito vió, como la inmensa cumbre
Del alto Chimborazo, y á él llegarse

VII.

Los brazos alza y lleva á su garganta,
Del bárbaro enemigo á desprenderse:
Cuanto con más ahinco los levanta,
Los vé volver sin ánimo á caerse:
Crecen sus bascas, y en angustia tanta
Falto de aliento, sin poder valerse,
Yerto, rendido y con mortal congoja,
Ya con livida faz espuma arroja.

VIII.

En medio á su delirio y agonía
Trémula y fatigoso se despierta;
Un helado sudor su cuerpo enfria,
Su carne toda horripilada y yerta:
Siente el robusto brazo que porfia
Aún por ahogarle: á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello él mismo liga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

FRAGMENTO TERCERO.

BATALLA DEL GUADALETE.

I.

En vano con prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera divina:
Rónico trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin; y el Rey en tanto
Derrama entre sus hembras débil llanto.

II.

Orgullosa torrente de guerreros
Pueblos, montañas y ciudades hunde;
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror do quiera cunde:
Así al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consumo antiguos troncos, arde el suelo
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

III.

Rompe el alarbe y fiero desbarata
Cuanto encuentra y los campos rauda asuela;

Al labrador sus mieses arrebatá:
 Pavoroso terror las gentes hiela;
 La virgen triste al vencedor acata
 Y hondo suspiro de su pecho vuela
 Al trono de Rodrigo descuidado,
 Que en infame placer yace embriagado.

IV.

Más al fin despertó: lució ya el día
 En que á tan grandes crímenes el cielo
 El merecido premio disponia;
 Nublóse el sol, encapotóse el velo
 Del ancha esfera: el trueno estremecia
 La amedrentada tierra, y con anhelo
 Rodrigo entonces, respirando apénas,
 Quiere romper las bárbaras cadenas.

V.

Al deleite se arranca, el hierro viste,
 Cálase el yelmo, el tre-doblado escudo
 Con fatiga tal vez débil resiste.
 De esfuerzo el corazon y ardor desnudo;
 Pálido el rostro, acongojado y triste,
 Parte á lidiar contra el alarbe rudo;
 Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
 Y por última vez su alcázar mira.

VI.

El grito, escucha de venganza y guerra
 Gozoso de su estruendo el mahometano,
 Y ansioso aguarda en la vandalia tierra
 Do baña el Lete el muro jerezano.
 ¡Ay! á la lid del ocio se destierra.
 ¡Oh cara patria! y se prepara en vano

Rodrigo de su ejército á la frente,
 Que los vicios de un Rey vician su gente.

VII.

Desapareció del godo la osadía
 Y el antiguo valor: las armas ora,
 Noble ejercicio de su esfuerzo un día,
 Cansado blande y los deleites llora,
 Mientras la enseña de la luna impía
 Tremolan á los aires vencedora
 Los que el mundo, beligeros varones,
 Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII.

Rodrigo en carro de marfil ostenta
 Corona de ora y perlas en su frente:
 La régia pompa y galas aparenta
 Que en los banquetes le adornó luciente.
 ¡Miser! en vano el corazon alienta;
 No ve sobre él; oh Dios omnipotente!
 Tu diestra levantada; arder no mira
 Tu rayo á la palabra de tu ira.

IX.

Llegamos ya del Lete á la ribera,
 Y en su fértil llanura el campamento
 Fijamos frente á la morisma tierra:
 Resuená el campo en pavoroso acento,
 Al aire va tendida la bandera,
 La trompa agita el sonoro viento,
 Armás y carros resonantes giran,
 Y ambas huestes alónitos se miran.

X.

La noche el cielo en su sombrero manto

Lóbrega encapotó : tal vez brillaba
 Relámpago sombrío, que el espanto
 Y el horror de la noche acrecentaba ;
 Lúgubre, sola y temerosa en tanto
 La voz de las vigias se escuchaba,
 Y en torno de los campos tenebrosos
 Volaban mil espectros espantosos.

XI.

El sol temprano cual rubí encendido
 Dejaba el golfo del rosado oriente.
 Y el rayo, de su disco despedido
 Doraba de Jerez la alzada frente :
 Quiebra entre tanto morrion bruñido,
 Dardo mortal y arnés resplandeciente
 Su luz, y cada raudal movimiento
 De ominoso esplendor inunda el viento.

XII.

La extensa vega de Jerez coronan
 El uno y otro ejército fronteros :
 Guerra las trompas hórridas progonan,
 Y al ruido late el pecho á los guerreros.
 Armas, carros, caballos se amontonan.
 Zumba el viento al rumor y estruendo fieros :
 Los rios su curso con pavor reprimen,
 Y los montes al són medrosos gimen.

XIII.

Triste Rodrigo su carroza guía
 Ligera entre sus fuertes escuadrones :
 Radiante en vano su corona envía
 El antiguo esplendor. ! Ah! sus bridones
 ; Cuán otro rige ya de aquel que un día
 Toledo vió entre nobles campeones,

Augusto vencedor en los torneos,
 Coronada su frente de trofeos !

XIV.

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,
 El corazon anima, y su flaqueza
 Esconde ante su ejército, y altivo
 Muestra en su acento bélica fiereza.
 Sancho, su hijo, el hierro vengativo
 Blande á su lado y rige la aspereza
 De un gallardo troton con diestra mano,
 Mancebo hermoso, intrépido y lozano,

XV.

Por vez primera la robusta lanza
 Blande su brazo juvenil, y ansioso
 Hiérvele el pecho en bélica esperanza,
 Ceñir pensando el lauro victorioso :
 Probar de solo á solo su pujanza
 Con el mismo Tarif ansia animoso :
 Párase en tanto el Rey, alza la frente,
 Y así en guerrera voz grita á su gente.

XVI.

Entre tanto el clarín súbito suena
 En nuestro campo, y fiero corresponde
 Con trompas y atabales la agarena
 Hueste que al ruido en ronco són responde.
 Tarif su gente á arremeter ordena ;
 La nuestra se adelanta ; el cielo esconde
 Densa nube de polvo, el viento inflama,
 Y el suelo á nuestros piés retiembla y brama.

XVII.

Sus caballos los moros recogiendo,
Rápidos se aperciben á lanzarse;
Súbito á un tiempo en alarido horrendo
Arrancan con nosotros á encontrarse;
El impetu, las voces, el estruendo
Tornan en son confuso á redoblar-se;
El acero saltando centelléa,
La sangre hirviendo en derredor humea.

XVIII.

Retumba el valle : al golpe repetido
Sobre las armas de la hendiente espada,
Salta el arnés al suelo sacudido,
La cimera gentil gime abollada :
No más veloz, cuando el metal ardido
Labra el martillo en la caverna ahumada,
Sobre el fornido yunque horrendo bate,
Y forja el fiero rayo del combate.

XIX.

Hombres con hombres con furor se estre-
Con golpes reciamente redoblados, [llan
Lo arrasan todo y todo lo atropellan.
Hienden, rajan, destrozan irritados;
Armas, muertos, caballos, carros huellan
Con espantoso estruendo derribados ;
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
Envuelve el Guadalete juntamente.

XX.

Así en recio rumor bramando el viento
En las hondas cavernas de la tierra,
A deshora con impetu violento

Rompe la cárcel que su furia encierra ;
Retiembla al choque el duradero asiento
En que el orbe firmísimo se aferra,
Abre su abismo el mar, su estrago cunde,
É imperios al no ser súbito hunde.

XXI.

En confusa revuelta la batalla,
Todos ardiendo en ira se encarnizan,
Vuela en pedazos la rompida malla,
Crudos golpes los cuerpos martirizan.
No hay ceder, no hay calmar; inmóvil valla
Cruzados hierros mil continuo erizan;
Hiérense, á herirse tornan y desprecian
La muerte, hirviendo en cólera y arrecian.

XXII.

En tanto el sol en su carroza de oro
Vibrando del zenit vívida lumbré,
Padre y monarca del luciente coro,
Mediaba el día en la celeste cumbre.
Dura incierto el combate : altivo un moro
De entre la espesa, envuelta muchedumbre
Aguja su bridon, la lanza agita,
Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII.

Arrola á Atanagildo; la pujanza
Del fiero Téudis á sus plantas yace,
Rinde de Bryglio la terrible lanza,
Y su cólera en sangre satisface;
Sobre vencidos muertos se abalanza,
Opuestos hierros su furor deshace;
Pavor, desolacion, muerte, ruina
Su alfanje en alto aterrador fulmina.

XXIV.

Sancho, Sancho le ve : su pecho late
Venturoso en hallar digna contienda ;
Tercia su lanza, las ijadas bate,
Y al fogoso bridon suelta la rienda ;
Parte á do el moro intrépido combate ;
Llámale en alta voz á lid tremenda :
Vuelve el árabe á Sancho, el troton pára,
Respondé al grito y su furor prepara.

XXV.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escu-
Sobre el arzon el cuerpo amenazante, [do
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
Fijos los ojos, lívido el semblante ;
Serenó el rostro, en ademán forzado
Blande el mancebo el hierro centellante,
Y envueltos entre el polvo que leva.
La tierra en torno al embestirse espantan.

XXVI.

Nomás pronto entre humo y fuego y true-
Rayo veloz del cielo se desata ; [no
Ni así fiero en la mar de su hondo seno
Las turbias olas Bóreas arrebatá ;
Ni montará torrente al valle ameno,
Ni súbito huracan, ni catarata
De ondisonante río, ni lava ardiente
Su arranque asemejáran impaciente.

XXVII.

Al encuentro fatal con ruido infando
Las lanzas saltan, la áspera coraza
El rechinante hierro penetrando,

La robusta armadura despedaza ;
La mitad de la lauza retemblando
El pecho al musulman fiero ataraza ;
A torrentes la sangre humeante brota
Par la abertura de la hirviente cota.

XXVIII.

« ; Maldición sobre tí ! » gritale el moro,
Y ya su alfanje en alto resplandece ;
Desploma el golpe en el metal sonoro,
Parte a Sancho el arnés y en furia crece.
No así mugiendo fiero andaluz toro
El circo en torno horrisono estremece,
Ni iracundo leon, ni tigre lírcano
Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX.

Presto otra vez al héroe se adelanta,
Suelto el veloz caballo en la carrera ;
El rotó escudo impávido levanta
Sancho, y el golpe poderoso espera ;
Descarga el musulman, rompe y quebranta
Adarga y yelmo y barras y cimera ;
Sancho vacila, y de la herida frente
La sangre mana en hervorosa fuente.

XXX.

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa cuando deja el lecho
Del mar resplandeció desenvainada,
La esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada,
Dando un gemido de mortal despecho,
Aquel alma feroz, y vuela impia
Del negro averno á la region sombría.

XXXI.

Crece entonces el impetu; el rüido
 Dóblase en ambas huestes; Sancho grita,
 Su acento deja al moro estremecido,
 Y ánsia de gloria en el hispano excita.
 ¿Quién dirá tu valor, ni el encendido
 Ardor dirá que el corazón te agita?
 ¡Oh Sancho! yo sí dividí tu gloria,
 Tuyo fué el lauro y fuya la victoria.

XXXII.

En medio la morisma enferecida
 Revuelve el héroe su tajante acero:
 Cada golpe una herida, cada herida
 Una muerte: y brioso, andaz, ligero,
 Mil muertes lanza en cada arremetida
 Cede á su esfuerzo el árabe altanero,
 Redobla el choque el animoso hispano,
 Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII.

Apénas con ronca fatiga alientan,
 Yertos los fuertes brazos, los guerreros,
 Y en vano el bruto que animar intentan
 Siéntese hincar los acicatas fieros:
 Ora si aún con altivez sustentan
 En las cansadas manos los aceros,
 No es ya valor ni esfuerzo ni osadía,
 Mas requemada furia y rábida impía.

XXXIV.

Héroe del español, alta memoria
 Allí alcanzaste; oh hijo de Rodrigo!
 Y altivo yo las palmas de victoria
 Me esforcé en vano a dividir contigo,
 Astro menor, siguiéndole en su gloria,
 Fuf de su esfuerzo y su valor testigo. —
 Al eco torna del clarín que siente,
 Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV.

Cual rojo alano en las batallas hecho,
 Si hubo al toro sujeto entre sus dientes,
 De la fiera arrancado, su despecho
 Muestra con ademanes impacientes;
 Y ora pára tal vez de trecho en trecho,
 Ora en torno los ojos vuelve ardientes,
 O lento sigue el conocido dueño
 Con oscuro murmullo y torvo ceño:

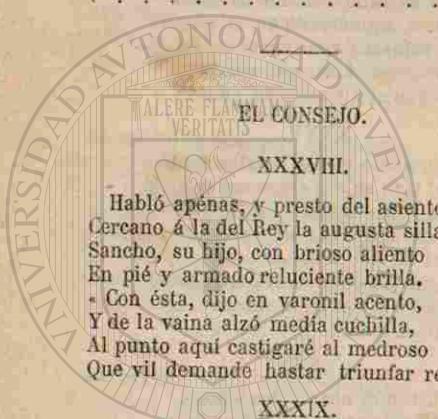
XXXVI.

Así el héroe se aparta desdeñoso,
 Rotas las armas y el almete hundido,
 Y descubre, marchando perezoso,
 Con palabras su ardor mal reprimido.
 No es ya el diestro y galán jóven hermoso,
 De plumas, oro y perlas revestido;
 Ora guerrero intrépido le muestra
 La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII.

De monte en monte retumbando atruena
 El fragor léjos del pasado estruendo:
 El campo en són confuso en torno suena,

Lamentos moribundos repitiendo;
 El Guadale é férvido resuena,
 Su curso entre cadáveres rompiendo,
 Y entrambas huestes á la lid preparan,
 Las rotas armas, y el vigor reparan.



EL CONSEJO.

XXXVIII.

Habló apenas, y presto del asiento
 Cercano á la del Rey la augusta silla
 Sancho, su hijo, con brioso aliento
 En pié y armado reluciente brillá.
 • Con ésta, dijo en yaronil acento,
 Y de la vaina alzó media cuchilla,
 Al punto aquí castigaré al medroso
 Que vil demandé hasta triunfar reposo. •

XXXIX.

• ¿Tregua? ; Jamás! ó vencimiento ó muer-
 Que nunca fatigó, ni impuso miedo [te :
 Continúa guerra al corazón del fuerte,
 Ni abatió de su espíritu el denuedo.
 Quien ora intente abandonar la suerte,
 Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,
 Es un cobarde y vil, y de ahora digo
 Que ya me cuente á mí por su enemigo. •

XL.

Dijo y fuego su vista derramada

En torno de nosotros despedía;
 La mano en el recazo de su espada,
 Ministra de la muerte, sostenía;
 Y en su ademán y vivida mirada
 Al genio de la noche parecía
 Sobre la tempestad, cuando destina
 El mundo todo á funeral ruina.

XLI.

• ¡O triunfo ó muerte! • en grito allisonante
 Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
 Los jóvenes mi voz, y en arrogante
 Aspecto las espadas empuñaron :
 Con muestra humilde y plácido semblante
 Cuando á la voz del Rey todos callaron,
 Opas él lábio de dulzura lleno
 Abrió, exhalando su infernal veneno.

XLII.

• ¿Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,
 Miro en vosotros, de la patria escudo,
 El noble ardor que vencen los afanes
 Y el pecho incita á combatir sañudo!
 Timidas ven las huestes musulmanas
 Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
 Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
 Mortal temor sus corazones hiela. •

XLIII.

• Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
 Y el lauro ciñe de inmortal victoria :
 Goza, heredada al contemplar la llama
 Que hará á tu hijo fatigar la historia;
 Por cuanto ardiente el sol su luz derrama,
 Himnos alzando en tu alabanza y gloria

De siglo en siglo esparcirá tu nombre
La fama en voz que al universo asombre. »

XLIV.

• Mas si alcanzaste nombre de esforzado,
No marchite tu honor puro y radiante
Volver acaso al riesgo aventurado,
Cual bisoño adalid, si fué triunfante.
Muéstrate á par de intrépido soldado,
Jefe sagaz, y el ánimo arrogante
De tus inclitos jóvenes serena,
Y tu ardimiento generoso enfrena. »

XLV.

Llegaba aquí, cuando en redor se extiende
Sordo murmullo que al malvado espanta
É interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignacion audacia tanta:
El Rey, que el ruido amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta.
Y acallado el tumulto, y todo atento,
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI.

• No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penseis siquiera
Que ménos que vosotros encendido,
Al viento dé mi espada la postrera;
Que áun no mi corazon gime abatido,
Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde,
Yo desconozca misero y colarde. »

XLVII.

• Mas ¿qué vale triunfar, que el ardimiento,

Ni qué vale el esfuerzo y la osadía,
Si ciegos y con loco pensamiento
A cierto daño su imprudencia guía?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento.
¿Qué al español valdrá su valentía,
Si ni el hierro mellar podrá su espada
De tan continuos golpes fatigada? »

XLVIII.

• Volved la vista ¡oh nobles campeones!
A ese campo de gloria, y ved tendidos
Tintos en sangre intrépidos varones
En medio de los árabes caidos;
Hollados ved del moro los pendones,
Los pendones jamás antes vencidos;
Lúego decid si galardón merecen
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen. »

XLIX.

• Descanso os pide el esforzado Ibero,
Si á moveros mi voz sola no alcanza;
Descanso, sí, para despues más fiero
Blandir su brazo la robusta lanza:
Sus acentos oíd, ved al guerrero
Cansado ya de sangre y de matanza;
Os pide sólo de reposo un día,
Y os promete despues nueva osadía. »

L.

• Un día solo, y cuando ya mañana
El orbe el sol con su esplendor encienda,
La voz de guerra elevese inhumana
Y el sonoro clarin los aires hienda;
Gózate en tanto, ¡oh Rey! gócese ufana
Tu heroica hueste y su furor suspenda,

Y vosotros ¡oh nobles compañeros!
Dad á la vaina un punto los aceros. *

LI.

Así robando á la virtud su acento,
Dijo el inicuo, y de su lábio impuro
Encubierto espiró letal aliento,
De infausta muerte precursor seguro,
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.
Cesó de hablar, y de su centro oscuro
Lanzó tronido horrisono el Averno,
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII.

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado,
Y en daño suyo consintió gozoso :
Tembló al traidor el corazón malvado,
Cumplido al ver su intento criminoso.
Todos también con pecho confiado,
(Que nunca recelara el generoso)
Crédito noble á sus razones dimos,
Y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESSION.

LIII.

Abierta entonces de Jerez ofrece
La altiva puerta el pueblo en su contento,
Y marchando magnífico aparece
Sacro concurso en tardo movimiento.
El aura en ondas el incienso mece,

Y humildes gracias al empireo asiento
Un virgen coro armónico levanta,
Y «hosanna, hosanna,» sonoros canta.

LIV.

Imenso pueblo el simulacro santo
Atiende en pos del Salvador del mundo.
Resuena sólo reverente el canto,
Reina silencio en derredor profundo.
Sublima el pecho religioso encanto,
Y en paz trocando el ánimo iracundo.
La hueste sigue en muestra respetosa,
Y desnuda la frente y humildosa.

LV.

Preceden la alta pompa los pastores
Sacros ministros de Jesús divino,
Parte su estola auríferos colores
Sobre la veste cándida de lino :
Orlas de lauro y de vistosas flores
Penden al asta del cruzado sino,
Y allí Rodrigo respetuoso guía
En pos la augusta ceremonia pía.

LVI.

Las tiendas cercan, y el glorioso acento
Se siente al eco resonar suave,
Calma su ruido misterioso el viento,
Suspende el canto embebecida el ave,
Bendice el campo de la lid sangriento
El sacerdote en aparato grave,
Tornan, y al muro majestuosos giran
¡Miseros! ¡ay! y júbilo respiran,

LVII.

El campo todo venturoso rie;
Allí la virgen tímida y atenta
La vista esparce, y el mancebo engrie
Su noble pecho y animarla intenta.
El padre anciano con placer sonrie
Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
A sus ojos las armas, temeroso
Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII.

Tremolan desplegadas las banderas
Guerreros nuestros en campo moro,
Y relumbran gallardas las cimbras
Y armas y petos enmoldados de oro;
Suenan confusas voces placenteras,
Himnos alza tal vez juvenil coro;
Y fiesta y triunfo y algazara y canto
Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO.

I.

Un alcázar de púrpura luciente
Junto al famoso tétis se levanta,
Do la riqueza y esplendor de Oriente
Los muros y artesones abrillanta;
Las puertas son de bronce refulgente,
Y con soberbia y aparato espanta
Fuerte escuadron en torno de guerreros
Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II.

Allí entre el oro y seda que atavia
Aromática estancia y opulenta,
Trono de bullidora pedrería
Al moro rey con majestad sustenta:
Torvos los ojos y la faz sombría
Ora el monarca pensativo ostenta;
Que arde su pecho en bárbaro coraje
Del rey de Murcia temerario ultraje.

III.

En torno de él respetuosa imita
La corte toda su silencio triste,
Y de la sombra que su faz marchita

Su rostro cada cual cubre y reviste;
La saña misma que al monarca irrita,
En muchos nobles con furor asiste.
Y oculta á otros la cristiana injuria
Del aráido Aldaimon tiemblan la furia.

IV.

Con ceño adusto un árabe altanero
Y de estatura y miembros de gigante,
Junto á la silla del monarca fiero
Fija en él su mirada centellante;
El silencio fatal rompe el primero
Con formidable muestra y arrogante,
Y sin respeto y con acento airado
Al fin prorrumpe, de callar cansado.

V.

«Aldaimon, Aldaimon, ¿á dónde el brío
Del musulman está? ¿dónde la guerra
Y del profeta santo el poderío
Que á las naciones miserables aterra?
Maldiga Alá la paz que dal impio
Segura vida y júbilo en la tierra!
Hunda su reino el Dios de las venganzas,
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.»

VI.

«Armas tus fuertes, junta tus varones,
Que yo á su frente por Alá te juro
En un lago de sangre las legiones
Y el odio ahogar del nazareno impuro;
Del profeta los cándidos pendones
Brillen de Murcia en el vencido muro,
Y en aquel de su Dios altar maldito
La espada eleve nuestro santo rito.»

VII.

Dijo, y rugando la ceñuda frente.

VIII.

«Mas no tú solo, intrépido mancebo,
Irás á dar á mi furor templanza,
Que yo, cual tú, también el ansia apruebo
De gloria y de combate y de matanza;
Sienta ese rey, que con insulto nuevo
Mi corazón excita á la venganza,
Que si perdono al misero enemigo,
Del rebelde también doblo el castigo.»

IX.

«Vé, Soliman: las huestes agarenas
Manda aprestar, y la trompeta al viento
De Córdoba publique en las almenas
A España mi terrible mandamiento.»
Dijo, y le escucha el musulman apénas,
Cuando por medio en ademán violento
Rompe, y á obedecerle se retira,
Y celoso del Rey se abrasa en ira.»

X.

Con grata muestra entonces el tirano
Todos humildes el intento aprueban,
Y sobre el pecho al uso mahometano,
Inclinando la faz, las manos llevan:
Luego un murmullo con sentiblanco ufano
Unos con otros razondo elevan;
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,
Y el sordo ruido de repente pára.

XI.

• Campeones de Dios, ¡oh descendientes
Del inclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras gloriás esplendentes
Al aire tremolada la bandera!
Ella gujó el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel día,
Que extendió la agarena monarquía. •

XII.

• Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena. •

XIII.

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salón se extiende
Y ante él se postra el séquito humilde.
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador madroso,
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina.

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION DE UN SERRALLO.

I.

De mágicos jardines rodeado,
Se alza un rico salón, donde descansa
El moro Rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa,
Plácido canto que deleite inspira
Al són de blanda, regalada lira.

II.

Allí, cercado del amable coro
Que el de las Houris célicas no iguala
Quemada en pipa de ámbar y de oro:
Planta aromosa el gusto le regala;
Y mientras en hombros de su amado el moro
La sien reclina, de su lábio exhala
Humo suave, que en fragante nube
En leves hondas á perderse sube.

XI.

• Campeones de Dios, ¡oh descendientes
Del inclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras gloriás esplendentes
Al aire tremolada la bandera!
Ella gujó el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel día,
Que extendió la agarena monarquía. •

XII.

• Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena. •

XIII.

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salón se extiende
Y ante él se postra el séquito humilde.
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador madroso,
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina.

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION DE UN SERRALLO.

I.

De mágicos jardines rodeado,
Se alza un rico salón, donde descansa
El moro Rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa,
Plácido canto que deleite inspira
Al són de blanda, regalada lira.

II.

Allí, cercado del amable coro
Que el de las Houris célicas no iguala
Quemada en pipa de ámbar y de oro:
Planta aromosa el gusto le regala;
Y mientras en hombros de su amado el moro
La sien reclina, de su lábio exhala
Humo suave, que en fragante nube
En leves hondas á perderse sube.

III.

Cien lámparas de plata el opulento
Soberbio harem con su esplendor encienden,
Y, en partes horadado el pavimento,
Aromas mil á derramarse ascienden :
Las luces multiplica ciento á ciento
El oro y alabastro en que resplenden,
Y de cristal y azogue relucientes
En jaspe bullen imitadas fuentes.

IV.

Lánguida acaso mora peregrina
En blando lecho de damasco y flores
Allí voluptuosa se reclina,
Y en sus ojos amor prende de amores ;
En tanto que otra de beldad divina
Con aguas de riquísimos olores
Baña la negra cabelle ariza,
Que por la airosa espalda se desliza.

V.

Otra de sillas mil tropa lasciva
Con diademas de oro y de esmeralda
Saltando en danzas ágiles, festiva,
Gira y se enlaza entre gentil guirnalda ;
Y deshaciendo el lazo fugitiva.
Desnudo el pecho y la gallarda espalda,
La leve seda al movimiento vuela
Y sus formas bellísimas revela.

VI.

El ojo en vano penetrar desea
La en torno casi trasparente gasa,
Y aunque nado tal vez entre ella vea,

Rápido el pensamiento la traspasa ;
Y en tanto en vueltas fáciles ondea
La bella tropa y por las orlas pasa,
Al són suave de las arpas de oro
Resuena el canto en armonioso coro.

VII

Sonrie acaso y su aspereza olvida
Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo
Téjele en tanto su beldad querida
Con dulce beso y con amante abrazo ;
A grata calma y á placer convida
Y á deleite suavísimo el regazo
Donde reposa, y por mayor delicia
Blanca y hermosa mano le acaricia.

CUADRO DEL HAMBRE.

VIII.

Mas todo en vano fué : bárbaro estrago
Mientras el hambre en la ciudad hacia ;
La muerte ya con silencioso amago
Señalaba sus víctimas impía :
Busca en la madre cariñoso halago
El tierno infante que en su amor confia.

Seco el pecho encontrando : ella le mira,
Y horrorizada el rostro de él rétira

IX.

Gime el anciano en lecho de tormento,
Y ya sintiendo la cercana muerte,
Al hijo tiende el brazo amarillento,
Y árido llanto al abrazarlo vierte.
Quién con hórridas muestras de contento,
Feliz creyendo su infelice suerte,
A su padre su misma sangre lleva
Para que de ella se alimente y beba.

X.

Viérase allí grabada en los semblantes
La desesperacion : triste suspira
Y eleva aquel las manos suplicantes ;
Cuál, mordiendo en sí mismo en ánsia espira,
Tal, clavados los ojos penetrantes,
Morir sus hijos y su esposa mira
Con risa horrible, y muere recrujiendo
Los dientes y las manos retorciendo.

XI.

Pálido, y flaco, y lánguido con lento
Paso camina el moribundo hispano :
Sobre su lanza carga el macilento
Cuerpo y se apoya en la derecha mano ,
Los ojos con horror, sin movimiento,
Avidos fija sobre el muerto hermano
Y hambriento goza y lo devora, en donde
Avaro cree que á los demas se esconde.

XII.

Las calles en silencio sepultadas
Sólo ocupan algunos moribundos,
Las manos reciamente enclavijadas,
Despidiendo tal vez ayes profundos :
Laten en torno entrañas destrozadas
Y miembros de cadáveres inmundos,
Que forzado del hambre asoladora,
Cuál como grato pasto los devora.

XIII.

Para mayor martirio les presenta
Con recuerdo fatal su fantasía
Los manjares tal vez de la opulenta
Mesa que desdeñaron algun dia :
Ora los aves de rapiña ahuyenta,
Avido el moribundo en su agonía
Disputando el festin, y sus gemidos
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

XIV.

Cuál al lanzar el postrimer aliento,
Ve feroz buitre que sobre él se arroja,
Y en la angustia del último momento
Lucha con él en su mortal congoja :
Los dedos hincan con furor violento
En la entraña del pájaro, que, roja
La corva garra en sangre, aleteando,
Va con su pico el pecho barrenando.

XV.

El moribundo, lívido el semblante,
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,
Mientras tenaz el buitre devorante

Ahonda el pico con mayor porfía;
Mas el hambre le aprieta á cada instante;
El ave más profundizar ansia,
Hasta que así, y el uno al otro junto,
Muertos al fin quedaron en un punto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FRAGMENTO SEXTO

I.

.....
Era la noche: el trueno pavoroso
Ronco estallando en torno retumbaba,
Y en mar inmenso el cielo tenebroso
Con violento turbion se desgajaba;
El rápido relámpago lumbroso
Al aire desprendido serpeaba,
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría
Del orbe la honda base estremecía.

II.

.....
Todo era horror, y en la comun tristeza
Unico asilo el templo sacrosanto;
El muro abandonaba en su flaqueza
El guerrero español bañado en llanto;
El tardo incierto paso allí endereza
Inmensa turba con horror y espanto,
Y ante la imágen de Jesús postrados,
No osan alzar sus ojos aterrados.

III.

.....
Lejos de todo solitario gime,
Cerrado en una lóbrega capilla,
Y negra pena el corazon le oprime,

El noble jefe de la gran Sevilla;
Ya no alienta su ejército; no esgrime
Ya triunfador la intrépida cuchilla,
Que embebecido en su pesar doliente,
Apenas mis cercanos pasos siente.

IV.

Yelmo y escudo aparte descuidados.
El anciano á sus piés tentidos tiene,
Y los ojos de lágrimas cargados,
Su diestra el rostro lánguido sostiene :
Sus exánimes miembros fatigados
Contra un altar inmóviles mantiene,
Y tan sólo los ojos á mi acento
Tornó hácia mí con leve movimiento.

V.

• Noble anciano, exclamé, dura es la muer-
Cuando se acerca inevitable y lenta, [te,
Y no sirve el valor contra la suerte,
Y antes más bien el infortunio aumenta.
Mas ; quien resistirá si un pecho fuerte,
Como es el tuyo desmayado alienta? »
Dije, y en tanto el misero gemia,
Y con endeble voz me respondia.

VI.

• Triste en verdad estoy : mas ; ay ! no es le-
La causa de mis lágrimas : dichoso [ve
Tú mil veces, oh jóven, que harto breve
Será tu padecer y harto glorioso,
Por más que en tí con impetu se cebe
La cólera del hado rigeroso !
Tú no conoces mi dolor ; ay triste !
Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.

VII.

• Misero y solo en tanta desventura,
Su dulcísima voz no oíré espirando,
Ni con trémula mano en su tristura
Me cerrará los párpados llorando ;
Inútil viejo de la muerte dura
En mi amargo dolor el golpe ansiando,
Solo y en bien de mi ciudad confío,
¡ Oh gran Pelayo ! en tu prudencia y brío. »

VIII.

Mi corazón de lástima llagado,
Mi rostro algunas lágrimas cubrieron,
El noble anciano al ver acongojado,
Que tantas lides animoso vieron.
Su grave rostro del dolor marcado,
Do á par las penas que la edad pusieron
La mano que su frente encanecia,
Pálido aun con majestad lucia.

IX.

• Teudis, le dije, el ánimo sustenta :
Alzate y viste la luciente malla,
Y el último respiro que te alienta
Esfúercese á la voz de la batalla. »
• ¡ Oh jóven ! respondió : dime, ¿ qué intenta
Tu inextinguible ardor ? ¿ Qué medios halla
De salvacion tu esfuerzo ? Ah ! ya te sigo :
Tu voz me reanimó ; parto contigo. »

X.

Y esforzándose el héroe á levantarse,
Sostenido de mí marchó tardío,
Y en sus lánguidos ojos inflamarse

Se vió la llama de su antiguo brio;
Como suelen de lumbre colorarse
Las nubes de tormenta en el estío,
El fuego que su espíritu animaba,
En su pálido rostro reflejaba,

XI.

Entre tanto en el templo amontonados
Hombres, mujeres, niños se veían,
Y flaco el rostro, pálido, aterrados,
Espantosos espectros parecían:
A la luz de los rayos apagados
De las ondeantes lámparas lucían:
A par del trueno el huracán bramaba,
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

XII.

Los dos entonces tristes contemplando
Aquellos fuertes, míseros varones,
El llanto de mis ojos enjugando
Por alentar sus fuertes corazones;
« ¡Noble esperanza del cristiano bando,
Exclamé, generosos campeones!
Alzad el pecho á contrastar la suerte:
Murámos, sí, pero con digna muerte. »

XIII.

« Si es fuerza perecer, como valientes,
Perezamos, al pié del patrio muro;
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes
La paz, la sumisión, nada hay seguro;
Ora mandan los hados inclementes
Morir; Preferireis al trance duro,

Que á cierta gloria y á venganza guía,
Tan dilatada y mísera agonía? »

XIV.

Dije, y aquellos héroes á mi acento
El yerto fuego renacer sentían,
Que aún no apagado, el generoso aliento,
Ni el entusiasmo bélico tenían:
Todos al punto luégo en movimiento,
Mi voz en derredor solo atendían.
« Guiad, dijeron; á morir marchemos.
Ansia de perecer todos tenemos. »

XV.

« Alto, dije, á la lid: la noche oscura
Protege ¡oh bravos! el intento mío:
O de una vez muramos con bravura,
O camino nos abra nuestro brio;
Tal vez nuestro valor logre ventura,
Tal vez venganza del alarbe impío. »
Dije, y al punto un escuadrón formaron
Y en medio á los inermes encerraron.

XVI.

Con tardo paso, con silencio y calma
A la luz del relámpago partimos,
Llena de angustia y de zozobra el alma,
Y el ánimo á la muerte apercibimos.
Del martirio á alcanzar la ilustre palma
A campo abierto impavidos salimos:
En torno todo de tinieblas lleno,
Rugen tan solo el huracán y el trueno.

XVII.

Entre las densas sombras temerosos

En cieno y agua hundidos avanzamos,
Y con ánsia y fatiga, cuidadosos
Cerca del campo musulman llegamos :
Dóblase la zozobra, y silenciosos
Ante sus tiendas lóbregas paramos;
Prestas las armas, próximo el combate,
De miedo el pecho y de esperanza late.

XVIII.

Mas á su voz por otra repetida,
Pronta su hueste se presenta armada,
Y con bárbaro ardor, y arremetida
Fulminase á nosotros agolpada :
En las cristianas lanzas recibida
Fué su improvisa cólera estrallada.
Torna al asalto y dobla la pelea ;
El tercio lbero resistiendo ondea.

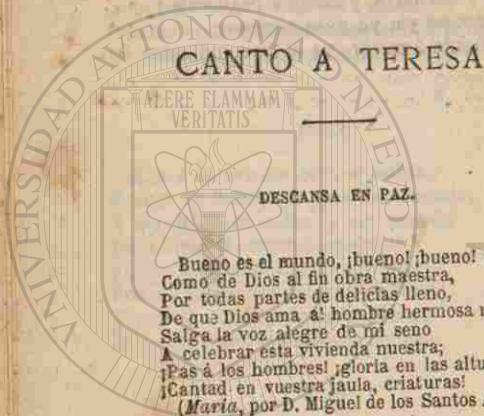
XIX.

Sigue el rumor, la confusion se aumenta;
Cuál hunde en las entrañas del amigo,
Que apartado de él lidiando cuanta,
El arma destinada al enemigo;
Este, si descargar el golpe intenta,
Por alto principio dá consigo;
Tal piensa allí que á su escuadron se junta,
Y halla en el pecho la imprevista punta.

XX.

Cuál allí solo contra mil pelea,
Y al frente y alrededor hiere y maltrata;

Y en tanto que la maza aquel rodea,
Otro le oprime el brazo y la arrebata.
Ya un escuadron cejando titubea,
Y otra vez vuelve, y carga y desbarata :
Ora cedemos ya; ya paso abrimos;
Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.



Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!
Como de Dios al fin obra maestra,
Por todas partes de delicias lleno,
De que Dios ama, a hombre hermosa muestra.
Salga la voz alegre de mi seno
A celebrar esta vivienda nuestra;
¡Pas á los hombres! ¡gloria en las alturas!
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!
(*María*, por D. Miguel de los Santos Alvarez.)

¡Por qué volvels á la memoria mía,
Tristes recuerdos de placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?
¡Ay! que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazón sólo un gemido.
Y el llanto que al dolor los ojos niegan
Lágrimas son de hiel que el alma anegan.
¡Dónde volaron ¡ay! aquellas horas
De juventud, de amor y de ventura,
Regaladas de músicas sonoras,

Adornadas de luz y de hermosura?
Imágenes de oro bullidoras
Sus alas de carmin y nieve pura,
Al sol de mi esperanza desplegando,
Pasaban ¡ay! á mi redor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,
El sol iluminaba mi alegría,
El aura susurraba entre la flores,
El bosque mansamente respondía,
Las fuentes murmuraban sus amores...
¡Ilusiones que llora el alma mía!
¡Oh! ¡cuán suave resonó en mi oído
El bullicio del mundo y se ruido!

Mi vida entónces, cual guerrera nave
Que el puerto deja por la vez primera,
Y al soplo de los céfiros suave
Orgullosa despliega su bandera,
Y al mar dejando que sus piés alabe
Su triunfo en roncos cantos va velera
Una olas tras otra bramadora
Hollando y dividiendo vencedora,

¡Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente
De amor volaba: el sol de la mañana
Llevada yo sobre mi tersa frente,
Y el alma pura de su dicha ufana:
Dentro de ella el amor, cual rica fuente
Que entre frescuras y arboledas mana,
Brotaba entónces abundante río
De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo: un noble sentimiento
Exaltaba mi ánimo, y sentía

En mi pecho un secreto movimiento,
De grandes hechos generoso guía :
La libertad con su inmortal aliento,
Santa diosa, mi espíritu encendia,
Confino imaginando en mi fe pura
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Caton, la adusta frente
Del noble Bruto, la constancia fiera
Y el arrojo de Scévola valiente,
La doctrina de Sócrates severa,
La voz atronadora y elocuente
Del orador de Atenas, la bandera
Contra el tirano Macedonio alzando,
Y al espantado pueblo arrebatando :

El valor y la fé del caballero,
Del trovador el arpa y los cantares,
Del gótico castillo el altanero
Antiguo torreón, do sus pesares
Cantó tal vez con eco lastimero
¡Ay! arrancada de sus patrios lares,
Jóven cautiva, al rayo de la luna,
Contemplando su ausencia y su fortuna :

El dulce anhelo del amor que aguarda,
Tal vez inquieto y con mortal recelo ;
La forma bella que cruzó gallarda,
Allá en la noche, entre medroso velo :
La ansiada cita que en llegar se tarda
Al impaciente y amoroso anhelo,
La mujer y la voz de su dulzura,
Que inspira al alma celestial ternura :

A un tiempo mismo en rápida tormenta

Mi alma alborotaban de continuo,
Cual las olas que azota con violenta
Cólera impetuoso torbellino :
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta
En mi voz escuchaba su destino ;
Ya al caballero, al trovador soñaba,
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,
Que el alma sólo recogida entiende,
Un sentimiento misterioso y santo,
Que del barro al espíritu desprende ;
Agreste, vago y solitario encanto
Que en inefable amor el alma enciende,
Volando tras la imagen peregrina
El corazón de su ilusión divine.

Yo, desterrado en extranjera playa,
Con los ojos estáticos seguía
La nave audaz que en argentada raya
Volaba al puerto de la patria mía :
Yo, cuando en Occidente el sol desmaya,
Solo y perdido en la arboleda umbría,
Oír pensaba el armonioso acento
De una mujer, al suspirar del viento.

¡ Una mujer ! En el templado rayo
De la mágica luna se colora,
Del sol poniente al lánguido desmayo
Léjos entre la nube se evapora :
Sobre las cumbres que florece Mayo
Brilla fugaz al despuntar la aurora,
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo
Allá en la noche desprendida estrella:
Si aroma el aire recojió en el suelo,
Es el aroma que le presta ella.
Blanca es la nube que en callado vuelo
Cruza la esfera, y en su planta huella,
Y en la tarde la mar olas le ofrece
De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,
Mujer que nada dice á los sentidos,
Ensueño de suavísima ternura,
Eco que regaló nuestros oídos;
De amor la llama generosa y pura,
Los goces dulces del amor cumplidos,
Que engalana la rica fantasía
Goces que ávaro el corazón ansia:

¡Ay! aquella mujer, tan sólo aquella,
Tanto delirio á realizar alcanza,
Y esa mujer tan cándida y tan bella
Es mentida ilusión de la esperanza:
Es el alma que vívida destella
Su luz al mundo cuando en él se lanza,
Y el mundo con su magia y galanura
Es espejo no más de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,
El que creó las Sifides y Ondinas,
La sacra ninfa que bordando mora
Debajo de las aguas cristalinas:
Es el amor que recordando llora
Las arboledas del Eden divinas:
Amor de allí arrancado, allí nacido,
Que busca en vano aquí su bien perdido,

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!
¡Sentimiento purísimo! ¡memoria
Acaso triste de un perdido cielo,
Quizá esperanza de futura gloria!
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!
¡Oh mujer! qué imagen ilusoria
Tan pura, tan feliz, tan placentera,
Brindó el amor á mi ilusión primera!...

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
¡Ah! ¿donde estais que no correis á mares?
¿Por qué, por qué como en mejores días,
No consolais vosotras mis pesares?
¡Oh! las que no sabeis las agencias
De un corazón que penas á millares
¡Ay! desgarraron y que ya no hora,
¡Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh dichosos mil veces, sí, dichosos
Los que podeis llorar! y ¡ay! sin ventu
De mí, que entre suspiros angustiosos
Ahogar me siento en infernal tortura.
¡Retuércese entre nudos dolorosos
Mi corazón, gimiendo de amargura!
También tu corazón, hecho pavesa,
¡Ay! llegó á no llorar, ¡pobre Teresa!

¡Quién pensara jamás, Teresa mía,
Que fuera eterno manantial de llanto,
Tanto inocente amor, tanta alegría,
Tantas delicias y delirio tanto?
¡Quién pensara jamás llegase un día
En que perdido el celestial encanto
Y caído la venda de los ojos,
Cuanto diera placer causara enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo
Aérea como dorada mariposa,
Ensueño delicioso del deseo,
Sobre tallo gentil temprana rosa,
Del amor venturoso devaneo,
Angélica, purísima y dichosa,
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro
Tu aliento perfumado en tu suspiro,

Y aún miro aquellos ojos que robaron
A los cielos su azul, y las rosadas,
Tintas sobre la nieve, que envidiaron
Las de Mayos serenas alboradas:
Y aquellas horas dulces que pasaron
Tan breves, ¡ay! como despues lloradas
Horas de confianza y de delicias,
De abandono y de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,
Y pasaba á la par nuestra ventura;
Y nunca nuestras ansias las contaban,
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermo-
Las horas ¡ay! huendo nos miraban, [sura:
Llanto tal vez vertienda de ternura,
Que nuestro amor y juventud veían,
Y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin, ¡oh! ¡quién impío
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?
Tú fuiste un siempo cristalino río,
Manantial de purísima limpieza;
Despues torrente de color sombrío,
Rompiendo entre peñascos y maleza,
Y estanque, en fin, de aguas corrompidas,
Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caiste despeñado al suelo,
Astro de la mañana luminoso?
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo
A este valle de lágrimas odioso?
Aun cercaba tu frente el blanco velo
Del serafín, y en hondas fulgoroso
Rayos al mundo tu esplendor vertía,
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído
Y mujer nada más y lodo inmundo,
Hermoso sér para llorar nacido,
O vivir como autómatas en el mundo,
Sí, que el demonio en el Eden perdido,
Abrasará con fuego del profundo
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente,
Que á fecundar el universo mana,
Y en la tierra su límpida corriente
Sus márgenes con flores engalana;
Mas, ¡ay! huid, el corazón ardiente
Que el agua clara por beber se afana,
Lágrimas verterá de duelo eterno,
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un día
En que enredado en retorcidos lazos
El corazón, con bárbara porfía
Luchéis por arrancároslo á pedazos:
En que al cielo en histérica agonía
Frenéticos alceis entrambos brazos,
Para en vuestra impotencia maldecirle,
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron,
Las dulces esperanzas que trajeron
Con sus blancos ensueños se llevaron,
Y el porvenir de oscuridad vistieron:
Las rosas del amor se marchitaron,
Las flores en abrojos convirtieron,
Y de afán tanto y tan soñada gloria
Sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡Al recordarte siento
Un pesar tan intenso! Embarga impío
Mi quebrantada voz mi sentimiento,
Y suspira tu nombre el labio mío:
Para allí su carrera el pensamiento,
Hiela mi corazón punzante frío
Ante mis ojos la funesta losa,
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte
Sombra á fin de descansar en tu camino
Cuando llegabas, misera, á perderte
Y era llorar tu único destino:
Cuando en tu frente la implacable suerte
Grababa de los réprobos el sino!
Feliz, la muerte te arrancó del suelo,
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,
Arido el corazón, sin ilusiones,
La delicada flor de tu hermosura
Ajaron del dolor los aquilones:
Sola, y envilecida, y sin ventura,
Tu corazón secaron las pasiones:
Tus hijos ¡ay! de tí se avergonzáran,
Y hasta el nombre de madre te negáran.

Los ojos escaldados de tu llanto,
Tu rostro cadavérico y hundido;
Unico desahogo en tu quebranto,
El histérico ¡ay! de tu gemido:
¿Quién, quién pudiera en infortunio tanto
Envolver tu desdicha en el olvido,
Disipar tu dolor y recogerte
En su seno de paz? ¡Sólo la muerte!

¡Y tan jóven, y ya tan desgraciada!
Espíritu indomable, alma violenta.
En tí, mezquina sociedad, lanzada
A romper tus barreras turbulenta,
Nave contra las rocas quebrantada,
Allá vaga, á merced de la tormenta,
En las olas tal vez náufraga tabla,
Que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere
Y está en mi corazón; un lastimero
Tierno quejido que en el alma hiere,
Eco suave de su amor primero:
¡Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana
Abre su cáliz al naciente día,
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,
Y exalté tu inocente fantasía,
Yo inocente también ¡oh! cuán ufana
Al porvenir mi mente sonreía,
Y en alos de mi amor, ¡con cuánto anhelo
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,
En tus brazos en lánguido abandono,
De glorias y deleites rodeado
Levantar para tí soñé yo un trono :
Y allí, tu venturosa y yo á tu lado,
Vencer del mundo el implacable encono,
Y en un tiempo, sin horas ni medida,
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos
Aridos ni una lágrima brotaban ;
Cuando ya su color tus labios rojos
En cárdenos matices se cambiaban ;
Cuando de tu dolor tristes despojos
La vida y su ilusión te abandonaban,
Y consumía lenta calentura
Tu corazón al par de tu amargura :

Si en tu penosa y última agonía
Volviste á lo pasado el pensamiento ;
Si comparaste á tu existencia un día
Tu triste soledad y tu aislamiento ;
Si arrojó á tu dolor tu fantasía
Tus hijos ; ay ! en tu postrer momento
A otra mujer tal vez acariciando,
Madre tal vez á otra mujer llamando ;

Si el cuadro de tus breves glorias viste
Pasar como fantástica quimera,
Y si la voz de tu conciencia oíste
Dentro de tí gritándote severa ;
Si, en fin, entónces tu llorar quisiste
Y no brotó una lágrima siquiera
Tu seco corazón, y á Dios llamaste,
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste

¡Oh ! ¡cruel ! ¡muy cruel ! ; martirio hor-
; Espantosa expiación de tu pecado ! ¡rendo !
Sobre un lecho de espinas, maldiciendo,
Morir, el corazón desesperado !
Tus mismas manos de dolor mordiendo,
Presente á tu conciencia lo pasado,
Buscando en vano, con los ojos fijos,
Y extendiendo tus brazos á tus hijos.

¡Oh ! ¡cruel ! ¡muy cruel !..... ¡Ay ! yo
Dentro del pecho mi dolor oculto, ¡entre tanto
Enjugo de mis párpados el llanto
Y doy al mundo el exigido culto :
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
Mi propia pena con mi risa insulto,
Y me divierto en arrancar del pecho
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos, sí ; la cristalina esfera
Gira bañada en luz : ¡ bella es la vida !
¡ Quién á parar alcanza la carrera
Del mundo hermoso que al placer convida ?
Brilla radiante el sol, la primavera
Los campos pinta en la estación florida :
Traéquesen risa mi dolor profundo.....
Que haya un cadáver más ; que importa al
[mundo ?

FIN.



ÍNDICE

Págs

POESÍAS LÍRICAS.

Serenata.	3
A una dama burlada.	5
A la noche, romance.	7
El pescador.	9
Oscar y Malvina. — La despedida.	12
El combate.	15
Al sol, himno.	17

CANCIONES.

La cautiva.	21
Cancion del pirata.	23
El canto del cosaco.	26
El mendigo.	29
El reo de muerte.	33
El verdugo.	38

ASUNTOS HISTÓRICOS.

A la muerte de Torrijos y sus compañeros.	42
---	----

	Págs.
A la muerte de D. Joaquin de Pablo (Chapalangarra)	43
Despedida del patriota griego de la hija del apóstata	45
¡ Guerra !	49
A la patria, elegía	51
Soneto	54
A una estrella	54
A Jarifa, en una orgía	58

CUENTO.

El estudiante de Salamanca	62
El dos de Mayo	125
Ensayo épico. — Fragmentos de un poema titulado <i>El Pelayo</i>	130
Fragmento segundo	136
Fragmento tercero	139
El consejo	150
La procesion	154
Fragmento cuarto	157
Fragmento quinto	161
Cuadro del hambre	163
Fragmento sexto	167
Canto a Teresa	173

DOLORAS

COSAS DE LA EDAD

I

— Sé que corriendo, Lucía,
Tras mundanales antojos,
Has escrito el otro día
Una carta que decía :
« Al espejo de mis ojos. »
Y aunque mis gustos añejos
Marchiten tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos,
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.
¡ Ay ! ¡ no rindiera en verdad
El corazón lastimado
A dura cautividad,
Si yo volviera a tu edad,
Y lo pasado, pasado !
¿ Por tus locas vanidades,
Que son ¡ oh niña ! no miras
Más amargas las verdades
Cuanto allá en las mocedades
Son más dulces las mentiras ?
Y es la tez encantadora
Con que el semblante se aliña,
Luz que la edad descolora ;

	Págs.
A la muerte de D. Joaquin de Pablo (Chapalanga)	43
Despedida del patriota griego de la hija del apóstata	45
¡ Guerra !	49
A la patria, elegía	51
Soneto	54
A una estrella	54
A Jarifa, en una orgía	58

CUENTO.

El estudiante de Salamanca	62
El dos de Mayo	125
Ensayo épico. — Fragmentos de un poema titulado <i>El Pelayo</i>	130
Fragmento segundo	136
Fragmento tercero	139
El consejo	150
La procesion	154
Fragmento cuarto	157
Fragmento quinto	161
Cuadro del hambre	163
Fragmento sexto	167
Canto a Teresa	173

DOLORAS

COSAS DE LA EDAD

I

— Sé que corriendo, Lucía,
Tras mundanales antojos,
Has escrito el otro día
Una carta que decía :
« Al espejo de mis ojos. »
Y aunque mis gustos añejos
Marchiten tus ilusiones,
Te han de hacer ver mis consejos,
Que contra tales espejos
Se rompen los corazones.
¡ Ay ! ¡ no rindiera en verdad
El corazón lastimado
A dura cautividad,
Si yo volviera a tu edad,
Y lo pasado, pasado !
¿ Por tus locas vanidades,
Que son ¡ oh niña ! no miras
Más amargas las verdades
Cuanto allá en las mocedades
Son más dulces las mentiras ?
Y es la tez encantadora
Con que el semblante se aliña,
Luz que la edad descolora ;

¿Mas no me escuchas traidora
(Pero, señor, *si es tan niña!*...) Págs.

II

43

— Conozco, abuela, en lo helado
De vuestra estéril razon
Que en el tiempo que ha pasado,
O habeis perdido ó gastado
Las llaves del corazon.

Si amor con fuerzas extrañas
A un tiempo mata y consuela,
Justo es detestar sus sañas;
Mas no amar, teniendo entrañas,
Eso es imposible, abuela.

¿ Nunca soleis maldecir
Con desesperado empeño
Al sol que empieza á lucir,
Cuando os viene á interrumpir
La felicidad de un sueño?

¿ Jamas en vuestros desvelos
Cerrais los ojos con calma
Para ver solas, sin celos,
Imágenes de los cielos
Allá en el fondo del alma?

¿ Y nunca veis en mal hora,
Miradas que la pasion
Lance tan desgarradora,
Que os hagan llevar, señora,
Las manos al corazon?

¿ Y no adorais las ficciones
Que al alma pasando deja
Cierta ilusion de ilusiones?

¿ Mas no escuchais mis razones?
(¡ Pero, señor, *si es tan vieja!*!...)

III

— No entiendo tu amor, Lucia.
— Ni yo vuestros desengaños.
— Y es porque la suerte impía
Puso entre tu alma y la mía
El yerto mar de los años.

Ya la vejez destructora
Pronto templará tu afán.
— Mas siempre entónces, señora,
Buenos recuerdos serán
Las buenas dichas de ahora.

— Triste es el placer gozado!
— ¿ Más triste es el no sentido;
Pues yo decir he escuchado
Que siempre el gusto pasado
Suele deleitar perdido.

Oye á quien bien te aconseja.
— Inútil es vuestra riña.
— Siento tu mal. — No me aqueja.
— (¡ Pero, señor, *si es tan niña!*!...)
— (¡ Pero, señor, *si es tan vieja!*!...)

GLORIAS DE LA VIDA

¡ Al fuego! cartas de adorados séres
Por quien la sangre derramé viviendo;
Arden á impulsos de esa luz, y ardiendo
Con vos se extinga *mi fatal pasion!*
¡ Ved cuál la gloria de sus dulces rasgos
Se lleva el aire en fáciles despojos!
; No su partida lamentéis, mis ojos,
Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! signos que sin fe trazaron
 Falsas mujeres que adoraba ciego:
 VICTORIA, OCTAVIA, INES... ¡al fuego! ¡al fuego!
 ¡Maldita sea mi fatal pasión!
 —«¡Nadie en el mundo como yo te adora!»—
 ¡Arda á su vez la que tan bien mentía!
 ¡Ay, quién tal gloria al poseer diría
 Que humo las glorias de la vida son!

¡Al fuego! enigmas de infernal sentido:
 ¡Digno sepulcro el desengaño os presta!
 ¡Cuán bien mi madre me alejaba en ésta
 ¡Del torpe error de mi fatal pasión!
 —«¡Huye», dice» el amor, porque su gloria
 Es pacto vil de la ilusión de un día,
 Y al fin verás, alma del alma mía,
 Que humo las glorias de la vida son!»

VENTAJAS DE LA INCONSTANCIA

Después de amarla, olvídala, que el cielo
 La inconstancia al amor le dió en consuelo.
 PATRICIO M. DE RAYON

¡Ay! anoche te escuché
 (El que escucha oye su mal),
 Cuando á otro hombre por tu fe
 Le jurabas fe eternal,
 ¡Imprudente!
 Nadie quiere eternamente;
 Que pase un mes y otro mes,
 Y me lo dirás despues.
 Aunque nuestro amor fué extraño,
 Ya no lloro

Ni mi engaño ni tu engaño;
 Pues no ignoro
 Que la inconstancia es el cielo
 Que el Señor
 Abre al fin para consuelo
 A los mártires de amor.

Después ¡ingrata! ¿qué hiciste?
 ¿Fué el ruido de un beso aquel?
 Bien te oí cuando dijiste:
 —«No hice otro tanto con él.»—

¡Ay, Victoria,
 Cuán frágil es tu memoria!
 Ruega á Dios que siempre calle
 Aquella fuente del valle...
 Si me engañas, ya ántes ducho
 Te engañé,
 Porque, aunque me amabas mucho,
 Yo bien sé
 Que la inconstancia es el cielo
 Que el Señor
 Abre al fin para consuelo
 A los mártires de amor.

Por último, ¡horrible paso!
 Dijiste al partir de mí:
 —«Es un...» — Ah! Mas por si acaso,
 Lo dije yo ántes de tí.
 Si, gacela,
 Aquí, el que no corre, vuela;
 Lo que tú hoy de mí, yo ayer
 Dije de tí á otra mujer.
 Que los seres en amores
 Adiestrados,

Todos son engañadores;
 Y engañados;
*Pues la inconstancia es el cielo
 Que el Señor*
*Abre al fin para consuelo
 A los mártires de amor.*

Adios: te juro leal,
 Por el que nació en Belen,
 Que nunca te querré mal,
 Si no te quise muy bien.
 Con que adios:
 Navia y Julio á veintidos.
 Hoy por mí, y por tí mañana;
 ¡Tal es la doblez humana!
 Si te ama algun importuno,
 O imprudente
 Llegases tú á amar alguno,
 Ten presente
*Que la inconstancia es el cielo
 Que el Señor*
*Abre al fin para consuelo
 A los mártires de amor.*

LAS DOS ALMAS

— ¿A dónde vas, alma mía,
 Hacia ese mundo perdido?
 — A ser alma de un nacido
 La Omnipotencia me envía.
 Y tú, alma mía, ¿qué vuelo
 Sigues ganando la altura?

— Dejo á uno en la sepultura,
 Y voy caminando al cielo.
 — Puesto, que subes, hermana,
 Y te hallo al bajar al mundo,
 Dime si es... Un caos profundo
 Que llaman cárcel humana.
 — Prosigue, y no tan altiva,
 Hermana, bajas ahora.
 Porque vas, siendo señora,
 A ser del hombre cautiva.
 Que en él, con rumbo perdido,
 Sigue, en loco devaneo,
 Cada potencia un deseo,
 Y un gusto cada sentido.
 En ansia de goces lleno
 Busca el oído armonía,
 El paladar, ambrosia,
 E impúdico el tacto, ciego.
 Así sus gustos sin calma
 Van los sentidos gozando,
 Mientras que á merced flotando
 Va de los suyos el alma.
 Y en rumbos tan desiguales,
 Y en tan contrarios vaivenes,
 Si el alma delira bienes,
 Acosan al cuerpo males.
 Y amando el cuerpo la tierra,
 Y el alma adorando el cielo,
 Siempre están, en su desvelo,
 Carne y espíritu en guerra.
 — ¿Pues si ya, el cielo ganando,
 Dejaste cárcel tan fiera,
 Por qué al aire, compañera,
 Vas esas lágrimas dando?

— Porque hay, hermana, en el suelo
Serés que también se adoran,
Y que al dejarlos se lloran,
Como al dejar los del cielo.

— Si el cielo que dejo escalas,
Y al mundo voy que tu dejas,
Llevemos, pues, tú mis quejas,
Y yo tu llanto en las alas.

Y al mundo adonde me alejo,
Cuando le muestre tu llanto
Muestra mis ayes en tanto
Al cielo hermoso que dejo.

Y ya que fatídico arde
De mi cautiverio el día,
Queda adios, hermana mía.

— Hermana mía, El te guarde.

NO HAY DICHA EN LA TIERRA.

De niño, en el vano aliño
De la juventud soñando,
Pasé la niñez llorando

Con todo el pesar de un niño.
Si empieza el hombre penando
Cuando ni un mal le desvela:

¡Ah!

La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

Ya joven, falto de calma,
Busco el placer de la vida,
Y cada ilusión perdida
Me arranca, al partir, el alma.

Si en la estación más florida
No hay mal que al alma no duela:

¡Ah!

La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?

La paz, con ansia importuna,
Busco en la vejez inerte,
Y buscaré en mal tan fuerte
Junto al sepulcro la cuna.

Temo a la muerte, y la muerte
Todos los males consuela.

¡Ah!

La dicha que el hombre anhela,
¿Dónde está?...

LA VIRTUD DEL EGOISMO

Si anoche no estuve, Flora
A adorar tu talle hermoso,
Es porque soy virtuoso,
Y me da el sueño á deshora.

¡Pecadora!

Ya le contaré á tu madre
Que, porque amo mi quietud

Y salud,

Dijiste hoy á mi compadre:
«¡Qué egoísta es la virtud!»

¿Cómo he de ir con fe no escasa
A ver tus ojos serenos,
Si hay cien pasos por lo ménos
Desde mi casa á tu casa?

Y ¿qué pasa

Al hablarnos frente á frente?...
 ¿Qué?... tú mientes sin guarismo;
 Yo lo mismo;
 ¿El no ir, por consiguiente,
 Fue virtud ó es egoismo?

Verbi gracia, el otro dia,
 Al verte de mi amor harta,
 Puse un bostezo de á cuarta
 Entre un « paloma » y un « mia. »

Es falsa
 La de bostezar amando;
 Mas si hoy, con más pulcritud
 Y quietud,
 No he ido á amar bostezando,
 ¿Fue egoismo ó fue virtud?

Desde hoy no vuelvo á tu eden
 A tomar, Flora, el sereno;
 Si es por egoismo, — bueno,
 Y si es por virtud, — tambien.

Sí, mi bien,
 Esto haré por mi salud,
 Aunque diga tu cinismo
 Que es lo mismo

La gloria de la virtud
 Que el triunfo del egoismo.

PROPOSITOS VANOS

— Padre, pequé, y perdonad
 Si en mi amorosa contienda,
 Se lleva el viento, á mi edad,
 Propósitos de la cnienda.

EL CONFESOR.

« ¡Siempre es viento
 A esa edad un juramento!
 ¿Qué pecado es, hija mia? »

LA PENITENTA.

El mismo del otro dia.
 Y aunque es el mismo, id templando
 vuestro gesto,
 Pues dijo ayer, predicando,
 Fray Modesto :
 Que es inútil la más pura
 Contrición,
 Si abona nuestra ternura
 Flaquezas del corazon.

— Ayer, padre, por ejemplo,
 Tocó á misa el sacristan,
 Y en vez de correr al templo,
 Corrí á la huerta con Juan.

EL CONFESOR.

« ¡Triste dón,
 Correr tras su perdicion!... »

LA PENITENTA.

Sí, señor; mas dón tan vil,
 De mil, lo tenemos mil.
 No hay niña que á amar no acuda
 Más que á misa;
 Que el diantre, á todos sin duda,
 Nos avisa
 Que es inútil la más pura
 Contrición.

*Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.*

— La verdad, tan poco ingrata
Con Juan estuve en la huerta,
Que, como él mirando mata,
Huí de él como una muerta.

EL CONFESOR.

« ¡Dulcemente
Fascina así la serpiente! »

LA PENITENTA.

¡No lo extrañéis, siendo el pecho
De masa tan frágil hecho!
Si voy, cuando muera, al cielo
(Que lo dudo),

Ya contaré que en el suelo
nunca pudo
Sernos útil la más pura
Contrición,

*Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.*

— Y mañana, ¡qué he de hacer,
Padre, al sonar la campana,
Si él me dice hoy, como ayer :
« Vuelve á la huerta mañana? »

EL CONFESOR.

« ¡Ay de vos!
¡Antes Dios y siempre Dios! »

LA PENITENTA.

Es cierto, mas entre amantes,
No siempre suele ser ántes.

Y en fin, si de ser cautiva
Me arrepiento,
O me absolveis miétras viva,
O presento
Que es inútil la más pura
Contrición.
*Si abona nuestra ternura
Flaquezas del corazon.*

LA CIENCIA DE LA VIDA

Amargando tu existencia,
De tu corazon en dano,
Ya le enseñará esta ciencia
El libro de la experiencia,
Página del desengaño.
(E. FLORENTINO SANZ.)

— Seguid ; verémos á qué luz impura
Del porvenir el caos se ilumina.

EL AGORERO.

Mas, ¡quién, desengañado, no adivina
De la vida el horóscopo fatal?
Siempre en mi ciencia se predicen bienes;
¡Dios los da al hombre con amor profundo!
Después se augura un mal, porque en el mundo
Tarde ó temprano, es infalible el mal.

— Seguid.

EL AGORERO.

Si á un triste le augurais su estrella,
Algun placer le aguraréis mintiendo;
Que, aunque nuestro hado es esperar sufriendo,
La esperanza, áun sufriendo, es celestial.

Y si su suerte predecis acaso
 A los que mira compasivo el cielo,
 Hacedles ver que en la orfandad del suelo,
 Tarde ó temprano, es infalible el mal.

— Seguid.

EL AGORERO.

Sabréis mi dolorosa ciencia
 Si grabais en la mente con empeño,
 Que es el bien, por ser bien, sueño de un sueño,
 Que el mal, sólo por serlo es inmortal.
 Que nunca falta una ilusion gloriosa
 Que alegre una existencia maldecida,
 Y que en la paz de la más dulce vida,
 Tarde ó temprano es infalible el mal.

VANIDAD DE LA HERMOSURA

A Octavia.

Ni amor canto, ni hermosura,
 Porque es ésta un vano aliño,
 Y además,
 Aquel una sombra oscura.

OCTAVIA.

— ¿No es más que sombra el cariño?

— Nada más.

Esas flores con que ufana
 Tu frente se diviniza,
 Ya verás

Cuál son ceniza mañana.

OCTAVIA.

— ¿Nada más son que ceniza?

— Nada más.

¿Y en tu contento no escaso,
 Qué dirás que es un contento,
 Qué dirás?

OCTAVIA.

— ¿Nada más que viento acaso?

— ¡Nada más, niña que viento,
Nada más!

En la edad de las pasiones,
 A vueltas de mil enojos,
 Hallarás

Aire, sombras é ilusiones :
 ¡Nada más, luz de mis ojos,
 Nada más!...

PODER DE LA BELLEZA

¡Me caso! Yo, que odio eterno
 Siempre profesé á este paso,
 Como á un paso del infierno,
 Ya cándidamente tierno...
 ¿Podréis creerlo? ¡me caso!
 Y pues ya amo á una mujer
 (Siento decir que no miento)
 Justo es que cante, y lo siento,
 De la belleza el poder.

Yo que enduve transitorio
 Toda España en derredor,
 De un jolgorio á otro jolgorio,
 Haciendo el Don Juan Tenorio
 Con doncellas de labor;

Hoy mi indómita cabeza
 A un yugo al fin se somete :

Aquí dió fin el sainete...
¡Oh poder de la belleza!

Yo, que canté á cualquier hora :
« No me da pena maldita
Si tu pecho no me adora ;
Que la mancha de una mora
Con otra blanca se quita »,
Peno por una mujer
Y (aparte) rabio de celos.
¡A tanto se extiende, cielos,
De la belleza el poder!

Yo, que amé en la edad florida
Cada cien días á ciento,
¡Ya hace un mes que mi querida
Es aliento de mi vida,
Es la esencia de mi aliento!
Un mes en mí de terneza
Es de treinta años emblema ;
Es la vida... es el poema
Del poder de la belleza.

¡Con mi triste casamiento
(Mis ex-amadas, mi ex-gloria),
Ya nos arrebató el viento
Tanto amor que ha sido historia,
Tanta historia que fué cuento!
Mas todo es sueño, á mi ver,
En esta vida traidora ;
Sólo es real, á cuartos de hora,
De la belleza el poder.

¡Ya no os daré cantilenas,
Jugando al toma y al daca,
Pelo, anillos ni cadenas,

Ni tantas cosas, tan buenas
Para hacer nidos de urraca!
;Y á fe que es necia flaqueza
Que, ganando mil ventajas,
Sólo estribe en zarandajas,
El poder de la belleza!

Pues me caso, Satanás,
Haga á mi esposa, ó Dios la haga,
No pedir cuentas de atras,
Pues *si el que la hace la paga...*
¡Santo Cristo de Candás!
Si expiacion llega á haber,
Siendo, cual la muerte, fuerte,
Es horrible, cual la muerte,
De la belleza el poder.

¡Dios! á quien ofendo impio,
Dad á tanto error disculpa ;
Perdonad mi desvario :
¡Por mi culpa, padre mio ;
Por mi grandísima culpa!
No os vengueis de quien si empieza
Cantando la palinodia
Loa en tono de salmodia,
El poder de la belleza.

Desde hoy mis glorias de amante
Se concretarán, Dios mio,
A tener en adelante
Una mujer que me espante
Las moscas en el estío.
No extrañéis que cual placer
El no ver moscas os nombre,
Que á tal punto humilla al hombre
De la belleza el poder.

Hoy mi pecho, en conclusion!
Pide perdon y perdona
A cuantas fueron y son...
Desde Lisboa á Pamplona.
Desde Sevilla á Gijón.

Y hoy, en fin, mi bien empieza
O empieza mi mal acaso:
De cualquier modo, ¡ me caso!
¡ Victoria por la belleza!

LA COMPASION

— Niña, ¿ por qué desvelada
Suspiras con tal empeño?
— El por qué, madre, no es nada:
Sólo me siento hostigada
Por las quimeras de un sueño.
— El rostro, niña, sepulta
En la holanda, que el espanto
Viendo las sombras se abulta.
— Así derramaré, oculta,
Entre sus pliegues mi llanto.
— Pronto, la noche ahuyentando,
Llamará el alba á la puerta.
— Pues vendrá en vano llamando
Que si ahora duermo soñando,
Despues soñaré despierta.
— ¡ Ay, que si el mundo ve ya
De una niña el mal profundo,
Que es amor en decir da!
— Pues sus razones el mundo
Para decirlo tendrá.
— ¡ Y en qué livianas razones

Estriba el mal que te aqueja?

— En unas tristes canciones
Que, de una lira á los sonos,
Alzaba un hombre á mi reja.

Entré afligida en el lecho,
Quedé traspuesta y entónces
Sonó un ruido á poco trecho,
Que ¡ cuál llagaria el pecho
Cuando blandaba los bronces!

Desperté á oírle, y la lira
No alegró la soledad;
Y ahora mi pecho suspira
No sé si porque es mentira,
O porque no fué verdad.

— ¡ Mas quién alzó las querellas?

— Soñé que era un peregrino.

¡ Ay de las tristes doncellas,
Si al proseguir su camino
Puso los ojos en ellas!

— ¡ Un peregrino, alma mia,
Cantaba en llanto deshecho?

— Y soñé que era el que un dia
Buscó albergue en nuestro techo
Por la tormenta que hacia.

Nieves y cierzo arrojando,

Húmedos ya sus despojos,
Vino á la puerta llamando;

Y yo se la abrí, mostrando
La compasion en los ojos.

— ¡ De cuándo acá te se alcanza.

Recordar tal desasuerdo?

— Dejádme en mi bienandanza:

¡ Bella será una esperanza,
Pero es muy dulce un recuerdo!

Aun me ocupa la memoria,
Cuando la lumbre cercando,
Entre ilusiones de gloria,
Una historia y otra historia
Me fué, amorosas, contando.

Siempre en ella se moría
Uno que á su ingrato bien
Como á sus ojos quería ;
Mas no me contó que había
Hombres ingratos tambien.

Dióme con chistes discretos,
Conchas, cruces y regalos,
Y mágicos amuletos,
Que por instintos secretos
Daban pavor á los malos.

Y los gustos de la vida
Me ponderaba halagüeno,
En plática tan sentida,
Que cual si fuese beleño
Me iba dejando dormida.

Y mi amante pesadumbre
Prosiguió astuto aumentando,
Hasta que el postrer vislumbre
Débil lanzando la lumbre
Se fué la sombra espesando....

— ¿ Por qué entonces de su fuego
Rémora no fué tu calma ?

— Creí sus perfidias luego,
Porque acompañó su ruego
Con un suspiro del alma.

— ¿ Y fuiste, al rayar el día,
Su ruta, niña, á inquirir ?
— En vano fui, madre mía ;
Ya el sol derretido había

La nieve que holló al partir.
Corriendo desalentada,
Fuí de lugar en lugar....

— ¿ Y qué hallaste, desgraciada ?
— Al cabo de la jornada
Hallé el placer de llorar.

— ¿ Cuál genio, en tan triste día,
A escuchar su frenesí
Mas ciega que él te impelia ?
— La *compasion*, madre mia...
— ¿ Y quién la tendrá de ti ?

CORTA ES LA VIDA

Paróse, una voz sentida
Cierta viajero escuchando,
Y vió un ave, que rendida
Al pié de un árbol, piando
Triste exhalaba la vida.

Y al ver que, al árbol querido
Mirando desde la grama,
Alzaba el postrer gemido
Hácia la flexible rama,
Do aún columpiaba su nido,

« Hé aquí, dijo en su sorpresa,
La imágen de la fortuna :

Vagando sin ley alguna,
Al fin hallamos la huesa
Al mismo pié de la cuna. »

Y alejándose al momento,
Por templar su mal no escaso,
Añadió en su pensamiento :

« ¿ Cuánto las separa ? — ¡ un paso !
— ¿ Y qué media entre ambas ? — ¡ viento ! »

EL CONCIERTO DE LAS CAMPANAS

(Para música.)

Por un *nacido* allí imploran,
Y aquí por un *muerto* lloran :
Cuando allí tocando están

¡*Din, don, din, dan!*
Tocan aquí en bronco són.
¡*Din, dan, din, don!*

Allí un *vivo*, y aquí á un *muerto*.
A tan monstruoso concierto
Labrando mis goces van,

¡*Din, don, din, dan!!*
Su tumba en mi corazón :
¡*Din, dan, din, don!!*

¡Ay, cuán falsamente unida
Va con la muerte la vida!
¡Qué inútil es nuestro afán!

¡*Din, don, din, dan!*
¡Qué breves las dichas son!
¡*Din, dan, din, don!!*

GLORIAS PÓSTUMAS

A D. Nicomédes Pastor Diaz, con motivo
de la falsa muerte de una amiga.

A mí el pesar me asesina
De cuando aquí por muy cierto
Se dijo de *Carolina*
Que ¡Dios nos libre! había muerto.
El que ménos

Con ojos de espanto llenos
« ¡Cuánto lo siento! » exclamaba...
Pero ninguno lloraba.

El que se muere, *Pastor*,
O se ausenta,
Es *ceró* que olvida amor
En su cuenta.

Los que esperan fe en muriendo,
¡Cuánto yerran!
Bueno ó malo, á lo que entiendo,
Al que se muere le entierran.

No hay sér que al « ¡Dios le perdone
Con que hace al muerto un regalo,
Si es su enemigo, no entone
El *Libera nos á malo*.

Cantan esto
Los que no aman, por supuesto ;
Porque los que aman muy bien
Dicen : *Requiescat .. Amén*.
Al que ama y no ama, igual pena
Le acomete.

Exceptuando alguna escena
De sainete.
Premio igual dan y reciben

Los que quieren,
Ya olvidando á los que viven,
Ya enterrando á los que mueren.

Quando más, los muy leales
Nos recomiendan á Dios
Con dos misas de á *seis reales* ;
Total *cuatro* os ciento dos.
Y aún dos misas
No son del todo precisas,

Pues con una solamente
Cubre un hombre el *expediente*...
¿Para qué, ansiando, vivimos

Entre lloro,
Y adquirimos y adquirimos
Oro y oro...

Si al fin un dendo allegado,
Sin gemir,
Entre un mal lienzo hilvanado
Nos enterrará al morir?

« Con tu ausencia y veinte reales,
Un duro mi pecho gana » :
Así calcula sus males

¡ Maldición
Nuestra condicion humana
Sobre tan vil condicion !
No hay más deudos ni parientes
Que las muelas y los dientes...

¡ Ay, di á tu amiga, *Pastor*,
Que, si muere,
De nadie gloria ni amor

Nunca espere ;
Pues llenando el ataud
Do le encierran,

Con amor, gloria y virtud,
¡ Al que se muere, le entierran !

VAGUEDAD DEL PLACER

I

« Al que ántes cumpla su anhelo,
Logrando la dicha extrema

De dar á su sien diadema
Hecha de luces del cielo. »

Así una turba ligera
De niños baja diciendo,
Tocadas del iris viendo
Las aguas de una pradera.

Siguen el monte esquivando,
Y crece su empeño loco,
En tanto que poco á poco
Va el iris su luz menguando.

Y ya que de su ornamento
Creían la sien orlada,
Vieron su luz disipada
Como fantasma en el viento.

— « ¿ *Cómo es* ? » — Desde el monte erguido
Preguntan cuantos los miran ;
Y alzan los ojos, suspiran,
Y les responden : — ¡ *Ya es ido* !

— « ¡ *Mentira* ! » — Baján diciendo
Los que ven clara su lumbre,
Y en tanto ganan la cumbre
Mustios los otros subiéndolo.

II

Porque sus lindos reflejos
Son, al tocarlos, ficciones,
Cual son de cerca ilusiones
Las que venturas de léjos.

El iris, siempre inconstante,
Se va mostrando inseguro ;
A los que bajan, oscuro,
Y á los que suben, brillante.

— « ¿ *Cómo es* ? » — En ronco alarido
Gritan los ántes burlados.

Y los de ahora extasiados,
Tristes responden : — ¡ *Ya es ido!*
— « ¡ Mentira! » — Dicen bajando
Los que poco ántes mintieron;
Y á los de abajo se unieron
Prestos el monte esquivando.

III

Juntos con pueril anhelo
Se agitan con ansia ardiente,
Corriendo de fuente en fuente
Tras los matices del cielo.
Y todos dando á cuál más
Gusto á su pecho anhelante,
Unos gritan : — ¡ *adelante!*
Y los de adelante : — ¡ *atras!*
Y así sin órden ni guía,
Aquí y allí discurrieron,
Y ni allí ni aquí le vieron,
Y en todas partes lucía.
Y al verle desvanecido,
Con más vergüenza que enojos,
Vueltos al cielo los ojos,
Exclaman todos : — ¡ *Ya es ido!*

IV

Así en eterno cuidado,
Aquí y allí nuestro intento
Corre fugaz por el viento
Tras un placer nunca hallado.
Que el hombre en su desacuerdo
Llama al verle en lontananza,
Si es delante, una esperanza,
Y si es detras, un recuerdo.

Y aún no marcó en su sentido
El gusto una vana huella,
Cuando imprecando su estrella
Suspira y dice : — ¡ *YA ES IDO!*

ULTIMAS ABJURACIONES

¡ *Voy á morir!* Prenda del alma mía
Este el centon de mis quimeras es;
Leed, leed, y de la gloria impía
De tanto error abjuraré despues.

EL HIJO (*Leyendo.*)

« *Cuna de rosas al nacer hallamos.* »

EL PADRE.

¡ *Mentira!* abrojos al nacer nos dan.

EL HIJO.

« *Rosas la vida al comenzar hallamos.* »

EL PADRE.

¡ *Falso!* los piés por entre abrojos van.
¡ *Voy a morir!* Las bárbaras memorias
Que al fin amargan de mis horas ved :
Cúmulo abyecto de entrañables glorias,
Leed, por Dios, y escarmentad ; leed :

EL HIJO.

« *Su vida el hombre de ilusiones puebla.* »

EL PADRE.

¡ *Ay!* necio error á la ilusion llamad.

EL HIJO.

« *Huye la edad de la razon cual niebla.* »

EL PADRE.

¡Horror! pasad, horas sin fin, pasad.
¡Voy á morir! De nuestra vida escasa,
Pasa en engaños la primer mitad;
La otra mitad en desengaños pasa:
¡Nunca olvideis esta cruel verdad!

EL HIJO.

« ¡Triste es dejar del mundo la presencia! »

EL PADRE.

¡Mundo, os doy ledo mi postrer adios!

EL HIJO.

« Parece el bienestar con la existencia. »

EL PADRE.

¡Muerte, del hombre el bienestar sois vos!

QUIEN MAS PONE, PIERDE MAS

*Es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.*

Este refran que te canto,
Tiene, amor mio, tal arte,
Que su verdad á probarte
Con una conseja voy.
Fué una niña de quince años
El duende de esta conseja,
Y aunque la niña ya es vieja,
Aun dice entre angustias hoy.

*Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.*

Tuvo la niña un amante
A quien, idólatra un día,
« Te he de querer », le decia
Hasta despues de morir.

« Y si con Dios avenida,
Corta mi aliento la muerte,
Dejaré el cielo por verte »
Tal dijo, sin advertir

*Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.*

Murió la niña, y cumpliendo
De su antiguo amor los gustos,
Dejó el país de los justos,
Y al mundo el vuelo tendió;

Y euando alegre á su amante
Con alas de ángel cubria,
« ¡Ves cuál dejé? » le decia,
« El cielo por ti? » Mas ¡oh!

*Que es la constancia una estrella,
Que á otra luz más densa muere,
Pues quien más con ella quiere,
Ménos le quieren con ella.*

Durmió el ángel á su lado;
Y de otra esfera anhelante,
Sus alas cortó el amante,
Y en ellas al cielo huyó.

Y al encontrarse la niña
 Víctima de un falso trato,
 Llorando vió que el ingrato,
 Subiendo al cielo cantó :
*Es la constancia una estrella,
 Que á otra luz más densa muere,
 Pues quien más con ella quiere,
 Menos le quieren con ella.*

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA

Agur, Irene; hasta cuándo,
 No te lo podré decir;
 Por Dios que al verme llorando,
 Ganas me dan de reir.

¡Quién creyera,
 Flor de mi natal ribera,
 Que si lloro á los dos pasos,
 Me reiré á los tres escasos !
 Esto me recuerda, Irene,

Que algun día
 Lei contigo una *Higiene*
 Que decia

Que, conforme á la experiencia
 De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia,
Que cura males de amor.

Ya te escribiré, mi bien,
 Cuantas penas me atormenten,
 Aunque á ojos que no ven,
 Corazones que no sienten
 ¡Qué infinito

Será tu amor... *por escrito!*
 Mas dice Santo Tomás,
Que ver y creer, y no más.
 Este refran no te corra,

Advirtiendo
 Que el tiempo todo lo borra.
 Y sabiendo

Que, conforme á la experiencia
 De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

« ¡ Qué yertas son las francesas ! »
 Te diré todos los días;
 « ¡ Qué heladas ! » si son inglesas,
 Y si italianas « ¡ qué frias ! »

Y entre tanto,
 Mil y mil serán mi encanto.

¡ Ay, cubren tanta ficcion
 Las alas del corazon !

Hermosa Irene, ten calma;
 ¿ Por qué lloras ?

No llores, prenda del alma,
 Pues no ignoras

Que, conforme á la experiencia
 De un doctor,

Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

Parto por fin, ya amanece;
 Adios, alma de los dos;
 Ruega á Dios que no tropiece
 Por esos mundos de Dios.

Si hoy te adoro
 Con la obstinacion de un moro.

Tal vez me ablande mañana
El fuego de otra cristiana.
Sí, que aunque este amor es cierto,
¡Ay! presumo
Que el amor de un ido ó un muerto
Siempre es humo;
Pues, conforme á la experiencia
De un doctor,
Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

ADIOS PARA SIEMPRE

A Carolina.

— Porque no infiel juzgueis á mi memoria,
Aunque os digo *por siempre* al huir de vos,
La eternamente lamentable historia.
Vais á escuchar de mi primer *adios*.
— « Era una niña, como vos, afable,
Lozana, y pura y celestial cual vos. »
¡ Quién al dejar un ser tan adorable,
Podrá decirle: *para siempre adios!*
— « Parti... y la fama me contó su muerte. »
¡ Guardaos el cielo de su suerte á vos!
Y al recordar su abominable suerte,
Dejad que os diga: ¡ *para siempre adios!*
Pues siempre, herido de dolor tan fiero,
Desde aquel día, como ahora vos,
A cuantos seres con el alma quiero,
¡ Adios, les digo, *para siempre adios!*

HISTORIA DE UN AMOR

Así cuando acosado el pensamiento,
Evoca en su favor rancias historias,
Son para su tormento
Un nuevo torcedor del sentimiento
De los triunfos de amor las muertas glorias.
(MARIANO CAZURRO.)

I

Deseo.

— Roman, tu ciencia es incierta;
Me ha dicho quien bien lo sabe,
Que es la pureza una llave
Que abre del cielo la puerta.
— Victoria, por Dios, ahora
De la juventud gocemos,
Porque despues que espiremos
Lo que ha de pasar se ignora
— No gozo por no penar.
— Pues es igual, á mi ver,
Gozar para padecer
Que padecer por gozar.
Si Dios nos cierra su gloria,
En el infierno, algun día,
Será inmortal, alma mía,
De este placer la memoria.
Porque un recuerdo tan fuerte,
De tan grande bienandanza,
Traspasa, cual la esperanza,
Los límites de la muerte.
Hoy mis deseos coronas
Del favor más soberano,
Con esta trémula mano
Que en tu embriaguez me abandonas.

Deja que en ansia tan loca
Una mi frente á tu frente,
Porque me ahoga el ambiente
Que no perfuma tu boca.

Pon en tu blando extravío,
Para calmar mis antojos,
Tus ojos junto á mis ojos,
Tu corazón junto al mío.

II
Placer.

Es imposible, Victoria,
Que haya un tormento
Que me haga olvidar la gloria
De este momento.

No; quien dicha tan cumplida
A ver llegó,
Ni en la eternidad la olvida.

— ¡Ay, no! ¡Ay, no!
Mi sér de tu sér recibe
Mutuos placeres,

Y pues uno en otro vive,
Nuestros dos seres,
En tan dulce parasismo,

¿No es cierto, di,
Que son partes de un sér mismo?
— ¡Ay, sí! ¡Ay, sí!

Si cuestan horas serenas
Penas sin cuento,
Vale un infierno de penas
Este momento.

Dí si en tu virtud pasada
Tu alma encontró

Satisfacción más colmada.

¡Ay, no! ¡Ay, no!
Modera tu ardor, querida,
Por un instante,
Que no hay deleite en la vida.

Más adelante...
¡Victoria! — ¡Roman! — La muerte

A mí — y á mí —
Hálleos ¡ay! de esta suerte.
— ¡Ay, sí! ¡Ay, sí!

III

Hastio.

¡Pasó! La hiel de un repugnante hastio
Ya en tu indolencia paladeando vas;
Jamás mi fe te apagará, bien mío,
Ese rubor que devorando estás.

— ¿Jamás?
— ¡Jamás!

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo
Do tu inocencia sepultando irás:
El placer es verdugo de sí mismo;
Jamás el gusto sin dolor verás.

— ? Jamás?
— ¡Jamás!

¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento,
Siendo ludibrio de tí misma estás:
Ya el puñal de un atroz remordimiento
! Perdon! Jamás léjos de tí verás.

— ¿Jamás?
— ¡Jamás! paloma sin candor, jamás!...

TODOS SON UNOS

I

Voy á contaros la historia
De una entrañable pasión,
Aunque se haga, á su memoria,
Pedazos mi corazón.

Que hay historias que, aunque pasan,
Por siempre, á nuestro despecho,
Los ojos en llanto arrasan,
Y ayes arrancan del pecho.

Pues siempre entre las pasiones
Hay una á cuyos reveses
Se agostan las ilusiones,
Como al estío las mieses.

Cuento la historia querida
De esa pasión desgraciada
Que, aunque amarga á nuestra vida,
Sin ella la vida es nada.

Pues tras de ese amor tan tierno,
Siempre queda en la memoria
Todo el dolor del infierno;
Todo el placer de la gloria.

No hay hombre que, afortunado,
Toda su vida, la idea
De un bien querer mal pagado
Su eterno dogal no sea.

Si la mujer con rigores
Paga tan tiernos quereres;
Si es tan cruda en sus amores,
Hombres, ¡lo que son mujeres!

II

Pues cuento de amor historias,
Copiaré letra por letra
El libro en que sus memorias
Grababa la hermosa Petra.

Después de amar con locura,
Tuvo de morir la suerte;
Que hay males que sólo cura
El bálsamo de la muerte.

Petra, cual dije al principio,
Su historia dejó al mundo hecha,
Y en ella hasta el menor ripio
Es para el alma una flecha.

Pues no hay sensible lectora
Que, al repasar sus anales,
Si á todo llorar no llora,
No exclame! « Aquí de mis males. »

Pues llega en ella á hacer ver,
De su ciencia en testimonio,
Que es un ángel la mujer,
Y que es el hombre un demonio.

Y después al hombre injuria
Con frases por el estilo,
De este modo el ángel-furia
Coge de su historia el hilo:

« Que no hay fe en hombres contemplo
(Prosigue la hermosa Petra),
Y son de esto buen ejemplo,
Pablo, Juan, Luis, Diego, .. », etcétra.

De esta manera injuriando
Siguen nombres tras de nombres,
Y al fin concluye exclamando:
Mujeres, ¡lo que son hombres!

III

Si á los dos sexos igualo,
Es porque infiero con pena
Que, si es el hombre algo malo,
Es la mujer no muy buena.
Donde las toman, las dan,
Asienta un refran de amor;
Y cual dice otro refran,
A un picaro, otro mayor
A buena fe, mala fe;
A un adelante, un arredro;
Quien más mira, ménos ve;
Tan bueno es Juan como Pedro.
Con cuyos versos, acaso
Probar á los hombres plugo
Que el que es víctima en un paso,
En otro paso es verdugo.
Por eso sé que, al que falso
A una mujer asesina,
Le han de servir de cadalso
Las rejas de otra vecina.
Y la que dice « no quiero »,
Cuando amor la canto amante,
Sé que amará á otro coplero,
Aunque epitaños la cante.
Porque esta es la ley más triste
Que impone amor justiciero;
Cuando quise, no quisiste,
Y ahora que quieres, no quiero.
Pues hombre y mujer son seres
Con fe igual y varios nombres,
Hombres, ¡ lo que son mujeres !
Mujeres, ¡ lo que son hombres !

LA DICHA ES LA MUERTE

¡Sarcasmo ruin de la suerte
Para el alma dolorida,
No ver hermosa la vida
Sino al dintel de la muerte!
(E. FLORENTINO SANZ.)

I

— ¡Niño! á quien guarda el maternal cuidado,
Pues que mi pecho tras la dicha va,
Tal vez la dicha encontraré á tu lado.

LA MADRE.

— « ¡Llorando el niño entre mi seno está :
Id más allá!... »

II

— ¡Hermosas! sólo en extranjera tierra,
Prestadle dicha á quien tras ella va,
Pues tantas dichas vuestro amor encierra.

LAS HERMOSAS.

— « ¡Triste del sér que idolatrando está :
Id más allá!... »

III

— ¡Magnates! hoy vuestra piedad imploro;
Loco mi pecho tras la dicha va;
Si el oro da la dicha, prestadme oro.

LOS MAGNATES.

— « Ved que amagándoos el puñal está :
Id más allá!... »

IV

— ¡Ancianos! presa de infernal batalla
Mi pecho en pos de la ventura va,
¿Ni al borde mismo de la tumba se halla?

LOS ANCIANOS.

« ¡Ni al borde mismo de la tumba está;
Id más allá!... »

LA OPINION

A mi querida prima Jacinta White de
Llano, en la muerte de su hija.

¡Pobre Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar! —
Ved lo que el mundo decia
Viendo el féretro pasar:
Un clérigo: — « Empiece el canto. »
El doctor: — « ¡Cesó el sufrir! »
El padre: — « ¡Me ahoga el llanto! »
La madre: — « ¡Quiero morir! »
Un muchacho: — « ¡Qué adornada! »
Un joven: — « ¡Era muy bella! »
Una moza: — « ¡Desgraciada! »
Una vieja: — « ¡Feliz ella! »
« ¡Duerme en paz! » — dicen los buenos.
« ¡Adios! » — dicen los demás.
Un filósofo: — « ¡Uno ménos! »
Un poeta: — « ¡Un ángel más! »

¡ QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR !

— Escribidme una carta, señor cura.
— Ya sé para quién es.
— ¿Sabeis quién es, porque una noche oscura
Nos visteis juntos? — Pues.
— Perdonad, mas... — No extraño ese tropiezo,
La noche... la ocasion...
Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:
Mi querido Ramón:
— ¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habeis puesto
— Si no quereis... — ¡Sí, Sí!
— ¡Qué triste estoy! ¿No es eso? — Porsupuesto
— ¡Qué triste estoy sin ti!
Una congoja al empezar me viene...
— ¿Cómo sabeis mi mal?...
— Para un viejo una niña siempre tiene
El pecho de cristal.
¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.
¿Y contigo? Un eden.
— Haced la letra clara, señor cura,
Que lo entienda eso bien.
— Y si volver tu afecto no procura,
Tanto me harás sufrir...
— ¿Sufrir y nada más? No, señor cura,
Que me voy á morir.
— ¿Morir? ¿Sabeis que es ofender al cielo?...
— Pues, sí, señor, morir.
— Yo no pongo morir. — ¡Qué hombre de hielo!
¡Quién supiera escribir!
¡Señor rector, señor rector! en vano
Me quereis complacer,
Si no encarnan los signos de la mano
Todo el sér de mi sér

Escribidle, por Dios, que el alma mía
Ya en mí no quiere estar,
Que la pena no me ahoga cada día
Porque puedo llorar,
Que mis labios, las rosas de su aliento,
No se saben abrir ;
Que olvidan de la risa el movimiento
A fuerza de sentir.
Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,
Cargados con mi afán,
Como no tienen quien se mire en ellos
Cerrados siempre están.
Que es, de cuantos tormentos he sufrido.
La ausencia el más atroz.
Que es un perpétuo sueño de mi oído
El eco de su voz...
Que siendo por su causa, el alma mía
Goza tanto en sufrir!...
Dios mío, ¡cuántas cosas le diría
Si supiera escribir!...

AMAR AL VUELO

A la niña Asuncion de Zaragoza y
del Pino.

I
Así, niña encantadora,
Porque tus gracias no roben
Las huellas que el tiempo deja,
Juega como niña ahora,
Como niña cuando joven,
Como joven cuando vieja.

Por mis muchos desengaños,
Te ruego, Asuncion querida,
Que ames mientras tengas vida
Como amas á los seis años :
Justamente, de ese modo ;
Amando desamorada ;
Así, no queriendo nada,
Esto es, queriéndolo todo ;
Anhelante y sin anhelo,
Ya resuelta, ya indecisa,
Pasa de la risa al duelo,
Pasa del duelo á la risa,
Así, de prisa, de prisa,
Todo al vuelo, todo al vuelo.

II

Sé amorosa y nunca amante ;
Lleva á la vejez tu infancia ;
Sé constante en la inconstancia,
O en la inconstancia constante :
Que en amor creen los más muchos
Contra los que son más locos,
Que en vez de los pocos muchos
Valen más los muchos pocos :
Y cuando tu labio bese,
Que formule un beso insípido,
Inerte, estentóreo y rápido...
Pues, así ; lo mismo que ese. ®
Nunca beses como loca ;
Besa como una loquilla ;
Jamás... jamás en la boca,
Siempre, siempre en la mejilla ;
Tan presente que la abeja,
Queriendo entrañar la herida,

La desventurada deja
Entre la muerte la vida.

III

¡Sí! si lo mismo que hoy eres
La hermosa entre las hermosas,
Ser mientras vivas quisieres,
Dichosa entre las dichosas,
Tal ha de ser tu divisa :
Amar muy poco y de prisa
Como hacen las mariposas :
Aunque no importa realmente :
Que ames infinitamente
Si amas infinitas cosas.

IV

Son tan cuerdos mis consejos.
Que me atreveré á jurarte
Por mis ojos, que, aunque viejos,
Aun, Asuncion, al mirarte
Aspiran á ser espejos,
Que aplicando estos consejos
A mi vejez, todavía
Pienso curar, hija mía,
De mi corazón las llagas :
Llagas ¡ay! que no tendria
Si yo hubiese hecho algun dia
Lo que te aconsejo que hagas.

V

Para ver si es verdadero
Lo que un apóstol revela,
« Que lo fijo es pasajero.
« Que sólo es real lo que *vuela* ».

Vuelve el rostro, hermosa niña,
Como ese cielo sereno,
Ya al cielo, ya á la campiña,
Y verás de una mirada
Que es lo más rico ó mas bueno,
Lo que vuela ó lo que nada.
Como la espuma en los mares,
En el cielo los fulgores,
El incienso en los altares,
En los árboles las flores,
Los celajes en el viento,
En el viento los sonidos,
La vida en nuestros sentidos,
Y en la vida el pensamiento.

VI

Sigue el plan á que te exhorto
Amando *al vuelo* : hazte cargo
Que el viaje es largo, muy largo!...
Y el tiempo corto, muy corto!...
Sé ligera, no traidora ;
Sopla el fuego que no abrasa ;
Quiere, como el que no quiere :
Sea siempre como ahora
Tu llanto nube que pasa,
Tu risa luz que no muere :
Ama mucho mas de modo
Que estés siempre enamorada
De un cierto todo que es nada,
De un cierto nada que es todo.
Si ries, olvida el duelo,
Si lloras, pasa á la risa,
Así... de prisa, de prisa ;
Todo *al vuelo*, todo *al vuelo*.

EL BESO

I

Me han contado que, al morir
Un hombre de corazon,
Sintió, ó presumió sentir,
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Canton.
¿Qué es imposible, Asuncion?
Veinte años hace que di
El primer beso ¡ ay de mí !
De mi primera pasion...
Y todavía, Asuncion,
Aquel frio que sentí
Hace arder mi corazon.

II

Desde la ciega atraccion,
Beso que da el pedernal,
Subiendo hasta la oracion
Ultimo beso mental,
Es el beso la expansion
De esa chispa celestial
Que inflamó la creacion,
Y que en su curso inmortal,
Va de crisol en crisol
Su intensa llama á verter
En la atmósfera del sér
Que de un beso encendió el sol.

III

De la cuna al ataúd
Va siendo el beso á su vez,
Amor en la juventud,

*Esperanza en la niñez,
En el adulto virtud,
Y recuerdo en la vejez.*

IV

¿ Vas comprendiendo, Asuncion,
Que es el beso la expresion
De un idioma universal,
Que en inextinto raudal,
De una en otra encarnacion,
Y desde una en otra edad,
En la mejilla es *bondad*,
En los ojos *ilusion*,
En la frente *majestad*,
Y entre los labios *pasion* ?

V

¿ Nunca se despierta en tí
Un recuerdo, como en mí,
De un amante que se fué?...
Si me contestas que sí,
Eso es un beso, Asuncion,
Que en alas de no sé qué
Trae la imaginacion.

VI

¡ Gloria á esa oscura señal
Del hado en incubacion,
Que es el gérmen inmortal
Del alma en fermentacion;
Y á veces trasunto fiel
De todo un mundo moral;
Y si no, dígalo aquel
De entre el cual y bajo el cual
Nació el alma de Platon !

VII

¡ Gloria á esa condensacion
De toda la eternidad ;
Con cuya tierna efusion
A toda la humanidad
Da la paz la religion ;
Con la cual la caridad
Siembra en el mundo el perdon ;
Himno á la perpetuidad,
Cuyo misterioso són,
Sin que lo oiga el corazon,
Suena en la posteridad !

VIII

¿ Vas comprendiendo, Asuncion ?
Mas por si acaso no crees
Que el beso es el conductor
De ese fuego encantador
Con que este mundo que ves
Lo ha animado el Criador...
Prueba á besarme, y despues
Un beso verás como es
Esa copa del amor
Llena del vital licor
Que en el humano festin
De una en otra boca, al fin
Llega, de afan en afan,
A tu boca de carmin
Desde los labios de Adan.

IX

Prueba en mí, por compasion,
Esa clara iniciacion
De un oscuro porvenir ;

Y entónces, bella Asuncion,
Comprenderás si, al morir
Un hombre de corazon
Habrá podido sentir
En Cádiz repercutir
Un beso dado en Canton.

¡ MÁS !... ¡ MÁS !...

I

¡ Brindemos por Salomon,
Que con tan cuerdo saber
Nos pinta la condicion
Del alma de la mujer !
Ved, por ejemplo, á Leonor,
Que ya del Rhin á merced,
Ve girar en derredor
Los frescos de la pared,
Y cansada de gozar,
Aunque no harta de sentir,
Llena de pasion quizás,
Y sin quizás de elixir,
Sintiéndose derrumbar
A una postrer libacion,
¡ Oh insaciable corazon !
Aun dice en sueños : ¡ Más !... ¡ Más !...

II

¡ Más ! ¡ Más ! suprema explosion
Del pensar y del sentir,
Misteriosa evocacion
De un oscuro porvenir,

Prolífica emanacion
Que, entre gozar y sufrir,
En eléctrica ascension
Corre en eterna espiral
De eslabon en eslabon
Una cadena inmortal.
¡ Más ! divina aspiracion
A otra trasfiguracion,
Como así nos lo hacen ver,
En perpétua evolucion
Las gramas con germinar,
Las flores con florecer,
Los frutos con madurar,
Los árboles con crecer ;
Y en su anhelo de llegar
A más alto porvenir,
Cuanto siente, con sentir,
Llega como el hombre á amar.
Y el hombre, supremo sér,
De todo infinito en pos,
Con pensar y con querer
Sube á arcángel, y ademas
Llega hasta embeberse en Dios.
¡ Más ! alma mia, ¡ Más !... ¡ Más !...

III

¡ Rhin ! El *más*, en conclusion,
Es el anhelo eternal
De toda la creacion,
Siendo en fuerza desigual,
En la materia atraccion ;
Tendencia en el vegetal ;
En lo vital sensacion ;
Pensamiento en lo humano :

¡ Más ! como alma, es religion ;
Como espacio, inmensidad ;
Como cuerpo, corazon ;
Como tiempo, eternidad ;
Y entre amar y florecer,
Entre pensar y sentir,
A un fin aspira mejor,
Cuanto fué, y es, y ha de ser.
Ya fruto, ya árbol, ya flor,
¡ Elixir, más elixir !
¡ Brindis !... al *más* de Leonor.

IV

¡ *Más* de todo ! ¡ Venga Rhin !
¡ *Más* aire ! Abrid el balcon,
Y verémos la extension
De esa Australia celestial,
Cuyas islas de coral
Las piedras miliarias son,
Con que el principio sin fin
Marca la imaginacion
De ese insondable caudal,
De esa eterna sucesion,
Que no tienen fin jamas,
Tiempo y espacio, expresion
Del *más*, ¡ del último *más* !...

V

¡ Rhin ! ¡ *Más* en el tiempo que es ?
Contad un día y un mes,
Luégo un siglo, despues mil,
Siglos de siglos despues
Con la cabeza febril
Por siglos multiplicad ;

Y despues que acumuleis
 A toda una eternidad,
 Si no amengua vuestro ardor
 Jamas, jamas, jamas,
 Aun acumular podeis
 Cien eternidades más
 Del postrer jamas al fin...
 ¡ Siempre *más!* ¡ Gloria á Leonor!
 Rhin, Ganimédes, *más* Rhin...

VI

¡ Rhin, Rhin! como en la evasion
 Del tiempo que se nos va,
 Tambien se halla en la extension
 Ese eterno más allá :
 Sumad un mundo, dos, tres,
 Y cuatro, y mil, y un millon,
 Y mil millones despues,
 Y hallaréis, en conclusión,
 De vuestras sumas al fin,
 Del postrer mundo al traves,
 Siempre otro mundo detras...
 ¡ Rhin, Ganimédes, *más* Rhin !...
 ¡ *Más!* ¡ mucho *más!* ¡ mucho *más!!!*

COSAS DEL TIEMPO

Pasan veinte años ; vuelve él,
 Y al verse exclaman él y ella :
 (— ¡ Santo Dios! ¿ Y éste es aquél?...)
 (— ¡ Dios mio! ¿ Y ésta es aquella?...)

TODO ESTA EN EL CORAZON

La Reina, que enloquecia
 Por don Felipe el Hermoso,
 La tumba al ver de su esposo,
 — « ¡ Todo está allí! » — se decia.
 Sus restos exhumó un dia,
 Mas nada allí vió ; y así
 Y en vez del — « todo está allí », —
 Desde tan triste ocasion,
 Señalando al corazon,
 Decia : — « Todo está aquí! » —

¿ QUÉ ES AMOR ?

¿ Dudando, Enriqueta, tu pura inocencia,
 Si amor, que aun no sientes, es dicha ó dolor,
 Pretendes que diga mi amarga experiencia
 ¡ Feliz, pues lo ignoras ! ¿ qué cosa es amor?
 ¡ Alzad de las tumbas, y al par de la brisa
 Cruzad, bellas sombras, dejando el no ser!
 La Estuardo, Francisca, Lucrecia, Eloisa,
 ¡ Dementes sublimes! decid, ¿ qué es querer?
 « Querer, un misterio », comienza la Estuardo,
 « Que á dos funde en uno, partiendo uno en dos. »
 ¿ Qué son tus amores, amor de Abelardo?
 « Infierno de dichas y cielo sin Dios. »
 « No amar, siendo amada », prosigue, « no es vida;
 No ser nunca amante ni amada, es *no ser*;
 Querer, el *infierno*, no siendo querida ;
 Mas, siendo querida la gloria es querer. »
 ¡ Perdona, oh perpétuo pudor de la historia,

Perdona á mi musa, si evoca en tropel
Los nombres que fueron escándalo ó gloria :
Cleopatra, la Cava, Teresa, Raquel !

Dejad los sepulcros, falange divina,
Tomando á mi acento las formas de ser :
Elena, Artemisa, Judith, Mesalina,

¡ Honor ó vergüenza ! decid, ¿ qué es querer ?

Decidme si es fiebre que el alma envenena,

Ó sólo un deleite que se une al pudor :

Semíramis, Safo, Ninon, Magdalena,

¡ Falsarias eternas ! ¿ qué cosa es amor ?

Teresa la Santa, más bien la divina,

« Amor », dice, « junta ternura y deber. »

« Amar es », replica la vil Mesalina,

« Hallar el descanso cansando el placer. »

« Amor pierde », dicen la Cava y Elena,

« La fé y patria siempre, los goces jamas. »

« Es », dice gimiendo de amor Magdalena,

« Gozar mucho, y luego llorar mucho más. »

Y Safo, con fiebre de amor que no espera,

« Morir por quien se ama », prorumpo, « es querer. »

« Es cierto », responde Lucrecia altanera :

« Morir por quien se ama, si se ama el deber. »

« Vivir en la mente », prosigue Artemisa,

« De aquél que amó mucho, y amó porque sí. »

« Vivir siempre en otro », murmura Eloisa,

Semíramis dice : « Vivir otro es mí. »

« ¡ Hablar con el aire ! » de amor satisfecha,

¡ Mal haya su boca ! prorumpo Ninon :

« Amores sin crímen son sueños sin fecha ;

Pasion que no afrenta, no es digna pasion. »

En fin, ¿ halla el que ama, la gloria ó el infierno

¡ Aquí las perjuradas ! ¡ Las fieles aquí !

Decidme, en resúmen, lo que es ese eterno

Deseo que miente, mintiéndose á sí.

« ¡ Morir ! » dice Safo. Francisca, « ¡ el incesto ! »

Teresa, « ¡ aquel místico amor del amor ! »

Judith y Lucrecia, « ¡ gozar con lo honesto ! »

Cleopatra, « ¡ la orgia ! » Raquel, « ¡ el pudor ! »

¡ Silencio ! así al mundo volvieron demente ;

Aun dudan hoy locas, más locas que ayer,

Si amor da delicias, ó si es solamente

Perder la ventura buscando el placer.

¡ Huid ! falsas dueñas de todos los dueños

Que el mundo anegaron en llanto por vos,

Que haceis de la vida ya un sueño de sueños,

Que haceis de la carne ya un monstruo, ya un dios.

¿ Amor en vosotros es todo ó no es nada,

Verdad ó mentira, virtud ó placer ?

¡ Odiosa falange del mundo adorada,

Pues son siempre un caos, ¡ tornad al no ser !

¡ Maldito aquellarre de diosas, que ignora

Si amor cura ó mata, si afrenta ó da honor !

Ya oíste, Enriqueta ; si sabes, ahora

Responde tú misma : ¿ qué cosa es amor ?

LAS DOS GRANDEZAS

A mi amigo el Sr. D. Antonio Romero
Ortiz.

Uno altivo, otro sin ley,

Así dos hablando están :

— Yo soy Alejandro, el rey.

— Y yo Diógenes, el can.

— Vengo á hacerte más honrada

Tu vida de caracol.

¿Qué quieres de mí? — Yo nada.
Que no me quites el sol.
— Mi poder... — Es asombroso,
Pero á mi nada me asombra.
— Yo puedo hacerte dichoso,
— Lo sé, no haciéndome sombra.
— Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.
— ¿Y para qué quiero yo casa
Más grande que este tonel?
— Mantos reales gastarás
De oro y seda. — Nada nada,
No ves que me abriga más
Esta capa remendada?
— Ricos manjares devoro.
— Yo con pan duro me allano.
— Bebo el Chipre en copas de oro.
Yo bebo el agua en la mano.
— Mandaré cuanto tú mandes.
— ¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y á unas miserias tan grandes
Las llamas dichas humanas?
— Mi poder á cuantos gimen
Va con gloria á socorrer.
— ¡La gloria! capa del crimen:
Crimen sin capa ¡el poder!
— Toda la tierra, iracundo,
Tengo postrada ante mí.
— ¿Y eres el dueño del mundo
No siendo dueño de tí?
— Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
— Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.

— Yo impongo á mi arbitrio leyes.
— ¿Tanto de injusto blasonas?
— Llevo vencidos cien reyes.
— ¡Buen bandido de coronas!
— Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
— Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.
— ¡Adios! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
— ¡Adios! ¡cuán dichoso quedo
Pues no me quitas el sol! —
Y al partir, con mútuo agravio
Uno altivo, otro implacable,
— ¡Miserable! dice el sabio;
Y el rey dice — ¡miserable!

SUFRRIR ES VIVIR

Maldiciendo mi dolor
A Dios clamé de esta suerte:
— «Haced que el tiempo, Señor,
Venga á arrancarme este amor
Que me está dando la muerte.»
Mis súplicas escuchado,
Su interminable camino
De orden de Dios acortando,
Corriendo, ó más bien volando,
Como siempre el tiempo vino.
Y — «Voy tu mal á curar» —
Dijo: y cuando el bien que adoro

Me fué del pecho á arrancar,
Me entró un afan de llorar
Que, aún de recordarlo lloro.

Temiendo por mi pasion,
Penas sufrí tan extrañas,
Que aprendió mi corazon,
Que una misma cosa son,
Mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,
Gritó mi alma arrepentida :
— « Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida. »

LOS DOS ESPEJOS

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me vi,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.

Del alma en la transparencia,
Mi rostro entonces miré,
Y tal me vi en la conciencia
Que el corazon me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mortal
La fé, juventud y amor,
¡ Se mira al espejo, y mal !
¡ Se ve en el alma, y peor !

LAS CREENCIAS

I

Las creencias discutir
Queriendo un rey, llama gente
De Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
Tanto, que puedo decir
Que está allí el mundo presente.

II

Belleza.

El Rey su noble cabeza
Cortés inclina hácia el suelo,
Abre la sesion, y empieza :
« Se discute la *Belleza*,
Raro presente del cielo. »

« Es lo negro la hermosura »,
Dice uno de negra tez.

Otro blanco : « Es la blancura. »

« Lo azul » un indio murmura.

Y un chino : « La amarillez. »

« Sí tal », clama uno. « No tal »,

Gritan otros replicando.

Dice un griego : « Es lo ideal. »

Un frances : « La gracia andando. »

Un inglés : « Lo original. »

Queda el rey meditabundo,

Siguen los demas sus huellas,

Y piensa : « En creer me fundo

Que si hay en él cosas bellas,

No hay tipo bello en el mundo. »

Pausa. A tan locos extremos

Me fué del pecho á arrancar,
Me entró un afan de llorar
Que, aún de recordarlo lloro.

Temiendo por mi pasion,
Penas sufrí tan extrañas,
Que aprendió mi corazon,
Que una misma cosa son,
Mis penas y mis entrañas.

Y feliz con mi dolor,
Gritó mi alma arrepentida :
— « Decid al tiempo, Señor,
Que no me arranque este amor,
Que es arrancarme la vida. »

LOS DOS ESPEJOS

En el cristal de un espejo
A los cuarenta me vi,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.

Del alma en la transparencia,
Mi rostro entonces miré,
Y tal me vi en la conciencia
Que el corazon me rasgué.

Y es que, en perdiendo el mortal
La fé, juventud y amor,
¡ Se mira al espejo, y mal !
¡ Se ve en el alma, y peor !

LAS CREENCIAS

I

Las creencias discutir
Queriendo un rey, llama gente
De Ocaso, Sur, Norte, Oriente,
Tanto, que puedo decir
Que está allí el mundo presente.

II

Belleza.

El Rey su noble cabeza
Cortés inclina hácia el suelo,
Abre la sesion, y empieza :
« Se discute la Belleza,
Raro presente del cielo. »

« Es lo negro la hermosura »,
Dice uno de negra tez.
Otro blanco : « Es la blancura. »

« Lo azul » un indio murmura.

Y un chino : « La amarillez. »

« Sí tal », clama uno. « No tal »,
Gritan otros replicando.

Dice un griego : « Es lo ideal. »

Un frances : « La gracia andando. »

Un inglés : « Lo original. »

Queda el rey meditabundo,

Siguen los demas sus huellas,

Y piensa : « En creer me fundo

Que si hay en él cosas bellas,

No hay tipo bello en el mundo. »

Pausa. A tan locos extremos

Calla el concurso. Y despues
 Dice un sabio : « Segun vemos,
 La belleza no es lo que es,
 Sino que es lo que queremos. »

Fijada asi la cuestion,
 Pregunta otro sabio : « ¿Qué es
 La belleza en conclusion,
 Si lo feo en un lapon
 Es lo bello de un inglés ? »
 Nadie á esto respuesta da.
 El gran Rey calla y suspira,
 Y dice : « Acabemos ya ;
 La belleza sólo está
 En los ojos de quien mira. »

III

Gloria.

Nueva espectacion. Despues
 Prosigue el Rey : « Discutamos
 Si nuestra *Gloria* sólo es
 El Golgotha, en que dejamos
 Los primeros treinta y tres. »
 » — De Bruto es la indignacion.
 — Es de César la grandeza.
 — La vanidad en accion.
 — Toda la humana simpleza,
 Fundida en una ilusion,
 » — Placer de lo extraordinario.
 — Humo que despide luz.
 — Luz que despide un osario.
 — Dicha de llevar la cruz
 A la cumbre de un calvario.
 » — ¡Gloria! grandeza pequeña.

— Dolor que canta una trompa.
 — Verdad de todo el que sueña.
 — Bazar en que el hombre enseña
 De su miseria la pompa.
 » — Espacio que un aire llena.
 — Abrir tumbas con la espada.
 — Morir viviendo en escena.
 — Es un néctar que envenena,
 — Es darlo todo por nada. »
 No viendo sino locura
 En duda tan espantosa,
 Con la más honda amargura,
 « ¡La gloria! el gran Rey murmura,
 ¡Poca cosa, poca cosa ! »

IV

Justicia.

« ¿Qué es justicia, y dónde se halla ? »
 Dice el Rey. A nombre tal
 Se alzan grandes y canalla,
 Gritando unos : « ¡La metralla ! »
 Diciendo otros : « ¡El puñal ! »
 « La justicia es el humor.
 — Lo justo es la autoridad. »
 Los grandes : « Es la bondad. »
 Los reyes : « Es el rigor. »
 El Pueblo : « Es la libertad. »
 « Es, dicen los escogidos,
 Que al bueno el que es malo tema. »
 Y exclaman los oprimidos :
 « La justicia es este lema :
 ¡ Desdichados los vencidos ! »
 A tan discorde rumor

Dice alto el Rey : « ¡ Basta ya ! »
Y en voz baja : « Pues, señor,
Todo espectáculo está
Dentro del espectador. » ;

Virtud.

Sigue el Rey con emoci3n,
Pero con noble actitud :
« ¡ La virtud es ilusion ?
¿ Es prueba una buena accion
De que hay tipo de virtud ? »

Y un sabio : « Hay virtud cumplida,
Responde, si hay quien se atreva
A obrar siempre como deba ;
Mas ¿ puede haber en la vida
Juicio que esté á toda prueba ? »

De este sabio á la opinion
Se adhiere otro sabio más :
« ¿ Qué es virtud, en conclusion,
Si hay puntos donde jamas
Resiste nuestra razon ? »

« La virtud, dice un pagano,
Es el placer que va unido
Al bello ideal humano. »
« La virtud, dice un cristiano,
Es el deseo vencido. »

Y exclama la juventud :
« La virtud no es la fortuna. »
A lo cual la multitud
Dice : « Mas, sin duda alguna,
La fortuna es la virtud. »

Y un hombre que irracional

Toma por ciencia el desden,
Dice : « Regla general :
Duda cuando te hablen bien ;
Cree, cuando te hablen mal. »
« — Es tristeza. — Es el contento.
— Es sufrir. — Es la salud. »
Y un epicúreo opulento
Prorumpo : « ¡ Virtud ! ¡ Virtud !
Cuestion de temperamento. »
A este axioma el Rey : « No hay tal. »
A replicar se apresura :
« La virtud es inmortal ;
Si el mundo es un cenagal,
Buscadla siempre en la altura. »

VI

Religion.

Una tras otra ilusion
Mirando desvanecidas,
« Veamos la Religion »,
Dijo el gran Rey, ya caidas
Las alas del corazon.

Uno : « Es fe », y otro : « Es conciencia,
— Es lo eterno. — Es el no ser.
— Es fuerza. — Es benevolencia.
— Es de Confucio la ciencia.
— Es de Mahoma el placer. »
« Silencio ! » el gran Rey profiere,
La religion viendo hollada ;
« Creer sólo en lo que agrada, |
Es todo lo que se quiere,
Y lo que es todo no es nada.
« ¡ Inútilmente traidora,

Dardos la impiedad te lanza,
Religion, que el mundo adora,
Fuente de nuestra esperanza,
De esa virtud que no llora !
« ¡ Nunca el alma racional
Podrá creer que eres un sueño,
Bálsamo de todo mal,
Luz á traves de la cual
Todo en el mundo es pequeño ! »

VII

Calló; y á una cortesía
Que hizo al pueblo el Rey de pié,
Todo el concurso aquel día,
Creyendo lo que creía,
Por donde vino se fué.

TODO ES UNO, Y LO MISMO

(*Axioma de Schelling.*)

A mi amigo el Marqués de Molins.

PRIMERA PARTE.

A lo ideal por lo real.

I

Juan amaba tanto á Luisa,
Como á Luis queria Juana ;
Y aunque me exponga á la risa
De la multitud liviana,
Diré que su simpatía
Rayaba en tales extremos,
Cual la que tener podemos

Tú á tu esposa y yo á la mia.
Si, Marqués, no os cause espanto
El que ponga frente á frente
Su encanto con nuestro encanto ;
Pues podeis creer firmemente
Que, aunque no se amaran tanto,
Se amaban inmensamente.

II

Mas la muerte, esa tirana
Que siempre el mal improvisa,
Llevándose á Juan y Juana,
Solos dejó á Luis y Luisa.

III

Llorando la mala suerte
De los dos que se murieron,
Los vivos casi estuvieron
A las puertas de la muerte.
¡ Siempre á nuestra vida humana
Es otra vida precisa !
Así Luis quedó sin Juana,
Como al perder á Juan Luisa,
Sin que nadie amenguar pueda
Las lágrimas ¡ ay ! que llora ;
Cómo se queda el que queda
Cuando al que se va se adora.

IV

Desde entónces, poco á poco
Tan loca ella, como él loco,
Por cuantos sitios frecuentan
Marchan con pasos inciertos,
¡ Tan tristes ! ¡ tan pensativos !...

Que parece que alimentan
Las almas de los dos muertos
Los cuerpos de los dos vivos.
Y al verlos, tan sólo atentos
A su ventura ilusoria,
Sombras de dos pensamientos
Que alumbran desde la gloria,
Llama la gente liviana,
Sirviendo al vulgo de risa :
— « La loca por Juan » — á Luisa,
Y á Luis « el loco por Juana. »

V

¡ Luisa feliz ! ; Que en un duelo
Toda su delicia encierra,
Cual ángel que por la tierra
Cruza de paso hacia el cielo !
¡ Sueña, sueña, ángel hermoso,
En tu dicha malograda ;
Porque la dicha soñada
Es un sueño tan dichoso !
¡ Dichoso Luis ! Sus tormentos
En su ensueño delicioso
Trueca en bellas ilusiones,
Lo que es horrible, en hermoso ;
La realidad, en visiones ;
Díaz de angustia en momentos...
¡ Una y mil veces dichoso
Aquel que sus sensaciones
Transfigura en pensamientos !

SEGUNDA PARTE.

A lo real por lo ideal.

I

Rogar con cierto misterio
En un cierto cementerio
Una sombra se divisa :
Es que por Juan reza Luisa.
Otra sombra que hay cercana
Es Luis que ruega por Juana.
Se lamentan los dos vivos
Por sus muertos respectivos
Con corazón tan ardiente,
Que, al mirarse frente á frente,
Dicen la una y el uno :
— « ¡ Qué importuna ! » — « ¡ Qué importuno ! »
Y Luis huyendo de Luisa,
Y Luisa de Luis huyendo,
Se marchan, casi corriendo,
Y corren, casi de prisa.

II

En el mismo cementerio,
Y con el mismo misterio,
Se hallan los dos otro día,
Y mientras Luisa exclamaba :
— « Cuando mi amante vivía
« Le hallaba donde le hallaba,
« Y hoy que en la tumba me espera,
« Su sombra está donde quiera » ; —
Lanzando quejas amantes,
Dice Luis del mismo modo :
— « Si todo estaba en ti ántes,

« Ahora tú estás en todo. » —
Y esta vez ménos esquivos,
O de agradarse más ciertos,
Después de orar por los muertos,
Se hablaron algo los vivos.

III

Desde entonces los amantes
Dijeron, siempre con fuego,
Una larga oración antes
Y un corto diálogo luego;
Mas, consignar bien importa
Que, después de algunos días,
Se fueron haciendo cargo
Que la oración ya era corta,
Y el diálogo era ya largo.

IV

Saliendo del cementerio,
Mas ya sin ningún misterio,
Se miraron otro día,
Diciendo ¡quién lo creería!
— « ¡Es buen mozo! » — « ¡Pues es bella! »
— « ¡Pero aquél! » — « ¡Ay! ¡Pero aquella! »...
Y ella, de amor suspirando,
Y Luis, aún de amores loco,
Ya no corren, van marchando;
Pero marchan poco á poco.

V

Así el buen mozo y la bella,
Al promediar la semana,
¡Oh fidelidad humana!
— « ¡Se parece á Juan! » — dice ella;

Y él dice: — « ¡parece Juana! »
(¡ Pobres Juana y Juan!) Dicho esto,
Uno con otro se junta,
Haciéndolo él por supuesto
En honor de la difunta;
Y ella admitiéndole al lado
Con temor aún no fingido,
Pues si el vivo era ya amado,
Aun el muerto era querido.

VI

Mas era tal la insistencia
De su enamorada mente
En dar á su amor presente
De su muerto amor la esencia,
Que su alma, siempre indecisa,
Piensa que mira realmente
En Luis, de Juan la presencia;
La sombra de Juana, en Luisa;
Y es que nuestro sentimiento,
Por arte de encantamiento,
Haciendo cuerpo la idea
Y lo ya muerto existente,
Transfigura eternamente
Lo que ama en lo que desca!

VII

En conclusion : cuando se aman,
Con un amor verdadero,
Así mutuamente exclaman :
— « ¡Como á él, y por él te quiero! »
— « ¡Te amo como á ella, y por ella! »
Y así el buen mozo y la bella,
Fingiéndolo vivo lo muerto,

Y haciendo falso lo cierto,
 Que eran los muertos creían,
 Creyendo lo que querían :
 Y desde entónces, el duelo
 Trocando todos en risa,
 Luisa á Luis, y Luis á Luisa,
 Despues de aquella semana,
 Se prestan mútuo consuelo ;
 Creyendo que Juan y Juana,
 Harán lo mismo en el cielo.

LOS DOS PECADORES

Tú pecas porque me adoras,
 Y yo peco por gozar ;
 Y en tan diverso pecar
 Yo rio cuando tú lloras.
 ¡ Maldigo mis dulces horas,
 Y bendigo tu tormento !
 Podrá tu remordimiento
 Llevarte á un dichoso estado ;
 ¡ Yo sí que soy desdichado,
 Que peco y no me arrepiento !

LAS DOS LINTERNAS

A Don Gumersindo Laverde Ruiz.

I

De Diógenes compré un dia
 La linterna á un mercader.
 Distan la suya y la mia

Cuanto hay de ser á no ser.
 Blanca la mia parece,
 La suya parece negra ;
 La de él todo lo entristece ;
 La mia todo lo alegra.
 Y es que en el mundo traidor
 Nada es verdad, ni mentira :
Todo es segun el color
Del cristal con que se mira.

II

— « Con mi linterna » — él decia —
 « No hallo un hombre entre los seres. »
 ; Y yo encuentro con la mia
 Hombres hasta en las mujeres !
 El llamó, siempre implacable,
 Fe y virtud teniendo en poco.
 A Alejandro — « un miserable » —
 Y al gran Sócrates — « un loco » —
 Y yo ¡ crédulo ! entre tanto,
 Cuando mi linterna empleo,
 Miro aquí y encuentro un *santo* ;
 Miro allá y un *mártir* veo.
 ¡ Sí ! miétras la multitud
 Sacrifica con paciencia
 La dicha por la virtud,
 Y por la fe la existencia.
 Para él virtud fué « simpleza » ;
 El más puro amor « escoria » ;
 « Vana ilusion » la grandeza,
 Y una « necedad » la gloria.
 ¡ Diógenes ! miétras tu celo
 Sólo encuentra sin fortuna,

En Esparta algun *chicuelo*,
 Y hombres en parte ninguna,
 Yo te juro por mi nombre,
 Que con sufrir el nacer,
 Es un héroe cualquier hombre,
 Y un ángel toda mujer.

III

Como al reves contemplamos
 Yo y él las obras de Dios,
 Diógenes, ó yo, engañamos.
 ¿Cuál mentirá de los dos?
 ¿Quién es en pintar más fiel
 Las obras que Dios crió?
 El cinismo dirá que él;
 La virtud dirá que yo.
 Y es que en el mundo traidor
 Nada hay verdad ni mentira,
 Todo es segun el color
 Del cristal con que se mira.

MÚSICAS QUE PASAN

A mi querido amigo Don Facundo Goñi.

I

¡ Música! — ¡ Qué aliento dan,
 Y qué esperanzas sin fin,
 El *re-tin-tin* del clarín,
 Del tambor el *ra-ta-plan*!
 ¡ Ya aproximándose van!

¡ Tambor y clarín resuenen!
 ¡Cuál la esperanza entretienen!
 ¡Cómo el corazón abrasan!
 Estas músicas que pasan,
 ¡Qué alegres son cuando vienen!

II

¡ Música! — ¡ Conforme avanza
 Ya el tambor, ó ya el clarín,
 Causa aliento el *re-tin-tin*.
 Da el *ra-ta-plan* esperanza!
 ¡Se aleja... y ya en lontananza,
 Más bien que gozoso afán,
 Tristeza sus ecos dan!
 ¡No hay bien seguro en el mundo!
 ¡Qué lúgubres son, Facundo,
 Las músicas que se van!

III

¡ Ay! ¡ Ni al principio ni al fin
 Nos dan á algunos ardor
 El *ra-ta-plan* del tambor,
 Del clarín el *re-tin-tin*!
 Tu esplin, Facundo, y mi esplin...
 ¡ Para músicas están:
 ¡ Poco nuestro antiguo afán
 Las músicas entretienen,
 Ni cuando alegres se vienen,
 Ni cuando tristes se van!

EL CAFÉ

A mi amigo Don Enrique Saavedra,
Marqués de Añón.

I

¡Café! — Tal es la cuestion :
¡Hizo Cabanis tan mal,
Al decir que es la razon
Fruto de una digestion
De la masa cerebral?
Sin ir más léjos, Marqués,
¡Cómo me podrás negar
Que el rico café que ves,
O es cosa que piensa, ó es
Materia que hace pensar?
¡Gloria á ese vital licor,
Espiritu material;
O si os parece mejor,
Material espiritual;
Incomprensible hacedor
De una dicha artificial;
Secreto elaborador
De un frenesí racional!
¡Yo no extrañaré, pardiez,
Que su semilla al probar
Las aves alguna vez,
En deliciosa embriaguez,
Hablen en vez de cantar!
¡Otra taza, y otra! — A fe
Que asegura con razon,
No sé quién ni sé por qué,
Ni recuerdo en qué centon,
Que en cada grano el café

Lleva un sabio en embrion...
Yo quiero ser sabio... ¿oís?
Dadme sábiamente, pues,
Una taza, y dos, y tres...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razon Cabanis?

II

¡Café! y ¡más café! — Vén tú
A dar á mi sangre ardor,
Del sueño infalible bú;
Maná que oxida el dolor;
Bálsamo á cuya virtud
Mi prematura vejez
Siempre recobra otra vez
La alegría y la salud!

Admiraos y escuchad:
Por descubrir del café
El solo la propiedad,
Sin duda tan sabio fué
El diablo en la antigüedad.
¿Decís que no? — Pues yo sé
De un sapientísimo autor,
Que dice y prueba que fué
De Numa el legislador
La ninfa Egeria, el café;
Y añade poco despues,
Que fué este noble licor
De Sócrates, sabio autor,
El genio, diablo ó lo que es.
De modo, caro Marqués,
Que con este talisman,
Han vuelto el mundo al revés

Del uno al otro confin,
Sócrates, Numa y Satan,
Y cuantos brujos, en fin,
Han sido, son y serán.

Esto es lo cierto. Y si no,
¿Quién como el café marcó
De la fortuna el vaiven,
Y á Napoleón arrastró
Hoy al mal, mañana al bien?
¿Que quién tal cosa creyó?
Todos, y á más creo yo
Que ya feliz, ya infeliz,
Acaso una gota más
Le dió el triunfo de Austerlitz,
Y una de ménos quizás
Le hizo huir en Waterló.
Y áun pienso otra cosa, y es
Que obedeciendo, Marqués,
A la rara propiedad
De un café de calidad,
Gaje de algun holandés,
Corriendo en la inmensidad
Benito Espinosa, en pos
De una infinita verdad,
Lanzó esta inmensa impiedad:
« Dios es todo, y todo es Dios. »
¿Tengo ó no tengo razon?
Pues ántes de concluir,
Todavía vais á oír
La más extraña opinion
Que muchas veces á herir
Viene mi imaginacion;
Y es que llegó á presumir

¿ Si será el café ese sér
Que en una edad y otra edad
Siempre aspira á comprender
La misera humanidad?
¿ No es cierto, padre Voltaire?
Marqués de Auñón, ¿no es verdad?

III

¡ Café! ¡ café! ¡ y más café!
Ahitadme de ese elixir,
Pasto de almas, sin el cual
Fuera el humano existir
Casi un sueño vegetal;
Pues en eléctrico ardor,
En el sér más baladí
Hace del afecto amor,
Y del amor frenesí...
¡ Ah! que caiga sobre tí
Del orbe la bendicion,
Del alma sabroso pan,
Borrachera de ilusion,
A cuya mágica accion
Es un Etna el corazon,
Es la cabeza un volcan!
¿ Y quién no honrará el poder,
Marqués de Auñón, de un licor
Que hasta hace alegre el dolor,
Que hace más vivo el placer,
Que da al brazo más vigor,
A la mente inmensidad,
A los ojos claridad,
Al corazon más amor,
Y alas á los mismos piés...

Tanto, que, como tú ves,
No echo á volar por un tris?...
¡Marqués! ¡querido Marqués!
¿Tendrá razon Cabanis?

LA COMEDIA DEL SABER

A mi amigo D. Tomás Rodriguez Rubí.

I

(Asunto: lo que es verdad.
Gradas de curiosos llenas.
Lugar de la acción: Aténas.
Epoca: en la antigüedad.
Gran pausa. — Escena primera:
Como el que se duerme andando,
Sale HERÁCLITO llorando,
Y dice de esta manera:)

— « ¡Ay! mi ciencia es bien menguada,
Pues nada en el mundo sé:
Si sé que háy Dios, es por qué
DE NADA NO SE HACE NADA.

« Respeto la autoridad,
Que es de los inicuos valla.... »

— « ¡Falso! » (grita la canalla)

(Los nobles dicen:) — « ¡Verdad! »

HERÁCLITO: — « Yo imagino
Que es la autoridad de un rey
Poder que la humana ley
Saca del poder divino,

« No hay más dicha que el deber:
Todo aquel que hombre se llama

Dará por honra la fama,
Y el poder por el saber.
« Dad á los buenos honores,
Y castigo á los demas.... »

(Aqui le silban los más,
Y le aplauden los mejores.)

« Nuestra vida debe ser
Por nuestras faltas llorar,
Meditar y meditar,
Creer, y siempre creer. »

(Rumores. — Despues quietud.)

HERÁCLITO. — « En conclusion,
La justa moderacion
Da saber, paz y virtud. »

II

(Gime HERÁCLITO. — Y á poco,
Sale DEMÓCRITO y mira,
Y al ver que el otro suspira,
Se echa á reir como un loco.)
(Segundo acto. — El pueblo está
Casi cortés de callado.)

HERÁCLITO: — « ¡Desgraciado! »

DEMÓCRITO: — « ¡Ja! ¡ja! ¡ja! »

HERÁCLITO: — « Es duelo todo. »

DEMÓCRITO: — « Todo es juego. »

HERÁCLITO: — « El alma es fuego. »

DEMÓCRITO: — « El alma es lodo. »

(Calla HERÁCLITO y murmura:)

« ¡ Todo en la vida es miseria! »

(Y DEMÓCRITO:) — « Es materia

Todo en el mundo, y locura! »

» Materia sin albedrío
Son Dios, el hombre y el bruto,
El átomo es lo absoluto ;
Lo único real, el vacío.

» Filósofos que en el mundo
Buscáis lo cierto ¡ apartad !
Si existe, está la verdad
Dentro de un pozo profundo.

» Es de el alma universal
Parte nuestra alma también..... »
(Muchos, casi todos :) — « ¡ bien ! »
(Y pocos, muy pocos :) — « ¡ mal ! »

DEMÓCRITO : — « Un torbellino
De átomos en movimiento
Son Dios, la vida, el contento,
La justicia y el destino.

» Cuanto existe en derredor,
De lo que existía se hace ;
Y hasta el hombre crece y nace
Cual nace y crece una flor.

» Y así lo que ha de existir
Nacerá de lo existente.
¡ Pueblo ! goza en lo presente
Y olvida lo porvenir. »

(Risa. — Aplauso general.)

DEMÓCRITO. — « En conclusion,
El alma es la sensación :
El placer es la moral. »

— « Vivir, es creer y pensar » —
(Dice HERÁCLITO gimiendo :)
Y DEMÓCRITO riendo :)
— « ¡ Vivir !... sentir y gozar. »

(Llanto y risa. — El cielo en tanto

Sigue su curso imparcial,
Pues hasta el fin le es igual
Nuestra risa, ó nuestro llanto.)

(Y uno y otro concluyendo,
Queda un bando y otro bando,
Con HERÁCLITO llorando,
Con DEMÓCRITO riendo.)

(Y así, pensado en pensar
Si ha de llorar, ó reír.
Ve el hombre su vida huir
Entre reír y llorar !)

III

(Ruido. — Dudas. — Desencanto.
Sale en el acto tercero
SÓCRATES, cual dice Homero,
Riéndose bajo el llanto.)

SÓCRATES : — « Sin ton ni són
Riñe aquí un loco á otro loco :
¡ No veis que entre mucho y poco
Está la moderación ?

« La fe del uno es menguada ;
Grande es del otro la fe :
Yo sólo una cosa sé

Y es que SÉ QUE NO SÉ NADA.

« CONÓCETE debe ser
De nuestra ciencia el abismo ;
Quien se conozca á sí mismo,
Sabrá cuanto hay que saber.

« Para la ciencia, rehacías
Las plebes... (El pueblo todo
Lo silba aquí de tal modo
Que SÓCRATES dice :) — » ¡ Gracias !

« Siempre el pueblo soberano
Revela al hombre imparcial
La presencia universal
De un universal tirano. »
(Nueva silba. — Sensacion.)

SÓCRATES : — De mi alma rey
Sólo obedezco á la ley
Que Dios puso en mi razon. »
(Ruge la chusma indignada.)

SÓCRATES : — « Y de tal modo,
Que el hombre es centro de todo,
Y todo ante el hombre es nada.
« Sólo hay un Dios... (Gran rumor
En la vil multitud.)

SÓCRATES : « Dios de virtud,
Del bien y lo bello autor.
« A un Dios solo se tributa
Un corazon como el mio... »
(Y el pueblo grita :) — « A ese impio,
¡ La cieuta ! ¡ la cieuta !
(Y miétras del pueblo el celo
Lo arrastra á tan mala suerte

SÓCRATES dice :) — « ¡ la muerte !
¡ Ultima bondad del cielo !

(Y así, no alegando escusa,
No salva esta vida ruin,
Que, cual la hiel, la da fin
Un vaso de siracusa.)
(¿ Quién mejor su juicio emplea ?
¿ El sabio, ó el pueblo homicida ?

Si el sabio, ¡ gloria á la vida !
Si el pueblo ¡ maldita sea !

IV

(Acto cuarto. — Se alborota
La plebe á DIÓGENES viendo,
Taza y linterna trayendo,
La alforja y la capa rota.)
(Al empezar iracundo
DIÓGENES silba á los tres,
Como le silba despues
A DIÓGENES todo el mundo.)

DIÓGENES : — Pruebo que es vana
Toda regla de razon,
En este sueño de accion
Que llamamos vida humana,
« Si á preguntaros me atrevo :
— ¿ De quién ántes se origina,
El huevó de la gallina,
O la gallina del huevo ? »
(Todos tres su menosprecio
Le hacen á DIÓGENES ver,
Y éste hace á los tres saber
Su desprecio hácia el desprecio.)

DIÓGENES : — « Nada hay formal :
Esta vida es una gresca
Tragi-cómico-burlesca,
Jocoso-sentimental.
« No hay ninguna cosa cierta,
Mas que son vuestras locuras
Escenas de criaturas
Junto á una tumba entreabierta.

« El pensar, creer y sentir,
No es sentir, creer ni pensar,
Eso se debe llamar,
Nacer, crecer y morir.

« Si aplico aquí mi linterna.
Ni con un hombre tropiezo.

¡ La vida! eterno bostezo,
Si no es una falta eterna,
« ¡ Mundo! esfuerzos sin deber;
Virtudes sin religion;
Puntos de honor sin razon;
Y crímenes sin placer. »

(Los unos prorumpen :) — « ¡ fuera! »
(Los otros exclaman :) — « ¡ bravo! »
(Y todos gritan al cabo :)
Estos — « ¡ viva! » aquéllos — « ¡ muera! »

(Yo, al ver á todos me rio,
Pues llorar no puedo ya :
¿ Dónde el depósito está
De las lágrimas, Dios, mío?)

V

(El pueblo á la conclusion
Muestra al partir tristemente,
Aire de duda en la frente,
Y angustia en el corazón.)

(Dice éste al irse :) — « ¡ á pensar! »
(Y aquel murmura :) — « ¡ á sentir! »
(Uno :) — « ¡ á reír! ¡ á reír! »
(Y otro :) — « ¡ á llorar! ¡ á llorar! »

(Resúmen : — ¿ Qué es el vivir ?
« SENTIR, uno : otro — « CREER. »

Éste : — « CREER Y SABER »,
Y aquél : — NI CREER NI SENTIR. »)

(¿ Qué es el mundo? — « lo que vemos. »
¿ Y el saber? — « lo que se ignora. »
¿ Y qué es Dios? — « lo que se adora. »
¿ Y virtud? — « lo que queremos. »)

(Y aunque más el pueblo alcanza
Con su VIRTUD — ARMONÍA,
Con su FE — SABIDURÍA,
Y con su DIOS — ESPERANZA.)

(Los sabios al escuchar,
Ignora el pueblo qué hacer,
Si ha de dudar ó creer,
Si ha de reír ó llorar.)

LOS RELOJES DEL REY CÁRLOS

Cárlos Quinto el esforzado,
Se encuentra asaz divertido
De cien relojes rodeado,
Cuando va, en Yuste olvidado,
Hacia el reino del olvido.

Los ve delante y detras
Con ojos de encanto llenos,
Y les hace ir á compas,
Ni minuto más ni menos;
Ni instante ménos ni más.

Si un reloj se adelantaba,
El imperial relojero
Con avidez lo paraba,
Y al retrasarlo, exclamaba :

« Más despacio, ¡majadero ! »
Si otro se atrasa un instante,
Va, lo coge, lo revisa,
Y aligerando el volante,
Grita : « ! Adelante, adelante,
Majadero, más aprisa ! »

Y entrando un día, « ¿ qué tal ? »

Le preguntó el confesor;
Y el relojero imperial
Dijo : « Yo ando bien, señor;
Pero mis relojes mal. »

« Recibid mi parabien »,
Siguió el noble confidente;
« Mas yo creo que tambien,
Si ellos andan malamente
Vos, señor, no andais muy bien.

« No fuera una ocupacion
Más digna, unir con paciencia
Otros relojes, que son,
El primero el corazon,
Y el segundo la conciencia ? »

Dudó el Rey cortos momentos,
Mas pudo al fin responder :

« ¡ Si ! Más ó ménos sangrientos
Sólo son remordimientos
Todas mis dichas de ayer ! »

« Yo, que agoto la paciencia
En tan necia ocupacion,
Nunca pensé en mi existencia
En poner el corazon
De acuerdo con la conciencia. »

Y cuando esto proferia,
Con su *tic-tac* lastimero,
Cada reloj que allí habia

Parece que le decia :
« ¡ Majadero ! ¡ Majadero ! »
« Necio », prosiguió, « al deber
Debí unir mi sentimiento,
Despues, si no ántes, de ver
Que es una carga el poder,
La gloria un remordimiento. »

Y los relojes sin duelo,
Tirando de diez en diez,
Tuvo por fin el consuelo
De ponerlos contra el suelo
De acuerdo una sola vez.

Y añadió : « Teneis razon :
Empleando mi paciencia
En más santa ocupacion,
Desde hoy pondré el corazon
De acuerdo con la conciencia.

LA HISTORIA DE AUGUSTO

I

A Ovidio empieza á leer
Su historia el Emperador,
Pues dice que quiere ser,
Cual César, autor y actor,
Hombre sin Dios y sin ley
Que de su provecho en pos,
Pérfido ántes, se hace rey,
Necio despues, se hace dios ;
En su historia disculpaba
Sus faltas cándidamente,

Cosas que Ovidio escuchaba
Con el rubor en la frente,
«¿Verdad que al mundo hará honor
La que llamo *era Juliana?*
Dijo á Ovidio el salteador
De la libertad romana.

Con un dictámen muy justo
Quiso Ovidio honrar su labio;
Porque al fin perdona Augusto
Después que se venga Octavio.

Y «francamente, señor»,
Dijo de modestia lleno,
«Si sois bueno como actor,
Como autor no sois tan bueno.»
«O, con altivo semblante
Replicó el Emperador,
Que soy muy buen comediante,
Pero muy mal escritor.»

Selló el Rey su augusto labio,
Calló Ovidio, no sin susto,
Pues siempre al fin venga Octavio
Los disimulos de Augusto.

II

Cayó Ovidio en el deslíz.
De llamar, poco después,
A Livia, la Emperatriz,
«Ulises con guarda-piés.»

Tuvo el Rey por ofensivo
Este madrigal tan bello,
Tomando esto por motivo
Para vengarse de aquello.

Y á Ovidio desterró Augusto
De la Circasia á un rincón,

Como buen tirano, injusto;
Falso, cual buen histrion.

III

Muriendo Octavio inmortal
Entre grandes dignos de él,
Les pregunta así: «¿Qué tal
Representé mi papel?»

Y contesta Ovidio á Octavio
Desde la orilla del Ponto:

«Representé como un sabio
Lo que pensó como un tonto.»

Murió Octavio, el iracundo;
Pereció Augusto, el sagaz;
El que dió la paz al mundo,
Y ha dejado el mundo en paz.

Con que, ¿*qué tal?* Lo repito
Con más razon que despecho;
Has hecho muy bien lo escrito,
Y escrito mal lo que has hecho.

«Doy al mundo el parabien,
¡Falso! áun preguntas ¿*qué tal?*
Como cómico, muy bien;
Como emperador, muy mal.»

ANTINOMIAS DEL GENIO

Sentado indolentemente,
Cierta noche de verano,
Con una pluma en la mano
Y una luz frente por frente,
Está Napoleon Primero
Sumando con mucho afán,

Cosas que Ovidio escuchaba
Con el rubor en la frente,
«¿Verdad que al mundo hará honor
La que llamo *era Juliana?*
Dijo á Ovidio el salteador
De la libertad romana.

Con un dictámen muy justo
Quiso Ovidio honrar su labio;
Porque al fin perdona Augusto
Después que se venga Octavio.

Y «francamente, señor»,
Dijo de modestia lleno,
«Si sois bueno como actor,
Como autor no sois tan bueno.»
«O, con altivo semblante
Replicó el Emperador,
Que soy muy buen comediante,
Pero muy mal escritor.»

Selló el Rey su augusto labio,
Calló Ovidio, no sin susto,
Pues siempre al fin venga Octavio
Los disimulos de Augusto.

II

Cayó Ovidio en el deslíz.
De llamar, poco después,
A Livia, la Emperatriz,
«Ulises con guarda-piés.»

Tuvo el Rey por ofensivo
Este madrigal tan bello,
Tomando esto por motivo
Para vengarse de aquello.

Y á Ovidio desterró Augusto
De la Circasia á un rincón,

Como buen tirano, injusto;
Falso, cual buen histrion.

III

Muriendo Octavio inmortal
Entre grandes dignos de él,
Les pregunta así: «¿Qué tal
Representé mi papel?»

Y contesta Ovidio á Octavio
Desde la orilla del Ponto:

«Representé como un sabio
Lo que pensó como un tonto.»

Murió Octavio, el iracundo;
Pereció Augusto, el sagaz;
El que dió la paz al mundo,
Y ha dejado el mundo en paz.

Con que, ¿*qué tal?* Lo repito
Con más razon que despecho;
Has hecho muy bien lo escrito,
Y escrito mal lo que has hecho.

«Doy al mundo el parabien,
¡Falso! áun preguntas ¿*qué tal?*
Como cómico, muy bien;
Como emperador, muy mal.»

ANTINOMIAS DEL GENIO

Sentado indolentemente,
Cierta noche de verano,
Con una pluma en la mano
Y una luz frente por frente,
Está Napoleon Primero
Sumando con mucho afán,

Puesto á un lado aquel gaban,
Y á otro lado aquel sombrero.
Suma, de intento, muy mal,
Entre espantado é iracundo,
Todas las muertes que al mundo
Costó su gloria imperial.

Y cuando ya á traslucir
Llega á una cifra espantosa,
Se lanza una mariposa
Sobre la luz á morir.

Su muerte próxima al ver,
Sintió el héroe compasion;
Que al fin, aunque Napoleon,
Era un hijo de mujer;

Y con benévola calma
La separó dulcemente,
Pues los que matan la gente,
Pueden tambien tener alma.

El, que *carne de cañon*
Pudo á los hombres llamar,
Ve á un insecto peligrar,
Con pena en el corazon.

Ni ella cede, ni él se para,
Y con la intencion más terca,
Cuanto más ella se acerca,
Tanto más él la separa.

Tal vez el Emperador
Llorára de sufrir tanto,
Si él pudiera tener llanto
Para el ajeno dolor.

¡Ay! una vida tan ruin,
¿No habia de enternecer
Al que acababa de hacer
Del universo un botín?

¡Y luégo la coalicion
Dirá que no era perfecto
El que en salvar á un insecto
Funda un sueño de Colon!

Sigue la lucha emprendida
Entré él y ella, y de esta suerte,
Mientras busca ella la muerte,
La da Napoleon la vida.

Y así el empeño siguió
Por ambos con frenesí;
La mariposa en que sí,
Y Napoleon en que no.

La salva al fin, y « ¡ victoria! »
Exclama con alegría
El que hacia y deshacia
A cañonazos la historia.

¡Victoria! ¡Victoria, pues!
¡Dios inmenso! ¡Dios inmenso!
De esa accion suba el incienso
Hasta tus divinos piés!

Aquella alma generosa
Que vertió de sangre un mar,
Cuánto luchó por salvar
La vida á una mariposa!

¡Que alguno de tal bondad
Cuenta á la Francia la gloria,
Luégo la Francia á la Historia,
Y ésta á la posteridad!

Y tú, ciega multitud,
Pobre *carne de cañon*,
Dí por él: ¡Oh compasion,
Tú eres sólo la virtud! »

PEQUEÑOS POEMAS

EL TREN EXPRESO

CANTO PRIMERO.

La noche

I

Habiéndome robado el albedrío
Un amor tan infausto como el mío,
Ya recobrados la quietud y el seso
Volvia de París en tren expreso :
Y cuando estaba ajeno de cuidado,
Como un pobre viajero fatigado,
Para pasar bien cómodo la noche
Muellemente acostado.
Al arrancar el tren, subió á mi coche,
Seguida de una anciana,
Una joven hermosa,
Alta, rubia, delgada y muy graciosa,
Digna de ser morena y sevillana.

II

Luégo una voz de mando,
Por algun héroe de las artes dada,
Empezó el tren á trepidar andando
Con un trajin de fiera encadenada.

Al dejar la estacion, lanzó un gemido
La máquina que libre se veía,
Y corriendo al principio solapada,
Cual la sierpe que sale de su nido,
Ya al claro resplandor de las estrellas,
Por los campos, rugiendo, parecía
Un leon con melena de centellas.

III

Cuando miraba atento
Aquel tren que corria como el viento,
Con sonrisa impregnada de amargura
Me preguntó la joven con dulzura :
— ¿Sois español? — y á su armonioso acento,
Tan armonioso y puro, que aun ahora
El recordarlo sólo me embelesa.
— Soy español, — le dije, — ¿y vos, señora ?
— Yo, — dijo, — soy francesa.
— Podeis, — la repliqué, — con arrogancia
La hermosura alabar de vuestro suelo,
Pues creo, como hay Dios, que es vuestra Francia
Un pais tan hermoso como el cielo.
— Verdad que es el pais de mis amores
El pais del ingenio y de la guerra ;
Pero en cambio, — me dijo, — es vuestra tierra
La patria del honor y de las flores :
No os podeis figurar cuánto me extraña
Que, al ver sus resplandores,
El sol de vuestra España
No tenga, como el de Asia, adoradores. —
Y despues de halagarnos obsequiosos
Del patrio amor el puro sentimiento,
Entrambos nos quedamos silenciosos
Como heridos de un mismo pensamiento

IV

Caminar entre sombras, es lo mismo
Que dar vueltas por sendas mal seguras
En el fondo de un pozo del abismo.
Juntando á la verdad mil conjeturas,
Veia allá á lo léjos desde el coche
Agitarse sin fin cosas oscuras,
Y en torno, cien especies de negruras
Tomadas de cien partes de la noche.
¡ Calor de fragua á un lado, al otro frio !
¡ Lamentos de la máquina espantosos,
Que agregan el terror y el desvario
A todos estos limbos misteriosos !...
¡ Las rocas, que parecen esqueletos !...
¡ Las nubes con entrañas abrasadas !...
¡ Luces tristes ! ¡ Tinieblas alumbradas !...
¡ El horror que hace grandes los objetos !...
¡ Claridad espectral de la neblina !...
¡ Juegos de llama y humo indescriptibles !...
¡ Unos grupos de bruma blanquecina
Esparcidos por dedos invisibles !
¡ Masas informes !... ¡ Limites inciertos !...
¡ Montes que se hundan ! ¡ Arboles que crecen
Horizontes lejanos que parecen
Vagas costas del reino de los muertos !...
¡ Sombra, humareda, confusion y nieblas !...
¡ Acá lo turbio... allá lo indiscernible...
Y entre el humo del tren y las tinieblas
Aquí una cosa negra, allí otra horrible !...
DIRECCION GENERAL DE

V

¡ Cosa rara ! Entre tanto,
Al lado de mujer tan seductora

No podia dormir, siendo yo un santo
Que duerme cuando no ama á cualquier hora.
Mil veces intenté quedar dormido,
Mas fué inútil empeño :
Admiraba á la jóven, y es sabido
Que á mi la admiracion me quita el sueño.
Yo estaba inquieto, y ella
Sin echar sobre mi mirada alguna,
Abrió la ventanilla de su lado,
Y como un sér prendado de la luna,
Miró al cielo azulado,
Preguntó, por hablar, qué hora seria, ¡
Y al ver correr cada fugaz estrella
— ¡ Ved un alma que pasa ! — me decia.

VI

— ¿ Vais muy léjos ? — con voz ya conmovida
Le pregunté á mi jóven compañera.
— ¡ Muy léjos, — contestó ; — voy decidida
A morir á un lugar de la frontera ! —
Y se quedó, pensando en lo futuro,
Su mirada en el aire distraida.
Cual se mira en la noche un sitio oscuro
Donde fué una vision desvanecida.
— ¿ No os habrá divertido,
La repliqué galante,
La ciudad seductora
En donde todo amante
Deja recuerdos y se trae olvido ?
— Lo traéis vos ? — me dijo con tristeza.
— Todo en París lo hace olvidar, señora, —
Le contesté, — la moda y la riqueza,
Yo me vine á París desesperado,
Por no ver en Madrid á cierta ingrata.

— Pues yo vine, — exclamó, — y hallé casado
A un hombre ingrato á quien amé soltero,
— Tengo un rencor, — le dije, — que me mata,
— Yo una pena — me dijo, — que me muero. —
Y al recuerdo infeliz de aquel ingrato,
Siendo su mente espejo de mi mente,
Quedándose en silencio un grande rato
Pasó una larga historia por su frente.

VII

Como el tren no corría, que volaba,
Era tan vivo el viento, era tan frío,
Que el aire parecía que cortaba;
Así el lector no extrañará que, tierno
Cuidase de su bien más que del mio,
Pues hacía un gran frío, tan gran frío,
Que echó al lobo del bosque aquel invierno.
Y cuando ella doliente,
Con el cuerpo aterido,
— ¡ Tengo frío! — me dijo dulcemente
Con voz que, más que voz, era un balido,
Me acerqué á contemplar su hermosa frente,
Y os juro por el cielo
Que, á aquel reflejo de la luz escaso,
La jóven parecía hecha de raso,
De nácar, de jazmín y terciopelo;
Y creyendo invadidos por el hielo
Aquellos piés tan lindos,
Desdoblando mi manta zamorana,
Que tenía más borlas verde y grana
Que todos los cerezos y los guindos
Que en Zamora se crían,
Cual si fuese una madre cuidadosa,
Con la cabeza ya vertiginosa,

Le tapé aquellos piés que bien podrian
Ocultarse en el cáliz de una rosa.

VIII

¡ De la sombra y el fuego al claro-oscuro
Brotaban perspectivas espantosas,
Y me hacía el efecto de un conjuro
El ver reverberar en cada muro
De las sombras las danzas misteriosas!...
¡ La jóven, que acostada traslucía
Con su aspecto ideal, su aire sencillo,
Y que, más que mujer, me parecía
Un ángel de Rafael ó de Murillo,
Sus manos por las venas serpenteadas
Que la fiebre abultaba y encendía,
Hermosas manos, que á tener cruzadas
Por la oración habitual tendía!...
¡ Sus ojos siempre abiertos, aunque á oscuras
Mirando al mundo de las cosas puras!
¡ Su blanca faz de palidez cubierta!
¡ Aquel cuerpo á que daban sus posturas
La celeste firmeza de una muerta!...
¡ Las fajas tenebrosas
Del techo, que irradiaba tristemente
Aquella luz de cueva submarina;
Y esa continua sucesion de cosas
Que así en el corazón como en la mente
Acaban por formar una neblina!...
¡ Del tren expreso la infernal balumba!...
¡ La claridad de cueva que salía
Del techo de aquel coche, que tenía
La forma de la tapa de una tumba!...
¡ La vision triste y bella
Del sublime concierto

De todo aquel horrible desconcierto,
Me hacian traslucir en torno de ella
Algo vivo rondando un algo muerto !

IX

De pronto, atronadora,
Entre un humo que surcan llamaradas,
Despide la feroz locomotora
Un torrente de notas aflautadas,
Para anunciar, al despuntar la aurora,
Una estacion, que en feria convertia
El vulgo con su eterna griteria,
La cual, susurradora y esplendente,
Con las luces del gas brillaba enfrente;
Y al llegar, un gemido
Lanzando prolongado y lastimero,
El tren en la estacion entró seguido
Cual si entrase un reptil en su agujero.

CANTO SEGUNDO.

El dia.

I

Y continuando la infeliz historia,
Que aun vaga, como un sueño, en mi memoria,
Veo al fin á la luz de la alborada
Que el rubio de oro de su pelo brilla
Cual la paja de trigo calcinada
Por Agosto en los campos de Castilla.
Y con semblante cariñoso y serio,
Y una expresion del todo religiosa,
Como llevando á cabo algun misterio,
Despues de un — ¡ ay, Dios mio ! —

Me dijo señalando á un cementerio :
— ¡ Los que duermen allí no tiene frio ! —

II

El humo en ondulante movimiento
Dividiéndose á un lado y otro lado,
Se tiende por el viento
Cual la crin de un caballo desbocado.
Ayer era otra Fauna, hoy otra Flora ;
Verdura y aridez, calor y frio ;
Andar tantos kilómetros por hora
Causa el alma el mareo del vacío ;
Pues salvando el abismo, el llano, el monte,
Con un ciego correr que al rayo excede,
En loco desvarío
Sucede un horizonte á otro horizonte
Y una estacion á otra estacion sucede.

III

Más ciego cada vez por la hermosura
De la mujer aquella,
Al fin la hablé con la mayor ternura,
A pesar de mis muchos desengaños ;
Porque al viajar en tren con una bella
Va, aunque un poco al azar y á la ventura,
Muy de prisa el amor á los treinta años.
Y — ¿ dónde vais ahora ? —
Pregunté á la viajera.
— Marcho, olvidada por mi amor primero, —
Me respondió sincera,
A esperar el olvido un año entero.
— Pero, ¿ y despues — le pregunté — señora ?
— Despues -- me contestó -- ¡ lo que Dios quiera.

IV

Y porque así sus penas distraía,
Las mias le conté con alegría,
Y un cuento amontoné sobre otro cuento,
Mientras ella, abstrayéndose, veía
Las gradaciones de color que hacía
La luz descomponiéndose en el viento.
Y haciendo yo castillos en el aire,
O, como dicen ellos, en España,
La referí, no sé si con donaire,
Cuentos de Homero y de Mari-Castaña.
En mis cuadros risueños,
Pintando mucho amor y mucha pena,
Como el que tiene la cabeza llena
De heroínas francesas y de ensueños,
Había cada llama
Capaz de poner fuego al mundo entero ;
Y no faltaba nunca un caballero
Que por gustar solícito á su dama
La sirviese, siendo héroe, de escudero.
Y ya de un nuevo amor en los umbrales,
Cual si fuese el aliento nuestro idioma,
Más bien que con la voz, con las señales,
Esta verdad tan grande como un templo
La convertí en axioma :
Que para dos que se aman tiernamente,
Ella y yo, por ejemplo,
Es cosa ya olvidada por sabida
Que un árbol, una piedra y una fuente
Pueden ser el eden de nuestra vida.

V

Como en amor es credo
O artículo de fe que yo proclamo,

Que en este mundo de pasión y olvido,
O se oye conjugar el verbo *te amo*
O la vida mejor no importa un bledo ;
Aunque entónces como hombre arrepentido,
El ver á una mujer me daba miedo,
Más bien desesperado que atrevido,
— Y ¿ un nuevo amor — la pregunté amoroso —
No os haría olvidar viejos amores? —
Mas ella, sin dar tregua á sus dolores,
Contestó con acento cariñoso :
— La tierra está cansada de dar flores ;
Necesito algun año de reposo.

VI

Marcha el tren tan seguido, tan seguido,
Como aquel que patina por el hielo ;
Y en confusión extraña
Parecen, confundidos tierra y cielo,
Una mezcla de sueño y de montaña,
Pues cruza de horizonte en horizonte
Por la cumbre y el llano,
Ya la cresta granítica de un monte,
Ya la elástica turba de un pantano ;
Ya entrando por el hueco
De algun túnel que horada las montañas,
A cada horrible grito
Que lanzando va el tren, responde el eco,
Y hace vibrar los muros de granito,
Estremeciendo al mundo en sus entrañas :
Y dejando aquí un pozo, allí una sierra,
Nubes arriba, movimiento abajo,
En laberinto tal cuesta trabajo
Crear en la existencia de la tierra.

VII

Las cosas que miramos,
Se vuelven hácia atras en el instante
Que nosotros pasamos:
Y, conforme va el tren hácia adelante,
Parece que desandan lo que andamos:
Y á sus puestos volviéndose, huyen y huyen
En raudó movimiento
Los postes del telégrafo, clavados
En fila á los costados del camino;
Y, como gota á gota, fluyen, fluyen,
Uno, dos, tres y cuatro, veinte y ciento,
Y formando confuso y ceniciento
El humo con la luz un remolino,
No distinguen los ojos deslumbrados
Si aquello es sueño, tromba ó torbellino.

VIII

¡Oh, mil veces bendita
La inmensa fuerza de la mente humana,
Que así el ramblizo como el monte allana,
Y al mundo echando su nivel, lo mismo
Los picos de las rocas decapita,
Que levanta la tierra,
Formando un terraplen sobre un abismo
Que llena con pedazos de una sierra!
¡Dignas son, vive Dios, estas hazañas,
No conocidas ántes
Del poderoso anhelo
De los grandes gigantes
Que, en su ambicion, para escalar el cielo,
Un tiempo amontonaron las montañas!

IX

Corria en tanto el tren con tal premura,
Que el monte abandonó por la ladera,
La colina dejó por la llanura,
Y la llanura, en fin, por la ribera;
Y al descender á un llano,
Sitio infeliz de la estacion postrera,
Le dije con amor: — ¿Sería en vano
Que amaros pretendiera?
¿Sería como un niño que quisiera
Alcanzar á la luna con la mano? —
Y contestó con lívido semblante:
— No sé lo que seré más adelante,
Cuando ya soy vuestra mejor amiga.
Yo me llamo Constancia y soy constante.
¿Qué más quereis—me preguntó—que os diga?
Y, bajando al andén, de angustia llena,
Con prudencia fingió que distraia
Su inconsolable pena
Con la gente que entraba y que salia;
Pues la estacion del pueblo parecia
La loca dispersion de una colmena.

X

Y, con dolor profundo
Mirándome á la faz, desencajada,
Cual mira á su doctor un moribundo,
Siguió: — Yo os juro, cual mujer honrada,
Que el hombre que me dió con tanto celo
Un poco de valor contra el engaño,
O aquí me encontrará dentro de un año,
O allí!... — me dijo señalando al cielo.
Y enjugando despues con el pañuelo

Algo de espuma de color de rosa
Que asomaba á sus labios amarillos,
El tren (cual la serpiente que escamosa
Queriendo hacer que marcha, y no marchando,
Ni marcha ni reposa),
Mueve y remueve, ondeando y más ondeando
De su cuerpo flexible los anillos ;
Y al tiempo en que ella y yo la mano alzando,
Volvimos, saludando, la cabeza,
La máquina un incendio vomitando,
Grande en su horror y horrible en su belleza
El tren llevó hácia sí pieza tras pieza,
Vibró con furia y lo arrastró silbando.

CANTO TERCERO.

El crepúsculo.

I

Cuando un año despues, hora por hora,
Hácia Francia volvía,
Echando alegre sobre el cuerpo mio
Mi manta de alamares de Zamora,
Porque á un tiempo sentía,
Como el año anterior, día por día,
Mucho amor, mucho viento y mucho frio ;
Al minuto final del año entero,
A la cita acudí cual caballero
Que va alumbrado por su buena estrella ;
Mas al llegar á la estacion aquella
Que no quiero nombrar, porque no quiero,
Una tos de ataud sonó á mi lado,
Que salía del pecho de una anciana
Con cara de dolor y negro traje ;

Me vió, gimió, lloró, corrió á mi lado,
Y echándome un papel por la ventana,
— Tomad, me dijo — y continuad el viaje! —
Y cual si fuese una hechicera vana
Que, despues de un conjuro, en la alta noche
Quedase entre la sombra confundida,
La mujer, más que vieja, envejecida,
De mi presencia huyó con ligereza
Cual niebla entre la luz desvanecida,
Al punto en que, llegando con presteza
Eché por la ventana de mi coche
Esta carta tan llena de tristeza,
Que he leído más veces en mi vida
Que cabellos contiene mi cabeza.

II

— « Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros,
Cuenta os dará de la memoria mia.
Aquél fantasma soy que, por gustaros,
Juró á estar viva á vuestro lado un día.
« Cuando lleve esta carta á vuestro oído
El eco de mi amor y mis dolores,
El cuerpo en que mi espíritu ha vivido
Ya durmiendo estará bajo unas flores.
« Por no dar fin á la ventura mia,
La escribo larga... casi interminable !...
¡ Mi agonía es la bárbara agonía,
Del que quiere evitar lo inevitable !
« Hundiéndose al morir sobre mi frente
El palacio ideal de mi quimera,
De todo mi pasado, solamente
Esta pena que os doy borrar quisiera
« Me rebelo á morir, pero es preciso...
¡ El triste vive, y el dichoso muere !...

¡ Cuando quise morir, Dios no lo quiso ;
Hoy que quiero vivir, Dios no lo quiere
« ¡ Os amo, ¡ si ! Dejadme que habladora
Me repita esta voz tan repetida ;
Que las cosas más íntimas ahora
Se escapen de mis labios con mi vida.
« Hasta furiosa, á mi que ya no existo,
La idea de los celos me importuna ;
Juradme que esos ojos que me han visto
Nunca el rostro verán de otra ninguna !
« Y si aquella mujer de aquella historia
Vuelve á formar de nuevo vuestro encanto,
Aunque os ame, gemid en mi memoria ;
¡ Yo os hubiera también amado tanto !...
« Mas tal vez allá arriba nos veremos,
Después de esta existencia pasajera,
Cuando los dos, como en el tren, lleguemos
De nuestra vida á la estación postrera.
« ¡ Ya me siento morir !... ¡ El cielo os guarde !
Cuidad, siempre que nazca ó muera el día,
De mirar al lucero de la tarde,
Esa estrella que siempre ha sido mía.
« Pues yo desde ella os estaré mirando ;
Y como el bien con la virtud se labra,
Para verme mejor, yo haré, rezando,
Que Dios de par en par el cielo os abra.
« ¡ Nunca olvideis á esta infeliz amante
Que os cita, cuando os deja, para el cielo !
¡ Si es verdad que me amasteis un instante,
Llorad, porque eso sirve de consuelo !...
« ¡ Oh Padre de las almas pecadoras !
¡ Conceded el perdón al alma mía !
¡ Amé mucho, Señor, y muchas horas,
Mas sufrí por más tiempo todavía !

« ¡ Adios, adios ! Como hablo delirando,
No sé decir lo que deciros quiero !
¡ Yo sólo sé de mí que estoy llorando,
Que sufro, que os amaba, y que me muero ! »

III

Al ver de esta manera
Trocado el curso de mi vida entera
En un sueño tan breve,
De pronto se quedó, de negro que era,
Mi cabello más blanco que la nieve.
De dolor trapasado
Por la más grande herida
Que á un corazón jamás ha destrozado
En la inmensa batalla de la vida,
Ahogado de tristeza,
A la anciana busqué desesperado ;
Mas fué esperanza vana,
Pues, lo mismo que un ciego deslumbrado,
Ni pude ver la anciana,
Ni respirar del aire la pureza,
Por más que abrí cien veces la ventana
Decidido á tirarme de cabeza.
Cuando por fin sintiéndome agobiado
De mi desdicha al peso,
Y encerrado en el coche, maldecía
Como si fuese en el infierno preso,
Al año de venir, día por día,
Con mi grande inquietud y poco seso,
Sin alma, y como inútil mercancía,
Me volvió hasta París el tren expreso.

LAS TRES ROSAS

POEMA EN TRES JORNADAS

A mi invariable y afectuoso amigo
El Sr D. Tomas Pérez Anguita
en prueba de reconocimiento y cariño.

CAMPOAMOR.

PERSONNAJES

ROSA, madre de
ROSAURA, madre de
ROSALÍA.
JULIO MONTERO.
BLAS, marido de Rosaura,
DANIEL, novio de Rosalía.
UN AMANTE OLVIDADO POR ROSA.
UN MÉDICO.
SOR LUZ
TITAN, perro de Terranova.
SATANÁS.

ROSA

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Los dos miedos

JULIO. — ROSA

I

Al comenzar la noche de aquel día,
Ella, léjos de mí,
— ¿Por qué te acercas tanto? — me decia;
— ¡Tengo miedo de tí! —

II

Y despues que la noche hubo pasado,
Dijo, cerca de mí:
— ¿Por qué te alejas tanto de mi lado?
¡Tengo miedo sin tí! —

ESCENA II

La última palabra

EL AMANTE OLVIDADO. — ROSA

Cuando yo con el alma te queria,
¿Quién presumir pudiera
Que á depreciar ¡infame! llegaría
En tí y por tí la humanidad entera?

ESCENA III

A rey muerto, rey puesto

JULIO. — ROSA

Murió por tí: su entierro al otro día

Pasar desde el balcon juntos miramos;
 Y espantados tal vez de tu falsía,
 En tu alcoba los dos nos refugiamos.
 Cerrabas con terror los ojos bellos.
 El *requiescat* se oía. Al verte triste,
 Yo la trenza besé de tus cabellos,
 Y — ¡ traicion! ¡ sacrilegio!, — me dijiste.
 Seguía el *de profundis* y gemimos...
 El muerto y el terror fueron pasando...
 Y al ver luego la luz, cuando salimos,
 — ¡ Qué vergüenza!, — exclamaste suspirando.
 Decías la verdad. ¡ Aquel entierro!...
 El beso aquel sobre la negra trenza!...
 Despues ¡ la oscuridad de aquel encierro!...
 ¡ Sacrilegio! Traicion! ¡ Miedo! ¡ Vergüenza

ESCENA IV

Hastio

JULIO. — ROSA

Sin el amor que encanta,
 La soledad de un ermitaño espanta.
 Pero es más espantosa todavía
 La soledad de dos en compañía.

ESCENA V

Las dos copas

UN MÉDICO. — ROSA

I

Le dijo á Rosa un doctor:
 — « Se curan de un modo igual
 Las dolencias en amor,
 En higiene y en moral.

« Yo, aunque el método condene,
 Lo dulce en lo amargo escondo:
 Esta copa es la que tiene
 Dulce el borde, amargo el fondo.
 « Y por si quiere esa boca
 Cumplir una vez mi encargo,
 Tiene esta segunda copa
 Dulce el fondo, el borde amargo.
 « Dios, sin duda, así lo quiso,
 Y esto siempre ha sido y es:
 Tomar lo amargo es preciso,
 Bien antes ó bien despues. » —

II

Rosa luego, de ánsia llena,
 Dice en su amoroso afán:
 — « Mezclados cual dicha y pena
 Lo dulce y lo amargo van.
 « Merced á doctor tan sabio,
 Ve, aunque tarde, mi razon,
 Que aquello que es dulce al labio
 Es amargo al corazón.
 « Yo, que hasta el postrer retoño
 Agosté en mi edad primera,
 Brotar no veré en mi otoño
 Flores de mi primavera
 « Fui dejando, por mejor,
 Lo amargo para al final,
 Y esto, según el doctor,
 Sabe bien, mas sienta mal.
 « Cumpliré una vez su encargo:
 Tú, copa segunda, vén,
 Pues tomar ántes lo amargo,
 Si sabe mal, sienta bien.

» ¡ Oh, cuán sabio es el doctor
Que cura de un modo igual
Las dolencias en amor,
En higiene y en moral!! »

ESCENA VI

Un drama de familia

JULIO. — ROSAURA. — ROSA (*oculta*)

I

Siendo Rosa Valdés, según mi cuenta
(Si bien por excepción un poco rara),
Una mujer hermosa de cuarenta,
Que no tiene veinte años en la cara,
Casi es su otoño una estación florida,
Lo mismo que lo fue su primavera,
Que es más bella tal vez que la primera
La juventud segunda de la vida.

De Rosa la hermosura es tan cumplida,
Que, cual si fuese un velo,
Cuando lo suelta al viento, toda entera
Lo oculta la madeja de su pelo;
Pelo que todavía

Un torrente sería
Del ébano más puro, si no fuera
Porque á veces, si lo ata ó lo desata,
Tiene ¡ oh dolor! que eliminar severa
Unos hilos de plata
Que matizan su negra cabellera.

Lozana como un fruto ya maduro,
De buena fe aseguro
Que si á los quince abríles encantaba
Y á los veinte admiraba,

Seguía á los cuarenta mereciendo,
Pues toda la ciudad aseguraba
Que Rosa (y es verdad) más bien ganaba
Que solía perder envejeciendo.

II

Pero la pobre Rosa
Es más que desgraciada, está celosa;
Y ya á la languidez de sus miradas
Se une de día en día
En su rostro de madre una sombría
Falidez de facciones fatigadas;
Pues de cierta ilusión roto ya el prisma,
Su pena más que pena, es un martirio,
Y vive en una especie de delirio
En que duda de todo y de sí misma.

La idea de su edad la atormentaba,
Pues aunque nunca se la oyó una queja.
Por momentos notaba
Que el amor de los otros la dejaba,
Aunque el que ella sintió jamás la deja...
¡ Nada á madama Sevigné curaba
Del inmenso dolor de hacerse vieja!

III

Mas como ya sabemos
Que los años que cuenta,
Aunque parecen veinte, son cuarenta,
Haciendo Rosa de dolor extremos,
Asegura que Julio es un infame
Porque la va olvidando... Mas ¡ Dios mío!
Después de mucho tiempo, á un cuando se ame,
En el fondo de todo ¿ no hay hastío?
¡ Si! y por eso, á pesar de sus traiciones,

Es, ha sido y será Julio Montero
Un gentil y cumplido caballero,
Que vive según Dios y sus pasiones.

IV

Como es Julio una débil criatura
Que en sus varios amores,
Gustando del amor por sus favores
(Como hombre que cree sólo en la hermosura,
Como se cree en la esencia de las flores),
Olvida después que ama,
Y ama después que olvida.
Mudar, siempre mudar, ¡ ley de los seres!
Dulce ley que fué el norte de su vida,
Pues poco escrupuloso en sus deberes,
Practicando esa máxima sabida
De que es fuerza adorar á las mujeres,
Después que á Rosa amó con fanatismo
Adoró de Rosaura los encantos.
Mas ¡ fué en Julio cinismo
Hacer lo que hacen tantos?
No lo creo, sabiendo por mí mismo
Que á quien más tienta el diablo es á los santos.
Por eso, aunque la madre es tan hermosa,
Ve Julio que es la hija hasta divina,
Y, en consecuencia, á Rosa
Con Rosaura reemplaza,
Pegándose aquel hombre á aquella raza,
Como se pega el muérdago á la encina.

V

Rosaura, hija de Rosa,
Como niña nacida entre las flores,
Además de ser bella, era graciosa,

Pues no sé en qué botánico he leído
Que una hermosa mujer, cuando ha nacido
En medio de un jardín, es más hermosa.
Morena verdadera,
¡ Cuán morena sería,
Que bien seguro estoy que pasaría
Por morena en Jerez de la Frontera!
Pecando en esta bella criatura
(Si se peca por eso)
Por demasiada gracia su hermosura,
Produce la dulzura
De su voz musical tanto embeleso,
Que el que la oye suspira,
Y hermosa hasta el exceso,
En los labios de todo el que la mira
Casi se ve cómo palpita un beso.

VI

Perdidas y enterradas
En Rosa sus primeras emociones,
En la joven Rosaura recobradas
Volvió Julio á encontrar sus ilusiones.
Mas cuando Rosa vio que él tiernamente
A Rosaura miraba embelesado,
Casándola de pronto honradamente,
La eliminó con honra de su lado;
Y así fué la infeliz casada en frío
Con un joven galán de mucho brío,
Que, como un Lord, de sus haciendas vive;
Que aunque se llama Blas, es muy celoso;
Que toca, baila, canta y hasta escribe
Muy poco y mal como cualquier esposo;
Y con tal casamiento,
Rosa, aunque buena madre, amante artera,

Puso por el momento
Entre Julio y Rosaura una barrera.

VII

De todos los encantos
Que Rosaura tenía
Era el mayor, aunque tenía tantos,
Que á través de sus ojos todavía
Sólo cruzaban pensamientos santos;
Y por eso, entregada
A nobles expansiones,
Aunque mujer casada,
Es una niña grande tan honrada,
Que no piensa en las malas intenciones;
Y de Julio Montero, que la amaba,
Ella el amor oía
Con un cierto candor que enamoraba,
Pues casada de prisa, se creía
Libre en su amor, si en su deber esclava.

VIII

Estando Julio de Rosaura al lado
En una noche, al acabarse el día,
Bajo el fresco rincón de un emparrado
Que entre la casa y el jardín había,
Rosa, aunque enferma, alzándose del lecho,
Poniendo en no ser vista un gran cuidado,
Se arrastró del jardín hasta la puerta,
Y dejándola ó oscuras y entreabierta,
Se puso ó oír en alevoso acecho.

IX

Y mientras Julio, que á Rosaura adora,
Con los ojos devora

Lo hermoso que nos causa calentura,
Muestra Rosaura, de abandono llena,
Aquel rostro en la flor de su hermosura,
Y ¡lo que es el amor! aunque es morena,
Salta de ella una especie de blancura.
¡Noche de amor en que el amor rebosa,
En la cual las ideas son pasiones,
En que ostentan las flores sus botones
Con toda su turgencia misteriosa!
¡Noche clara, lo mismo que la aurora,
En la que en sombras, en rumor y flores,
Y en cánticos de amor de ruiseñores,
Se agota todo un Mayo en una hora!
Y cuando así los dos gozan unidos
De una dicha sensual y candorosa,
Encienden el ardor de sus sentidos
Los magnéticos ruidos
Que, electrizando la campiña toda,
En blando movimiento,
Pasando por los nidos,
Los va arrastrando y dispersando el viento,
¡Cantor eterno de la eterna boda!

X

Entre la sombra de la noche aquella
En que ambos frente á frente se miraron,
Y sus almas los dos se derramaron,
Ella en el pecho de él, y él en el de ella,
Se dijeron amores
Como se abren las flores,
Como un ave es cantera,
Como lo quiere, cuando se ama el cielo,
Como en todo lugar y ó cualquier hora
Alegre y bullidora

Coge el placer la juventud al vuelo ;
Mientras Rosa, escondida y desalada,
Oía cada frase
Cual si sintiese el frío de una espada
Que su pecho á traicion atravesase.

XI

Como hace amar á prisa, muy á prisa,
El ardor que circula por las venas,
Cuando se aspira una templada brisa
Que es en lo dulce un céfiro de Atenas,
Julio ciego y Rosaura placentera,
Bajan enamorados
La pendiente hechicera,
Por la cual nos empuja arrebatados
La noche, nuestro amor, la primavera...
¡ Aquel dosel tan bello
Que forma lo gentil del emparrado!...
¡ La bruma de un lugar poco alumbrado!...
¡ Lo oscuro y lo nupcial de todo aquello!...
¡ Allá suspiros, ramas y dulzura,
Y acá fe y esperanza!...
¡ A una parte deseos y ternura,
Por otro lado el odio y la venganza;
Y aquí y allí los débiles quejidos
Que murmuran los pájaros dormidos!...
¡ Oh imagen de la vida,
La dicha siempre á la desdicha unida!...
¡ Vértigo que formaron combinados
La tierra, los abismos y los cielos,
Eternos remolinos encontrados;
Bien y mal, luz y sombra, amor y celos!...

XII

Viendo Rosa llegar el gran instante
En que á su fin camina
La audacia habitual de todo amante
Que conoce la ciencia femenina,
A un ruido de suspiros que hizo el viento,
Como el vago rumor de una arboleda,
Exhaló un rudo acento
Cual si en aquel momento
Se hallase en el suplicio de la rueda ;
Y cuando Rosa con furor repara
Que ya llega el instante de la hora
En que se hunde aquel puente que separa
A Eva inocente de Eva pecadora,
Al pié de la vidriera
De la puerta que daba á la terraza
Mira más... mira más... se desespera,
Y cae desmayada, cual si fuera
Una estatua que el rayo despedaza.

XIII

Cuando Rosa caía sin sentido,
Cual si hubiese sufrido
Un fuerte martillazo en la cabeza,
Rosaura ante la culpa, con nobleza,
Casta, retrocedía,
Pues cuando ya perdía
Su corazón la calma
De un modo que no sé cómo aquel día,
Sin saber lo que hacía,
No añadió el dón del cuerpo al dón del alma,
Al corazón venció con su cabeza,

Pues, aún envuelta en fuego,
Sabía con certeza
Que el mismo Dios vuelve la vista á un ciego,
Pero no vuelve á un alma la pureza.
Y siempre decidida
A hacer guardar del deshonor su vida,
Y sabiendo además que es más seguro
Que arrostrar las pasiones
Poner en ocasiones
Entre el deber y el corazon un muro,
Se lanzó hácia la estancia,
Santuario de los juegos de su infancia,
Del jardín á la puerta se avecina,
Y, viendo que no cede, empuja airada,
Y encendida, jadeante, fatigada,
Pisa un bulto, se inclina,
Vuelve á erguirse, y camina
Como si el bulto aquel no fuese nada ;
Y la enferma, que á su hija huyendo mira,
Siente, al verse pisada,
Unas ráfagas de ira
De toda madre al corazon extrañas ;
Y, más rival que madre, entónces Rosa
Al tocarla aquel pié, sintió celosa
El demonio del ódio en sus entrañas.

XIV

Quando ve Julio que Rosaura, huyendo
Del fuego que la abrasa,
Corre ciega, y corriéndolo
Sobre su madre moribunda pasa,
Al umbral de la puerta,
De sorpresa y terror petrificado,

— ¡ Rosa!!... — exclama espantado.
Mas Rosa, medio muerta,
La cabeza, que á intervalos levanta,
Como cortada con un hacha gira ;
Va á contestar, pero su angustia es tanta,
Que entre sus labios la respuesta espira ;
Vuelve á querer hablar y se atraganta ;
Y al fin, más que decirlo, así suspira :
— Me asesinaste, adios; duerme si... — Muere,
Y el « si puedes », que apenas lo profiere,
Se le heló con la vida en la garganta.

XV

¡ La luna indiferente entónces muestra
Su disco ensangrentado,
Y una espantosa lividez siniestra
Echó sobre aquel cuadro desolado!

ESCENA VII

Mal de muchas

EL MÉDICO. — ROSAURA.

— ¿ Qué mal, doctor, la arrebató á la vida? —
Rosaura preguntó con desconsuelo.
— Murió, dijo el doctor, de una caída.
— Pues ¿ de dónde cayó? — Cayó del cielo. —

ROSAURA
JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Bodas celestes

JULIO. — ROSAURA

Te vi una sola vez, sólo un momento ;
Mas lo que hace las brisas con las palmas
Lo hace en nosotros dos el pensamiento ;
Y así son, aunque ausentes, nuestras almas.
Dos palmeras casadas por el viento.

ESCENA II

Las dos esposas

ROSAURA. — BLAS. — SOR LUZ

Sor Luz, viendo á Rosaura cierto dia
Casándose con Blas,
— ¡ Oh, qué esposo tan bello ! se decia,
¡ Pero el mio lo es más ! —
Luégo en la esposa del mortal miraba
La risa del amor,
Y, sin poderlo remediar, ¡ lloraba
La esposa del Señor !

ESCENA III

Madrigal

JULIO. — ROSAURA

Brotó un dia en Rosaura el sentimiento
De su primer amor, y en el momento

Volando un ángel, con fervor divino,
Para guiarla al bien del cielo vino,
Mientras un diablo del infierno, ardiendo,
Para arrastrarla al mal, llegó corriendo.

Ante Rosaura bella

Angel y diablo, enamorados de ella,
Divinizado el diablo se hizo bueno,
Y el ángel se impregnó de amor terreno,
Y al ser transfigurados de este modo,
Por voluntad del que lo puede todo,
Fué el ángel al infierno condenado,
Y el diablo al cielo fué purificado.
¿ De qué gracia y malicia estará llena
Mujer que con mirar salva ó condena ?

ESCENA IV

Memorias de un sacristan

JULIO. — ROSALÍA

I

Dos de Abril. ¡ Un bautizo ! — ¡ Hermoso dia !
El nacido es mujer, sea en buen hora.
Le pusieron por nombre Rosalia.
La niña es, cual su madre, encantadora.
Ya el agua del Jordan su sien rocia ;
Todos se rien y la niña llora.
Cruza un hombre embozado el presbiterio ;
Mira, gime y se aleja ; aquí hay misterio.

II

A unirse vienen dos de amor perdidos.
El novio es muy galan, la novia es bella.
¿ Serán en alma como en cuerpo unidos ?

Testigos, primas de él y primos de ella.
 En nombre del Señor son bendecidos.
 Unce el yugo al doncel y á la doncella.
 Dejan el templo, y al salir se arrima
 Un primo á la mujer, y él á una prima.

III

¡ Un entierro ! ¡ Dichosa criatura !
 ¡ Fué muerto, ó se murió ? Todo es incierto.
 Solos estamos sacristan y cura.
 ¡ Cuán pocos cortesanos tiene un muerto !
 Nacer para morir es gran locura.
 Suenan las diez. La iglesia es un desierto.
 Dejo al muerto esta luz, y echo la llave.
 Nacer, amar, morir: despues... ¡ quién sabe !

ESCENA V

La gran noche lúgubre

JULIO. — ROSAURA (muerta). — BLAS. — TITAN

I

Imágen de su madre á los veinte años,
 Rosauro, hija de Rosa,
 No murió con los mismos desengaños ;
 Mas, como ella, murió triste y hermosa.
 Poco feliz, como tan mal casada,
 Fué la mujer más buena entre las buenas,
 Y aunque al amor de Julio encadenada,
 Derramó en torno suyo, siempre honrada,
 Casta, noble y altiva,
 Ejemplos de virtud á manos llenas ;
 Hasta que al fin, rompiendo sus cadenas,
 La muerte con amor, caritativa,
 La libró de la carga de sus penas.

II

Mujer tan infeliz como adorable,
 Aunque era su virtud inquebrantable,
 Su amor á Julio, de pureza lleno,
 Fué inspirando al marido
 Uno de esos rencores sin olvido
 Que se arman del puñal y del veneno.
 Pero el esposo, á medias ofendido
 Alcanzó, mas dichoso que temido,
 Hacer en ella respetar su nombre,
 Y la amó, aunque la amó sin esperanza
 De ser jamas querido.
 Muerta Rosaura, aun le quedó á aquel hombre
 Un objeto en la vida : ¡ la venganza !

III

Julio Montero, en tanto,
 Fiel de Rosaura la memoria adora,
 Pues si fué en vida su terrestre encanto,
 Su dulce nombre la parece ahora,
 Unido ya á la muerte, grande y santo.
 Y como él ademas de su tristeza,
 Es amor de los piés á la cabeza,
 Todo el mundo repara
 Que morirá por consuncion de cierto,
 Pues desde el dia en que Rosaura ha muerto,
 Su cara es el cadáver de una cara.
 Y aspirando, en su inmenso desconsuelo,
 A gozar á ella unido
 Transportes de la tierra allá en el cielo,
 Aunque está inconsolable
 No pide al cielo olvido ;
 Pues como todo sér que se ha querido

Al morir se dilata en lo impalpable,
Su mal no tiene cura,
Porque, ausente su imagen hechicera,
A la tumba bajando intacta y pura
Ya era más que una muerta, una quimera.
Y como siempre el que ama está celoso,
Y aquel que está celoso es desgraciado,
Para hallar en la vida algún reposo,
Pensó en abrir con el mayor cuidado
Un hoyo en el rincón del cementerio,
Y el cuerpo de Rosaura, cariñoso,
Trasladar á aquel hoyo con misterio,
Y secreto dejar lo misterioso;
Y de su vida en el postrero día
Ser con ella enterrado, y de esta suerte,
Dormir por fin con la que más quería
Descansando en los brazos de la muerte.

IV

Cuando con gran misterio
Camina Julio á trasladar la muerta
A otra tumba, que abierta
Tenía en un rincón del cementerio,
Torpes, volando, lúgubres gemían
Los pájaros nocturnos por el cielo,
Y rastreando amarillas por el suelo
Lucecillas de fósforo corrían.
Mas venciendo impasible
Esas negras visiones
Que, aterrando á los bravos corazones,
Suele el miedo sacar de lo invisible,
Hacia la tumba de Rosaura avanza
Con pié seguro y cauteloso oído,
Aunque no había en torno un solo ruido

Que no fuese un terror ó una esperanza;
Y á Rosaura exhumando, en el instante
Que descubrió con ansia verdadera
Su rostro de alabastro,
El color de aquel lívido semblante
Alumbró el cementerio, cual si fuera
La luminosa palidez de un astro

V

Cuando Julio veía,
A la espectral penumbra que salía
De la lívida faz de aquella muerta,
Que su boca entreabierta
Respirar parecía,
Creyó su pensamiento
Que alguna hada, tal vez compadecida,
Tomándola, al morir, con mucho tiento
En el sueño del último momento,
Se la llevó al sarcófago dormida;
Y acercando su boca,
Besar quiso su frente:
Mas viendo un Crucifijo
De su cuello pendiente,
Con la misma dulzura con que toca
La golondrina el agua con sus alas,
Besó piadosamente
Con sus labios amantes
El Cristo de marfil lleno de galas,
Que tenía por lágrimas diamantes
Y sangre de rubíes en la frente.

VI

Coge en brazos la muerta,
Que estrecha convulsivo contra el pecho.

Y al caminar derecho
Hacia la tumba por su mano abierta,
Blas (que en pérfido acecho
Con ojos de serpiente
Velaba oculto entre la sombra incierta)
Con expresion furiosa de alegría
Desenvaina un puñal y, de repente,
Clavándolo en el bulto que veia,
De los brazos de Julio, derribada,
Cayó la pobre muerta asesinada ;
Pues con tan mala suerte
Blandió el arma, furioso,
Que el marido celoso
En su mujer apuñaló á la muerte.

VII

Viendo Julio, al hallarse sorprendido,
Que es menester herir ó ser herido,
Hace frente, de cólera azulado,
Al vengativo esposo
Que le sigue, tornándose, celoso,
Blanco, rojo y despues amoratado ;
Y cuando Blas airado á Julio alcanza,
Uno del otro asidos,
Por todas sus potencias y sentidos
Respiran el placer de la venganza.
Sigue á un golpe mortal otro más recio ;
La rabia los trasporta hasta la furia ;
Se devuelven desprecio por desprecio,
Y es cada golpe una mortal injuria ;
La lucha, más que lucha, es un tanteo ;
Se repelen, se abrazan, se sofocan,
Y cada vez que contra el suelo tocan
Adquieren nueva fuerza, como Anteo.

Se espian el marido y el amante,
Uno de ellos sagaz y otro siniestro,
Hasta que cae en el supremo instante
Sobre el hombre feroz el hombre diestro ;
Pues el ciego marido
Hacia atrás impelido
Como una mole por el rayo herida,
Resbalando en la tierra removida,
Cayó de espaldas en la tumba abierta,
Julio despues, amontonando activo
Sobre él la tierra que á coger acierta,
Entierra al hombre vivo,
Dejando así sin enterrar la muerta.

VIII

Despues Julio, aterrado
Ante la inmensa atrocidad del hecho,
Viendo al vivo enterrado
E insepulta á la muerta,
Tres veces hizo con la boca abierta
El signo de la cruz sobre su pecho.
Luego volvió los ojos espantado,
Con la mirada incierta,
Como un tigre enjaulado
Que busca para huir cualquiera puerta ;
Pues ya era entonces su cuidado tanto,
Que creyó que la muerta se movia,
Y en su mortal quebranto
Con evidencia tal Julio creia
Que hácia si algun fluído la atraia,
Que á la salida del retiro santo
Ya fué miedo el cuidado que tenia,
Y el miedo al fin se convirtió en espanto ;
Y huyendo de Rosaura y del marido,

Cuanto más presto corre, más se asombra,
Al notar que al huir se ve seguido
De un sudario que andaba precedido
De algo negro, más negro que la sombra.

IX

Y al escapar, del miedo que sentía,
Cual teniendo alas en los piés, volaba,
Y el sudario arrastrando le seguía,
Y en su horror se fingía
Mil ruidos inauditos que escuchaba,
Mil cosas invisibles que veía ;
Y cuanto más corría,
Viendo aquella blancura
Por una cosa negra arrebatada,
Dudando si existía ó no existía,
Pensaba en su locura
Si aquella forma pálida y oscura
Ya del mundo hasta el fin le seguiría,
Pues al cruzar por montes y laderas,
La muerta parecía
Que tendiendo la mano, le decía :
— ¡ Siempre te seguiré ; vé donde quieras !

X

Y á un cielo que parece, aunque estrellado,
De ceniza cubierto,
Viendo el campo desierto,
Y el desierto de espectros erizado,
Cual si á danzar surgieran á su lado
Las fantásticas momias del Roberto,
Corre á campo travieso, perseguido
Por cien deformidades misteriosas ;
Y aunque solo entreve, desvanecido

Los vagos lineamentos de las cosas,
Mira el cadáver que le sigue amante,
Y el bulto negro que entreve delante
Lazándole miradas horrorosas ;
Y conforme le sigue, él huye y huye, ¡
Y la tierra, entre tanto, rueda y rueda,
Y viendo cuanto en torno le circuye
Sumido en una lúgubre humareda,
Ya ver le parecía
En un abismo el universo hundido ;
Pues rendido, jadeante,
Viendo siempre delante
El negro azul, la inmensidad sombría,
Es tal su estado de vision completa,
Que cree en su desvario
Que el mundo se ha volcado en el vacío
Y que él pasó de un salto á otro planeta.

XI

Aunque ya para Julio se convierte
En vision lo visible y lo invisible,
Como siempre, invencible,
Aun flota en aquel caos de la muerte !
De su sér la conciencia insubmergible :
Y al ver brillar un rio, que parece
Un espejo de acero,
Que líquido ondulando fosforece,
Arrebatado al fin Julio Montero,
Con varonil firmeza
Se echó aterrado al agua de cabeza.
Mas cuando ya indolente
Se dejaba arrastrar por la corriente,
En medio de su horrible desvarío
Sintió que le agarraba alguna cosa,

Y una mano invisible y poderosa
Le iba sacando con afán del río.

XII

Volviendo Julio en sí pausadamente,
Se halló echado á la orilla del torrente;
Y estando ya de su razón seguro,
A la margen del río, al pié de un cerro,
De la noche y del agua al claro oscuro,
Entre la muerta y él mira su perro
Que fija en él tranquilas,
Pardas, cual las del buho, sus pupilas.
Y, como el ebrio que sacude el sueño,
Entonces se da cuenta poco á poco
De que el perro, fielmente,
A la muerta arrastrando hasta el torrente,
Fué volviendo á su dueño
Feroz de miedo y de pávura loco.
Y repentinamente
— ¡Qué haré, se preguntó. Dudó un momento,
Y entrando en posesión de su existencia,
Pasó del pensamiento á la conciencia,
Después de la conciencia al pensamiento,
Y al fin, con la entereza del espanto
Echa el cadáver de Rosaura al río,
Y arrepentido ya de amarla tanto,
Más que en su cuerpo, en su alma siente frío,

XIII

Avezado á su noble servidumbre
Titan, el perro fiel de Terranova,
Echándose tras ella por costumbre,
Lucha por ver si al agua el cuerpo roba

Que su dueño arrojó sin pesadumbre;
Mas Julio, indiferente y avelado,
Que lo que ántes amó detesta ahora,
Sube al cerro empinado
Donde se sienta triste y casi llora.
Y allí puesto en alerta,
Y presumiendo que jamás sería
La huella de su crimen descubierta,
Desde lo alto del cerro
Mira con alegría
De Rosaura el entierro
Que en el agua va á hallar tumba sombría;
Y al perro y al cadáver contemplando,
Arrastrados los ve por la corriente
Que flotaban dejando
El rastro de una luz fosforescente;
Y con ojos abiertos
Por el terror desmesuradamente,
Ve al perro que, luchando sin descanso,
Ya hundiéndose en las aguas, ya subiendo
Pide auxilio, gimiendo,
Hasta que al fin, del río en lo más manso,
Se cumplió su destino,
Pues al llegar á un pérfido remanso
Se los sorbió á los dos un remolino.

XIV

Todo esto lo ve Julio desde el cerro ®
Con el cuerpo aterido, el alma yerta...
Mucho más fiel que el hombre, el pobre perro
Ni siquiera al morir soltó á la muerta.

ESCENA VI

El anónimo.

JULIO. — UN ANÓNIMO.

Sobre la tumba de ella escribió un día :
— ¡Por darte vida á tí, me mataría! —
Y al otro día, por autor incierto,
Con lápiz al final se vió añadido ;
— Si ella hubiese vivido,
Ya de hastío tal vez la hubiera muerto. —

ROSALIA

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

Madrigal.

JULIO. — ROSALÍA.

Hay un rincón maldito en el infierno
Desde el que, en vaga y celestial penumbra,
Para aumentar el sufrimiento eterno,
Otro rincón del cielo se columbra.
¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno
La hermosa luz de tu semblante alumbra,
Si es mirarse en tus ojos retratado
Hacerle ver el cielo á un condenado?

ESCENA II

El almez.

JULIO.

I

Junto á este mismo almez á *Rosa* un día
Hice votos de amarla eternamente.

Se está oyendo en el aire todavía
De mi acento el rumor.
¿Por qué siento, mis votos olvidados,
Esclavo de otra fe, nuevos ardores?
Pasa el tiempo de amar y ser amados,
Mas no pasa el amor.

II

Otro día, á *Rosaura* encantadora,
Al pié del mismo almez juré lo mismo,
Y recuerdo que, entónces, como ahora,
Cantaba un ruiseñor.
Pasó el tiempo, y los nuevos ruiseñores
Vinieron á cantar á otra hermosura ;
Porque se van amados y amadores,
Pero queda el amor.

III

Después, al pié de este árbol, he sentido,
Extático mirando á *Rosalía*,
Momentos de emoción, en que he perdido
Para siempre el color.
¡Ay! ¿Pasarán, como pasaron ántes,
Si no el amor, las almas que lo sienten?
¡Sí! ¿Qué es siempre, siendo otros los amantes,
Un mismo el amor!

IV

Almez, á cuyo pié tanto he adorado ;
De amores, que aun vendrán, altar querido ;
Que enciendes, recordando mi pasado,
De mi sangre el ardor ..
Tú morirás, cual muere nuestra llama,
Y otro árbol nacerá de tu semilla;

Porque, aunque es tan fugaz todo lo que ama,
Es eterno el amor.

V

Y cuándo el mundo al fin sea extinguido
Y se oiga en las regiones estrelladas
Del orbe entero el último crujido
En inmenso fragor,
Dios de nuevo la nada bendiciendo,
De ella hará otros almeces y otros mundos.
E irá un hervor universal diciendo :
— ¡ Amor ! ¡ amor ! amor !... —

ESCENA III

¡ Asi !

ROSALÍA. — DANIEL.

I

— Mira hácia allá. Tu eléctrica mirada
¿ Por qué se clava con ardor en mí ?
¿ Es mi pecho un volcan ! ¡ Muero abrasada !
¡ No me mires así ! —
— Mira hácia acá. Tus ojos inconstantes
Ya no se clavan con ardor en mí ;
Si he de vivir, mírame así... como ántes...
Fíjate bien : ¡ así ! —

ESCENA IV

Las églogas modernas.

ROSALÍA. — JULIO MONTERO. — DANIEL. — LA
LUNA — EL POETA.

I

Ya había poca luz en la montaña
Y era casi de noche en las honduras,

Viéndose á un tiempo, en perspectiva extraña,
Bajo un monte con luz, valles á oscuras.
En uno de los valles de esta sierra
Se halla un jardin oscuro y pintoresco
Que parece olvidado de la tierra ;
Y del jardin en el rincon más fresco,
Un cenador formado por almeces
Donde no se ve luz ni se oyen ruidos,
Y hay tanta paz en su interior, que, á veces,
Hacen en él los pájaros sus nidos.
Contándose los dos esos secretos
Que suelen escuchar los cenadores,
Cuando á oídos discretos
Se acercan unos labios habladores,
Están al fin de este apacible día
En aquel cenador, sin luz ni ruidos,
Sobre un banco, Daniel y Rosalía,
Deshojando unas flores distraídos.

II

Hermosa nieta de su hermosa abuela,
Rosalía, entre flores confundida,
Sobre el banco, que el musgó aterciopela,
A Daniel escuchaba embebecida,
Cuando tenía apénas
La edad en que ya corre por las venas
El alma confundida con la vida.
Ademas de ser bella,
Se admiraban en ella
Los lindos piés y las pequeñas manos,
Y su cutis tenía
Ese matiz que se llamó algun día
El *bético color* por los romanos.
Pasando en Aviles por gaditana,

En Cádiz se decía
Que era prima del sol y peruana,
Pues siendo tan morena Rosalía,
Con la tez de su abuela competía
Su tez de cuarterona de la Habana.

III

Nuestro Julio Montero
Que á Rosalía con furor amaba,
Recuerda cuando Rosa le juraba
Que es el último amor el verdadero.
Con respeto profundo
Cumplía como noble sus deberes,
Y á no encontrar morenas en el mundo,
Sería un Escipion con las mujeres.
Pero ignorando yo por qué razones
A su ardoroso seno
En el color moreno
Le enviaba Satanas mil tentaciones,
Fué una tras otra, y en creciente, amando
Tras de Rosa, á Rosaura y Rosalía,
Las tres morenas y las tres hermosas ;
Y por eso con honda simpatía
Fué en su pecho reinando
La bella dinastía de las Rosas.
Sólo tuvo en el mundo tres amores,
Ligero uno, otro grave, otro profundo ;
Positivo y equívoco el primero ;
Casto, ardiente y fantástico el segundo ;
Y ultra-amante y platónico el tercero,
Y, según la sentencia del profeta,
— Como los hombres para amar son ciegos. —
Halló Julio en sus sueños de poeta
En la abuela, en la hija y en la nieta

Toda la gracia antigua de los griegos :
Y amante, á su pesar, de Rosalía
Estaba tan celoso, tan celoso,
Que el pobre, un poco viejo, no sabía
Pensar en Luis XIV, que decía :
— A mi edad, mariscal, nadie es dichoso. —

IV

Era tanta la fe con que quería,
Que ¡ perdonad la execración, Dios mio !
El lecho de su madre quemaría,
Si los viese con frio,
Por calentar los piés de Rosalía,
No hay crimen ni bajeza
Que no cometa un hombre, si celoso
Tiene un horno encendido por cabeza ;
Por eso el día aquel Julio envidioso,
Siendo más bien que un necio un insensato,
¡ Oh inocente candor de los sesenta !
Quiere escuchar un rato
Lo que Daniel á Rosalía cuenta ;
Y como ántes ya dije que tenía
El bello cenador por ambos lados
Asientos de granito degastados,
En uno de los cuales aquel día
Juntos están Daniel y Rosalía
Con dejadez asiática sentados,
Julio, que amaba con senil terneza,
Y era más bien demente que culpable,
Poco ántes, sacudiendo la cabeza
Como un loco incurable,
Queriendo ver y oír el miserable
Lo que habia en su amor de misterioso,
Exaltada su ardiente fantasía

Se escurrió cauteloso
Cual si fuese un reptil, bajo el asiento
En que estaban Daniel y Rosalía...
Julio en aquel momento,
Siendo un hombre hasta bello, era espantoso.

V

Mientras están del cenador á un lado
Daniel y Rosalía
Sentados en el banco, que tenía
Por la lluvia el cimientó socavado,
Bajó el asiento echado,
Y oculto en situación tan vergonzosa,
Se acuerda Julio de Rosaura y Rosa
Cual de un eco lejano del pasado ;
Y agolpársele siente,
Ya arrepentido de su mal consejo,
El rubor á la frente,
Pues tarde ve que, desdichadamente,
Sin llegar á ser sabio, se hizo viejo.
Y ¡ pobre Julio ! su ansiedad es mucha,
Pues cree que encima del asiento imitan
Del tormentoso amor la ardiente lucha
Las ramas que se agitan...
Y es que para un celoso, cuando escucha,
Los silencios parece que palpitan.
Mas ¿ qué hacen esas almas encantadas
De corazón tan joven como ardiente ?
Nonadas nada más, simples nonadas ;
Lo que se suele hacer naturalmente
Cuando brota el amor de dos miradas ;
Lanzar ayes de amor que hacen un ruido
Como de santa intimidad de nido ;
Esas cosas, henchidas de placeres,

Que cuando se aman hombres y mujeres,
Se dicen muy cerquita y al oído,
Lo que se dice en víspera de bodas,
Por lo cual Rosalía, hablando quedo,
Murmura como todas
Las que van á casarse : — ¡ Tengo miedo ! —

VI

¡ Pájaro fascinado, que aturdido
En la boca cayó de la serpiente,
Ve Julio, arrepentido,
Que nada oye ni ve, pues solamente
Como si fuese el aura,
La hija encantadora de Rosaura,
Haciéndole cosquillas en la frente,
Le roza sin querer con el vestido !
Y á aquel roce magnético, sintiendo
Los celos de la carne acres y extraños,
Sin poder oír nada, estuvo oyendo
Diez segundos más largos que diez años ;
Y unos ojos abría
Cual los que abre un ahogado en su agonía
En el fondo del agua ;
Más ni el pié vió siquiera á Rosalía,
Porque un doblez de encaje de la enagua,
Como á un astro una nube, lo cubría ;
Y su amor maldiciendo,
Echa al cielo, gimiendo,
Con un resto de juicio,
La mirada de un hombre que está viendo
Que en el fondo se echó de un precipicio,
En tanto que despiden á porfía
Los ojos de Daniel y Rosalía
Relámpagos de luz y de deseos

Al rumor de los tiernos cuchicheos
De pájaros nacidos aquel día.

VII

¡Ay! una vez que de gentil manera
Dió un salto sobre el banco Rosalía
Como una cervatilla en la pradera,
Julio vió que el asiento se bajaba
Y al grave peso de los dos cedía...
Y al verlo, su cabello se erizaba,
Y ahogándose, el aliento retenía,
Y el curso de su sangre se paraba.
Mas como es su desgracia una vergüenza,
A resistir el peso maldecido
Con el valor de un Hércules comienza,
Y ya en su hueco de reptil metido
Para oír á Daniel y á Rosalía,
Ni pudo articular ningun sonido,
Ni moverse del sitio en que yacía;
Y al fin, cuando repara
Que si el banco á la base mal sujeto
Baja, algo más le aplasta por completo,
Toma de Julio la siniestra cara
Un color de cabeza de esqueleto.

VIII

Julio echando hácia arriba
La mirada de un lobo encadenado,
Con temor infinito
Ve que el cimientó en que el asiento estriba
Por el tiempo y la lluvia descarnado,
Deja correr hasta el nivel del suelo
El banco de granito,
Como si fuese un témpano de hielo;

Y aunque ahora, como ántes,
Creen oír los amantes
En lo profundo de la sombra un ruido
Parecido al rumor de unas congojas,
Creyendo que habrá sido
El dulce remolino de unas hojas,
Siguen quietos Daniel y Rosalía,
Mientras Julio sentía
Un momento de angustia inexplicable...
¡Miserable! ¡Oh! ¡mil veces miserable!
¡Qué escena tan cruel parecería
Si nos pintasen con su ardiente estilo
Situación de dolor tan lamentable
El fiero Dante ó el poderoso Esquilo!

IX

Quejoso Julio de su suerte inicua,
Tiende al cielo una mirada oblicua,
Y al traves de la trémula enramada
Ve la luna plateada
Que alzándose, cual nunca placentera,
Con su luz entre blanca y azulada
Cree que le viene á hablar de esta manera :
— Oye, Julio, á tu vieja conocida.
¡Qué suerte adversa á sostener te traje,
Vil Sisifo, esa losa desprendida?
¡Qué amor arriba y qué dolor abajo!
Nace uno y otro muere : ésta es la vida.
¡Asesino de Rosa,
Por quien Rosaura se murió de pena!
Ya ves que es esta vida una cadena
En que nace una cosa de otra cosa :
Y por eso sin duda al cielo plugo
Que sea en esta noche tan serena

Dios tu Juez, Rosalía tu verdugo!
¡Qué burla tan amarga de la suerte!
Nada se pierde, Julio, ni se olvida.
Hoy la nieta de Rosa, al darte muerte,
Une el fin y el principio de tu vida.
¡Adios! Se hunde la losa, gime y reza;
Aprovecha piadoso
El último momento luminoso
Que nos presta al morir naturaleza.
¡Adios! ¡adios! ¡Tu amor era un delirio!
Pide al cielo piedad y muere en calma.
¡Tal vez Dios te perdone, pues que tu alma
Llegó á la expiación por el martirio! —
Y al soñar que la luna así le hablaba,
Metido en aquel lecho de Procusto
El semblante de Julio ya tomaba
La térrea y fría palidez de un busto,
Diciendo, porque á Rosa recordaba,
En vez de blasfemar: — ¡el cielo es justo! —
Y al trasponer la cima de un vallado,
La luna parecía
Que, recordando á Julio su pasado,
— ¡La expiación!... — cruel le repetía.

X

Y en tanto que seguía indiferente
La luna su camino,
Y que arriba y abajo eternamente
Marchaba cada cosa á su destino,
Ni sentados, ni en pié, medio apoyados
Para contarse el fin de algun secreto,
Derriban los amantes por completo
Del banco los cimientos socavados.
¡Y en el fatal momento

En que el peso insufrible del asiento
Los poros de sus miembros aplastados
Brotaban un sudor sanguinolento,
A tientas Rosalía y vacilante
Para hacer más graciosa una postura,
Sobre el rostro de Julio agonizante
Con el pié se asegura;
Pisa, se afirma, la sedienta boca
Del moribundo con el pié sofoca;
Suena un ruido, la losa desprendida
Aplasta á Julio en su mortal caída,
Y siendo á un tiempo muerto y enterrado,
Besó el pié que le ahogaba el desdichado,
Con el último aliento de su vida!

ESCENA V.

El alma en venta.

JULIO. — SATANAS.

Así con Satanás Julio habló un día:
— ¿Quieres comprarme el alma? — Vale poco.
— Tan sólo por un beso la daría.
— Antiguo pecador, ¿te has vuelto loco?
— ¿La compras? — No — ¿Por qué? — Porque ya es mía.

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

POEMA EN DOS CANTOS

A mi querida sobrina

**La Señora Doña Elvira Yrulegui
de García Caballero.**

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A..., porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas de mis composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, solo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente.

CANPOAMOR.

LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

CANTO PRIMERO.

Escribiré mañana.

I

Del mar junto á la orilla
Está Vega, lugar que, aunque pequeño
Para ser una villa,
Casi es un Lóndres para ser aldea ;
Y allí vive, en el punto más risueño,
Tejiendo y destejiendo Dorotea
La tela de Penélope de un sueño.
¡Pobre niña, que aun vive
Con la fe de esas almas tan honradas
Que creen que las promesas son sagradas.
Y un ángel en el cielo las escribe !

II

¡No lo extrañéis, espíritus amantes,
Si veis que el autor llora
Al recordar ahora
Memorias que no tienen semejantes !
¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia
Sofocan los recuerdos de la infancia !...
¡Yo, al restañar esta mortal herida,
Me olvido de treinta años de mi vida!
Y es tan cierto, lector, lo que te digo,
Que lloro, aguardo, m sereno, y sigo.

III

Nuestra bella heroína
Cumplía quince Abriles aquel año,
Y, lo que es increíble por lo extraño,
Se murió sin saber que era divina.

Es la sola mujer que he conocido,
Aunque ya soy tan viejo,
Que con aire modesto y distraído
Se peinase de espaldas al espejo;
Y eso que era envidiada
Por todas las muchachas casaderas,
Cuando, admirablemente despeinada,
Llevaba, entre ondas de oro sepultada,
Cubiertas con el pelo las caderas.

IV

Creía mucho en Dios, y hasta creía,
Como todas las almas candorosas,
Que Dios suele matar por muchas cosas
Por las cuales yo vivo todavía.

Severa, cuanto afable,
Honraba de sus padres la nobleza,
Teniendo una belleza incomparable,
Y un alma superior á su belleza;
Y pura, como el día
Que recibió las aguas del bautismo,
No entendía el misterio de los nombres
De esas cosas de que habla el catecismo,
Que una jóven llamó « pecados de hombres ».

V

Nuestra hermosa de Vega
A Justo amó; pero le amó tan ciega,

Que ajena de dobleces y de engaños,
En todos sus quince años
No pensó ni un momento
Que es una gran locura,
Que nunca tiene en las mujeres cura,
Eso de amar á un hombre de talento.

Sin poner la virtud en ejercicio,
Todos, todos, de Justo aseguraban
Que ya empezaba á aborrecer el vicio.
Prudente, aunque no siempre, en sus acciones,
Amaba la moral que profesaban,
Como buenos y cómodos varones,
Los Horacios, Los Riojas y Leones.
Iba por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido;
Y seguía las huellas
De esos nobles bribones
Que hablan mal y desprecian sus pasiones,
Y que mueren por fin víctimas de ellas.

VI

Pero Justo ¿ qué hacía,
Que prometió escribir á Dorotea,
Y la carta aguardada no venía?
¿ Qué hacía? — Ni lo sé, ni él lo sabía.
Teniendo siempre de escribir la idea,
Se iba el tiempo marchando y no volvía,
Y de este modo Justo y Dorotea
Mientras ella esperaba, él no escribía;
Pues aunque en ansia de escribir ardía,
En su alma, entre española y mahometana,
Pudo más la pereza que la gana,
Y así pasaba un día y otro día
Diciendo siempre: — escribiré mañana. —

VII

Y ¿qué hombre, ménos él, no hubiera escrito
A aquel sér adorable y no adorado,
Viendo en sus ojos el color sagrado
Del violeta azul de lo infinito !...

VIII

¡ Gracias á Dios ! Con alegría suma
Tomó un día la pluma...
Y despues de tomada...
Decidido á hacer algo, no hizo nada.
Y oid, tristes cual yo, de qué manera
Se fué pasando una semana entera :
Lúnes; me siento enfermo.
Mártes; ¡ es tan mal día !
Ya es *miércoles*. ¡ Qué sol ! La tarde es fria.
Juéves. ¿ Escribo ? Escribiré. Me duermo.
El escribir en *viérnes* me da susto ;
Será mucho mejor, á fe de Justo,
Que mañana, que es *sábado*, la escriba,
Y el *domingo*, que es fiesta, la reciba.
Y al fin de la semana,
Cuando el domingo llega,
Mientras él con la calma que tenía,
— Mañana escribiré, — se repetía,
En el puerto de Vega,
Ya presa de mortal melancolía,
Ella decia : — ¡ escribirá mañana ! —

IX

Ya un dia entusiasmado
Al papel y al tintero se abalanza,
Mostrando en su semblante alborozado

La alegre animacion de la esperanza ;
Y, — ¡ oh Dios, cuánto la adoro ! —
Decia enamorado...
Y ¿ escribió ? No señor. ¿ Por qué ? Lo ignoro ;
Mas no falta quien crea,
Que no escribió á la pobre Dorotea
La carta deseada,
Porque ! oh maldad del corazon humano !
El dia aquel se lo estorbó la mano
De una cierta coqueta retirada.

X

Otra vez que, exaltado y medio loco,
Quiso escribir (pero, ¿ escribió ? ; tampoco :)
Como un niño pequeño
Se echó enfadado y se durmió tranquilo
Que es el cansancio material un hilo
Que tira de nosotros hácia el sueño :
Y como á los veinte años que tenía,
El dormir bien no es una cosa rara,
Ya á más de la mitad del otro dia
Dijo, brillando en su apacible cara
La risa del candor que en Dios confia :
— Por voluntad del cielo soberana
Mañana podré estar ó muerto, ó vivo ;
Pero, lo que es mañana,
Lo juro por mi honor, ó muero, ó escribo. —

XI

¡ Siempre igual ! Esperando la venida
Del mañana maldito,
¡ Cuántas cartas Dios mio, en esta vida
Debiéndose escribir, no se han escrito !
¡ Son tantas !... pero ¡ tantas !...

Las cartas ¡ ay ! que sin nacer murieron !
Y al mismo tiempo ¡ cuántas
Sin deber ser escritas, se escribieron !

CANTO SEGUNDO

Mañana escribirá.

I

Mientras él en Madrid, que es donde vive,
Piensa sólo en la carta que no escribe,
Ella encerrada en Vega,
Sólo espera la carta que no llega.

II

Tan eterna tardanza,
Ya la inquieta de modo
Que siente intermitencias de esperanza :
Y cual la pobre gente
Que es muy poco feliz y es inocente,
Ya cree que el cielo se entromete en todo,
Y que, probablemente,
En castigo tal vez de algun deseo,
La mano del Señor secretamente
Le va á sacar las cartas del correo.
¿ Y hacia muchos votos ? ¡ Ya lo creo !
En materia de afectos y deberes,
¿ Qué cosa habrá, por frívola que sea,
Por la cual, imitando á Dorotea,
No hagan votos secretos las mujeres ?
Por eso, uniendo á la bondad que tiene
La natural superstición del que ama,
Si canta un gallo en el jardín, exclama :
— Esa es señal de que mañana viene. —
Para todas las luces y los ruidos,

Sus ojos multiplica y sus oídos.
Oye un rumor y dice : — es el cartero —
Y llega á ser este héroe callejero
La más dulce tal vez de sus manías,
Pues firme en el balcón como una roca,
Abre, al verle llegar todos los días,
Unos ojos más grandes que la boca.

III

Tanto era lo que amaba.
Que daba por muy justas y muy buenas
Sus muchísimas penas,
Si la carta llegaba ;
Y darle prometió, si se casaba,
A San Antonio un ramo de azucenas.
¡ Ay ! la pobre ignoraba
Que en materias de amor y matrimonio,
Por muy triste que sea,
Puede más que los santos el demonio. . .
Por eso no veía Dorotea
Lo mal que se portaba San Antonio.

IV

Era tal la inocencia
Que á su amorosa obcecación se unía.
Que, haciendo penitencia,
De rodillas y en cruz, pasaba el día ;
Y acabando su historia
En la esperanza y la virtud cerrada,
Más que en el mundo al fin pensó en la gloria ;
Siendo su fe tan pura y tan ardiente,
Que se puso á pan y agua solamente,
Como una pensionista castigada.
Feliz con sus manías,

Y dispuesta á hacer frente á los reveses
De tantos desengaños,
Como dió fin un mes de treinta dias,
Un año se pasó de doce meses,
Y pasaria un siglo de cien años;
Siendo ya tan completo
Su triste estado de ascetismo inerte,
Que, para ser de véras esqueleto,
Ya no faltaba allí más que la muerte.

V

Y como ella sabia
Que se suele morir cuando amanece,
(Suspirando una tarde, en que parece
Que da un adiós al sol, padre del dia),
En su cara preciosa
Más bien que iluminada, luminosa,
Mostrando la expresion de un grande espanto,
Sacó del pecho, humedecido en llanto,
Aquella llavecita sigilosa
Que todas las mujeres guardan tanto,
Llave de honor, bajo la cual habia
Dejado, á no dudarlo, bien cerradas
Las cien contestaciones que tenia
A la carta, no escrita, preparadas.

VI

¡ Cuántas madamas Sevignés habria
Si saliesen á luz los borradores
De las cartas de amores
Que en el seno del alma se conciben,
Y se escriben despues, ó no se escriben!
¡ Yo creo que los muchos desengaños
Que dan los hombres de malicia lleno

Matan todos los años
Un millon de Eloisas por lo ménos!

VII

Pues, como ántes decia,
Entre risueña y grave,
Así le habló á una amiga que tení .
— Si mañana me muero,
Me esconderás aquí, junto á esta llave,
Una carta que espero. —
Y ya cumplido este deber postrero,
El más caro tal vez de sus deberes,
Vuelve á guardar la llave
(Que sólo Dios lo que encerraba sabe)
En aquel pecho hermoso,
Ese rincon de cielo misterioso
Donde todo lo esconden las mujeres,
Y al ver que su esperanza era ilusoria,
Y la carta esperada no venia,
— ¡ Cuánto siento — añadia.
— Morir sin aprenderla de memoria! —
Y acabada esta frase,
Sintiendo ya acercarse a onía,
La carta que pensaba que llegase
La estrujó entre sus manos todo el dia.

VIII

Mientras su alma enervando
Se iba al calor de su divino fuego,
Fué su cuerpo acabando
Primero el hambre y la tristeza luégo;
Y de tal penitencia aniquilada,
Como ni ver ni articular podia,
Su voz en el silencio se perdía,

Al perderse en la sombra su mirada.
Presa ya de una angustia intermitente,
De una manera lúgubre tosía,
Y como lentamente
Se iba haciendo su tez más trasparente,
Su espíritu divino parecía
Que alumbraba su cuerpo interiormente.

IX

Hasta que al fin un día, un triste día,
La cabeza inclinando,
Que una gorra de encajes envolvía
Sujeta por debajo de la barba,
Se oyó un tartamudeo de agonía:
Con los dedos las sábanas escarba:
Distribuye unos éxtasis mirando;
Se cubre de una sombra su semblante;
Y en su lucha tenaz de agonizante
Vuelve á caer y á alzarse, y titubea;
La muerte se va y viene y serpentea;
Y hundiéndose de pronto su martirio
En la inmersión de un celestial delirio,
En el último instante de su vida
Ve en un fondo de luz desconocida
Lo que al morir, como al vivir, desea,
Y es una carta, en su ilusión fingida,
En cuyo sobre dice: «A Dorotea.»

X

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo
El triste fin de la que fué su encanto,
Sentía como Dante aquel deseo
De suspirar y de morir de llanto.
— ¿Ha muerto? — el pobre Justo preguntaba

En el tono más alto del lirismo;
— ¡Qué desgracia! — exclamaba,
— ¡Yo que la iba á escribir mañana mismo! —

XI

Nunca escribió la carta deseada,
Pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho.
Ni ha sido más predicho,
Ni Cristo fué tal vez más deseado.
Por eso estaba loco, ó casi loco;
Mas ¿qué culpa tenía el inocente
Si siempre, como á mí, le faltó un poco
Para ser diligente?

El caso es que lloraba sin consuelo,
Porque era bueno, bueno, y, lo repito,
Aunque nunca escribió, ni hubiera escrito,
¡Oh fiel imágen de las cartas mías!
Tan cierto es como Dios está en el cielo,
Que, amándola infinito,
El pensaba escribir todos los días.

XII

Y era su pena tanta,
Que ahogaban los sollozos su garganta.
Mira al cielo con aire reverente;
Después se echa á llorar amargamente;
E implorando el auxilio de este modo
Del Sér que en todas partes lo ve todo,
Pidiéndole perdón por sus agravios,
En oración mental mueve los labios;
Y hasta en medio de un bíblico arrebatado,
Casi escribir promete el insensato
Aquella carta que quedó en idea,
Cuando mira entre luz á Dorotea,
Que desde el cielo le decía: — ¡ingrato! —

FÁBULAS

Insuficiencia de las leyes.

EL REINO DE LOS BEODOS.

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
Que se puede decir que lo eran todos.
En el cual por ley justa se previno :

Ninguno cate el vino.

Con júbilo el más loco

Aplaudióse la ley, por costar poco :
Acatarla despues, ya es otro paso ;

Peró en fin, es el caso
Que la dieron un sesgo muy distinto,
Creyendo que vedaba sólo el tinto.

Y del modo más franco

Se achisparon despues con vino blanco.
Extrañando que el pueblo no la entienda,

El Senado á la ley pone una enmienda,

Y á aquello de : *Ninguno cate el vino.*

Añadió, blanco, al parecer con tino.

Respetando la enmienda el populacho,

Volvió con vino tinto á estar borracho.

Creyendo por instinto ; mas qué instinto !

Que el privado en tal caso no era el tinto.

Corrido ya el Senado,

En la segunda enmienda, de contado,

Ninguno cate el vino,
Sea blanco, sea tinto, les previno :
Y el pueblo, por salir de nuevo atranco,
Con vino tinto entónces mezcló el blanco ;
Hallando otra evasión de esta manera,
Pues ni blanco ni tinto entónces era.

Tercera vez burlado,

— « No es eso, no, señor », dijo el Senado ;
« O el pueblo es muy zoquete, ó muy ladino :
Se prohíbe mezclar vino con vino. » —

Mas ; cuánto un pueblo rebelado fragua !

¿ Creeréis que luego lo mezcló con agua ?

Dejando entónces el Senado el puesto,

De este modo al cesar dió un manifiesto :

La ley es red, en la que siempre se halla

Descompuesta una malla,

Por donde el ruin que en su razon no fia,

Se evade suspicaz... ¿ Qué bien decia !

Y en lo demas colijo

Que debiera decir, si no lo dijo :

Jamas la ley enfrena

Al que á su infamia su malicia iguala :

Si se ha de obedecer, la mala es buena ;

Mas si se ha de eludir, la buena es mala.

Instituciones inútiles.

EL ARQUITECTO Y EL ANDAMIO.

Quitó el andamio Simon
Despues que una casa hubo hecho,
Y el andamio con despecho
Exclamó : « ¡ Qué ingrata accion ! »

A tan necia exclamacion
Dijo Simon muy formal :
« Quitarte antes, animal,
Fuera imprudencia no escasa ;
Mas despues de hecha la casa,
¿ Hay cosa más natural ?

Oficios mutuos.

EL GATO Y EL MILANO.

Desplumaba á una tórtola un milano,
Y un gato que gruñendo lo veia,
El hocico lamiéndose, aunque en vano,
— « Ah verdugo ! » — furioso le decia.
— Y tú ¿ qué eres ? — el ave le contesta.
Calló el gato, ocultando su deseo ;
Y echándole las garras por respuesta,
— « ¿ Qué he de ser, contestó, siendo tú el reo ?
Dotado siempre está de ánsia inhumana
Cuanto arrojar al mundo á Dios le plugo :
Verdugos de hoy reos serán mañana,
Pues el reo de ayer es hoy verdugo.

El falso heroismo.

EL VETERANO Y EL PASTOR.

Volviendo hácia su tierra
Un pobre veterano de la guerra,
Donde en trances sacó nada felices

Un pié de palo y varias cicatrices,
A un pastor que encontró por carambola,
Le dijo en tono adusto :
— « ¿ Cómo entre tanto arbusto
Se ve con hojas esta encina sola ? »
El pastor contestó : — « Salió de madre
Aquel cercano rio,
Y estos arbustos deshojando impío,
Perdonó sólo á esa gigante encina,
Que llaman desde entónces la heroína. » —
— « Pues mire usted, compadre »,
Replicó el veterano,
« Es más digna de encomio la desgracia
De tanto arbusto enano,
Que la gloria de ese árbol eminente ;
Porque no tiene gracia
Que no la hollase el bramador torrente,
Cuando tan alta levantó la frente.
Soy Juan Fernandez, para quien sin duda
La trompa de la fama ha sido muda ;
Pues sepa usted que al redactar mi jefe
(Que por Dios que era un grande mequetrefe)
Las siguientes palabras :
Voy á asaltar el muro ;
En verdad le aseguro,
Como es usted lacayo de esas cabras,
Que sólo en lance tal sufrió la mecha
El pobre Juan Fernandez en la brecha. ®
¿ Y qué sacó ? esta pierna de rebaja.
¿ Y el jefe ? nada ménos que la faja.
Y así porque esta encina
Desde hoy no vuelva con su orgullo necio,
De tanto pobre arbusto con desprecio,
A honrarse con el nombre de heroína,

O voto á Dios le rompo la cabeza,
O me entalla usted esto en su corteza :
Porque nació más alta, es más felice;
Y porque es más felice es la HEROÏNA.
¡ Cuántos héroes habrá como esta encina !
Juan Fernandez lo dice.

La igualdad.

LA COL Y LA ROSA.

Una col en un cercado
Probaba á una rosa bella
Que era tan buena como ella,
Y aun de una tierra mejor.
— Mas aunque de cuna iguales,
Dijo un pepino, ¡ mastuerza !
¿ Dejarás tú de ser berza,
Mientras que ella es una flor ?

Pelear por un mismo fin.

GUERRAS CIVILES.

Era un reino infeliz en donde altivo
Un partido de *olivo* un dios queria,
Y otro partido que en el reino habia
Pidió el dios de *aceituno* en vez de *olivo*.
Clamando guerra en su furor activo
Al golpe asolador del hacha impía
Fué tumba universal la monarquía;
De un yermo la nacion fué ejemplo vivo.

Hecho el dios de *aceituno* á sus antojos,
Un partido en sus glorias importuno
Lo encumbró sobre miseros despojos :
Hasta que, el dios mirando de *aceituno*,
Vieron por fin con desolados ojos
Que *aceituno* y *olivo* era todo uno.

Leyes fundamentales.

Con ánimos sencillos
Varios chiquillos cierto dia un dado
Para jugar hicieron;
Y las leyes del juego los chiquillos
Por seguir á la letra,
Del lado aquel en cada faz pusieron
El uno, el dos, el tres, el cuatro... etcetra.
De niños entre el bando
Alguno de ellos calculó prudente
Que por los bordes subrepticamente
La cara de su número limando,
Siempre á la mesa en amoldarse esquivaba
Quedaría, rodando,
La cara de su número hácia arriba.
De esta manera á todos, el fullero,
Como era natural, ganó el dinero,
Hasta que al fin, de sus falaces modos
Apercibidos todos,
Dando de su pericia muestras claras,
Limando y más limando
Fueron tambien dejando
Convexas de sus números las caras.
De este modo el ex-dado
Por ángulos y bordes cepillado,

Al impulso menor del aura sola
Rodaba, ya se ve, como una bola.
Desde entónces el número de azares
Se sucede á millares,
Y la igualdad geométrica admirando
De equilibrio tan justo,
Unas veces perdiendo, otras ganando.
Se divierten los niños que es un gusto.
Con lengua atrabiliaria
A cada azar del inconstante dado
Agotan su afición parlamentaria,
Y sucede un discurso á otra discurso
Sobre si el aire le sopló de un lado,
Sobre si un pelo interrumpió su curso.
Y acaban las cuestiones,
Su furor conteniendo en breves plazos,
Los que son vencedores, á razones;
Los que vencidos son, á sombrerozcos :
Y en caos importuno
Alzándose hoy los que caerán mañana,
Todos se pierden, y ninguno gana,
Ganando todos, sin perder ninguno.
Y entre tanto, sediento de emociones,
Y ajeno, el pueblo espectador, del fraude,
Aplauda tan continuas variaciones,
Pues siempre el pueblo la comedia aplaude
Si van y vienen sin cesar telones.

Desde el feliz momento
Que la moral he oído de este cuento,
*Ignoro cómo hay gente
Que idolatrar como á sus ojos pueda
La ley fundamental, que blandamente
Adonde quiera que la impelen rueda.*

Dios es causa de las causas. + 90

LA URRACA, LA RAMA, EL ÁRBOL LA TIERRA
Y EL SOL.

Al lado de una iglesia un olmo habia,
Desde donde una urraca escuchó un día
Que un fraile predicaba de este modo ;
Dios todo lo hace, y lo dispone todo.
Torciendo entónces el agudo gesto,
Dijo la atea urraca : — « Por supuesto,
Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
Porque yo sin sus órdenes arguyo
Que ya corro, ya vuelo,
Segun me viene á pelo,
Y, aunque su ley traspase soberana,
Hoy canto aquí porque me da la gana. »
— « Porque yo te sustento
(Dijo la rama con sutil acento)
Gracias al tronco adusto
Que me encumbra robusto. »
— « Yo (con acento ronco
Gritó á la rama el tronco)
Te encumbro á tí, porque la tierra amante
Con brazo creador me alzó triunfante. »
— « Y yo te levanté (dijo la tierra,
Sus entrañas abriendo en són que aterra),
Porque ese sol que de su luz me inunda
Con sus rayos mis gérmenes fecunda. »
— « Y yo (contestó el sol de orgullo lleno,
Con voz de quien es eco el bronco trueno)
La tierra fecundizo,
Porque el potente Sér que todo lo hizo
Desde mi trono alzado

Hasta el último fin de lo increado,
Cual dón que con su alteza manifiesta
¡ La clara sombra de su luz me presta !
Desde entónces la urraca,
Con una fe que su temor aplaca,
Cuando oye prorumpir en el otero :
« Yo canto estas rondañas porque quiero ;
— « cantais porque Dios quiere ¡ bachilleras ! »
(Grita á sus compañeras :)
« ¡ Cómo ultrajais al cielo de ese modo ?
Dios todo lo hace, y lo dispone todo. »

La carambola.

EL CHICO, EL MULO Y EL GATO.

Pasando por un pueblo un maragato,
Llevaba sobre un mulo atado un gato,
Al que un chico, mostrando disimulo,
Le asió la cola por detras del mulo.
Herido el gato, al parecer sensible,
Pególe al macho un arañazo horrible;
Y herido entónces el sensible macho,
Pegó una coz y derribó al muchacho.

*Es el nundo á mi ver, una cadena,
Do rodando la bola,
El mal que hacemos en cabeza ajena,
Refluye en nuestro mal, por CARAMBOLA.*

La justicia en un cuento.

EL VIEJO Y EL MENDIGO.

Rodeado el tio Blas de gente,
Dijo : — « Vaya un cuento ahora » ; —
Y ya iban tres cuartos de hora,
Cuando él iba en lo siguiente :
— « Aunque pobre, el juez prudente
Le hizo justicia al momento. » —
Y un pobre, que oía atento,
Dijo al tio Blas con malicia :
— « ¡ Pobre, y se le hizo justicia ?
Dice usted bien : eso es cuento. »

El método.

EL MANCEBO Y LOS PÁJAROS.

Vió Gil de un árbol caer
Cinco pájaros, y todos,
Corriendo por varios modos,
Los quiso á un tiempo coger.
— « Deja, buen Gil, de correr,
Pues no cogerás ninguno.
¡ A qué tras cinco ¡ importuno !
A un tiempo vas con ahinco,
Si para coger los cinco
Tienes que empezar por uno ? »

La piedad bien entendida.

EL MUCHACHO, EL PODADOR Y EL MANZANO.

A un manzano podaba un hortelano,
 Y un muchacho, con intimas querellas,
 « ¡ Por qué », decía á gritos, « inhumano,
 Del tronco á quitar vas ramas tan bellas? »
 — « Córtalas, podador », dijo el manzano,
 « Que se me quiere encaramar por ellas. » —

*El tal rapaz, que procuraba arguyo
 El bien ajeno en beneficio suyo.*

Baladronadas.

LA VID, EL OLMO Y LA HIEDRA.

En continua querella,
 Una vid y una hiedra, á un olmo asidas,
 Se despreciaban, de ódio estremecidas,
 Poniéndose á su vez de más es ella.
 — « ¿ Ves aquel ave, que en tendido vuelo »
 Dijo la vid por fin, « ya besa el cielo? »
 Pues si quiero subir, sin más arrimo,
 Le llevo á que meriende este racimo.
 — « Pues si me subo yo », dijo la hiedra,
 Que sólo asida de los olmos medra,
 « Formo un dosel al cielo,
 Que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.
 Vamos á ver si no », siguió importuna.
 — « Vamos, dijo la vid: ¡ A una! » — « ¡ A una! »
 En tono el más sencillo:
 « No, por Dios; no por Dios, gritó un tomillo,
 Que pueden sus bravuras

Dejar el mundo á oscuras. » —
 Llegando ya de su impaciencia al colmo,
 Dijo al tomillo el olmo:
 — Puedes perder el miedo, en mi conciencia,
 Si nadie miedo á los cobardes tuvo,
 Pues sé por experiencia
 Que jamas subirán si yo no subo. »

De pequeñas causas, grandes efectos.

EL PASTOR Y EL INSECTO.

Cantando Gil, vió de un insecto el nido,
 Y le holló con pié rudo:
 Y aunque oyó de mil tristes el gemido,
 Siguió cantando de piedad desnudo.
 Viendo el insecto hollados á sus hijos,
 Subióse á la montaña,
 Y en el chopo más alto ayes prolijos
 Lanzó exhalando su impotente saña.
 Era el tiempo en que vientos y nublados
 Desatando los cielos,
 Igualan con los montes los collados
 Copiosas nieves y abundantes hielos.
 Por vengarse de Gil, cargó sañudo
 Con un copo de nieve,
 Carga mayor con que el insecto pudo.
 ¡ De tan grande furor venganza leve!
 Suelta el copo, al encono que le inflama,
 Desde el altivo chopo;
 Y engruesado al bajar de rama en rama,
 Fuése aumentando el invisible copo.

Va el gérmen infeliz de inmensa ruina
 De hoja en hoja bajando,
 Y un copo y otro copo arremolina,
 Y cien y mil, y aumentase rodando.
 Cruje la mole, escasa todavía :
 Mas en creciente extraña,
 Ya un monte desatado parecia
 El declive al bajar de la montaña.
 El alto roble y la empinada encina,
 A su impulso arrollados,
 Amenazaban convertir en ruina
 Del pobre Gil apriscos y ganados.
 Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
 Que lo arrasaba todo,
 Parodiando de Gil el fiero canto,
 Tarareó esta cancion allá á su modo :

*¡No hay venganza que un ruin, si está ofendido
 Tomar no pueda en pago,
 Cuando un copo de nieve desprendido
 La causa llega á ser de tanto estrago !*

Excusas necias.

EL CUERVO Y EL REPTIL.

Hácia el nido de un cuervo
 Sube un reptil protervo,
 Que de otro manjar falto,
 De huevos se apercibe ;
 Mas al dar el asalto,
 Creyendo al cuervo ausente, oyó:—¿Quién vive?

— « Perdone usted ; no es nada
 (Dijo con voz turbada) ;
 El hallarme soñando
 Mi indiscrecion abone ;
 Pues llegué aquí rodando,
 Mas deperté, y me vuelvo : usted perdone. »

— « ¡ Hola, traidor vecino !
 (Dijo el cuervo ladino)
 ¿ Cuando el sueño te priva,
 Sin costarte trabajo
 Te ruedas hácia arriba ?
 Pues haber cómo ruedas hácia abajo. »

Y remontando el vuelo,
 Lo suelta desde el cielo,
 Por más que ya difunto
 El reptil lo rehusa ;
 Y ¡ plaf ! reventó al punto.
 ¡ Digno castigo de su necia excusa !

Nunca una moral nos cuadra.

LA MADRE, EL HIJO Y LA CONCURRENCIA.

Fastidiaba á una noble concurrencia
 Una madre amorosa, que asentaba
 Que de Adolfo á admirar iban la ciencia
 Si alguna fabulilla recitaba

— « Vén acá, dijo, niño. »
 Y Adolfo al escuchar su voz severa,
 Con mucha más pereza que cariño,
 La fábula empezó de esta manera :

— « LA OVEJA Y EL CORDERO. Cierta día

La oveja, con el tono que ella sabe,
Daba á su hijo lecciones de ser grave,
Las que él pronto olvidaba, ó no aprendía.
¿ Leccion, diréis, y en una edad tan corta?
Es necio, sí. Mas voy á lo que importa.
La oveja en vano en enseñar se ahinca,
Porque el hijo no aprende una palabra;
Mas corre, y viene, y va cual suelta cabra,
Y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.
La madre del cordero era tan porra... »
Truncó Adolfo la historia de repente,
Cual cayendo en estúpida modorra;
Y es que viendo de dulces una fuente,
De su memoria en mengua,
Dura como el turrón quedó su mente,
Y en agua vuelta la movable lengua.
— « Sigue, niño », la madre le decia.
— *Era tan porra...* el niño repetía;
La madre con sus guiños le hostigaba;
Y — *tan porra...* el muchacho replicaba;
Y con que si era *porra*, ó si no lo era,
Llegó á cansar la sociedad entera.
La madre al fin le dijo, ya corrida:
— « Aparta, que estás siendo, majadero,
Más torpe que el cordero de la historia. »
Y; oh, qué frágil memoria!
¿ No acordarse que ella era distraida
Más *porra* que la madre del cordero!
*No hay accion mala ó buena
Que aplicacion no tenga si es ajena,
Mas siendo propio el caso,
Jamás la aplicacion nos sale al paso.*

De Gustos no hay nada escrito.

EL CONEJO, EL GALLO Y EL CERDO.

Cada QUISQUE celebra, y es muy justo,
Lo que es más de su gusto.

Por un gallo lo digo,
Que de una huerta picoteando el trigo,
Así á un conejo hablaba
Que, haciendo muecas, una col rumiaba:
— « ¿ No admiras este trigo, buen conejo,
gordo y gentil, cual castellano viejo?
¿ Quién ha visto manjar de más decoro?
Como soy, que parecen granos de oro. »
— « Aprension, friolera, boberia »,
El rumiador conejo respondia:
« Siempre á mi noble raza más le plugo
De tierna berza el agridulce jugo. » —
Viendo así despreciado
Su condimento amado
El gallo, incontinente,
Para buscar un juez más competente,
Se encaramó á las tapias de la huerta,
Como vigia que se pone alerta;
Y preguntó á un cochino
Que acertaba á pasar por el camino:
— « Dime, si te ofreciesen cuando almuerzas
Buen trigo y buenas berzas,
¿ Qué cosa te comieras, caro amigo? » —
El cerdo contestó: — *Berzas y trigo.*

La muerte todo lo iguala.

LA VUELTA DEL CAMPESINO.

Halló al volver con otros á su tierra
Un nuevo cementerio un campesino,
Y al cruzar por enmedio del camino
Vió escrita en él esta inscripcion que aterra.
« UN PONCE DE LEON aquí se encierra :
Dobla al pasar la frente ; oh peregrino !
Y acata humilde al que postró al destino,
Recto juez en la paz, y héroe en la guerra. »—
Fija la vista en los eternos bronce,
Gestos de admiraciou haciendo extraños,
Dijo extasiado el campesino entónces :
— « ¡ Por Dios que son terribles desengaños !
¡ Quién les dijera á los ilustres PONCES,
Que aquí enterré yo un *burro* hace dos años. »

No siempre el bien es fortuna

EL PÁJARO ENCARCELADO.

En una jaula un ave
Nació y vivió contento,
Sin cruzar nunca el viento
Con revolar síave.
¡ Qué vanamente grave,
Porqué más no desea,
De una á otra barandilla
Con voluntad sencilla
Cantando se pasea !
Créalo quien lo crea ;
Mas lo cierto es que el preso

Nunca con loco exceso .
En ocasion ninguna
Maldijo la fortuna,
Ni tuvo á vituperio
Su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
Que un dia que la puerta
Vió de la jaula abierta,
Llegó paso tras paso
A la vecina huerta.
¡ Como entónces contento,
Con emocion extraña,
Goza en la azul campaña
Del extendido viento
La libertad querida,
Nunca por él sentida !
De rama en rama vuela
Con la calma inefable
De la virtud amable
Que el crimen no recela ;
Y al más cercano arbusto
Lanzándose con gusto,
Quedó á la liga en suma
Presá otra vez su pluma.
¡ Triste imágen del hado
Fué el pájaro inocente,
Pues se trocó su estado
Tan repentinamente !
Tornó á ver á despecho
La ántes prision amada :
Mas nunca la alborada
Volvió á encomiar su pecho
Con su comun tonada.
« ¡ Por qué con tal quebranto,

Su dueña le decia,
Mi gozo y tu alegría
No ensalzas con tu canto,
Qual suceder solia? » —
Sin dar respuesta alguna,
Las penas una á una,
Con el dolor más grave
De su dueña querida,
Acabaron del ave
La macilenta vida;
Que aunque en la cárcel fiera
Pasó la vida entera
Sin que echase de ménos
Los céfiros serenos,
Despues que hubo probado
Su esfera siempre amena,
Cuando volvió su estado,
Murió el triste de pena.

*¡Huid, mentido bando
De alegres ilusiones,
Que nos henchís, pasando,
De locas ambiciones!
¡Dejadme que tranquilo
Muera en mi pobre asilo,
Pues que sólo un momento
Vive el mayor contento!
¿Por qué quereis que ansioso
Deje mi humilde estado,
Si es más desventurado
Quien fué una vez dichoso?*

Yendo á más, venir á ménos.

LA ABEJA, EL BURRO Y LA RAMA.

La abeja de una rama de romero
Formaba su panal de mieles rico;
Mas la rama encontrando en un lindero,
Se la comió un borrico.

¡Pobre rama olorosa,
Que el blason iba á ser de los panales,
Y ya entre las mandíbulas asnales
Podrá ser, ménos miel, cualquiera cosa!

*¡Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
Lo instable del destino,
Cuando al ir á ser miel la noble rama,
El pienso quedó á ser de un vil pollino!*

Caprichos del hado.

EL ESCULTOR Y LOS DOS TRONCOS.

Cierto escultor un dia,
Viendo dos troncos, entre sí decia:
— « De este zoquete vil, lleno de lodo,
Un San Roque he de hacer con perro y todo;
Y éste, aunque para santo mejor era,
Del templo servirá, para madera. » —

*Así el hado cruel que engaña á tantos,
Convierte con tristísimos ejemplos,
En madera de templos á los santos,
Y en santos la madera de los templos.*

Placeres falsos.

EL MUCHACHO Y LA MANZANA.

Tiró Andrés una piedra á una manzana,
 Y por dar á la fruta dió al ambiente;
 Tiróle la segunda: ¡ empresa vana!
 La tercera tiró: ¡ malditamente!
 Tiró otra en fin: cayó; mas de tal gana,
 Que con golpe mortal hirió su frente.

*Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
 La cabeza nos rompen cual los males.*

Deseos locos.

EL PASTOR Y EL NAVÍO.

Del mar en la ribera
 Quejábase un pastor de esta manera:
 — « ¡ Oh, qué sordas que tiene á mis congojas
 El cielo las orejas,
 Pues no me saca de zagal de ovejas,
 Pati-tuertas las más, y algunas cojas!
 ¡ Quién me diera, halagando mi albedrío,
 Dirigir, por ejemplo, aquel navío,
 Y á la playa arribar del indio ó moro,
 Para volver con él cargado de oro!
 ¡ Por amigos tuviera y por amigas
 Entónces á señoras y señores,
 Pese á cuantas ovejas y pastores
 Rumiaron hierbas ó mascaron migas!
 Mas ¡ ay! la suerte fiera
 Me arrastra, sea invierno, sea verano,
 Desde el monte al redil, y de éste al llano;

Y aunque oírlas no quiera,
 Me hace escuchar las simples avecillas,
 Que por más maravillas
 Que dicen que hacen los que de ellas cuentan.
 Cada vez que las oigo, me revientan. »

Así el pastor decía,
 Cuando el bajel ya apénas se veía;
 Y su intenso dolor llegaba á tanto,
 Que sus mejillas inundó de llanto.
 Era al morir el sol, segun asienta
 Quien dijo que del ábrigo la saña
 Removió aquella noche una tormenta
 Que ni la oyó el pastor en su cabaña.
 Al otro dia su manada entera
 Condujo, como siempre, á la ribera,
 Y del mar acercándose á la orilla,
 Vió aquí y allí fragmentos de una quilla.
 Buscando del naufragio indicios ciertos,
 Halló al fin gavias, y despues mesanas,
 Trinquetes desvelados, hombres muertos;
 ¡ Leves cimientos de esperanzas vanas!
 Entónces se acordó de su navío,
 Y viendo fin tan triste,
 « ¡ Qué bien hiciste, oh Dios, qué bien hiciste
 En cohartarme, dijo, el albedrío! »
 Y sin ver que á los muertos hacia agravios,
 Una sonrisa se asomó á sus labios;
 Y escuchando las simples avecillas,
 Que hacian, segun dijo, maravillas,
 Tradujo de sus plácidos gorjeos:

*Modera tus deseos.
 Aunque pierdas, llorando, tus encantos,
 No halagues esperanzas indecisas;*

*Cada muerta esperanza brota llantos ;
Cada llanto vertido engendra risas.*

La inocentada,

LA MADRE Y EL HIJO.

— « ¡ Ubbb!! » — en inocente fiesta
Una madre con cariño
Gritaba á un hermoso niño
Con una máscara puesta.
Mas de sus gustos avara,
Al ver que lloraba el hijo,
Arrojándola, le dijo:
— « Tonto, si tengo otra cara. » —
Y del candor á merced,
A cuantos despues hallaba,
El niño les preguntaba:
— « ¿ Cuántas caras tiene usted ? » —
Y es fama que ya crecido,
Llegó el niño á asegurar
Que todos suelen mudar
La cara con el vestido.

Liviandad de nuestras glorias.

EL JÓVEN Y EL RELOJ DE ARENA

Viendo un reloj de arena,
Paseábase Roman con faz serena.
— « Pasa luégo, decia,

Hora cual nunca impía ;
Que pronto Ines con amoroso fuego
Me esparará en la reja ; pasa luégo. » —
Y dando vueltas, su mirar sombrío
En el reloj fijaba, asaz tardío,
Hasta que al fin echó de ver que insano
Atascado se hallaba un leve grano ;
Y saliendo á la calle diligente,
Llamó á la reja, pero inútilmente :
Volvió á llamar de nuevo ;
Mas ya no estaba Ines : ¡ pobre mancebo !

¡ Quién por buscar se apena
De este mundo las dichas ilusorias,
Cuando un grano de arena
Rémora puede ser de nuestras glorias !

CANTARES

Nunca, aunque estés quejumbrosa,
Tus quejas puedo escuchar,
Pues como eres tan hermosa,
No te oigo, te miro hablar.

Tus perfecciones al ver,
Suelen los hombres decir :
« Sólo por verla, nacer ;
Después de verla, morir. »

Tras tí cruzar un bulto
Vi por la alfombra ;
Ciego el puñal sepulto...
Y era tu sombra.

¡ Cuánto, insensato,
Te amo, que hasta de celos
Tu sombra mato !

Que es matarme, confieso,
El olvidarme ;
Aborreceme, que eso
Ya es recordarme,

Por Dios te pido
Que me entregues al odio,
Mas no al olvido.

Que es corto sastre preveo
Para el hombre la mujer,

Pues siempre corta el placer
Estrecho para el deseo.

Ni te tengo que pagar,
Ni me quedas á deber ;
Si yo te enseñé á querer,
Tú me enseñaste á olvidar.

A un mármol Pigmalion
Le dió de mujer el sér,
Y en mí cambió una mujer
En mármol mi corazón.

Si te ha absuelto el confesor
De aquello del Cabañal,
O tú te confiesas mal,
O él te confiesa peor.

Por mucho que el tren corria,
Corre tanto un « yo te adoro »,
Que era tuyo en Valdemoro,
Y en Aranjuez ya eras mía.

Mira que ya el mundo advierte
Que al mirarnos de pasada,
Tú te pones colorada,
Yo pálido cual la muerte.

Como en la iglesia te vi
Después de lo de la fiesta,
Me santigué, y prorumpí :
« ¿ Quién dirá que aquella es ésta ? »

Con tanto placer cruzamos
El túnel de Elda los dos,

Que al salir de él exclamamos :
« ¿ No habrá otro túnel, gran Dios ? »

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia :
Pecar, hacer penitencia,
Y luégo vuelta á empezar.

Si es fácil una hermosa,
Voy, y la dejo ;
Si es difícil la cosa,
Tambien me alejo.
Niñas, cuidad
De amar siempre con fácil
Dificultad.

Por más contento que esté,
Una pena en mí se esconde,
Que la siento no sé dónde,
Y nace de no sé qué.

La vida es dulce ó amarga ;
Lo corta ó larga ¿ qué importa ?
El que goza la halla corta,
Y el que sufre la halla larga.

Mal hizo el que hizo el encargo
De hacer las cosas á gusto ;
Todo es corto ó todo es largo,
Y nada nos viene justo.

Para divertir su afán,
Cantaba á su reja un loco :
« Unos estamos por poco,
Y otros por poco no están. »

El tiempo á todos consuela,
Sólo mi mal acibara,
Pues si estoy triste se para,
Y si soy dichoso vuela.

Como asegura un autor,
La muerte es un grande sueño ;
Si es bueno el sueño pequeño,
El grande será mejor.

Pasa un día, y sabe Dios
Que mi atroz melancolía
No siente que pase un día,
Sino que no pasen dos.

La tumba es al lecho igual ;
Pero bien sabido ten
Que en uno se duerme mal,
Y en la otra se duerme bien.

Si entre no haber sido y ser
Hubiera el hombre elegido,
Claro es que hubiera escogido
El no poder escoger.

Despues que ya se ha agotado
Todo humano sufrimiento,
Siempre hay un nuevo tormento
Para un viejo atormentado.

Llorar de placer se suele,
Y es que en nuestro corazón
Hay siempre una vibración
Que, aún con el placer, nos duele.

Ayer sudé por ganar
Lo que hoy me causa desgana,

Y hoy sudo por alcanzar
Lo que me aburra mañana.

Piensa con ojos serenos
Cómo y cuándo morirás ;
Que siendo el morir lo más,
El cómo y cuando es lo ménos.

Mi madre, que me amaba
Con desvario,
Siempre al verme exclamaba :
« ¡ Consuelo mio ! »

¡ Y hoy, santo cielo,
Quién consolar pudiera
A aquel consuelo !

FIN.

ÍNDICE

	Pages.
DOLORAS. — Cosas de la edad	3
Glorias de la vida	5
Ventajas de la inconstancia	6
Las Dos almas	8
No hay dicha en la tierra	10
La Virtud del egoismo	11
Propósitos vanos	12
La Ciencia de la vida	15
Vanidad de la hermosura	16
Poder de la belleza	17
La Compasion	20
Corta es la vida	23
El Concierto de las campanas	24
Glorias póstumas	24
Vaguedad del placer	26
Últimas abjuraciones	29
Quien más pone, pierde más	30
Beneficios de la ausencia	32
Adios para siempre	34
Historia de un amor	35
Todos son unos	38
La Dicha es la muerte	41
La Opinion	42
¡ Quién supiera escribir !	43
Amar al vuelo	44

	Pages.
El Beso	46
¡ Más !... ¡ Más !...	51
Cosas del tiempo	54
Todo está en el corazón	55
¿ Qué es amor ?	55
Las Dos grandezas	57
Sufrir es vivir	59
Los Dos espejos	60
Las Creencias	61
Todo es uno, y lo mismo	66
Los Dos pecadores	72
Las Dos linternas	72
Músicas que pasan	74
El Café	76
La Comedia del saber	80
Los Relojes del rey Carlos	87
La Historia de Augusto	89
Antinomias del genio	91
PEQUEÑOS POEMAS. — El tren expreso	94
Las Tres Rosas	110
La Historia de muchas cartas	148
FABULAS. — Insuficiencia de las leyes	160
Instituciones inútiles	161
Oficios mutuos	162
El Falso heroísmo	162
La Igualdad	164
Pelear por un mismo fin	164
Leyes fundamentales	165
Dios es causa de las causas	167
La Carambola	168
La Justicia es un cuento	169
El Método	169
La Piedad bien entendida	170

	Páges.
Baladronadas	170
De pequeñas causas, grandes efectos	171
Excusas necias	172
Nunca una moral nos cuadra	173
De gustos no hay nada escrito	175
La Muerte todo la iguala	176
No siempre el bien es fortuna	176
Yendo á más, venir á menos	179
Caprichos del hado	179
Placeres falsos	180
Deseos locos	180
La inocentada	182
Liviandad de nuestras glorias	182
CANTARES	184

FIN DEL ÍNDICE.



BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

POESIAS LIRICAS ALEMANAS

DE

HEINE, UHLAND, ZEDLITZ, RÜCKERT,
HOFFMANN, PLATEN HARTMANN

Y OTROS AUTORES

VERTIDAS EN CASTELLANO

POR

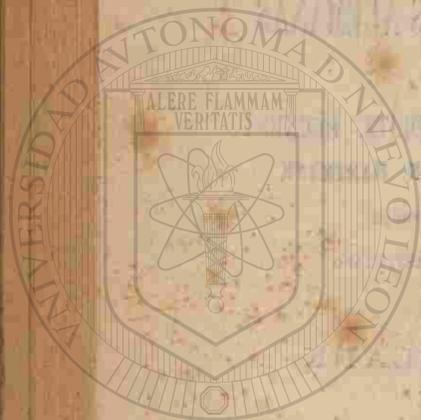
JAIME CLARK

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

VERACRUZ — PUEBLA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
LIBRERIA "LA ILUSTRACION" ®

—
1882



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ENRIQUE HEINÉ.

CANTARES.

I.

Tienes diamantes y perlas,
Cuanto al hombre inspira afán
Y tienes tus lindos ojos...

— Mi vida, ¿qué quieres más?

He compuesto más cantares
Que perlas encierra el mar
Sobre tus ojos tan lindos...

— Mi vida, ¿qué quieres más?

Y con esos lindos ojos
Me has hecho tan hondo mal,
Que ya perdido me tienes...

— Mi vida, ¿qué quieres más?

II.

¡Cuánto me han hecho llorar,
Y sufrir y padecer,

Las unas con sus amores,
Las otras con su desden!

El pan me ha emponzañado;
El agua que iba á beber;
Las unas con sus amores,
Las otras con su desden.

Pero más que ningun otra,
Una me hizo padecer;
Y esa ni me odió jamás,
Ni jamás me quiso bien.

III.

De tus azules ojos las violetas,
De tus mejillas las purpúreas rosas,
Los blancos lirios de tus manos breves
Florece sin cesar. ¡Atroz delito!
¡Tu corazon tan sólo está marchito!

IV.

Las gentes al separarse
Tristes las manos se dan;
Tristes á llorar empiezan,
Y sollozan sin cesar.

Mas nosotros no lloramos,
Ni áun exhalamos un ¡ay!

¡Lás lágrimas y sollozos
Dimos separados ya!

V.

Ambos á dos se querian
Sin quererlo confesar;
Se miraban con enojos,
Y entónces se amaban más.

Se separaron por fin:
Sólo veíanse al soñar;
Habian muerto los dos
Y lo ignoraban quizá.

VI.

Cubre tu tersa mejilla
El sol del ardiente estío,
Y el invierno, yerto y frio,
Embarga tu corazon.

En breve habrá en tí mudanza;
Saldrá á tu rostro, bien mio,
El invierno, y el estío
Arderá en tu corazon.

VII.

Sobre árida altura un pino
En el Norte se adornece,

Cubiertas sus verdes ramas
De copos de blanca nieve.

Sueña con una palmera
Que, léjos en el Oriente,
Solitaria y muda llora
Entre peñascos ardientes.

VIII.

Centelleando se extendía
El mar al anochecer;
En su onda se iba á esconder
El postrer rayo del día.

Estaba con ella á solas
Y callábamos los dos;
El ave marina en pos
Iba de las gruesas olas.

Negra la nube cubría
El cielo de su color,
Y una lágrima de amor
De sus párpados pendía.

La vi caer en su mano
Y de hinojos me postré;
Y con un beso quité
La lágrima de su mano (1).

(1) La repetición de esta palabra por consonante se halla en el original.

Desde aquel día la calma
De mi vida se apartó,
Y es que ella me envenenó
Con sus lágrimas el alma.

IX.

Ven, pescadora, acerca tu barquilla,
Suelta el timon, que hácia la playa va;
De amor ardiendo, en la risueña orilla
Tu amante fiel está.

Repose en este pecho tu cabeza;
No temas, pescadora, mi pasión:
La que se entrega al amar en su fiereza,
¿Huirá mi corazón?

Mi corazón al hondo mar figura;
Agítanle marea y huracán,
Y bellas perlas en su arena oscura
Escondidas están.

X.

Cándida, pura y bella
Eres como una flor;
Te miro, y de amargura
Rebosa el corazón.

Las manos en tu frente
Cruzo, rogando á Dios

Que bella, pura y cándida
Te guarde cual la flor.

XI.

En el florido Mayo
Cuando brotan las flores,
Ardió por vez primera
Mi corazón de amores.

En el florido Mayo,
Cuando cantan las aves,
Te revelé las ansias
De mi querer suaves.

XII.

Regada de mis lágrimas
Crece una linda flor,
Y mis suspiros débiles
Imita el ruisenior.

Si me amas, niña cándida,
Tuya será la flor,
Y en tu balcon recóndita
Oirás al ruisenior.

XIII.

Cuando me miro en tus azules ojos,
Se trueca mi honda pena en dulce calma;

Pero al besarte en esos labios rojos,
Salud al cuerpo das y vida al alma.

Cuando en tu seno yazgo placentero,
Celestial dicha el corazón me embarga;
Mas si me dices : « dulce bien, te quiero »,
Del llanto he de soltar la fuente amarga.

XIV.

En la celeste bóveda
Se miran las estrellas,
Desde siglos recónditos
Se quieren todas ellas.

Se hablan con voz dulcísima
Cual flor de tierno aroma;
Pero ningún filólogo
Entiende aquel idioma.

Yo lo aprendí solícito,
Y de él no olvido nada;
Sirviome de gramática
El rostro de mi amada.

XV.

Apoya en mi mejilla tu mejilla,
Y forme nuestro llanto un sólo río;
Junta á mi pecho el tuyo sin mancilla,
Y ardan sus llamas juntas, dueño mio.

Y cuando inunda aquel raudal de llanto
La hoguera de tu llama y de la mía,
Te oprimiré á mi pecho tanto, tanto,
Que moriré de gozo y de alegría!

XVI.

¿ No me amas? ¿ No me quieres?
Pues no me enfadaré:
Sólo con ver tu rostro
Soy más feliz que un rey.

Que me odias me asegura
Te boca de clavel;
Deja que te la bese
Y me consolaré.

XVII.

¡ Ay! si supieran las flores
Lo que siente el pecho mío,
Para calmar mis dolores
Llorarán dulce rocío.

Y si supieran las aves
Que estoy triste y sufro tanto,
Entonarían suaves,
Para aliviarme, su canto.

Si supieran las estrellas
El tormento de mi alma,

Bajarían todas ellas
A devolverme la calma.

Pero ellas mi mal ignoran,
Sólo lo sabe una ingrata;
Por ella mis ojos lloran,
Y es ella la que me mata.

XVIII.

¿ Por qué tan místicas cuelgan en la mata
Las rosas, di? ¿ Por qué
No vierte la violeta esencia grata,
La flor que tanto amé?

Dime, mi bien, ¿ por qué la alondra trina
Con notas de dolor?
¿ Por qué la fresca hierva no germina
Ni exhala grato olor?

¿ Por qué ilumina el sol con rayo enfermo
Del campo la ancha faz?
¿ Por qué aparece como vasto yermo
La tierra tan feraz?

¿ Por qué he de estar tan triste y tan callado,
Yo mismo, niña, di?
Por qué me abandonaste, dueño amado,
Y me dejaste así?

XIX.

Te quise; mi pecho aún te ama,
Y aún cuando el mundo se hundiera,
Viva de mi amor la llama
De sus escombros saliera.

XX.

Mi canto está emponzoñado,
Por fuerza. ¿No lo ha de estar,
Si en el cáliz de mi vida
Veneno arrojas no más?

Mi canto está emponzoñado,
Por fuerza. ¿No lo ha de estar,
Si en mi corazón se anidan
Vívoras, y tú además?

XXI.

Si fuera golondrina
Volara adonde estás,
Para colgar mi nido
Do tus ventanas dan.

XXII.

Lágrimas vertí en mi sueño;
Que habías muerto soñé;

Me desperté, pero el llanto
Aún ne cesó de correr.

Lágrimas vertí en mi sueño;
Que me dejabas soñé.
Me desperté, y aún lloraba
Mucho más que la otra vez.

Lágrimas vertí en mi sueño;
Que me querías soñé.
Me desperté, y todavía
Corre, mi llanto cruel.

XXIII.

Záfiro son tus ojos,
Más bellos no los hay,
Y el hombre á quien auguren
Amor, feliz será,

Tu pecho es un diamante
Que arroja claridad,
Y el hombre por quien arda
De amor, feliz será.

Rubíes son tus labios,
Más rojos no los hay,
Y el hombre á quien suspiren
De amor, feliz será.

A solas con ese hombre
Yo me quisiera hallar,

¡Qué pronto fin daría
A su felicidad!

XXIV.

Viajamos los dos en posta
Solos una noche entera,
Y en mi seno aquella noche
Reposaste placentera,
Y al salir el sol radiante,
¡Cual nos admiramos luégo!
Viendo entre los dos sentado
A un rapaz alado y ciego.

XXV.

Me dije, desesperado,
Aguantarlo no podré;
Y con todo he aguantado....
¡Con qué angustia, no os diré!

XXVI.

Soñaba profundamente,
Y su rostro contemplaba,
Y mi sueño lentamente
Vida y expresion le daba.
Asomó á sus lábios rojos
Encantadora sonrisa,

Y de sus azules ojos
El llanto corrio aprisa.

De mis párpados, el llanto
Tambien ardiente caia.—

¡Ay de mí! me cuesta tanto
Creer que te has muerto, alma mia!

XXVII.

Un jóven ama á una niña,
Que á su vez á otra eligió;
Pero éste amaba á otra niña,
Y con ella se casó.

La otra niña, de despecho
La mano al primero da
Que en el camino se encuentra;
El jóven perdido está.

Esta es una antigua historia,
Siempre nueva, en conclusion;
Y al que le pasa, por cierto,
Se le parte el corazon.

XXVIII.

En mis sueños me apareces
Todas las noches, mi bien,
Y vertiendo amargo llanto,
Postrado quedo á tus piés.

Mirándome con tristeza
Sacudes la blanca sien,
Y de tus azules ojos
Las perlas veo caer.

Me hablas con voz misteriosa,
Me coronas de cipres.
Despierto, y no hallo la rama,
Y la palabra olvidé.

XXIX.

Diéronme aviso y consejo,
Y me colmaron de honores;
Dijeron que si esperase,
Serian mis protectores.

Y á pesar de sus promesas,
Me quedára en esqueleto,
A no ser por un valiente
Que me sacó del aprieto.

Dióme pan aquel buen hombre:
Lo ensalzaré eternamente.
Siento no poder besarle:
Soy yo mismo ese valiente.

XXX.

Érase un rey anciano
De yerto corazon, de pelo cano;

El pobre por esposa
Tomó á una niña como el cielo hermosa

Érase un lindo paje,
De rubio pelo, de inclito linaje:
De la reina á la espalda
Llevaba su flotante y rica falda.

Esta es la antigua historia
Tan tierna, tan fatal y tan notoria:
Murieron tristemente,
Que tanto amor la dicha no consiente.

XXXI.

Se estrecharon nuestros pechos
En una santa alianza,
Y se juntaron, unidos
En íntima confianza.

Sólo la cándida rosa,
Que, como fiel aliada,
Ornaba tu blanco seno,
Por poco muere estrujada.

XXXII.

Renacen en mi memoria
Sombras que pasaron ya. —
Hallo en tu voz cierto trino
Que conmoviéndome está.

No me digas que me quieres,
Porque yo sé que el querer,
Como las flores de Mayo,
Tiene al fin que fenecer.

¡No me digas que me quieres!
Calla, y pruébame tu amor,
Y no te enfades mañana
Si hallas marchita la flor.

XXXIII.

La carta que me escribiste
No me causa algun pesar,
Que es larga, aunque en ella afirmas
Que me has dejado de amar.

De tu letra tan menuda,
¡Doce páginas conté!
No es menester tanta prosa
Para decir: — « te planté. »

XXXIV.

No temas nunca que al mundo
Revele mi tierno amor,
Por más que loco te envíe
En cada frase una flor.

Entre jazmines y rosas,
En un silencioso Eden,

Guardo oculto mi secreto,
Y escondido tanto bien.

Y no temas, aunque brote
De las rosas mi pasión:
Este mundo no cree en llamas,
Y lo toma por ficción.

XXXV.

Violas del bosque sombrío,
Cogidas con el albor,
Por la mañana te envío;
Y en las noche del estío,
Rosas de fragante olor,
Aún cubiertas de rocío.

Y en su lengua misteriosa,
¿Sabes qué quieren decir
La humilde viola y la rosa?
Que seas de día hermosa,
Fiel en querer y sentir,
Y de noche, cariñosa.

XXXVI.

Créeme, la primavera
Es estación severa,
Y tristes en Abril los sueños son.
Tristezas y amargura

Encierra la flor pura ;
Del ruiseñor es triste la canción.
; No muestres, pues, risueño
Tu rostro, dulce dueño,

Ni te sonrias con tan honda paz !
Antes llora, bien mio,
Porque besar ansío.
La lágrima que corre por tu faz.

XXXVII.

Otra vez me arrebate el bado impío
El corazón que con el alma adoro ;
Otra vez te abandono, dueño mio,
Y en vano por quedarme, gimo y lloro.

Oigo el coche rodar, rechina el puente,
El río por debajo va sonoro ;
Yo de mi dicha parto nuevamente,
Del corazón que con el alma adoro.

Los astros en el cielo centellean,
Como apiadados de mi amargo duelo.
; Adiós ! Aunque mis ojos no te vean,
Te ama mi corazón con loco anhelo.

XXXVIII.

Niebla autumnal, sombra fría,
Cubre el monte y la llanura,

Y la tempestad impía
Roba al árbol su verdura.

Sólo un triste tronco, en tanto,
Lozana aún guarda la hoja ;
Pero mudo, amargo llanto
De su verde copa arroja.

Aquel páramo desierto
Es la imagen de mi vida,
Y el árbol de hoja cubierto
Eres tú, mujer querida.

XXXIX.

Suspirando está una dama
Del hondo mar en la orilla ;
Palidece su mejilla
Al ver la puesta del sol.

No os turbeis, hermosa dama ;
No hay por qué : pues si á Poniente
Se hunde el sol, luego en Oriente
Torna á lucir su arrebol.

XL.

Cuando vago por la selva
De noche, en hora callada,
Siempre á mi lado caminas
Con misteriosa pisada.

¿No es aquel tu blanco velo?

¿No es la lumbre de tus ojos?

¿O es el rayo de la luna

Que ilumina los abrojos?

¿Es mi propio llanto acaso

El que rauda está corriendo?

¿O de verras me acompañas

Tiernas lágrimas vertiendo?

XLI.

Bien sabia que me amabas;

Há tiempo que lo noté,

Y al oírlo de tu boca,

Sorprendido, me turbé.

Trepando por altos montes,

Alegre canto entoné;

Y al hundirse el sol radiante,

A orilla del mar, lloré.

Mi corazón se asemeja

A ese sol que arder se ve,

Y él también radiante se hunde

En un mar de amor y fé.

XLII.

Con negra lona mi bajel navega

Por el airado mar.

Sabiendo tú que mi alma no sosiega,

Aumentas su pesar.

Tu amor conmigo como el viento juega,

Se muda sin cesar :

Con negra lona mi bajel navega

Por el airado mar.

XLIII.

Del hondo mar en la escabrosa orilla,

Triste con mis ensueños me hallo á solas.

El viento zumba, la gabiota chilla,

De espuma coronadas van las olas

Amor juré con entusiasta acento

A amigos y á mujeres adoradas.

¿En dónde están? Airado zumba el viento,

De espuma van las olas coronadas.

XLIV.

Brilla á los rayos del día

El mar, cual si de oro fuera,

Hermanos, cuando me muera

Sepultadme en su honda fría.

He amado al mar desde niño :

Mil veces su brisa blanda

Templó mi pena nefanda :

Mútuo era nuestro cariño.

XLV.

En vano : tus sonrisas llegan tarde,
Tus quejas tarde llegan en verdad ;
Há tiempo que en mi pecho el fuego no arde.
Que altiva desdenaste sin piedad.
;Tarde ese amor con otro amor me pagas!
De tu mirada ardiente el arrebol
Caé en mi pecho, que ora en vano halagas!
Como la tumba el resplandor del sol.
Sólo saber quisiera ; dónde, luego
Que el cuerpo ha muerto, el alma irá á parar!
;Dó está la llama de apagado fuego?
;Dó el viento que cesó ya de soplar?

XLVI.

Envuelta en negro velo
La noche hácia nosotros tiende el vuelo ;
Al alma falta brio,
Y nos miramos ya con mútuo hastio.
Te vas haciendo vieja,
Yo más ; es nuestro estío que se aleja.
Frio tu amor se apaga,
También el mio : es que el invierno amaga.
;Triste es el fin! Las penas
De amor acaban, y otras de ánsia llenas,

Mas su amor, la suerte
Cruel nos dá, cual tras la vida muerte.

XLVII.

Cuando brotaron las rosas,
Cuando cantó el ruiseñor,
Me besaste, me estrechaste
A tu pecho con ardor.

Vino el otoño, y la rosa
Murió, calló el ruiseñor,
Y tú te fuiste, y yo sólo
Me quedé con mi dolor.

Largas, frias son las noches. —
Ven á templar su rigor.
;O he de contentarme sólo
Con soñar con nuestro amor!

XLVIII.

Las secas ramas se mecen,
La hoja empieza á caer : —
Todo lo que es bello y tierno
Por fuerza ha de fenecer.

Doran el bosque los rayos
Del sol moribundo ya,
Cual beso de despedida
Que el estío al bosque dá.

Tristas lágrimas del fondo
Brotan de mi corazón;
Aquel cuadro me recuerda
La hora de separación.

¡Tuve que dejarte, y supe
Que ibas á morir, mi bien!
Yo era el sol que se ponía.
Tú eras aquel yerto Eden.

XLIX.

Soné con una niña blanca y bella,
De azules ojos, de trenzado pelo;
Al pié de un olmo me senté con ella,
Y nos cubría el estrellado cielo.

De nuestro amor las cuitas y querellas
Formaban nuestras pláticas sabrosas;
Al vernos sollozaban las estrellas,
Tal vez de nuestros besos envidiosas.

De pronto desperté, y en torno mío
Giré la vista, estaba sólo, á oscuras.
Del cielo azul, con rayo mudo y frío,
Su luz vertían las estrellas puras.

Caminan con piés de oro
Las estrellas silenciosas,

Por no despertar la tierra
Que descansa en noche y sombras.

Acechar parece el monte,
Verde oreja es cada hoja;
Y el cerro su brazo extiende
En actitud misteriosa.

Más ¿qué voz es la que escucho?
Me commueve el alma toda.
¿Es de mi amada el acento,
O del ave tierna nota?

Quando pasas por mi lado,
Y me roza tu vestido,
Mi corazón, extasiado,
Sigue tu huella perdido.

Me vuelves luego tus ojos,
E infundes en mí tal miedo,
Que entre dudas y sonrojos,
Apenas seguirte puedo.

Camino de Francia van
Heridos dos granaderos

Que en Rusia, con duro afán,
Se entregaron prisioneros.

Y al llegar á la frontere
De Alemania, sin aliento,
Triste nueva les espera,
Les aguarda otro tormento.

Francia ha sido derrotada;
Y á pesar de su valor,
Su hueste está desbandada,
Cautivo su emperador.

Lloraron amargamente
Uno y otro granadero.
— Cuál quema esta herida ardiente
Dijo el uno; yo me muero. —

— Contigo morir quisiera
Tambien, el otro le dijo;
Pero en la pátria me espera
Con su madre el tierno hijo.

— ; Qué importan de hijo y esposa
La pobreza y el dolor,
Cuando en cárcel afrentosa
Preso está mi emperador?

Otórgame, hermano, un ruego
Que en breve voy á morir.
Entiérrame en Francia luego;
Quiera en su seno dormir.

Ponme sobre el corazon
La cruz con cinta encarnada,
Y el arma en mi mano pon,
Cíñeme al lado la espada.

Y así podré vigilar,
Cual centinela en la tumba;
Hasta que oiga galopar,
Y oiga el cañon que retumba,

Sabré que mi emperador
Sobre mi tumba cabalga.
De ella saldré vencedor
Porque mi arrojó le valga.

EL DONCEL HERIDO.

Recuerdo una antigua historia
Que es lúgubre y triste asaz:
Ama un doncel á una dama,
Pero la dama es falaz,

Es fuerza que menosprecie
Por falsa á su dama infiel,
Y por ignoble la llama
Que le domina cruel.

Quisiera entrar en la liza
Y gritar con alta voz:

— Que se aperciba á la lucha
El que no acate mi amor. —

Sin duda calláran todos,
Méno su amargo dolor;
Tendria que alzar la lanza
Contra el propio corazon.

UNA MUJER.

Se amaban tiernamente cierta bella
Y un picaro ladrón : cuando él hacia
Con suerte alguna de las suyas, ella
Se echaba en el jergon, y se reía.

El dia lo pasaba en embeleso,
De noche ella en su seno se dormía :
Cuando en la cárcel le pusieron preso,
Plantada ella en la reja, se reía.

Él la mandó decir : — Te quiero tanto,
Sin tí vivir no puedo, vida mía :
Ven á enjugar de mi dolor el llanto. —
Y ella con torpe gesto, se reía.

Ahorcáronle á las seis de la mañana ;
A las siete bajó á la tumba fría ;
Y al repicar las ocho la campana,
Ella se emborrachaba y se reía.

LA EMBAJADA.

¡ Alerta siervo ! Cálzate la espuela,
Y ensilla el alazan,
Y á rienda suelta hácia el castillo vuela
Del fiero rey Duncan.

Entras, y en el establo te cobijas ;
Luégo con interés
Pregunta al mozo : — ¿ Cuál de las dos hijas
Del rey esposa es ? —

Si te contesta el mozo : — Es la morena, —
Vuélvete pronto acá.

Si dice : — No, la rubia es, la azucena, —
No corre prisa ya.

Y á la vecina aldea vete al punto,
Y cómprame un cordel ;

Vé lento, y mudo vé como un difunto,
Y vuelve acá con él.

CANTO DE ARREPENTIMIENTO.

Cabalga Ulrico por la selva umbrosa,
Alegre por las ramas zumba el viento ;
Y entre las matas una niña hermosa
Le acecha oculta con oído atento.

Bien reconozco, dijo el caballero.
Aquel hermoso engañador semblante,
Que sin cesar me sigue lisonjero,
Con lasciva mirada y provocante.

Dos rosas son aquellos rojos lábios,
Que á la mañana vencen en frescura :
Pero su acento suele hacer agravios,
Y sus palabras dan cruel tortura.

Por eso aquella boca regalada
Semeja del rosal la mata umbría,
Que ponzoñosa vibora enroscada
Cobija con su verde lozania.

Y aquel hoyito seductor tan breve,
Hechizo de su cándida mejilla,
Es sima en donde mi deseo aleve
Me despeñó cubierto de mancilla.

Las hebras de oro de su rizo pelo
Veo flotar en torno de sus sienas.

Las redes son en que mi loco anhelo
Supo prenderme con mentidos bienes.

Sus claros ojos, causa de mis males,
Azules como la ola no turbada,
Me parecieron puertas celestiales,
Y en tanto daban al infierno entrada.

Cabalga Ulrico por la selva oscura,
Lúgubre por las ramas zumba el viento;

Y ante su vista se alza otra figura,
Pálido y yerto, el rostro macilento.

¡Ay, madre mia! dijo el caballero,
Tú que me amaste con ternura loca,
Y á quien ingrato dí pesar tan fiero,
Ya con mi accion, ya con mi torpe boca!

¡Secar quisiera el llanto de tus ojos
Con el ardor de mis crueles penas,
Y devolverte los colores rojos
Dándote sangre de mis propias venas.

Y Ulrico por la selva su camino
Prosigue sin parar: la sombra crece,
De extrañas voces se oye el leve trino,
Y la nocturna brisa el árbol mece.

¿De dónde vienen tan extrañas voces
Que alegran al viandante en su camino?
Los pájaros segufante veloces,
Y así gorjean con sonoro trino.

Ulrico entona aqual sentido canto,
El dulce canto de arrepentimiento;
Con él enjugarás tu amargo llanto,
Darás con él alivio á tu tormento.

EL AZRAITA.

A tiempo que el sol declina,
La hija bella del Sultan
A una fuente se encamina.
Cuya linfa cristalina
Murmura con hondo afán.

Y en la orilla de esa fuente
Haya á un esclavo parado,
Cuando el sol baja á Poniente,
Y haya el dolor en su frente
Cada día más marcado.

Una tarde la Princesa
Le habla, llena de coraje.
Mientras que él su falda besa;
— Tu patria al punto confiesa :
Dí tu nombre y tu linaje.

— Mohamed, los yemenitas
Allá, en mi pátria, me llaman ;
Soy de aquellos azraitas
(Bien os lo dicen mis cuitas)
Que se mueren cuando aman.

LORELEI (1).

No sé lo que por mí pasa,
Que tal tristeza me da :
Un cuento de edad remota,
Clavado en mi mente está.

Sopla el cierzo y anochece,
Y tranquilo corre el Rhin ;
La cumbre del monte dora
El sol que baja á su fin.

Sentada allá arriba se halla
La más hermosa mujer :
Relucen sus joyas de oro,
De oro es su pelo también.

Se peina con peine de oro,
Se peina y canta á la par,
Y tiene mágico hechizo
Su melodioso cantar.

El pescador en su barea
La oye con hondo placer ;
No repara en los escollos,
Mira en alto á la mujer.

(1) Lorelei es el nombre con que la tradición designa á cierta hada moradora de las orillas del Rhin.

Al fin perece en las olas
Con su barca el pescador,
Por prestar incauto oido
A ese canto seductor.

Madrid, Diciembre de 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LUDWIG UHLAND

Juan Luis Uhland nació en Tubinga el 26 de Abril de 1787. Cursó leyes en la Universidad de su ciudad nativa, y en 1810 ganó el título de doctor en Derecho. Sus primeras poesías conocidas datan del año 1804. Llamaron grandemente la atención del público ilustrado alemán las poesías, principalmente canciones, baladas y romances, que dió á luz durante los años de 1806 á 1813, en el *Almanaque de las Musas*, el *Almanaque poético* y la *Floresta de poetas alemanes* (*Deutscher Dichterwald*). Por esta época emprendió un viaje literario á París, y en 1810 se fué á establecer á Stuttgart, en donde ejerció la abogacía, logrando poco tiempo despues un modesto destino en el ministerio de Gracia y Justicia. La guerra de la Independencia alemana, que estalló en 1813 y duró hasta 1815, dió nuevo impulso al talento de Uhland, im-

primiéndole aquel sello patriótico que domina en todas sus obras. En 1815, con motivo de la nueva Constitución que otorgó el rey de Wurtemberg á su pueblo, publicó Uhland una colección de *Poesías (Gedichte)*; 11.^a edición, 1830), las cuales, reproducidas por los periódicos y vendidas en las calles, coadyuvaron no poco á la propaganda de las ideas liberales. A este libró, del cual hemos sacado las poesías suyas que figuran en esta colección, debe Uhland su gran popularidad y la fama de ser uno de los poetas más notables de la escuela romántica. Ningun poeta alemán ha sabido dar á sus baladas y romances sabor y carácter más propios de la Edad Media que Uhland, en cuyo género de poesía no reconoce rival. En sus canciones ha ensalzado los goces de la juventud, las galas de la naturaleza y las glorias y aspiraciones políticas de su patria. Su estilo es vivo, brillante, lleno de fuego y color, y casi siempre de una sencillez y claridad admirables.

Menos afortunado que en la poesía lírica ha sido Uhland en sus ensayos dramáticos; citaremos tan sólo *El duque Ernesto de Suavia* (Heidelberg, 1817) y *Luis de Baviera* (Berlín, 1819), reimpressos en un tomo (Heidelberg, 1846). Se ocupó luego en varios tra-

bajos filológicos, críticos é históricos: *sobre el Wallther von der Vogelweide* (Stuttgart, 1822); *sobre el Mito de la leyenda de Thor (uber den Mythus der nord. Sagenlehre von Thor)*; Stuttgart, 1836), y una colección de antiguos cantos populares en alto y bajo alemán (*Alter hoch-und-nieder-deutscher Volkslieder*; Stuttgart, 1844-45), fruto de un detenido y minucioso estudio de la literatura alemana de la Edad Media.

El carácter patriótico de las poesías de Uhland le facilitaron la entrada en la carrera política. En 1819 fué elegido diputado á la Asamblea de los Estados de Wurtemberg por la gran bailía de Tubinga; siendo reelegido más adelante por la ciudad de Stuttgart, fué nombrado por la Cámara secretario de varias importantes comisiones. En 1830 se le confirió el cargo de catedrático auxiliar de lengua y literatura en la Universidad de Tubinga; pero hizo dimision de su destino en 1833, con objeto de ocupar su asiento como diputado por Wurtemberg, en la Dieta alemana, en cuya asamblea figuro entre los miembros más avanzados de la oposicion constitucional. No queriendo doblegarse á las exigencias del partido democrático, se retiró de la vida política en 1839;

pero en 1848 sintió renacer su antiguo entusiasmo, hizo una profesion de fé en extremo liberal, y fué elegido disputado á la Asamblea nacional de Franckfort por el distrito de Tubinga; se afilió al partido moderado de la izquierda, y abogó en favor de la federacion alemana, no sin mostrarse bastante alarmado, á causa de las nuevas teorías proclamadas por la jóven democracia. Uhlnd pasó los últimos años de su vida en el retiro de Tubinga, en donde murió en 13 de Noviembre de 1862. En 1857 se celebró en dicha ciudad una fiesta nacional con objeto de conmemorar el septuagésimo aniversario del nacimiento de tan insigne poeta.

LUDWIG UHLAND.

LA HIJA DE LA VENTERA.

A orilla del Rhin caminan
Tres mozos de bravo humor,
Y á una venta se encaminan,
Que otra vez les albergó.

— Ventera, vino y cerveza
De le bueno traiga acá.
Mas no miran con tristeza :
¿Su linda hijita, do está?

— Mi cerveza hierva clara,
Buen vino hallareis aquí;
A mi hijita ¡ay prenda cara!
Sobre el féretro tendi. —

De la pieza en que reposa
Traspasaron el umbral,
Y allí vieron á la hermosa
Sobre el lecho funeral.

Y el uno con mano osada
De su rostro el velo alzó;
Fijó en ella su mirada,
Y entristecido exclamo :

— Si vivieras todavía,
Bella niña de alba tez,
Juro que desde este día
Te amara con honda fé. —

El segundo cogió el manto
Y la yerta faz veló;
Y vertiendo amargo llanto,
De ella la vista apartó.

— ¿Y he de verte ¡ay desdichado!
En el fúnebre ataud,
Yo que tan constante he amado
Tu belleza y tu virtud? —

Y el otro con pasión loca
Nuevamente el velo alzó,
Y en su mustia y fría boca
Frenético la besó.

— Antes te amaba, hoy te quiero
Con igual ó mayor fé,
Y á pesar del hado fiero,
Viva ó muerta te amaré.

LA HIJA DEL JOYERO

En su tienda está el joyero
Entre perlas y diamantes :
— La joya que yo prefiero
Entre todos mis brillantes
Eres tú, bella Leonor,
Tierna hijita de mi amor. —

Galan entró un caballero:
— Guárdeos Dios, linda doncella;
Dios os guarde, buen joyero :
De oro una guirnalda bella
Con joyas me habeis de hacer :
Para mi esposa ha de ser. —

Cuando estuvo concluida
La guirnalda reluciente,
Leonor, toda entristecida,
Estando su padre ausente,
De su brazo la colgó
Y á su brillo otro añadió.

— ¡Cuán dichosa es la doncella
Cuya ha de ser la guirnalda!
Si en vez de esta joya bella,
De rosas una en mi falda
Me arrojara aquel galan,
¡Cuán dulce fuera mi afán! —

Tornó en breve el caballero;
De su joya mira el brillo :
— Que me place, buen joyero.
De diamantes un anillo.
Ahora me habeis de hacer :
Para mi esposa ha de ser. —

Quando estuvo concluida
La sortija reluciente,
Leonor, toda enternecida,
Estando su padre ausente,
En su mano de marfil
Probó la joya gentil.

— ¡ Cuán dichosa es la doncella
Cuyo ha de ser el anillo!
Si en vez de esta joya bella,
De pelo un rizo sencillo
Sólo me diera el galán,
¡ Cuán dulce fuera mi afán! —

Tornó en breve el caballero ;
De ambas joyas mira el brillo :
— Que me placen, buen joyero,
La guirnalda y el anillo
Dignos de la esposa son
Que eligió mi corazón.

— Para ver cual la ornarán,
Acercáos, niña hermosa,
Quiero ver cómo os están

Los joyeles de mi esposa,
Que esa dama, sabe Dios,
Es tan bella como vos.

Era un domingo temprano,
Y la niña tierna y gaya
Su aderezo más galano
Vestia y su mejor saya ;
Que iba al templo su oracion
A rezar con devocion.

Confuza y raborizada
Acercóse al caballero,
Que en su frente nacarada
El aro ciño primero,
Y el anillo colocó
En su mano, y la estrechó.

— Leonor cara, niña hermosa,
A tanta virtud me humillo,
Que eres tú la tierna esposa
A quien guirnalda y anillo
Ofrezco ; si de otra hablé,
Tan sólo por burla fué.

Nacida entre perlas y oro,
Y entre diamantes criada,
Hija de tanto tesoro,
Por fuerza estás destinada
A merecer tal honor
De mi nobleza y valor.

LA MALDICION DEL BARDO

En remota edad pasada,
De un castillo los blasones
Atraían la mirada
Por cima de los terrones
Desde la mar azulada.

Y en sus patios y alrededores
Daban sombra y grato olor
Arboles y gayas flores.
Y arroyuelos saltadores
Bullían en derredor.

En aquel castillo austero,
Sentado en dorada silla.
Reinaba un déspota fiero;
Pálida era su mejilla,
Torvo su ceño altanero.

Y de condicion tan dura
Como la hoja de su espada,
Su palabra era tortura,
Ira y fuego su mirada,
Roja sangre su escritura.

Fueron alegres un día
Camino de aquel castillo
Dos bardos de gran valía;
Desde léjos relucía
Del arpa el dorado brillo.

Cubierto de pelo cano,
Caballero en un corcel,
Iba el uno, que era anciano,
Y á su lado iba galano
Rubio y apuesto doncel.

Dijo el anciano al garzon:
— Hijo, aviva en tu memoria
Tu más sentida cancion,
Porque del rey es notoria —
La inflexible condicion.

Dejando afuera el corcel,
Penetran en la alta sala,
Do bajo régio dosel
Ven al rey, y junto á él
La reina, su mejor gala.

Él emanaba fulgores
Como la luz boreal
De siniestros resplandores.
Ella provocaba amores
Cual luz de luna estival.

Y asiendo su arpa de oro
El viejo la hizo vibrar,
Ora con trino sonoro,
Ora llena de pesar
Cual voz de místico coro.

Y en concierto melodioso
Resonó como lamento

Del mozo el cantar sabroso,
Que acompaña cadencioso
Del viejo el profundo acento.

Cantan de amor y ventura
La feliz pasada edad,
De las damas la hermosura
Cantan, y la libertad
Ensalzan y la bravura.

Y dá tema á su canción
Cuanto ennoblece la vida
Y dá aliento al corazón:
La virtud esclarecida,
La sincera devoción.

En la ancha sala el gentío
Sus voces atento escucha:
De Dios se acuerda el impío
Y ante él humilla su brío
El que encaneció en la lucha.

Y la reina candorosa,
De su ternura vencida,
Al de la voz melodiosa
Arroja en premio la rosa
Que lleva al pecho prendida.

— A mi pueblo nas sublevado;
¿Y aún seduces á mi esposa?—
Grita el rey desatentado,

Y en ira cruel rebosa,
Temblando como azogado.

Con la diestra enarbolada,
Cual si fuera leve dardo,
Clava la tajante espada
En el pecho del gallardo
Dueño de la voz preciada.

Bajo el golpe matador
El postrer aliento exhala
El gallardo trovador;
Y un murmullo de terror
Zumba por la régia sala.

Desplomóse el cuerpo muerto
En los brazos del anciano,
Quien lo puso erguido y yerto,
Del ancho manto cubierto
Sobre su corcel galano.

Y cogiendo su arpa de oro,
En la base de un pilar
Con estallido sonoro
Hizo en astillas saltar
Aquel único tesoro.

Y saliendo del portillo,
Sobre el levadizo puente
Se detuvo del castillo,
Y así maldijo al caudillo
Con voz que asorda el torrente:

— ¡Ay de tí, morada altiva
Que albergas al matador!
Jamás oigas voz festiva,
Y huya de tu derredor
El bardo con planta esquivá.

Por el eco repetidos
Retumben en tus arcadas
Sólo quejas y gemidos,
O las medrosas pisadas
De esclavos envilecidos.

¡Ay de tí, jardín que dora
Hoy la luz del sol de Mayo!
¡Ay de tí, fuente sonora!
Que os abrasen trueno y rayo
Con furia devastadora.

Y que el huracán sañudo
En un páromo os convierta
Con su soplo fiero y rudo.
Mirad esta cara yerta:
Así os vuelva el cierzo crudo.

¡Ay de tí, rey asesino,
Azote del trovador!
¡Plegue á Dios que el fiero sino
Siembre, en vez de grato honor,
Vil oprobio en tu camino!

¡Plegue al cielo que te mueras
Sin lograr famoso nombre

Por la sangre que vertieras!
¡Y que te maldiga el hombre!
¡Y seas pasto de fieras!—

Al cielo no rogó en vano,
Ni fué hueca exclamación
La amenaza del anciano:
Cayó al suelo la mansion
Que dió albergue á aquel tirano.

De aquella altiva morada
Atestigua el esplendor
Una columna agrietada,
Que tal vez quede allanada
Antes del cercano albor.

Lo que fué jardín umbrío
Hoy es arenal desierto:
Se secaron fuente y río,
Ni á flor alguna el rocío
Baña en aquel campo yerto.

Nunca popular canción
El nombre del rey refiere,
Ni habla de él la tradición:
Con eterno olvido hiere
Del bardo la tradición.

LOS HÉROES MORIBUNDOS.

Huyendo el sueco la danesa espada,
Llega á la mar airada;
Al fulgor de la luna los guerreros
Blandean sus aceros,
Y heridos yacen sobre el rojo llano
El lindo Esveno y Ulfo, el héroe cano.

Esveno.

¡Mal haya, padre! que en la edad mas
La muerte me arrebató! [grata
No volvera mi madre, en su hondo duelo,
A untar mi rizo pelo,
Y en vano en la alta torre vigilante
Mi vuelta aguardará la tierne amante!

Ulfo.

Nos llorarán; adustos nuestros ceños
Les mostrarán sus sueños.
Mas pronto romperán sus corazones
Tan hórridas visiones;
La amada entonces en el festin de Odino,
Risueña escanciará en tu copa el vino.

Esveno.

Para cantarla al arpa una balada,
Padre, dejé empezada

De príncipes y de héroes vencedores
En lides y en amores;
El arpa abandonado está, y el viento
Vibra sus cuerdas con funesto acento.

Ulfo.

De los guerreros la eternal morada,
Del rojo sol dorada,
Se eleva majestuosa: el firmamento
Forma su pavimento.
¡En el festin de los guerreros cuánto
No valdrá más que pongas fin al canto!

Esveno.

¡Mal haya, padre, que en la edad mas
La muerte me arrebató! [grata
Voy á morir, y sin blason mi escudo
Está de honor desnudo:
Los doce jueces excluirán severos
A tu hijo del festin de los guerreros.

Ulfo,

Los jueces medirán en su balanza
Tu brió y tu pujanza.
Morir pugnando por el pátrio suelo
Sea tu sólo anhelo.
Mira del opresor la fuga horrenda:
Y al cielo mira: aquella es nuestra senda!

LAS TRES DONCELAS.

I.

En lo alto de un castillo tres doncellas
La vista vuelven hácia el hondo valle;
Su padre en un corcel se acerca á ellas,
Ciñe la cota su robusto talle.

— ¡Padre y señor, muy bien venido seas!

¿Qué traes á tus hijas?

Fuimos juiciosas como tú deseas. —

— Hoy, hija mia de la saya gualda,
Ausente en tí pensé. Ya sé cuán grato
Te es el poder lucir tu rica falda;
Tus gustos son las galas y el ornato.
Del cuello arrebaté de un caballero
Esta cadena de oro,
Y en pago de ella dile muerto fiero. —

Tomó la joya la doliente niña,
Y el blanco cuello se ciñó con ella;
Fuese al lugar donde ocurrió la riña,
Y al muerto halló por la sangrienta huella.

— Aquí insepulto estas como un malvado,
Y eres un caballero,
Y en vida te llamé mi dueño amado. —

Entre sus brazos le llevó piadosa
Hasta la iglesia del lugar vecino,

Y le enterró en la tumba do reposa
Su noble stirpe de funesto sino.
Al cuello se estrechó con nudo fuerte
Los rojos eslabones,
Fiel á su dulce amor hasta en la muerte.

II.

De lo alto de un castillo dos doncellas
La vista vuelven hácia el hondo valle,
Su padre en un corcel se acerca á ellas,
Ciñe la cota su robusto talle.

— ¡Padre y señor, muy bien venido seas!

¿Qué traes á tus hijas?

Fuimos juiciosas como tú deseas. —

— Hoy, hija mia de la verde saya,
En tí pense. La caza es tu alegría,
Y tu mayor placer tener á raya
La rauda fiera allá, en la selva umbría.
Arrebaté de manos de un montero

Este venablo agudo,

Y de él en pago dile muerte fiero. —

De manos de su padre la doncella
Tomó el venablo con su diestra fuerte;
Al monte se partió la niña bella,
Gritando por doquier; — ¡Dolor y muerte! —
Y de los tilos en la parda sombra,
Entre sus perros fieles,
Halló á su amante sobre rojo alfombra.

— Al verde tifo acudó y á la cita
Como te prometí, mi amado dueño. —
Clavada en el venablo, cual marchita
Silvestre flor, cayó en eterno sueño.
Juntos yacieron, y la brisa arroja
Sobre los dos amantes
Su blando aroma y la caída hoja.

III.

De lo alto de un castillo una doncella
Vuelve los ojos hácia el hondo valle;
Su padre en un corcel se acerca á ella,
Ciñe la cota su robusto talle.
— ¡Padre y señor, muy bien venido seas!
¿Qué traes á tu hija?
Juiciosa he sido como tú deseas. —

— Hoy, hija mía de la blanca saya,
En ti pensé. Tu gusto son las flores,
Y más te agrada su corola gaya
Que de costosas joyas los fulgores.
Quitéle á un atrevido jardinero
Esta flor candorosa,
Y en pago de ella díle muerte fiero. —
— Cuál fué su desacato, padre mío,
Que te movió severo á darle muerte?
Cuidar las flores en el huerto umbrío
Era su afán. ¡Cuán triste es ya su suerte!

— Quiso negarme con palabra osada
La flor de más valía,
Que destinaba al pecho de su amada. —

Tomó la flor la niña candorosa,
Y ornó con ella su virgíneo senó;
Bajó al jardín do un tiempo, tan dichosa,
Pasado había tanto rato ameno.
En el jardín se alzaba una colina,
Sembrada de azucenas;
Sentada en ella el rostro al suelo inclina.

¡Dichosa yo, si al par de mis hermanas
Pudiera darme desastrosa muerte!
Pero las hojas de la flor galanas
Herir no saben de tan fiera suerte. —
Con yerta faz mirando la flor bella,
Vió cuál se marchitaba,
Y cuando se agostó, murió con ella.

LA GUIRNALDA.

Iba una niña las pintades flores
Cogiendo que adornaban un vergel,
Cuando salió de la sombría selva
Bellísima mujer.

Con voz amiga se acercó á su lado,
Y una guirnalda le ciño á la sien:

— Aún no florece, pero dará flores,
No te la quites, pues

Creció la niña, y cuando á solas iba
Vertiendo tiernas lágrimas tal vez.
Empezó la guirnalda en su cabeza
Capullos á tener.

Y cuando vino el prometido esposo,
Y ardiente la estrechó á su pecho fiel,
Se convirtieron los capullos todos
En un florido Eden.

De tanto amor el fruto codiciado
Cual tierna madre no tardó en coger:
Doradas frutas la guirnalda rinde,
Más dulces que la miel.

Y cuando el bien amado en tumba fría,
En hondo sueño, sepultado fué,
Flotaron místicas hojas con el pelo
En torno de su sien.

En breve la pusieron yerta y fría,
Ceñida la guirnalda, al lado de él.
Y ved ; oh maravilla ! la guirnalda
Volvió á reverdecer.

EL SUEÑO.

En un jardin primoroso
Dos tiernos amantes van;
Enfermos y sin reposo,
Las blancas manos se dan.

Y en el rostro y en la boca
Se besaron veces mil ;
Volvióles su pasión loca
Lozanos como el Abril.

Sonó una campana impia,
Y al punto huyó la vision :
Ella en su celda yacía,
Y él en lejana prision.

LA MONJA.

En el jardin del convento
Una novicia camina,
Pálida, con paso lento ;
Su faz la luna ilumina ;
Llora su amor sin aliento.
— Feliz me debo juzgar ;

Aunque no te halle en el suelo ;
Podré volverte á adorar ;

Serás un ángel del cielo,
Y á un ángel bien puedo amar. —

Se acerca triste y callada
A una imágen de María
Que, por la luna alumbrada,
A la Virgen pura envía
Paz con su dulce mirada.

Mientras á la Reina del cielo
Contempla puesta de hinojos,
Humilde, en el frío suelo,
Cerró la muerte sus ojos,
Y en tierra flotó su velo.

LA VENGANZA.

Con su daga el escudero
Muerte ha dado á su señor;
Quisiera ser caballero,
Galan y batallador.

Hundió en su pecho la hoja
De una selva en el confín,
Y el cadáver yerto arroja
En el hondo y raudó Rhin.

Del difunto caballero
Se viste el bruñido arnés;

Sobre su corcel ligero
Salta con ágiles piés.

Las riendas toma, y el puente
Se dispone á atravesar,
Pero el corcel impaciente
Se resiste á su pesar.

Hinca la espuela dorada
En sus hijares cruel,
Y á la corriente alterada
Le arroja fiero el corcel.

Todas sus fuerzas agota
Contra las olas sin fin;
Pero la pesada cota
Le hunde en el rápido Rhin.

EL MONGE Y EL PASTOR.

EL MONJE.

¿Por qué tan triste estás en muda calma?
Dimelo, buen pastor;
Díme tu pena, y te dará mi alma
Bálsamo á tu dolor.

EL PASTOR

? Aun lo preguntas? Mira el campo yerto,

Sin flores el verjel ;
Mira el bosque de pájaros desierto,
Oye el cierzo cruel.

EL MONJE.

Tan hondo no es tu mal, pastor, no
Un sueño es, nada más ; [flores ·
En breve tornarán las gayas flores,
Y el rui señor oírás.

El ancha campo do te echó la suerte
Pronto florecerá ;
Pero en mi cruz la imágen de la muerte,
Siempre clava está.

MUERTE FELIZ.

Sobre su seno
Muerto caí ;
Entre sus brazos
Sepulto fui ;
Me dió mil besos
Y renací ;
Abrió sus ojos
Y el cielo ví.

Madrid, Diciembre de 1871

AUGUSTO DE PLATEN.

Cárlos Augusto Jorge Maximiliano, Conde de Platen-Hallermünde, nació en Ansbach (Baviera) en 24 de Octubre de 1796, en el mismo año en que falleció en dicha población el poeta Uz. Ejerció grande influjo en su primera educación su madre, mujer virtuosa é instruida. Desde su primera infancia le destinó su padre á la carrera militar, y ya á los diez años de edad ingresó en el colegio de cadetes de Munich. Cuatro años despues pasó á la escuela de Pajes (*Pageninstitut*), en donde le sobraba tiempo para dedicarse á sus estudios literarios. En 1814 fué nombrado teniente de un regimiento de guardias de corps, con el cual hizo la campaña en 1813. La vida errante del militar despertó en su ánimo el afan de ver tierras; y no permi-

tiéndole el servicio recorrer y examinar detenidamente las comarcas por donde pasaba, aprovechó la primera ocasion que le ofreció la paz para emprender un viaje á pié por la Alemania del Sur y Suiza.

En 1818 reanudó sus interrumpidos estudios, y asistió con ahinco á las cátedras de letras, artes y filosofía en la universidad de Würzburg. Al año siguiente pasó á Erlangen, y cursó filosofía con el célebre Schelling, cuya enseñanza ejerció notable influjo en el ánimo del jóven poeta. Empleaba las vacaciones en viajar y en visitar y cultivar la amistad de los poetas más afamados de aquella época, poniéndose en correspondencia de esta suerte con Goethe, Jean Paul, Knebel, Uhland, Schwab, Rückert y otros.

Durante su permanencia en Erlangen se aplicó con tal ahinco al estudio, que en breve tiempo llegó á dominar doce lenguas, entre vivas y muertas, hasta el punto de leer con facilidad las obras de los mejores autores que en ellas habian escrito. Al mismo tiempo se dedicaba con no ménos entusiasmo y asiduidad á la poesía, dando á luz cinco colecciones de poesías y dramas. En 1824 hizo un viaje á Venecia, pasando por Suiza. Durante esta primera excursion á Italia adquirió la

conviccion de que únicamente en aquel país podria perfeccionarse en el arte de la poesía, y tomó la firme determinacion de trasladarse cuanto ántes y establecerse allí. En 1826 logró realizar su deseo, y se traslado al país de sus sueños, en donde pasó el resto de su vida, regresando á Alemania por breve tiempo en los inviernos de 1832 y 1833. En 1828 fué nombrado miembro de la Academia de Ciencias, y el Rey de Baviera le hizo merced de una pension, con la cual pudo entregarse libremente al estudio y cultivo de la literatura en aquel suelo clásico de las artes, que recorrió en todos sentidos. Roma y Nápoles fueron las dos ciudades en que más tiempo se detuvo, sobre todo en la última, cuyo clima apacible y cuyos pintorescos alrededores armonizaban hondamente con sus gustos é inclinaciones.

Al estallar el cólera en 1835, el espanto que le infundieron los estragos que hacia aquella terrible enfermedad le movió á trasladarse de Nápoles, en donde á la sazón se hallaba, á Sicilia. En Siracusa cayó enfermo de una fiebre que él creyó ser un ataque de cólera, y empleando para combatirla remedios propios para esta enfermedad, agravó el mal, y murió el dia 5 de Diciembre de 1835.

Las poesías de Platen se distinguen por la tersusa y clásica sencillez de su forma, en cuya condicion estriba su principal mérito. En sus primeros años, y antes de viajar por Italia, siguió las huellas de la escuela romántica, y bajo la influencia de los grandes maestros de esta escuela, que á la sazón en que empezó Platen á cultivar las letras estaba en su mayor apogeo, compuso sus primeros ensayos poéticos. Estimulado por el *Divan* de Goethe y las *Rosas orientales* de Rückert, se dedicó al estudio de la literatura oriental, y publicó en 1821 una coleccion de *Gacelas*, en las cuales logró imitar y trasladar en su más pura forma á la lengua alemana aquella clase de composiciones. En 1822 dió á luz otro ensayo oriental, titulado el *Espejo de Hafis* en que se propuso imitar las obras del poeta persa Hafis. En 1823 publicó las *Nuevas Gacelas*, las cuales nada tienen de oriental si no es la forma, manejada por cierto con suma maestría. A consecuencia, sin duda, de su permanencia en Venecia y del estudio de todo lo que hizo por aquel entónces de la literatura italiana, se aficionó en extremo á la forma del soneto, en cuyo metro escribió gran número de composiciones, las que se distinguen en su mayor parte por la pureza

y redondez de la forma y la elevacion y concision del pensamiento.

A medida que iban desarrollándose las facultades poéticas de Platen, se iba este convenciendo cada vez más de que la forma romántica tendia á desviar la literatura alemana del verdadero camino del arte, y en 1826 publicó una comedia, escrita en el estilo de Aristófanes, en que se manifestó adversario declarado de aquella escuela, cuyos principios atacó resueltamente. En breve se trasladó á Italia, en donde la contemplacion de las grandes obras de arte de la antigüedad clásica hizo madurar en él la arraigada conviccion de que la esencia de todo arte estriba principalmente en la belleza de la forma, y que, por lo tanto, debe ser esta belleza el objeto primordial de las aspiraciones del poeta. Dejándose llevar por este impulso, se propuso por modelo á los grandes maestros del arte helénica, y compuso sus inimitables *Odas* ó *Himnos*, en que corren parejas la elevacion del pensamiento con la sencillez y pureza de la forma.

Se comprenderá fácilmente que esta tendencia á la sencillez y pureza clásica no pudo ser parte á popularizar las obras de Platen. En efecto, sus composiciones no arran-

caron de las masas, ni con mucho, tanto aplauso como las de otros ingenios contemporáneos, y no fueron pocos los que le criticaron severamente por ese culto, á su parecer exagerado y casi exclusivo, que rendia á la forma. Pero, á pesar de sus detractores, logró captarse Platen el aprecio de los hombres imparciales en artes y literatura, los cuales no pueden menos de considerarle como uno de los poetas más notables de su época, cuyas obras, merced á la verdad y sublime sencillez del fondo y la pureza y hermosura de la forma, vivirán tal vez más que las de otros ingenios que alcanzaron más popularidad y renombre durante su vida: pues la belleza y la verdad, cuyo fiel apóstol fué, son imperecederas.

AUGUSTO DE PLATEN.

HARMOSAN.

Yace derribado el trono
De los fuertes Sasanidas;
Ya saquean los musulimes
A Gtesifon la magnífica.

Llega Omar, tras larga lucha,
Donde del Oxo en la orilla,
Cadáver sobre cadáveres
De Cósroe el nieto yacia.

Al revistar el botín
El príncipe de Medina,
A un sátrapa le presentan
Que nombre Harmosan tenía.

Fué el último que valiente,
Donde el águila se anida,
Su pecho opuso al embate
De las huestes enemigas.

Mas ; ay triste! la valiente
Diestra, un tiempo tan temida,

Sujeta pesada argolla,
Férrea cadena cautiva.

Torvo Omar le mira, y dice:

— Bien te prueba tu desdicha,
Que es en vano que al Dios nuestro
El idólatra resista. —

— El poder está en tus manos

El sátrapa le replica:

Nunca quien fuere sesudo

Al vencedor contradiga,

Un favor te pido, ajeno

A tu suerte y á la mía:

Que me den de vino un vaso;

Sin beber luché tres días. —

A una seña del caudillo

Llega la grata bebida;

Mas recelando veneno,

Duda Harmosan, y vacila.

— ¿Qué recelas? A su huésped

Nunca engaña el islamita;

Te juro que hasta apurarlo,

No te quitaré la vida. —

Dice Omar, y el persa coge

El cristal que al suelo tira

Sin beber, contra una piedra,

Con viveza repentina.

Desnudando sus alfanjes

Los secuaces del Califá,

A castigar la artimaña

De Harmosan se precipitan.

Mas su furia Omar refrena,

Diciendo: — Si hay en la vida

Algo santo, es la palabra

De un héroe: que el persa viva.

ZOBIR.

Con sed de pillaje y horrores sembrando
Abdala conduce el arábigo bando;

Hacia Africa va:

Y á Trípoli llega la hueste de Alá.

Mas ántes que silien el líbico emporio,

Con hueste crecida parece Gregorio;

Por su alto valor

Le manda Bizancio de gobernador.

Y mientras acosa al fanático coro,

Jinete á su lado, con trenzas de oro,

Con lanza y broquel;

Va su hija hechicera rigiendo el corcel.

Ardor varonil en su pecho latia:

La flecha apuntaba, la lanza blandia;

Y en fiero tropel,

Brillaban cual Vénus, cual Pálas cruel.

Y en torno girando su padre los ojos,

Aguja á los fuertes, anima á los flojos:

— Al campo volad,
Valientes, y fieros á Abdala acosad.

— Y á quien su cabeza me traiga, á fe mia
Hoy mismo le entrego á la bella María.
¿Qué premio mayor?
Daréle su dote de inmenso valor. —

Luchaba el cristiano con doble energía ;
La hueste islamita cobarde cedia ;
La fuga tomó
Abdala, y la muerte en su tienda evitó.

Mas iba en la hueste, y henchido de celo,
Zobir, que era un rayo bajado del cielo,
Se alejó veloz ;
Le hiere la espuela de su ira feroz.

Se acerca al caudillo, y habló — ¿La contien-
[da
Rehuyes, Abdala, cual niño ? ¿ en tu tienda
Soñando te estás ?

¿ Y aún dar al Califa la tierra querrás ?

— La astucia que urdiera en tu daño el
[cristiano
Usar en el suyo bien puede tu mano :
Al punto lo que él

Promete, y ataja su saña cruel.

— Proclama á los tuyos la orden siguiente :
Aquel que al caudillo rival de un fendiente

Le hienda la sien,
Que llame á la bella María su bien. —

Promételo Abdala con alma serena ;
Anima á los suyos ganancia tan buena
Se arroja Zobir,
Y logra á Gregorio su alfanje rendir.

Ya esconde en la villa su oprobio el cris-
[tiano ;
Tras él los musulimes se arrojan, no en vano ;
Ya en cada torreón
Del santo profeta tremola el pendón.

María tenaz la braveza enemiga
Resiste, mas pronto á rendirse la obliga
La tropa cruel.
Llorosa la lleva Zobir en tropel.

Y dice una voz que del corro salia :
— El cándido premio, la bella María,
Traemos por quien

Luchaste, agareno, venciste también. —

Pero él le responde con voz desdeñosa :
— ¿ Al fuerte varon quien seduce ? ¿ quién osa
Tenderme una red ?
Yo lucho por Dios y su altísima ley.

— No corro cual vos tras cristianas mujeres
A tí te abandono, doncella, libre eres.

¿Qué puedes pedir?
Llorar á tu padre y odiar á Zobír.

LA FUNDACION DE CARTAGO.

Huyendo del crudo hermano
Que codicia sus tesoros,
Y en el pecho de Siqueo
Hundió su daga alevoso,
Deja la hechicera Dido
El pátrio suelo sidonio.
Lleva consigo riquezas,
Y los restos del esposo,
A quien fé eterna tributa
Como cumple á su decoro;
Pues amor leal de vinda
Se aparece á amor de novios,
Al zarpar, nobles y siervos
Síguenla en tropel á bordo:
Surcan en altas galeras
El haz azul del mar hondo,
Hasta que playa africana
Recibe alegres á todos.
Manda alzar ciudad altiva
Dido en abrigado golfo:
Golpea en la orilla el hacha;
Caen peñascos á trozos.

Templo, casa, choza y puerto
Fuerte muro ampara pronto;
Luégo la ciudad gobierna
Dido desde altivo solio.
Mas la fama de su encanto
Tiende sus alas de oro.
Era Yárbas su vecino,
Rey de un pueblo valeroso,
El cual la ofrece su mano —
A fé, con altivo tono:
— Si la reina desdeñosa
Mi amor rechaza y mi apoyo,
; Ay de esos muros! ; pudieran
Cual sueño hundirse en escombros! —
Temblando lo oye Cartago,
Que era Yárbas poderoso,
Y los ancianos del pueblo
De Dido acuden al trono.
Ruénganla que estreche el lazo,
Y no entregue á saco y robo
Aquellos lares y templos.
Que ella edificó con gozo.
Pero un mal génio se entrona
De su pecho en lo más hondo:
¿Qué ha de hacer? ¿Oír el ruego,
Y faltar al dulce esposo?
¿O desoirle, y al pueblo
Faltar negándole apoyo?

Pero en alma cual la suya
Es la duda leve soplo :
Sólo lo grande concibe ;
Lo grande ejecuta sólo.

Manda alzar, cual para ofrenda,
Un monton de secos troncos ;
Se adelanta, en él se sube

Llamando á su pueblo en torno :

— No temas Cartago mia,

Del enemigo el enconó :

Libre del suelo brotaste ;

No te hundirás en escombros.

; Abre tus brazos, Siqueo,

Tus brazos abre amoroso ! --

Esto diciendo, una espada

Coge con sereno rostro ;

La hunde en el seno más bello

Que viera el astro glorioso ;

Y al punto en fúnebre urna

Fué encerrado en noble polvo ;

En el templo fué enterrado,

Bajo el árbol grato á Apolo.

Yárbas á Cartago deja

En quieta paz. De tal modo

Fundo la mujer más grande

La ciudad, del mar coloso.

Madrid, 23 de Febrero de 1873.

FEDERICO RUCKERT.

Federico Rückert nació en Schweinfurth (Baviera) el 16 de Mayo de 1789; estudió en la universidad de Jena, y tomó allí mismo el grado de profesor en 1811. En breve dejó el campo de la enseñanza por el de la literatura, y en los años de 1815 á 1817 se distinguió como uno de los principales redactores del periódico el *Morgenblatt*. En 1818 hizo un viaje á Italia, y se detuvo algun tiempo en Roma, en donde hizo un estudio especial de los cantos nacionales. Regresó luego á Alemania, y se fijó en Coburgo, en donde se casó. Los bienes de fortuna que adquirió con su mujer le permitieron dedicarse con independencia á la vida literaria. Habiéndose ocupado en el estudio de las lenguas orien-

tales, especialmente del árabe y del persa aceptó en 1836 una cátedra en la universidad de Erlangen. El rey de Prusia, Federico Guillermo, le llamó á Berlin en 1830, en donde desempeño hasta 1849 el doble cargo de catedrático y consejero íntimo del monarca. En 1849 se retiró nuevamente á la vida privada.

Las poesías de Federico Rückert se distinguen por la elegancia de su estilo y la facilidad y armonía de sus versos. Este poeta maneja la rima, el asonante y la aliteración con una destreza prodigiosa, y juega con las mayores dificultades de la lengua y del ritmo. Publicó su primera colección de *Poesías alemanas* (*Deutsch Gedichte*; Heidelberg, 1814), con el pseudónimo de *Freimund Reinmar*, ó sea *Reinmar de la boca libre*. Forman parte de esta colección los *Sonetos acorazados* (*Geharnischte Sonette*), los cuales respiran ódio contra el extranjero que trató de subyugar su patria. Después de la derrota de los franceses, Rückert, para emplear la expresión poética de un contemporáneo, despojó su lira de la cuerda de bronce, y dió á luz la *Corona del tiempo* (*Kranz der Zeit*; Stuttgart, 1817), en que dominan los sentimientos tiernos y eróticos. Publicó después las *Rosas*

Orientales (*Oestliche Rosen*; Leipzig, 1822), que es una imitación libre de las *Gacelas persas*; los *Cuentos y narraciones de Oriente* (Stuttgart, 1837, 2 tomos); las *Oraciones y meditaciones orientales* (Berlin, 1837, 2 tomos); *Rostein y Surah*, historia heroica (Erlangen, 1838; Stuttgart, 1846); *La Sabiduría de los Brahminos* (Leipzig, 1839), etc. Todas estas obras fueron inspiradas por los estudios hechos por Rückert en los idiomas orientales, con cuya exuberancia no deja de tener muchos puntos de contacto su estilo tierno y florido. Ha dado á conocer también, por medio de traducciones fieles y literales, las obras de varios autores persas, indios y árabes cuales son las *Metamorfosis de Abom Said* (Stuttgart, 1826, 2 tomos; 3.ª edición, 1844); el cuento indio *Nal y Damajanti* (Frankfort, 1828; 3.ª edición, 1845); *Hamasa, ó los antiguos Cantos populares arabigos* (Stuttgart, 1846, 2 tomos); *Ampilkais, el rey poeta* (Ibid., 1847).

Además de sus poesías y traducciones, Rückert ha escrito una comedia política en tres actos, *Napoleon*, y varios dramas que no han añadido hoja alguna á la corona de laurel que ya ceñía su frente; sus títulos son: *Saul y David* (1845); *Herodes el magno* (1844). *El Empedrador Enrique IV* (1845); *Cristobal*

Colón (1843). Por último, en 1839 publicó una *Vida de Jesús*, que no es más que un resúmen sencillo de los cuatro Evangelios. Federico Rückert falleció en 31 de Enero de 1866.



FEDERICO RÜCKERT.

LEYENDA BRAHMINA.

Puede más que la codicia
En el hombre la ambicion;
De un árabe esta noticia
Refiere antigua cancion.

Hassan, le dijo un amigo,
La yegua á robarte van.
Antes lleve mi enemigo
A mi mujer, dijo Hassan.

Invencible en la carrera,
Rauda como el aquilon,
Cifra en su yegua ligera
El árabe su ambicion.

Y á la cama de su tienda,
Para más seguridad,
Aquella noche á su prenda
Encadena su ansiedad.

Pero estando Hassan dormido,
El ladron se deslizó
Junto á su lecho, y sin ruido
Soltó la yegua y montó.

Alerta, grita, en buen hora
Logré tu yegua robar;
Prueba Hassan tú mismo ahora
Si se la puede alcanzar.

Hassan á sus deudos llama,
Y al ladron siguiendo van
Como persigue á la llama
El soplo del huracan

Diéronle caza sin tregua,
Y al irle ansioso á coger,
Se acuerda Hassan que la yegua
Iba su fama á perder.

Si te alcanzo, se decía
Vencida al fin quedarás;

Si te dejo, yegua mía,
Ya de otro dueño serás.

Mas huye, corre ligera;
Que te roben veces diez
Prefiero á que en la carrera
Te alcancen sólo una vez.

Y de una treta se acuerda
Para hacerla desbocar:

Pícala la oreja izquierda,
De pronto empieza á gritar.

Que en tal parte la picaba
Cuando, acosado tal vez,
A desplegar la excitaba
Su indómita rapidez.

No en vano Hassan aconseja,
En daño propio, al ladron;
Pronto atrás á todos deja,
Raudo como el aquilon.

Tu yegua al ladron regalas,
Mírala ya donde va.
Si tú mismo le das alas,
¿Quién alcanzarle podrá?

La tribu así lo critica;
Y él con profundo dolor,
La he regalado, replica,
Pero he salvado su honor.

Me servirá de consuelo
Saber que robada fué,
No vencida; en rauda vuelo
Ni yo mismo la alcancé.

SABIDURIA BRAHMINA.

Una abejita tan sólo
Despierta está en la colmena;
Todas las demás reposan
En dulce quietud serena,

Un capullo solitario
Sobre su tallo florece;
Todos los demás germinan,
Y el aura su sueño mece.

Sólo una flor se sonrie;
Todos en él pensil reposa;
Sólo deja una abejita
La colmena silenciosa.

La abejita solitaria
Va de flor en flor volando;
Las halla á todas dormidas,
Sólo á una halló velando.

Si no hubiera florecido
La abeja, en vano volará;
Si ésta no hubiera volado,
En vano aquélla velára.

¿Supo acaso la abejita
Que estaba la flor abierta?
¿O supo la flor acaso
Que la otra estaba despierta?

¿Cuál de las dos de su sueño
Sacó á la otra que dormía?
Si otro sér no los llamára,
Aún durmieran á porfía.

Séres que en igual deseo
Arden con afan ferviente,
Se hallan y se reconocen
Desde Oriente hasta Occidente.

Séres que en igual deseo
Arden con afan ferviente,
Se buscan, se hallan, y viven
Unidos eternamente.

En un elemento viven
Unidos eternamente,
De Oriente el amor fogoso
Con el amor de Occidente.

AL CANTOR DE AMOR. ®

Si quieres provocar á simpatía
El corazon humano,
No cantes el placer ni la alegría,
Canta el dolor tirano.

Que para muchos séres de este mundo
Nunca existió la dicha ;
¿ Mas quién no ha oído en su dolor pro-
La voz de la desdicha ? [fundo

Madrid, Diciembre de 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

que para muchos seres de este mundo
nunca existió la dicha ;
¿ Mas quien no ha oido en su dolor pro-
la voz de la desdicha ? [fundo

JOSÉ CRISTIANO DE ZEDLITZ.

José Cristiano, baron de Zedlitz, nació en Johannesberg (Silesia austriaca, por el año de 1789; estudió en el colegio de Breslau; abrazó en 1806 la profesion de las armas en clase de oficial de húsares, é hizo la campaña de 1809, siendo ayudante del príncipe de Hohenzollern. No tardó en dejar el servicio militar, y vivió en el retiro que le ofrecian sus posesiones en Hungría hasta el año de 1837, en cuya época fué llamado á desempeñar un servicio extraordinario en el Ministerio de Estado.

En medio de sus ocupaciones diplomáticas halló vagar para cultivar las letras, dando á luz varios tomos de poesías : *Coronas sánesbres* (*Fodtenkraenze*), *La Virgen de los Bosques* (*Waldfraeulein*), etc. La composicion li-

rica que más fama le ha dado, es la *Revista nocturna* (*die naechtticye Heerschau*), inserta en esta coleccion. Esta poesia, tan popular en Alemania, ha sido imitada por Victor Hugo. *La Virgen de los Bosques* es un poema romántico, dividido en diez y ocho cantos, lleno de gracia y de episodios é imágenes tiernas y delicadas; pero la elegancia del estilo raya no pocas veces en culteranismo.

Además de estas obras, ha publicado el baron Zedlitz el *Librito del Soldado* (*Soldaten Buechlein*); *Cuadros del viejo Norte* (*Altnordische Bilder*), y un drama intitulado *Mazmorra y Corona*, que aún se representa en los teatros de Alemania. Por último, ha dado á luz una traduccion del *Childe Harold*, de Biron, y otra de *La Estrella de Sevilla*, de Lope de Vega.

El Baron de Zedlitz falleció en Viena el día 16 de Marzo de 1862.

JOSÉ CRISTIANO DE ZEDLITZ.

LA REVISTA NOCTURNA.

De noche á las doce en punto
Sale el tambor de su tumba;
El ancho campo recorre,
Y el bélico parche zumba.

Con sus descarnados brazos
Las dos varitas sujeta;
Ya redobla una diana,
Ora entóna una retreta.

Del tambor la ronca voz
Con rumor extraño zumba,
Y al oirla los soldados
Se levantan de la tumba.

Y los que en el norte yacen,
Sepultados bajo el hielo,
Y los que en el sur reposan:
Donde les abrasa el suelo,

En la arena del desierto,
O del Nilo en el regazo,
Sus sepulcros abandonan
Con el arma fiel al brazo.

Y á las doce de la noche
Deja el corneta su tumba;
Monta, y en su trompa sopla
Hasta que el eco retumba.

Y en sus ligeros corceles
Acuden los escuadrones,
Armados de mil maneras,
Coraceros y dragones.

Bajo los bruñidos cascos
Sonrien las calaveras,
Y con sus huesudas manos
Blanden sables y banderas.

Y á las doce de la noche
Deja el general su tumba;
El suelo con el trotar
De su séquito retumba.

Lleva un sombrero negro,
Y el capote gris manchado,
Y en su vaina el espadín
Pendiente lleva al costado.

Con su luz amarillenta
La luna el campo ilumina,
Y el hombre de el traje gris
Por el frente se encamina.

Luégo ronca voz de mando
Recorre la extensa fila;
Presentan, y armas al hombro
La hueste entera desfila.

Al rededor de su jefe
Se agrupan los generales,
Y en voz baja al más cercano
Da sus órdenes marciales.

La palabra misteriosa
De fila en fila resuena:
« ¡Francia! » Tal es la consigna,
Y la seña « ¡Santa Helena! »

Es la parada á que asiste,
A la media noche en punto,
En los Eliseos campos
El emperador difunto.

LA ERMITA DE LA ALDEA,
Pasando por un lugar
Un dia en hora temprana,

Vine á una ermita á parar,
Y en ella movióme á entrar
La alma voz de la campana.

Poca gente en ella habia,
El pueblo estaba segando;
Misa un anciano decia,
El pan de la Eucaristía
En el ara consagrando.

Y ví acercase al altar
Una madre con su niño,
Y en su rostro ví brillar,
De su pura fe á la par
La llama de hondo cariño.

Con piadoso corazon,
De manos del buen anciano
Toma el pan de salvacion,
Y llena de devocion
Al cielo mira, y no en vano.

Y con la forma en la boca
Da un ósculo maternal
Al niño con pasion loca;
Y á él tambien su parte toca
De aquel manjar celestial.

¿Qué habrá que igual al amor
De una buena madre arda?
Pródiga del bien mayor,

Ni áun el cuerpo del Señor
Para sí tan sólo guarda.

Vete en paz, ¡oh mujer pura!
Premie el cielo tu honda fé,
Y á tu tierna criatura
Colme de paz y ventura,
Dicha y salvacion la dé.

Triste del templo salí,
En una tumba pensando,
Do estaba, léjos de allí,
La mejor que conocí
De las madres reposando,

Como el ave generosa
Que al pecho sus hijos cria,
La madre que allí reposa.
Su sangre toda, piadosa,
Por sus hijos dado habria.

Madrid, Diciembre de 1871.



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE BUNN
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

HOFFMANN DE FALLERSLEBEN.

Augusto Enrique Hoffmann de Fallersleben nació el 2 de Abril de 1798 en Fallersleben, en el Mecklemburgo, de cuya localidad era su padre negociante y corregidor. Logró fama de alumno estudioso y despejado en Helmstedt y Brunswick, donde cursó sus primeros estudios, y pasó luego á las universidades de Goettinga y Bonn, con objeto de graduarse en teología; pero se dedicó con preferencia, en compañía de los hermanos Grimm, al estudio de la filología y de la literatura. En 1820 dió á luz los *Fragmentos de Otfried (Bonne Bruchstücke von Otfried)*. Empezó luego una excursión literaria á las orillas del Rhin y á Holanda, con propósito de recopilar los restos de la poesía popular de la Edad Media, diseminados por los pueblos

de aquellas comarcas; se dirigió de allí á Berlin, y en 1823 fué nombrado conservador de la biblioteca de Breslau, y más adelante catedrático de la universidad. En todo este tiempo no dejó de ejercitar y perfeccionar su natural disposición para la poesía. Una de sus primeras obras, *Cantos no políticos (Unpolitische Lieder)*, motivó su destitución en 20 de Diciembre de 1842 por orden especial del Rey, cuya medida le hizo á la vez sumamente popular. Hasta el año 1843, en que regresó á Mecklemburgo, Hoffmann de Fallersleben pasó su vida viajando y ocupado en el estudio de las lenguas y literaturas extranjeras. En 1848, obtuvo permiso para entrar en Prusia, y el Rey le hizo merced de una pensión. No tomó parte alguna en el movimiento revolucionario que por entonces estalló en Alemania, y en 1849 se retiró á vivir tranquilamente á orillas del pintoresco Rhin. En 1854 pasó á Weimar, en donde redactó, en colaboración con Schade, el *Anuario* de aquella ciudad, y en 1861 fué nombrado bibliotecario del Duque de Ratsbör.

Hoffmann de Fallersleben es por excelencia el cantor de las clases humildes, de los campesinos y soldados, y su estilo se distingue por cierta sencillez, no falta de

energía. Sin ser músico consumado, ha adaptado algunas de sus poesías á melodías fáciles de su propia composición, las cuales quedan hondamente impresas en la memoria de todos los que una vez las hayan oído. Sus principales obras poéticas son las *Canciones germánicas* (1826), *Poesías* (1834), *Cantos no políticos* (1840-1841), *Cantos populares de la Silesia, con melodías* (1842); *Canciones germano-helvélicas* (1843), *Cincuenta canciones para niños* (1843), *Cincuenta canciones nuevas para niños* (1845), *Cuarenta canciones para niños* (1847), *Cien canciones para estudiantes, el Cancionero popular alemán* (1848); *Diabolini* (1847), *Cantos de amor* (1850), *Ecos de la patria* (1850), *La vida á orillas del Rhin* (1851), *Canciones guerreras* (1851), etc.

Ha escrito, además, gran número de obras literarias, filológicas y de historia, cuales son : *Horae belgicæ* (1830-1852), *Materiales para una historia de la lengua y de la literatura alemana* (1830-1837), *Historia del canto religioso alemán hasta el tiempo de Lutero* (1832), *Reincke Vos* (1834), *Fragmenta theoliscæ* (1834), el *Canto de Luis (Ludwigslied)*, recientemente descubierto en Valenciennes (1837), *Bosquejo de la filología alemana* (1836), *Antigüedades alemanas* (1835-1840), *Catálogo*

de los viejos manuscritos alemanes de la biblioteca real de Viena (1841), *Poesías políticas de la antigua Alemania* (1843), *Canciones de sociedad alemanas de los siglos XVI y XVII* (1844), *Materiales para una historia de la literatura alemana* (1845), *Theophilus* (1853), etc. Hoffmann de Fallersleben ha contribuido, además, con artículos filológicos y literarios á la colaboración de las principales revistas de Alemania.

HOFFMANN DE FALLERSLEBEN.

LA CONFESION.

Al templo iba una niña sus pecados
A confesar contrita,
En lágrimas los ojos arrasados,
Y en un papel escrita
La historia de sus culpas y su cuita.

Al pié del sacerdote se arrodilla,
Le da en la mano un beso,
Toda confusa y roja la mejilla :
— Culpada me confieso,
Padre, perdon, de hoy más tendré más seso.

¿Cómo he de perdonarte, desdichada,
Su ignora te delito?
La pobrecilla ya no sabe nada
De su pecar maldito,
Pues se perdió el papel en que iba escrito

Por dicha ese papel cayó en mis manos :
Revelar no debiera
Del misterioso escrito los arcanos,
Porque si tal hiciera,
Tambien mis propias culpas os dijera.

Ved los delitos que la niña llora.
Decia así el primero :
— Me ama con frenesí — luégo : me adora
Y así hasta el postrimero
Todo era amor, todo era amor sincero.

CANTO DE ALEGRIA.

Quiero entonar un canto de alegría,
Quiero olvidar mis penas y mi duelo,
Quiero que con la alondra el alma mia
Tienda sus alas hácia el claro cielo.

De flores coronado el rubio estío
Me abre su corazon para consuelo,
Por eso quiero yo que el canto mio,
Como la alondra, se remonte al cielo.

Mi voz escucha el ave en la enramada,
La flor que brota del fecundo suelo.
¿Ignorarás tú solo, niña amada,
Mi tierno amor, y mi constante anhelo?

EL AGUA Y EL VINO.

Decid : ¿ Quien hizo el agua, quien el vino?

¡ Llenadme de agua el vaso cristalino!

El agua es obra del poder divino,

El agua es celestial, humano el vino.

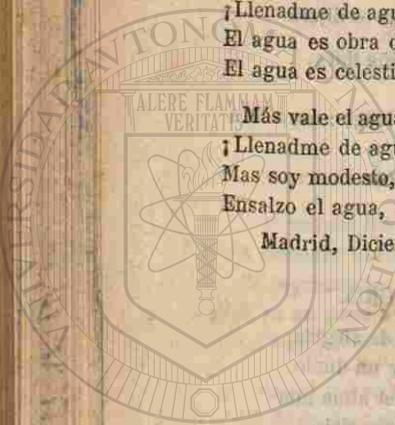
Más vale el agua, mucho más que el vino.

¡ Llenadme de agua el vaso cristalino!

Mas soy modesto, humilde es mi destino;

Ensalzo el agua, pero bebo el vino.

Madrid, Diciembre de 1871.



ROBERTO PRUTZ.

Roberto Ernesto Prutz nació en Stettin (Prusia) en 30 de Mayo de 1816; estudió en las universidades de Berlin, Breslau y Halle; se graduó de doctor en filosofía en 1838, y no tardó en darse á conocer como escritor. Perseguido constantemente por sus ideas políticas durante los años de 1840 á 1847, tuvo una vida errante, viviendo, ya en Dresde, ya en Jena, ya en Halle, ya en Hamburgo. Su influjo con el partido democrático moderado de Berlin fué grande mientras duró el movimiento revolucionario de 1848; pero despues de la victoria alcanzada por el Gobierno en el mes de Noviembre, dejó la política, y se fué á vivir tranquilamente en Stettin. Al año siguiente fué nombrado catedrático de historia literaria en la universidad de Halle. En 1859 hizo dimision de su desti-

no, y se retiró á la ciudad nativa, en donde dió varios cursos libres de historia y literatura.

Roberto Prutz ha dado á luz gran número de obras, que le han conquistado un puesto distinguido entre los escritores alemanes. Sus novelas sobre todo gozan de gran fama. Citaremos las principales : *La Cuñada* (1831), *El Angelito* (1831) y *Fénix* (1831). Ha publicado, además, cuatro tomos de *Obras dramáticas* (1847-1849), dos colecciones de *Poemas* (1844 y 1849), y otras varias obras históricas y literarias: *Los Poetas de Goettinga* (1841), *Historia del periodismo alemán* (1843), *Historia del teatro alemán* (1847), *La literatura alemana contemporánea* (1847), *Historia de diez años* (1840 á 1850), *Ensayos políticos y literarios* (1847), *Habladuras políticas* (1845), en las que ha imitado con bastante acierto el estilo de Aristófanes. En 1851 Prutz tomó á su cargo la direccion de la importante revista intitulada *Deutsches Museum*. Las últimas producciones de Roberto Prutz son dos obras poéticas, *Mayo de 1866* y *Julio de 1866*; la primera le costó el estar un mes en la cárcel por agravios inferidos á la persona del Monarca.

ROBERTO PRUTZ.

LEJOS DE ELLA.

En su jardin está mi bien ahora,
En el verjel que el sol poniente dora;
Y aunque la vista tienda indagadora,
No me verá venir.

Coge una rosa y piensa en mi partida,
Triste la faz y la calor perdida;
Pronunciará mi nombre enternecida,
Y no la podrá oír.

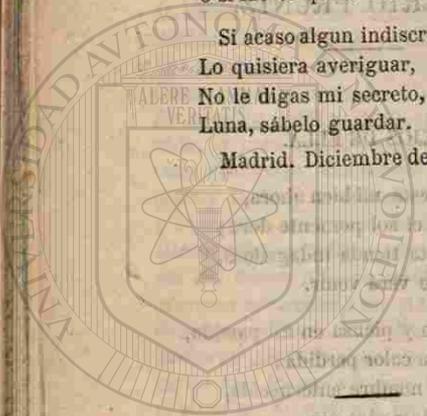
HABLA UNA NIÑA

Blanca luna, que testigo
Fuiste de mi dulce amor,
Al pensar que con mi amigo
Me viste, siento rubor.

No me acuerdo, lo confieso,
De lo que anoche pasó;
No sé si le di yo un beso,
O si fué él quien me lo dió,

Si acaso algun indiscreto
Lo quisiera averiguar,
No le digas mi secreto,
Luna, sábelo guardar.

Madrid. Diciembre de 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

MAURICIO HARTMANN.

Mauricio Hartmann nació el día 5 de Octubre de 1821 en Duschnik en Boemia; estudió filología y filosofía en las universidades de Praga y Viena, y en esta última capital contrajo amistad íntima con el poeta húngaro Nicolas Lenau. Después de haber recorrido á pié casi toda Italia, Suiza y Alemania, se fijó en 1844 en la ciudad de Leipzig, en donde dió á luz su primera colección de poesías líricas y épicas, con el título de *El Cáliz y la Espada* (*Kelch und Schwert*, Leipzig, 1843, ediciones varias). Esta colección de poesías logró muy pronto gran fama en Alemania; pero por el espíritu de independencia y las alusiones políticas que encerraba, desencadenó sobre su autor la ira del Gobierno austriaco. Juzgando su posición poco segura en Leipzig, emigró á París, en cuya capital

pasó la mayor parte del año de 1846 ocupado en estudios filológicos é históricos. Creyendo entónces que la cólera del Gobierno austriaco contra él se habria aplacado, regresó á Leipzig, y con nombre fingido se atrevió á penetrar en Austria; pero la policia tuvo noticia de su llegada, y dió pasos para prenderle, de suerte que, despues de verse en mil apuros por no caer en poder de sus enemigos, no le quedó otro recurso que el de emigrar nuevamente. Al año siguiente, habiendo oido que habia sido resuelto favorablemente el proceso que le seguia el Gobierno austriaco, regresó á Praga. Pero tan buena noticia resultó ser falsa, y fué preso inmediatamente. Merced á la mediacion de algunos personajes influyentes, y de la promesa que hizo á las autoridades de no alejarse del término de Praga, logró salir de la cárcel en tanto que se resolviera la causa en que estaba complicado. Por esta época escribió una tragedia intitulada *Son pobres* (*Sicsind arm*); pero fué prohibida por la policia y no pudo ser representada ni impresa.

La revolucion de 1848 devolvió á Hartmann la libertad que el Gobierno austriaco le habia arrebatado. Tomó una parte activa en los sucesos políticos de aquella época re-

vuelta: como jefe del partido aleman de Bohemia, fué nombrado presidente del Comité nacional; más adelante fué enviado á Viena á pedir del Gobierno austriaco, en nombre de su partido, el derecho de enviar diputados á la Asamblea de Frankfort, y al negárselo dicho Gobierno, volvió á Praga, y proclamó ese derecho sin pedir más autorizacion. El pueblo respondió á su patriótico llamamiento, y las elecciones se verificaron el dia 10 de Mayo de 1848. Elegido él mismo por varios distritos, aceptó la representacion de la ciudad de Leitmeritz, y fué á ocupar su puesto de diputado en el Parlamento de Frankfort en las filas de la izquierda. Mientras duró la legislatura, no dejó de ocuparse con ahinco en las tareas parlamentarias. Con el auxilio del patriota Blum, de Meipzig, y algunos de sus colegas, logró apaciguar á los habitantes de Frankfort durante las funestas jornadas de Setiembre. El comandante del ejército central propuso que se diese un voto de gracias á Hartmann, pero este renunció á tal distincion. En el mes de Octubre fué enviado á Viena con Blum, á fin de imprimir á la revolucion que en aquella capital acababa de estallar, sello de movimiento nacional aleman; se le confirió el grado de oficial de

uno de los cuerpos distinguidos, y no cesó de luchar hasta el último momento á los órdenes del general Bem. Tomada la ciudad por Windischgraetz, Hartman logró evadir el funesto fin que cupo en suerte á la mayor parte de sus compañeros de armas. Se fugó á Frankfort, en donde la inviolabilidad de diputado le ponian á salvo de ser preso y ejecutado sumariamente, como había acontecido á su compañero Blum, y publicó allí su famosa *Cronica rimada de fray Mauricio* (*Reimchronik des pfaffen Mauritius*; Frankfort, 1849), en cuyo poema satírico criticó la falta de energía del Parlamento, á quien echaba la culpa de las recientes desgracias; 30.000 ejemplares de esta obra fueron despachados en pocos dias.

Hartmann pasó á Stuttgart con el último resto del Parlamento, que por fin fué disuelto por los soldados del rey de Wurtemberg. Arrojado de su patria, recorrió muchas comarcas de Suiza, Inglaterra, Escocia, Irlanda y Francia, y en 1850 se estableció en París. En 1854 fué á Crimea en clase de corresponsal de la *Gaceta de Colonia*. Las excelentes crónicas que desde el teatro de la guerra de Oriente remitía á dicha publicación, fueron reproducidas por los periódicos alemanes,

franceses, ingleses y rusos. Pero antes de terminarse la guerra, una enfermedad peligrosa le obligó á regresar á París. Despues de viajar por Dinamarca, Alemania, Suiza é Italia, se detuvo por algun tiempo en Ginebra, en cuya Academia dió un curso de historia y litteratura alemana. En 1863 regresó á Stuttgart, en donde, dos años despues, se encargó de la direccion de un periódico intitulado *La Freya*.

Hartmann es autor de otros varios escritos, los cuales han contribuido á colocar su nombre entre los más distinguidos poetas y escritores de la moderna Alemania; sus títulos son: *Nuevas Poestas* (1847), coleccion de poesías y meditaciones filosóficas; *La guerra del bosque* (1850), novela historica; *Adan y Eva* (1850), idilio; *La Sombras* (1852), poesias; *La Provenza y el Languedoc* (1853), impresiones de viaje; *Las Poestas de A. Petoesi* (1851), dos tomos de *Cantos populares* y otros dos tomos de *Novelas* (1858-1859): por último, tomó parte activa en la colaboracion de varias revistas literarias, especialmente en la del *Deutsches Museum*, de Prutz, y del *Jahrhundert*.

MAURICIO HARTMANN.

EL VELO BLANCO.

En cárcel tenebrosa encadenado
El fuerte donde yace honor de Hungría,
A bochornosa muerte condenado,
Porque la saña impía
Del déspota imperial retó valiente,
Y en rebelion apoyo dió á su gente.
Harto entre siervos de vivir cual siervo,
Por sacudir el vergonzoso yugo,
La vida entrega á manos del verdugo.

Apénas cinco lustros cuenta el conde,
Y ya la muerte espera. ; Y cómo ! ; Y dónde !
En la horca el ala funebre del cuervo
Mañana rozará su noble frente.
Pero él, risueño en tanto,
Tranquilo duerme sin dolor ni llanto.

Mas ; ay ! de duelo lágrimas sin freno
Vertió no há mucho en el maternc seno :
— ; Mañana, ay madre ! ; dó estará tu hijo ?
; Que presto he de morir ! ; Con qué prolijo
Tormento me despido de la vida,
Ora que empieza á ser dulce y querida !
; Adios mis verdes lauros, los honores
Que me ofrecia pródiga la suerte !
; Dichas y gloria, adios ! ; Adios, amores !
; Es implacable el dardo de la muerte !
Mil veces en la lid la he afrontado
Con júbilo, sin miedo ;
Mil veces la he retado,
Teniéndola en la lucha tan cercana,
Y al verla no he temblado,
Y ay, madre mia, temblaré mañana !

La madre contestó : No tiembles, hijo ;
Ante la régia silla
Iré á doblar humilde la rodilla.
En ella frio un déspota se sienta ;
Mas de una madre el duelo
Ablandará su corazon de hielo,
Y cuando hicieres el fatal camino
Vuelve tu vista á mí, de tu destino
Cierta señal te haré, feliz ó adversa.
Sí me ves ondear un negro velo,
Prepárate á morir ; fin á tus penas

Pronto dará la muerte.
Ve á ella con valor, con pecho fuerte;
¿No es húngara la sangre de tus venas ?

Pero si ves cubierta
Mi faz de un blanco velo,
No tiembles, no ; tu salvacion es cierta,
Y de tu madre el duele
Habrá ablandado el corazon de hielo
Del déspota inhumano.
No tiembles, hijo, aunque el cruel verdugo
Tu cuello agarre con sañuda mano.

Por eso duerme tan tranquilo el conde
En la postrera noche de su vida :
La muerte de su vista el dardo esconde,
Y engañador le muestra el blando sueño,
En porvenir risueño de su madre
Envuelto en blanco tul la faz querida.

Llega al fin la mañana ;
Vibra la hueca voz de la campana,
Y en negra procesion la cárcel deja
El jóven conde. Con amarga queja
Las damas de sus altos miradores,
Por despedida lágrimas y flores
Llueven sobre el doncel ; pero él ne acierta
A distinguir á alguna ;

Tan sólo en lo alto ve de una tribuna
La amada faz de blanco tul cubierta.

El jóven conde va con firme paso
En medio de aquel lúgubre cortejo ;
Su corazon no tiembla, ni hace caso
De los sayones que con saña fiera
Le hacen subir el último peldaño :
Con soga al cuello áun el perdon espera.

¿Y el velo blanco?... Fué piadoso engaño
Que urdió una madre con amor prolijo
Para no ver morir, temblando, á un hijo.

Madrid, Diciembre de 1871

JULIO MOSÉN.

Julio Mosen nació en Mariency, aldea de Sajonia, el 8 de Julio de 1803. Su padre fué maestro de escuela, y hombre dotado de facultades superiores al modesto cargo que en dicha aldea desempeñaba. El joven Mosen recibió, por lo tanto, una educación rudimentaria sólida, y pasó á completar sus estudios á la universidad de Jena. La muerte de su padre y la necesidad en que se vió de mantener á su familia, fueron causa de que suspendiese por algun tiempo sus estudios, que prosiguió luego en Leipzig. De regreso, de un viaje á Italia, se estableció en Dresde; abrió su bufete de abogado, y no tardó en conquistarse una sólida reputacion. En 1840, la universidad de Jena le confirió el título de doctor en filosofía. En 1844 fué llamado al teatro de Oldemburgo, de cuya direccion se encargó con el título de consejero. Debíó esta distinción á varias obras líricas y dra-

máticas, no todas de un mérito sobresaliente, es verdad, pero exornadas todas ellas con galas de estilo, con fábulas ingeniosas y caractéres bien dibujados.

Sus principales obras son : *Canto del caballero Wasa* (1831), su primera composicion; *Ahasuero* (1838), epopeya mística del género oscuro y retumbante; *Poesías* (1836), estas composiciones respiran elevados sentimientos y amor de libertad; una de las más populares de ellas es la de *Los últimos diez del cuarto Regimiento*, inserta en esta coleccion. Sus principales producciones dramáticas son las siguientes : *Nicolas Rienzi*, *Los Novios de Florencia*, *El Emperador Othon III*, *Wendelin y Helena*, *Bernardo Weimar*, *El Hijo del Príncipe*, *Juan de Austria*, la comedia *La Apuesta*, etc.

Julio Mosen goza tambien de gran fama como narrador. De sus cuentos y novelas, que se distinguen por su ironía delicada, su estilo natural y sencillo, los más notables son : *Jorge Venlot* (1831), *El Congreso de Verona* (1842), *La Flor Azul* y *la Nostalgia*, impresas en el periódico *la Urania*, y dos tomos de novelas pastorales : *Sobre el césped*.

JULIO MOSÉN.

LOS ÚLTIMOS DIEZ.

Juramos en Varsovia mil valientes
No disparar en la árdua lid sagrada
Ni un sólo tiro, y atacar vehementes
Con bayoneta en el fusil calada.
Polonia, en medio del mayor tormento,
No olvida nunca al cuarto regimiento.

Y cuando en torno á Praga combatimos,
Ni un sólo tiro, ni uno disparamos;
Y cuando al opresor allí rendimos,
Con nuestras bayonetas le arrollamos.
Praga dirá con qué guerrero aliento
Vertió su sangre el cuarto regimiento.

Y cuando el enemigo muerte horrenda
Nos disparaba en Ostrolonka fiero,

Las bayonetas nos abrieron senda
Por donde herir su corazón artero.
No olvidará Ostrolonka el ardimiento
Ni el arrojó del cuarto regimiento.

Aunque en las filas se ensaña la muerte,
Con nuestra bayoneta no cejamos;
Y aunque adversa en la lid nos fué la suerte,
Ni un tiro, ni uno sólo disparamos.
Allá do corre el Vistula sangriento
Vertió su sangre el cuarto regimiento.

La amada pátria ; ay triste ! está perdida.
No preguntéis quién busca su derrota,
; Ay de tus hijos, tierra desvalida,
De cada herida roja sangre brota !
Si preguntais quién sufre más tormento,
Dirá Polonia; el cuarto regimiento.

Adios, hermanos, que en la lid rendidos
Vimos caer luchando á nuestro lado.
Aún vivimos nosotros mal heridos.
La pátria ha muerto; así lo quiso el hado
Dios nos depare fin ménos cruento :
No hay más que diez del cuarto regimiento.

De un día al pardo albor diez granaderos
De Prusia traspusieron la frontera,
Tristes marchando, adustos y severos.

Se oye un ronco : • ¿Quién va? • Con pena fiera
Uno responde : • Sin hogar ni aliento,
Diez hombres son del cuarto regimiento. •

Madrid, Diciembre de 1871.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

GUILLERMO DE HUMBOLDT.

Cárols Guillermo, baron de Humboldt, hermano del célebre Alejandro de Humboldt, el hombre más sábio de nuestra edad, nació en Potsdam (Prusia) en 22 de Junio de 1767. Su padre, Jorge de Humboldt, fué comandante de ejército y chambelan del Rey. Guillermo de Humboldt, lo mismo que su hermano Alejandro, hizo sus primeros estudios bajo la direccion del célebre filántropo Joaquín Campe, que desempeñó el cargo de preceptor en casa del Baron de Humboldt, Más adelante fué reemplazado Campe por el joven, pero austero sábio Kunth. En esta primera época ejérció gran influjo sobre el espíritu de Guillermo de Humboldt el filósofo Engel, preceptor tambien del Rey Federico Guillermo III. El primer trabajo de Hum-

boldt fué un estudio, compuesto por él á los diez y nueve años, sobre Dios, la Providencia y la inmortalidad del alma, segun las teorías de Sócrates y Platon. En 1788, despues de haber frecuentado por espacio de algunos meses las aulas de la universidad de Frankfurt sobre el Oder, Guillermo de Humboldt pasó á Goettinga, en cuya universidad asistió á las clases de filología del illustre Heyne,

Veinte y dos años tenia cuando estalló la revolucion francesa, y educado como le habia sido por discípulos de Rousseau, acogió con entusiasmo la noticia del levantamiento liberal en Francia. En Julio de 1789 partió á París en compañía de su antiguo preceptor Campe, con el cual se detuvo en dicha capital hasta el mes de Setiembre. Los sucesos que en Francia habia presenciado en este trascurso no dejaron de hacer honda impresion en su alma, y dos años despues publicó su primera obra, ó sea un programa de filosofía política, formulado en vista de los acontecimientos que acababan de verificarse en Francia. En 1792 esta obra apareció en el *Berliner Monatschrift*, con el título de *Ideas acerca de la nueva Constitución del Estado, inspiradas por la nueva Constitución francesa*. En el mismo año compuso otra obra política

análoga, pero que no fué publicada hasta despues de su muerte.

Guillermo de Humboldt siguió en filosofía la escuela de Kant, y profesó una especie de estoicismo, no severo y triste como el de Marco Aurelio y Epicteto, sino consolador y entusiasta. En 1792 se dedicó con preferencia al estudio de las antigüedades clásicas, asistiendo á la cátedra del sábio Wolf en la universidad de Halle. Por esta época publicó Humboldt un *Ensayo sobre los griegos* que llamó mucho la atención de los helenistas de Halle y Jena. Wolf, Dalberg y Schiller acogieron este estudio con gran entusiasmo. En 1791 se casó Humboldt con la señorita Catalina Dacheroden, mujer ilustrada y de talento no comun. En 1793 estrechó Humboldt su amistad con el autor de *Wallenstein*, el immortal Schiller, con quien vivió en íntima relacion social y literaria en Jena. Por esta época se reunieron en la apacible ciudad de Jena, Schiller, Goethe, Schlegel, Fichte, Guillermo de Humboldt y su hermano Alejandro, de quien dice Goethe en una carta á Knebel que « esparcia en derredor suyo los dones de su saber como la diosa de la abundancia sus bienes. » Goethe trabajaba entónces en su *Hermann y*

Dorothea; Schiller estaba ocupado con su estética; Schlegel traducía á Shakspeare, Humboldt el *Agamemnon*, de Esquilo, mientras que Fichte empezaba á asombrar al mundo con la exposicion de su audaz filosofía. Pocos años despues hizo Humboldt un viaje á París, de donde dirigió á Schiller en 1799 un *Estudio estético sobre Hermann y Dorothea*. En la primavera de 1797 emprendió con su familia, y en compañía de su hermano Alejandro, un viaje á Italia; pero los trastornos que estallaron en Europa poco despues de la paz de Leoben, le obligaron á suspender su ida á Roma y á Nápoles, y á dirigirse á París. Año y medio permaneció en la capital de Francia, recorriendo academias, teatros y bibliotecas, al cabo de cuyo período partió para España, en donde se detuvo por espacio de seis meses. La descripción de su visita al monasterio de Monserrat es uno de sus mejores escritos, y encantó á Goethe y Schiller, á quien su autor la remitió desde España. Aprovechó la ocasion que este viaje le ofrecia para recoger notas y hacer minuciosos estudios acerca del dialecto vascongado y el origen de las lenguas, sobre cuyo tema publicó despues una obra interesantísima. En 1801 regresó á Alemania, y al año si-

guiente partió nuevamente para Roma en clase de representante del Gobierno prusiano, cerca de la Santa Sede. Durante su permanencia en la ciudad eterna compuso Humboldt varios poemas filosóficos, entre otros el que lleva por título *Roma*, y la elegía á *Alejandro Humboldt*. Frecuentaban sus salones Mad. de Staël, Schlegel, Tieck, Welcker, Pablo Luis Courier, Thorwaldsen y Cristiano Rauch.

Esta vida feliz de que en Roma gozaba Humboldt fué turbada, primero por la muerte de Schiller, que acaeció en 1805, luego por la derrota sufrida por Prusia en Jena en 1806. En 1808 Humboldt fué llamado á Berlin por el Gobierno, que le confió la dirección de la Instrucción pública y de los cultos, en el desempeño de cuyo cargo tuvo ocasion de desplegar toda la nobleza y actividad de que era capaz su portentoso talento. La fundacion de la universidad de Berlin, 1810, en medio de la zozobra y desventuras de la derrota, es indudablemente una de las mayores glorias de Prusia, y fué obra de Guillermo de Humboldt. No queriendo compartir la responsabilidad en que incurria ante las generaciones futuras el débil é irresoluto Ministerio que á la sazón empuñaba las riendas

del poder en Prusia, Humboldt hizo dimision de su destino de Director de instruccion pública, y fué nombrado en Junio de 1810 Ministro plenipotenciario cerca de la corte de Viena. En 1813 Humboldt representó á Prusia en el Congreso de Praga, y con su ejemplo y con sus consejos contribuyó no poco á que el conde de Metternich se resolviese á entrar en la alianza de las grandes potencias de Europa contra Napoleon. Al recibir esta noticia, el baron de Stein, el Ministro prusiano destituido y perseguido por el Emperador de Francia, lanzó un grito de alegria, y no vaciló en atribuir este resultado favorable al influjo ejercido por Guillermo de Humboldt sobre los consejeros del Emperador de Austria. En todas las conferencias diplomáticas que se verificaron en Europa en 1813 y 1814, Humboldt representó á Prusia, distinguiéndose por su habilidad política y destreza en las negociaciones. *El Mercurio del Rhin* decía de él: «es despojado y frio como el sol de Diciembre», y M. de Talleyrand, que más de una vez se vió apurado en el Congreso de Viena por los argumentos de Humboldt, dijo hablando de él un dia: «No hay en Europa tres hombres de Estado de su talla.»

Por esta época combatió Humboldt la in-

fluencia que ejercia el Emperador Alejandro de Rusia en Austria y Alemania; y cuando este concertó con el Rey de Prusia y el Emperador de Austria la *Santa Alianza* exigió de Federico Guillermo III que no comunicase tal proyecto á Humboldt antes de su definitiva realizacion. Humboldt combatió tambien en un folleto el proyecto formado por el Ministro Stein de dar á la casa de Hapsburgo la supremacia en el imperio aleman.

Desde 1815 hasta 1820 siguió Humboldt desempeñando importantes destinos en el Gobierno de su patria. Pero el Gobierno reaccionario y despótico que reemplazó al Gobierno liberal y entusiasta que habia inaugurado y llevado á cabo la lucha contra Francia, le destituyó en 31 de Diciembre de 1819. Esta desgracia, que es una de sus mayores glorias, le obligó á volver al campo de las letras y del estudio. En Junio de 1820 leyó ante la Academia de las Ciencias de Berlin una Memoria sobre la filología comparada, que vino á ser como el programa de los trabajos que iban á ocupar los últimos años de su vida y á inmortalizar su nombre. Guillermo de Humboldt es el verdadero creador de la filología comparada. Sus conocimientos lingüísticos eran asombrosos. Es-

tudiaba y conocia con la misma precision las relaciones que existen entre la lengua vascongada y los dialectos de los antiguos pueblos moradores de España, como las que existen entre el sanscrito y el idioma de los habitantes de Java. Su obra más importante lleva por titulo: *La lengua kasvi en la Isla de Java*, 3 tomos. Este libro era la primera piedra del monumento filológico que Humboldt pensaba erigir, estudiando y comparando todas las lenguas que forman la gran cadena que liga á los pueblos del extremo Oriente con los de Occidente.

Guillermo de Humboldt pasó los últimos años de su vida rindiendo culto á la ciencia, á la filosofía y á la religion, rodeado de los tranquilos goces de la familia. Humboldt creia que tan sólo alcanzarían una existencia futura aquellas almas cuyos merecimientos en esta vida las hubiesen elevado por cima del vulgo de las almas. Imbuido en esta creencia, no es extraño que aguardase su última hora lleno de confianza en el porvenir. Hasta su muerte fué ejemplar en el trabajo como en la lealtad y la virtud. Su esposa, Catalina Humboldt, la fiel compañera de sus trabajos y triunfos, murió en 1829. Tres años despues vió morir al autor de *Faust*. De los amigos

de su juventud, de aquella generacion de gigantes, ya no quedaba más que su hermano. Agotadas sus fuerzas por largas vigiliass y casi ciego, Guillermo de Humboldt murió el 8 de Abril de 1833, á los sesenta y ocho años de edad, en todo el vigor de su inteligencia; y exhaló su alma tranquila y resignada, miéntras recitaba versos de algunos de sus poetas favoritos. Las *Obras completas de Guillermo de Humboldt* fueron publicadas con un prólogo, escrito por su hermano Alejandro de Humboldt; Berlin, 7 volúmenes, 1841.

GUILLERMO DE HUMBOLDT.

LAS NUBES.

Flotando van las nubes por el cielo,
Ya sueltas una á una, ya apiñadas;
Ya rojas aparecen, ya nevadas.
Ya negras como noche de hondo duelo.

Así las gentes viven en el suelo,
Con el mundano ornato engalanadas;
Se juntan, se separan despechadas,
Como la bruma en inconstante vuelo.

Pero implacable sobre sus cabezas
Cierne sus alas el poder divino,
Sin reparar en míseros anteojos.

No le avasallan ruegos ni proezas;
A cada cual señala su destino,
Que es fuerza obedecer con ciegos ojos.
Madrid, Diciembre de 1871.

NICOLAS LENAU.

Nicolás Lenau nació en Csatad, en Hungría, el 15 de Agosto de 1802. Su verdadero nombre era *Niemboch de Strahlenau*, pero nadie le conoce sino por el de Lenau. Estudió en la Universidad de Viena, y se aplicó á la jurisprudencia, y más adelante á la medicina y ciencias naturales. Emprendió luego un viaje, primero por Hungría, y luego por toda Europa, y en 1832 pasó á América. De esta época datan sus primeras poesías. Después de su regreso del Nuevo Mundo vivió alternativamente en Viena, Ischl y Stuttgart. En esta última población, en 1844, le acometió un enajenamiento mental en el momento en que iba á partir para Frankfort, sobre el Mein, donde le estaba aguardando su prometida esposa. Fué conducido al ma-

nicomio de Winnethal, y de allí al de Oberdoehbling, cerca de Viena, en donde murió en 22 de Agosto de 1850.

Su primera coleccion de *Poesias* fué publicada por Gustavo Schwab (1832), y no dejó de llamar la atención del público. En 1838 dió á luz una segunda coleccion de *Poesias nuevas* (*Neuere Gedichte*). Estas dos colecciones fueron publicadas más adelante en dos tomos, con el titulo de *Gedichte* (Stuttgart, 1852). El primer tomo alcanzó 14, el segundo 12 ediciones. A estas *Poesias* debe Lenau su reputacion y la fama de ser uno de los primeros poetas líricos de Alemania. Su estilo es enérgico, original y lleno de sentimiento en las composiciones tiernas. Las áridas llanuras de su patria, con sus sauces, sus yeguas, sus gitanos, sus ventas y bandidos, son los asuntos que con más maestria y predileccion ha cantado la lira de Lenau, melancólica como las llanuras cuya soledad describe. En 1836 publicó un poema épico-dramático, intitulado *Faust*, del cual ya nadie se acuerda. Al año siguiente dió á luz el poema épico *Savonarola*, y en 1841 otro poema de grandes dimensiones, *Los Albingenses*, entrambos de escasisimo mérito. Después de su muerte, su amigo Anastasio

Grün publicó algunas *Poesias póstumas* suyas, entre otras una que se intitula *Don Juan* (Stuttgart, 1851), y que Lenau consideraba como su obra maestra.

NICOLAS LÉNAU,

LOS TRES GITANOS.

Cruzando vasta llanura
Vi tres gitanos tumbados,
Al pié de un sauce copudo
Que crecía solitario.

El uno con el violin
En la garganta apoyado,
Sonora voz producía
La débil cuerda rasgando.

El segundo, pipa en boca,
Miraba el humo aromático,
Feliz cual si allá gozara
Del mundo el más dulce halago.

Y el tercero se dormía,
Su arpa colgada en el árbol :
Por las cuerdas iba el viento,
Por su mente un sueño grato.

Remiendos de mil colores
Cubrían sus toscos sayos ;
Pero burlábanse libres
E independientes del hado.

Y me enseñaron los tres
Del destino á no hacer caso.
Y á tañer, fumar, dormir,
Mientras el tiempo va pasando.

Y al proseguir mi camino
Me volvía á contemplarlos,
Con esas caras morenas
Y negro pelo rizado.
Madrid, Enero de 1865.

poesías republicanas, en que la belleza de la forma corre parejas con la energía de los pensamientos. En solos dos años se despacharon siete ediciones de esta obra. Publicó luego una colección de *Xenias*, ó sean epigramas contra hombres públicos é instituciones de Alemania.

En 1842 Jorge Herwegh regresó á su patria, siendo acogido en todas partes con inmenso júbilo. El Rey de Prusia quiso conocerle personalmente, y le dijo: « Seamos enemigos leales. » Sin embargo de esta muestra de benevolencia, poco tiempo despues el poeta dirigió al monarca una carta, en extremo mordaz, que publicaron los periódicos contra la voluntad de su autor, quien tuvo que huir de Alemania por segunda vez. Volvió á Suiza y se fijó en Zurich, donde publicó sus *Veintium arcos de Suiza* (1843), y se ocupó, además, en escribir tales artículos en los periódicos radicales que las autoridades le desterraron de la ciudad, y el Rey de Wurtemberg amenazó perseguirle por desertor. El canton de Basilea le ofreció un asilo y el derecho de ciudadanía. En 1845, Herwegh hizo un viaje al Mediodia de Europa, y se estableció por fin en Paris, entregado enteramente á la política. En abril de 1848 se puso á la

JORGE HERWEGH.

Jorge Herwegh nació en Stuttgart, el 31 de Mayo de 1817, y cursó sus estudios en dicha ciudad, en Maulbronn, y por último en la Universidad de Tubinga, donde se dedicó con preferencia á la teología. Habia publicado ya algunas poesías de Lamartine, traducidas al alemán, y cierto número de artículos criticos en la *Europa*, revista que dirigia Lewald, cuando cayó soldado, y tuvo que soltar la pluma para empuñar la espada. Una reyerta que tuvo con un oficial de su regimiento, le obligó á huir á Suiza, en donde trabajó en la *Revista popular* del doctor Wirth, cuya publicacion aparecía en Constancia. Pasó luego á Zurich, en donde publicó los *Cantos de un viviente*. Esta obra, á la que debe su reputacion, es una colección de

cabeza de los obreros alemanes y franceses, que sostuvieron la campaña revolucionaria de Baden. Sus adversarios afirman que tuvo menos valor como soldado que audacia como escritor. Derrotados los insurrectos. Herwegh se refugió en Suiza. No hace muchos años que vivía retirado en el Mediodía de Francia. El último trabajo literario de Herwegh es una traducción de las obras de Shakspeare, hecha en colaboración con los poetas Bodenstedt, Delius, Gildeweister, Heyse, Kurz y Wilbrandt, y que acaba de salir á luz en Leipzig.

JORGE HERWEGH.

ESTROFAS.

Morir como el crepúsculo quisiera,
O como el rayo de espirante día.
; Oh muerte dulce! ; Mi sepulcro fuera
El hondo seno de la mar bravía!

Morir quisiera cual risueña estrella,
Que el alba cubre de dorado velo;
Morir quisiera sin dolor, como ella
Y sepultarme en el radiante cielo.

Morir quisiera cual la esencia grata
Que vierte el cáliz que la brisa mece,
Que por el aire sube y se dilata
Como el incienso que al Señor se ofrece.

Tu muerte anhelo, límpido rocío,
Que el alba absorbe con su rayo ardiente;
Así inhalára Dios del pecho mio
Mi vida, cual la tuya el sol naciente;

Morir quisiera como triste nota
Que entre las cuerdas del laud resuena;
Muere en la tierra y en el cielo brota,
Y en el seno de Dios mística suena.

Mas no te extinguirás como la estrella,
No morirás como la luz del día,
Ni como el llanto de la aurora bella,
Ni cual la gaya flor que el campo cria.

Acabará vertiendo amargo llanto,
Enflaquecido por cruel tormento:
Natura sólo muere sin quebranto:
El hombre con dolor rinde el aliento.

Madrid, Enero de 1871.

JULIO STURM.

Julio Carlos Reinhold Sturm nació el día 21 de Julio de 1816 en Koestritz, en el principado de Reuss. Estudió teología, y sigue desempeñando hoy el cargo de pastor evangélico en su aldea nativa.

Sus obras principales son: *Poesias (Gedichte)*; 5.^a edición, Leipzig, 1862, *Cantos piadosos (Fromme Lieder)*; 5.^a edición, Ibid., 1864, *Nuevas poesias (Neue Gedichte)*; Ibid., 1856, *Nuevas poesias y cantos piadosos (Neue Lieder und Gedichte)*; Ibid., 1862, *Las dos rosas, canto de amor sublime (Zwei Rosen, das hohe Lied der Liebe)*; Ibid., 1854.

JULIO STURM.

CONSEJOS DE GOLONDRINA

Volando va la tierna golondrina
Cual si dudára de su propio instinto.

— Buscadme, hermanas, un amigo alero
Donde podré colgar mi primer nido. —

Chillando acuden listas sus hermanas:

— Apenas queda en el lugar cortijo
Ni alero sin su huésped; dos te quedan,
Allí una choza, allá un palacio altivo. —

En esto el pico abrió la más sesuda.
— No elijas por morada la del rico,
En cuyo alero nuestro nido estorba,
Do ofendo nuestro canto por sencillo.

— La choza escoge; allí con alegría
El labrador verá colgar tu nido,
Su corazón piadoso te la ampara,
Y escuchará tu canto agradecido.

Madrid, Diciembre de 1871.

FEODOR LOEWE.

Francisco Luis Feodor Loewe, hijo de una familia numerosa, cuyos miembros son todos artistas dramáticos, nació en Cassel de 1816, y desde 1847 ocupa el puesto de director del Teatro de Stuttgart, en cuya escena ha caracterizado por espacio de muchos años con gran maestría los difíciles papeles de Leicester; Marqués de Posa, Tasso y Hamlet. Ha dado á luz varias colecciones de *Poetas*, *Las Canciones de Frankfort* y *Sonetos venecianos*. En 1838 publicó una edición completa de sus poesías.

FEODOR LOEVE.

LA ROSA DE LOS ALPES.

Sobre escarpado monte brota ornada
De pardo musgo, hielo y blanca nieve
La rosa de los Alpes ignorada,
De la ancha soledad imagen breve.

El dulce aliento de la blanda brisa
Jamás besó su regalada boca;
Risueña está cual celestial sonrisa
En el austero rostro de la roca.

Sobre peñascos, entre hielo eterno,
Do la avalancha colma de desdicha
Al morador del valle, en sueño tierno
Germina muda como oculta dicha.

Feliz mil veces quien oculta guarda
Recóndita en su pecho y escondida
Entre nieves y hielo, flor gallarda,
Con que aliviar los duelos de la vida.

Madrid, Diciembre de 1871.

JUAN NEPOMUCENO VOGL.

Juan Nepomuceno Vogl nació en Viena el 2 de Noviembre de 1802. Á la edad de diez y siete años entró en la carrera administrativa, ocupándose á la vez en trabajos literarios. En 1845 la universidad de Jena le confirió el título de doctor en filosofía. Sus principales obras son: *Baladas y Romances*, *Poesías líricas*, *Melodías y cuadros de Hungría*, *Cuentos de la Catedral*, *Cantos guerreros*, *Schnadahüpfel*, etc., etc. De todas estas obras se han hecho repetidas ediciones. El poeta Vogl ha tomado parte también en la colaboración de varias revistas literarias, cuales son: *La Alabanza de las mujeres*, *El Diario de la mañana*, *El Alemanaque popular de Austria*, *La Aurora*, etc., etc. Sus *Baladas y Poesías líricas* se distinguen por la elegancia

del estilo y la ternura de los pensamientos que encierran. Algunas de sus composiciones han sido puestas en música.

Juan Nepomuceno Vogl falleció en Viena el día 6 de Noviembre de 1866.



JUAN NEPOMUCENO VOGL.

UNA VISITA AL CEMENTERIO.

Lllaman con ronca voz. — Sepulturero,
Buen viejo, abrid la puerta, abrid ligero.

— Abrid la puerta, el báculo empuñad,
Y una querida tumba me enseñad. —

Así habla un hombre con la tez tostada,
La barba por la pólvora eñecrespada.

— ¿Cuál es el nombre de ese á quien amais,
Y entre mis mudos huéspedes buscais? —

— Busco á mi madre. ¡Ay, sí, mi pena es
No conoceis al hijo de la Marta? — [harta!]

— A fé, no os conociera. ¿Aquel sois vos
¡Yómo habeis crecido, valme Dios!

— Pero seguid; mirad, bajo esa losa,
qu buscais, en santa paz reposa.

— Allí descansa en fúnebre mansion
La madre que os embarga el corazón. —

Y sin decir palabra el forastero,
Triste la frente dobla al dolor fiero.

Y al ver la tumba do descansa en paz,
El llanto baña su morena faz;

É incrédulo replica : — Aquí no mora
La tierna madre á quien mi pecho llora.

¿Cómo quereis que encierre este rincón,
Tan breve, de una madre el corazón?

Madrid, Diciembre de 1871.

CARLOS BECK.

Cárlos Beck, hijo de un negociante judío, nació en Baia (Hungria) en 1817. Cursó medicina por algun tiempo en la universidad de Viena; entró luego en las oficinas de su padre, y por último, reanudó sus estudios en Leipzig, en donde se hizo amigo de la mayor parte de los literatos y artistas, que no escasean en aquella culta ciudad. Desde esta época se dedicó exclusivamente á la poesia. Vivió algun tiempo en Berlin y pasó á Viena cuando estalló la gran revolucion hungara.

Sus principales obras poéticas son : *Las noches* (1838) *El Poeta ambulante* (1838), *Cantos de paz* (1839), *Janko, el zagal hungaro* (1842), novela en verso, y su obra más importante, *Coleccion de poesias* (1842); esta

obra fué recogida por lo policía de Berlin, cuya medida fué causa de que en el mismo año se vendiesen dos ediciones de ella; *Los Cantos de un pobre* (1846), *Los Cantos acorazados* (1848), y el *Mensaje al Emperador Francisco José* (1849).

Cárlos Beck tiene dotes poéticas no vulgares, y describe con mucha habilidad el carácter fogoso y entusiasta de sus compatriotas. Ha escrito una obra dramática, *Saul*, la cual, á pesar de su estilo correcto y elegante, no tuvo buen éxito en las tablas.

CARLOS BECK.

PLACER Y DOLOR.

¿Qué es el placer que loco anhela el pecho?
Cansado peregrino
Que fuera del camino
Pide de noche pan y blando lecho,
Y á la mañana, ya harto y bien dormido,
Nos deja sin mostrarse agradecido.
No así, el dolor. La activa golondrina
En busca de sustento el nido deja
Junto á la antigua teja,
Y vuelve, sin tardar, á su morada
Con el hotin, la dulce golosina,
Con vuelor mil cazada.
No de otra suerte deja el nido blando
De un triste corazon el duelo infando,
Y vuelve, sin tardar, con el sustento,
Con experiencia amarga,
Odio y cruel tormento,
Que allá en el nido lúgubre descarga.

Madrid, Diciembre de 1871.

J. G. FISCHER.

Juan Jorge Fischer, doctor y profesor de la universidad de Stuttgart, nació el día 25 de Octubre de 1820 en Gross-Süssen en el Württemberg. El doctor Fischer ha alcanzado un nombre distinguido entre los hombres de letras de la moderna Alemania por sus poesías líricas, y sobre todo por sus obras dramáticas, de las cuales las más notables son: *Saul* (1862), *Federico II de Hohenstaufen* (1863), *Florian Gayer* (1866), y *Maximiliano, Emperador de Méjico* (1868).

J. G. FISCHER.

EL SECRETO.

Seguí la huella un día á un muchachuelo.
Vile alejarse del lugar gozoso,
Y deslizarse luégo misterioso
Hácia una mata, objeto de su anhelo;

Y cómo tierna madre que á su hijuelo.
Cauta destapa en medio del reposo,
Le vi entreabrir las ramas cuidadoso,
Y unirlas luégo con dichoso celo.

•; Angeles, proteged mi planta amada;
No permitais que mi enemigo crudo
La tale, ni que el cuco la moleste!

Dijo, y se fué el rapaz. Con mano osada
Abri la mata, y junto al tronco rudo
Vi un nido y huevos de color celeste.

Barcelona, Mayo de 1867.

J. G. FISCHER.

JULIO DE RODENBERG.

Julio de Rodenberg nació en Rodenberg, en Hesse, el 6 de Julio de 1834; estudió en las principales universidades de Alemania, y por fin se graduó de doctor en derecho en la de Merburgo en 1856. Se desdició desde luego á la literatura, dando en gran número de escritos prueba de talento no vulgar. Se ejercitó en todos los géneros, escribiendo poesías épicas, heróico-comicas, líricas, dramáticas y lírico-dramáticas; pero sus principales obras en prosa son descripciones de los viajes y excursiones hechas por el autor en Francia y en las Islas Británicas; tales son: *La Vida de todos los dias en Lóndres* (Berlín 1850), *Dia y noche en Lóndres* (Ibid., 1862), *París á la luz del sol y á la del gas* (Leipzig, 1867), que es una de las mejores

descripciones de París bajo el dominio del segundo imperio, de autor extranjero. Julio Rodenberg ha publicado además, con buen éxito, varias novelas, ya en tomos, ya en folletines, *La Constante callejera de Lóndres* (Berlín, 1863) y *El Nuevo Diluvio* (Ibid., 1865), las cuales han sido traducidas á varios idiomas. La mayor parte de sus escritos aparecieron por primera vez en *La Gaceta de Colonia*, *La Gaceta del Weser*, *La Revista alemana*, *La Nueva prensa libre*, etc.

JULIO DE RODENBERG.

LAS MUJERES PURAS.

Son las mujeres puras en la vida
Lo que las rosas en la mata oscura;
En ellas la virtud, la fé se anida
Con eternal frescura.

Ningun lunar empaña su belleza;
Do quiera pisen, brota amor y calma:
Gual la mansion de Dios, todo es pureza
De la mujer el alma.

Del varon fuerte imita la pujanza,
Sea en la lid la gloria tu estandarte
Y el sábio te dirá hasta donde alcanza
Poder de ciencia y arte.

En la mujer venera la armonia
Que revela de Dios la excelsa huella.

¿Buscas amor, belleza y poesia?
Los hallarás en ella.

Madrid, Diciembre de 1871.

MARIA FOERSTER.

María Laura Foerster, hija del profesor y poeta Carlos Foerster, cuyas obras póstumas fueron publicadas en Dresde en 1846 por su esposa, Luisa Foerster, autora de varias novelas y de un *Ensayo biográfico y literario de Carlos Foerster y su tiempo*, nació en Dresden el 9 de Abril de 1817, y falleció allí mismo en 28 de Abril de 1856. Sus *Poesía (Gedichte)* fueron recopiladas despues de su muerte, y vieron la luz pública en forma coleccionada, en Leipzig, en 1857.

MARIA FOERSTER.

MI PATRIA.

Anchas las lindes de mi patria son :
Los montes no la forman ni los rios,
Do quiera pulse ardiente un corazon,
Mi patria está y encuentro hermanos míos.
Do quiera que halle un alma fraternal,
Do quiera me conmueva humano acento,
Do quiera me comprendan bien ó mal,
Las dulces auras de mi patria siento.
Tal es mi patria amada. Al cielo pido
Que no me deje en triste soledad;
Mas sea para mi paterno nido
En donde quier tu sedo, humanidad.
Madrid, Diciembre de 1871.

FIN.

ÍNDICE

	Págs.
Enrique Heine.	3
Ludwig Uhland.	37
Augusto de Platen.	63
Federico Rückert.	77
José Cristiano de Zedlitz.	87
Hoffmann de Fallersleben.	94
Roberto Prutz.	101
Mauricio Hartmann.	105
Julio Mosen.	114
Guillermo de Humboldt.	119
Nicolás Lenau.	129
Jorge Herwegh.	134
Julio Sturm.	139
Feodor Loewe.	141
Juan Nepomuceno Vogl.	143
Cárols Beck.	147
J. G. Fischer.	150
Julio de Rodemberg.	152
María Foerster.	153



ARITMÉTICA

DIMINUTA

POR

JOSE JOAQUIN TERRAZAS,

AUTOR

DEL CURSO DE MATEMATICAS

QUE LLEVA SU NOMBRE.

Obra propia para la primera enseñanza
en los colegios de niños,
y en general para la de quienes no necesitan el conocimiento
extenso de la Aritmética.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,

Bajos de San Agustín, núm. 1.

1879



PRÓLOGO.

LA enseñanza perfecta de la Aritmética requiere que se trate la materia con cierta extensión. Con tal fin escribí la **Aritmética Científica** (mayor que ésta, pero en sí misma, dado su plan, muy concisa) que corre en el público. La que hoy ofrezco, no es, ni puede ser tan completa como la otra, pues aquí trátase solo de dar las enseñanzas necesarias para poder ejecutar las operaciones; pero sin que se esplanen tanto como en aquella los fundamentos: y no se esplanan igualmente, porque está consagrada á niños, cuya inteligencia, no bien despierta todavía, carece de las fuerzas necesarias para el aprendizaje de un curso formal de Matemáticas. Sin embargo, — y en esto me atengo á la buena fe y conocimiento de mis colegas en el profesorado, — creo haber sacado del plan propuesto el mejor partido posible. Apenas 35 hojas pequeñas tiene el libro, y es vasto, relativamente, el campo que abraza. Adopté el sistema de diálogo, cuidando, en lo posible, sin romper la unidad ni faltar á la precisión, de dividir demasiado las preguntas para mayor facilidad en el aprendizaje de memoria y en la clara percepción de las ideas. El lenguaje, traté de que fuese sencillo, y el diálogo suelto y flexible.

Todas estas condiciones no han de realizar, sin embargo, la pretension de algunos, siempre descontentos

de cuanto existe bajo del sol, de que los libros penetren solos al entendimiento. Por fácil que sea un libro, ha de estudiarse, y la direccion del maestro la necesita la mayor parte de los entendimientos. Para el éxito de mi libro cuento, por dicha, con el inteligente profesorado mexicano, cuyos méritos me complace en reconocer.

Traductor
(José Joaquín Terrazas.)

Autor
L. R.

INTRODUCCION.

De la cantidad.

- P. ¿Qué es cantidad?
- R. Todo lo que se puede dividir en partes, *real* ó *imaginariamente*.
- P. ¿Cuándo diremos que la division es real?
- R. En todo caso en que la conozcamos por medio de los sentidos.
- P. ¿Y cuándo imaginaria?
- R. Siempre que la division se haya ejecutado de un modo puramente intelectual.
- P. ¿Podréis explicarlo con ejemplos?
- R. Sí, y hélos aquí. Division real es la de una manzana que se distribuye en pedazos; é imaginaria la del tiempo, que no siendo cosa que se pueda ver, ni tocar, se imagina compuesto de años, meses, dias, horas, ect.
- P. ¿Se ha hecho distincion entre las cantidades?
- R. Se ha hecho, en efecto, llamando *discretas* á las que dejan huecos entre sus partes, y *continuas* á las que no dejan intersticios.
- P. Segun esto, ¿que clase de cantidad forma el conjunto de las estrellas?
- R. Discreta, porque están separadas unas de otras.
- P. ¿Y qué cantidad es una esfera de mármol pulido?

- R. Se considera como continua, porque no se notan oquedades en ella.
- P. ¿Podréis esclarecer las explicaciones anteriores?
- R. El agua contenida en una regadera, es cantidad continua, porque sus partículas están juntas; pero cuando sale en pequeños chorros, forma una cantidad discreta, por la separacion de ellos.

De la unidad y del número.

- P. ¿Cómo podrá tenerse idea clara de ciertas cantidades?
- R. Midiéndolas, ó sea comparándolas con otras de su especie.
- P. ¿Qué nombre se da á la medida?
- R. *Unidad.*
- P. ¿Y al resultado de la medicion?
- R. *Número.*
- P. ¿De qué tamaño debe ser la unidad?
- R. No es forzoso que sea de tamaño determinado, porque de la distancia, v. g., nos formamos idea midiendo por varas ó por piés; del peso, midiendo por onzas, libras, etc.
- P. ¿Qué es número *concreto*?
- R. Aquel que se concibe uniendo la idea del resultado de la medicion con la de la naturaleza de la medida, como cuando decimos: *cinco libras.*
- P. ¿Qué es número *abstracto*?
- R. Aquel en que se prescinde de la naturaleza de la medida, como cuando simplemente se dice *cinco.*

- P. ¿Qué se entiende por número *entero*?
- R. El que consta de unidades completas
- P. ¿Y número *quebrado*?
- R. El que es menor que la unidad.
- P. Por número *mixto* ¿qué se entiende?
- R. Todo número que en parte es entero y en parte quebrado.
- P. ¿Cuándo se llaman *homogéneos* dos números?
- R. Cuando en la especie son iguales.
- P. ¿Y si son de diversa?
- R. *Heterogéneos.*
- P. ¿Cuándo se dice que un número es *múltiplo* de otro?
- R. Siempre que el primero se compone de varias veces el segundo, sin sobrante alguno.
- P. Y al segundo número ¿cómo se llama respecto del otro?
- R. *Sub-múltiplo*, ó parte *alícuota*.

Definicion de Aritmética.

- P. ¿Qué cosa es la Aritmética como *arte*?
- R. El conjunto de reglas para ejecutar bien las operaciones que se ofrece practicar con los números.
- P. ¿Hay algun modo de conocer si estas reglas son buenas?
- R. Sí, por medio de ciertos principios, que unidos al conocimiento de las reglas, forman la Aritmética como *ciencia.*

CAPITULO I.

De los números decimales.—Del sistema de numeración decimal.

- P. Dada una cantidad cualquiera, como una distancia que esté expresada por un número, ¿será posible aminorar el número?
- R. De un modo muy fácil, *agrandando* la medida, pues es claro que así cabrá *ménos* veces en la cantidad. V. g., si la distancia está medida en *cuartas* y contiene *doce*, que es el número, el modo de aminorarlo, es tomar por unidad la *vara*, que componiéndose de *cuatro* cuartas, solo estará contenida *tres* veces en la dicha distancia.
- P. ¿Luego tres será igual á *doce*?
- R. En lo absoluto no; pero aquí se trata de unidades de *diverso* tamaño, y si *tres varas* son lo mismo que *doce cuartas*, como es también igual cantidad, *dos pesos* que *ocho pesetas*.
- P. ¿De lo anterior, pues, se infiere que es posible expresar una cantidad por un número tan pequeño como se quiera?
- R. Ciertamente; y por eso es que se puede lograr que las cantidades de *unos*, por grandes que sean, se descompongan en varios números sin que ninguno pase de *nueve*.

P. Explicadlo brevemente.

R. Si se considera que á más del *uno* que es la unidad primera y principal, hay otras unidades más y más grandes, de modo que cada una esté compuesta de *diez* de las que la antecedan inmediatamente, tendríamos una serie ó escala de unidades gradualmente mayores, que si se comparan con la cantidad primitiva, darán números menores, también gradualmente.

P. ¿Segun eso, diez veces uno, ó *diez*; diez veces diez, ó *cien*; diez veces cien, ó *mil*, etc., es lo que forma las unidades mayores?

R. Efectivamente; y aquí hay la particularidad de que el diez, el cien, el mil, etc., son números con respecto al uno, y en sí mismos, considerados como un grupo compacto, unidades.

P. ¿Cómo puede ser eso?

R. Para más explicarlo, imaginemos varios cordones, tales que el menor esté contenido diez veces en el inmediato, éste, diez veces en el que le sigue, etc., etc. Pues bien, cada cordón es una cosa *íntegra*, sin divisiones, y si sirve para medir, será unidad; pero desde el momento en que se compara con el más pequeño inmediato, ya es como si se dividiera en diez partes iguales, resultando un número.

P. Es lo mismo decir, *aumentar* diez á un número, que hacerlo diez *veces* mayor?

R. Es enteramente distinto, porque si alguno tiene *dos* centavos y se le aumentan *diez*, le resultan *doce*, mientras que haciendo diez veces mayor la cantidad, salen veinte centavos, y

así es muy importante establecer esta distincion.

- P. ¿Se usan algunas expresiones para indicar cuándo se emplean el diez, el cien, el mil, etc., como unidades?
- R. Sí, y entónces el diez se llama *decena*, el cien, *centena*, el mil, *millar*, etc.
- P. ¿No hay más que estas unidades?
- R. No; son infinitas, y siendo tantas, no es preciso darles por nombres palabras nuevas, sino que se combinan los de las primeras; porque así como la decena es diez veces el uno, la centena diez veces la decena, y el millar diez veces la centena; hay otra unidad igual á diez veces el millar; y si diez veces el uno se llamó decena, no hay inconveniente en que diez veces el millar se nombre *decena de millar*. Por razon semejante, la unidad siguiente se llama centena de millar. A la unidad que sigue se podía llamar, millar de millar; pero se la denomina *millon*, y á las que le suceden, *decena de millon*, *centena de millon*, etc.
- P. ¿Luego el cambio de nombre de las unidades cuándo se verifica?
- R. A cada seis unidades; así es que comenzándose por el uno, despues de seis unidades se llega al millon, despues de otras seis, al *billon*, luego al *trillon*, etc.
- P. Pero queda pendiente explicar cómo una cantidad de unos puede convertirse en números que no pasen de nueve?
- R. Todo lo dicho conduce allá; porque si se supone una cantidad muy grande de unos, y se mide

con la decena, como la decena es mayor que el uno, el número de decenas que resulte será menor que el número que habia de unos.

- P. Pero ¿qué más puede suceder?
- R. Puede suceder, una de dos, ó que al compararse la cantidad con la decena, nada sobre, ó que haya un sobrante; pero cuyo sobrante no puede pasar de nueve.
- P. ¿Por qué?
- R. Porque si fuese diez, compondria una decena más, y ya no habria sobrante.
- P. Proseguid la explicacion.
- R. Poes bien; supongamos ahora que haya un sobrante, y que se ha apartado. Lo demás es ya una cantidad de decenas completas, y si sucediese que esta cantidad fuese mayor que nueve, se podría achicar midiéndola con la centena, de lo cual podría resultar un sobrante de decenas y un número de centenas completas.
- P. ¿Y en lo sucesivo qué pasaria?
- R. Cosas semejantes á las explicadas, hasta que se llegase á un número que no pasase de nueve.
- P. ¿Es decir, que las cantidades se descomponen en diversos números?
- R. Así es; y los *guarismos* ó *cifras* que sirven para escribirlos, son los siguientes:
- | | | | | | | | | |
|-----|-----|------|--------|-------|------|-------|------|-------|
| 1 | 2 | 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 |
| uno | dos | tres | cuatro | cinco | seis | siete | ocho | nueve |
- P. Cuando una cantidad consta de decenas y unidades puras ó sea unos, ¿cómo se escribe?
- R. Por medio de dos cifras juntas: la de la izquierda se ha convenido en que represente las decenas, y la otra las unidades puras.

P. Escribidme una cantidad que se componga de 4 unos y 6 decenas.

R. Pongo primero el 6 y luego el 4, en esta forma: 64.

P. ¿Cómo se leerá esta cantidad?

R. Podría leerse diciendo: 6 decenas y 4 unidades simples; pero se acostumbra decir: *sesenta y cuatro*.

P. ¿Pues qué el decir *sesenta* es lo mismo que decir 6 decenas?

R. En la sustancia, sí, porque el leer de este modo supone que cada decena se ha cambiado en sus diez unos; y seis veces diez es lo que se llama *sesenta*.

P. ¿Cómo se escribe una cantidad que se componga de unidades puras, decenas y centenas?

R. Se ponen en el primer lugar, á la izquierda las centenas, luego las decenas, y por último las unidades. V. g. si hay 4 unidades, 6 decenas y 5 centenas, la cantidad se escribe así: 564.

P. ¿Y cómo se lee?

R. *Quinientos sesenta y cuatro*, lo que equivale á cambiar las 5 centenas en puros unos, de lo cual resulta lo que se llama *quinientos*; el *sesenta* procede de lo que se dijo ántes.

P. En general, ¿cómo se escriben las cantidades?

R. Siempre dando el primer lugar de la derecha á los números que expresen unidades de primera clase, el segundo á los de segunda, etc., de tal modo y con tal fijeza, que aunque se diga y aunque se quiera que un número exprese millares, que son unidades de cuarta espe-

cie, jamás los expresará, si ese número no está en el cuarto lugar, contando de derecha á izquierda.

P. Pero ¿qué se hace si hay una cantidad que se componga nada más de 3 unidades, por ejemplo, y 4 millares?

R. Aquí como tan solo existen dos cifras, parece que no puede haber más que primero y segundo lugar; pero la dificultad se salva por medio de una cifra auxiliar, nueva, que es el

0

cero,

cuya cifra se pone en segundo y tercer lugar, quedando el 4, como debe, en el cuarto, así: 4003.

P. ¿Mas qué debemos entender por esos ceros?

R. Que *no hay* ni decenas, ni centenas, pues cero es un signo que se emplea siempre que se quiere significar que no hay unidades de cierta especie, es decir, *no tiene valor ninguno*.

P. ¿Cómo se llaman las cifras que sí tienen valor?

R. *Significativas*, á diferencia del cero.

P. Una misma cifra colocada en lugares distintos ¿tiene igual valor?

R. Evidentemente no, y por eso se distinguen dos clases de valores, uno *absoluto* y otro *relativo*.

P. ¿Cuál es el valor absoluto?

R. El de la cifra de por sí, sin tomar en cuenta el orden de sus unidades. Por ejemplo, en 777, las tres cifras tienen el mismo valor absoluto.

P. ¿Cuál es el valor relativo?

R. El de la cifra, juntamente con el de las unida-

des que representa, y así, en 777, el primer 7 es 700 por su valor relativo, el otro 70, y el último, 7 unidades puras.

P. Decid ahora ¿cómo se leen las cantidades?

R. Comenzando por la derecha se separan grupos de tres cifras, hasta donde se pueda, y luego, cada grupo de cifras, se lee cual queda explicado, y como si él solo existiese, diciendo al fin de su lectura, millones, si expresa millones; millares, si expresa millares; ó unidades si expresa unidades. El primer grupo de tres cifras se separa con un punto arriba, el segundo con un 1, el tercero con otro punto, el cuarto con un 2, el quinto con otro punto, el sexto con un 3, etc., etc.

P. Leedme la cantidad siguiente: 4579436.

R. Al dividirse queda así: 4¹579 436; de modo que hay tres grupos: el primero de una cifra, que es 4, el otro 579, y el último 436. Se lee el 4 solo, con el agregado, millones, luego el 579, diciendo al fin, millares, y despues el 436, diciendo, unidades; es decir, se lee todo así: cuatro millones, quinientos setenta y nueve mil, cuatrocientos treinta y seis UNIDADES.

P. ¿A qué equivale la lectura de cantidades?

R. A juntar de tres en tres, como se explicó, el valor de las unidades, y luego reunir los resultados.

P. Habeis manifestado que puede acontecer, que la primera medida ó unidad que se tome sea menor que algunas cantidades; ¿qué se hace entónces para escribirlas?

R. Supongamos que de las dos líneas de abajo, la

que tiene la letra *C*, es la cantidad que se quiere medir, y *U* la medida ó unidad.

C _____

U _____

Como *C* es más chica que *U*, no se puede decir que *C* valga una *U*; es decir, que sea igual á uno; el número, pues, que exprese el valor de *C*, ha de ser menor que uno.

P. ¿Qué es preciso, por lo mismo?

R. Agrandar el número, achicando la unidad, así es que se toma una nueva medida diez veces menor que *U*, y ya esta medida, que aquí marcamos con la letra *P*

C | | | | |

P _____

U | | | | | | | | | | | | | | |

está contenida en *C*, 4 veces, y deja un sobrante.

P. ¿Que se hace con el sobrante?

R. Se mide con una nueva unidad diez veces más chica que *P*; y si hay nuevos sobrantes, se prosigue tomando medidas diez y diez veces más chicas, hasta que se concluyan los sobrantes.

P. Estas nuevas unidades inferiores ¿cómo se llaman?

R. Decimales, y sus nombres resultan de los de las otras, con solo variarles la terminacion.

P. Cómo se efectúa eso?

R. Ya hemos dicho que las unidades del sistema de numeracion, pórten del uno y tienen los nombres de decena, centena, millar, decena de millar, centena de millar, millon, etc.: pues

bien, las nuevas unidades tienen nombres análogos, pues agregando á los otros el final *ésima*, resultan los nombres de éstas, que salen así:

De decena.....	<i>décima.</i>
De centena.....	<i>centésima.</i>
De millar.....	<i>milésima.</i>
De decena de millar ó diez mil.....	<i>diezmilésima.</i>
De centena de millar ó cien mil.....	<i>ciennilésima.</i>
De millon.....	<i>millonésima.</i>

P. Pero ¿qué particularidad hay que notar respecto de los tamaños relativos de estas nuevas unidades decimales?

R. La siguiente: que mientras el nombre de la unidad sin la terminación *ésima*, expresa una cantidad más grande que la anterior unidad, con tal terminación expresa unidad más chica, y así la *centena* es diez veces mayor que la *decena*; pero al contrario, la *centésima* es diez veces menor que la *décima*.

P. ¿Y de qué depende esto?

R. De que la *décima* resulta de partir en diez porciones iguales la unidad primitiva, y la *centésima* en cien; luego estas partes son menores.

P. Habéis dicho los nombres de las unidades decimales, sus relaciones entre sí y con las enteras; pero ¿me podréis explicar cómo se escriben y leen los números que las contengan.

R. Los mismos principios que presiden á la escritura y lectura de los números enteros, rigen tratándose de los decimales.

P. Y ¿por qué razón?

R. Porque, si bien se mira, las unidades enteras y las decimales forman una cadena en que un eslabon se liga con el otro de la misma manera; así es que cada unidad, como está, de por fuerza, colocada en el centro de dos, es mayor que una, diez veces, y menor que la otra, diez veces tambien.

P. Y de aquí ¿qué deducís?

R. Para explicarlo claramente, tomaré como ejemplo la decena, que encierra diez unidades, mientras que ella es la *décima parte* de una centena, que comprende diez decenas; luego la idea de *décima* existe en las mismas unidades enteras, porque todas son *décimas partes* para las unidades superiores de junto. Ahora, si ántes las unidades de menor valor se iban colocando á la derecha de las otras, es claro que podrá hacerse lo mismo con las decimales.

P. ¿Pero entónces será fácil saber lo que la última cifra representa?

R. Sí, porque se ha convenido en que al fin de los enteros se ponga siempre una coma, y de la coma para la derecha, siguen las *décimas*, luego las *centésimas*, despues las *milésimas*, etc., etc.

P. Poned algunos ejemplos.

R. Supongamos que un número contiene 5 enteros ó unidades simples, y 4 *décimas*: se pondrá el 5, luego una coma para separarlo de las decimales, y en seguida el 4, en esta forma: 5, 4.

P. ¿Qué se hará en otros casos?

R. Cosa semejante; porque si además del 5 enteros y las 4 décimas, hubiese 6 centésimas, éstas deberían ir al fin, así: 5, 46.

P. Y cómo se leen las cantidades decimales?

R. *En dos partes. Primero la que está antes de la coma, y luego lo restante; cada porción por separado, cuidando de decir enteros al acabar la lectura del primer grupo, y el nombre de las últimas unidades al concluir la lectura del segundo.*

P. ¿Cómo leeréis, pues, la cantidad siguiente: 83579,4323?

R. El grupo de antes de la coma, es 83579 y el otro 4323. El primero, según lo explicado, se lee: *ochenta y tres mil quinientos setenta y nueve*, y el otro, *cuatro mil trescientos veintiocho*; pero como la última cifra de este grupo expresa *diezmilésimas*, la lectura general es así: **ENTEROS, cuatro mil trescientos veintiocho DIEZMILESIMOS.**

P. ¿Cuando no haya décimas por ejemplo, y si centésimas, qué se hará?

R. Suplir con un cero el lugar de las décimas, porque lo mismo que en los enteros es *invariable el lugar que corresponde á cada clase de unidad.*

P. ¿Cómo escribiréis, pues, cinco enteros, cuatro centésimas?

R. Así: 5, 04 para que el cero ocupe el lugar de las décimas que no hay.

P. Hay algun otro modo de leer las cantidades decimales?

R. *Sí, y es el mejor, haciéndolo de corrido, como si no existiese la coma; pero diciendo siempre al fin la clase de las últimas unidades.*

P. ¿De qué manera leeríais la cantidad 94326,3968?

R. La dividiría en grupos de tres cifras, así: 943¹26,3²968, leyéndola luego de este modo: *novecientos cuarenta y tres millones, doscientos sesenta y tres mil, novecientas sesenta y ocho DIEZMILESIMAS.*

P. ¿Y es lo mismo leer de éste que del modo ántes dicho?

R. Sí, porque así como es lo mismo decir un peso que dos tostones, ó cuatro pesetas ú ocho reales; de la propia suerte, leyendo de esta manera, no se hace más que cambiar las unidades en décimas, las décimas en centésimas, etc., etc.

P. ¿A qué equivale correr la coma decimal un lugar para la derecha?

R. A decuplicar la cantidad ó sea á hacerla diez veces mayor, porque todas las unidades suben un grado en su categoría.

P. ¿Y á qué equivale ir corriendo la coma para la izquierda?

R. A hacer la cantidad diez veces menor por cada lugar que avance la coma.

P. Una cantidad entera cómo se puede hacer diez veces mayor?

R. Agregando un cero á la derecha, pues así sube un grado la categoría de todas las unidades.

P. Y si á una cantidad decimal se le agregan ceros, ¿se aumenta?

R. De ningún modo, porque el ser las cifras unida-

des, decenas, décimas, etc., depende de la colocacion de la coma, y como ésta queda fija, á pesar de los ceros, de aquí que no sufra alteracion la cantidad.

P. ¿Cómo se llaman los anteriores convenios adoptados para leer y escribir las cantidades?

R. Sistema de numeracion decimal.

De la suma ó adición.

P. ¿Qué es adición?

R. La operación que en solo un número reúne el valor de varios. Las cantidades que se suman se llaman sumandos, y el resultado suma.

P. ¿Con qué signo se indica que los números se han de sumar?

R. Con éste + colocado en medio de ellos, que se llama más.

P. ¿Cómo se suman los enteros?

R. Se colocan de manera que sus cifras queden en columnas, correspondiéndose en una sola las de igual clase; se tira una línea por debajo, se comienza la operación juntando las cifras de la primera columna de la derecha y poniendo debajo el resultado, siempre que no pase de nueve; pero si es un número mayor, se pone solo la cifra de unidades y se reserva lo demás para sumarlo con la segunda columna, donde se procede como en la otra, y así en las demás, ménos en la última bajo de la cual se escribe toda la suma obtenida.

P. Sumad, pues, los números 8436 y 248 y 629.

R. Los coloco así, y digo 6 y 8 son 14; 14 y 3 son 23; pongo el 3 debajo y reservo 8436 el 2 para la segunda columna, cuyo 2 248 sumado con 3 da 5; 5 y 4 son 9, 9 y 2, 629 11; pongo 1 y reservo 1 para la tercera columna; 1 y 4 son 5; 5 y 2 son 7; 7 y 9313 6, 13; pongo 3 y aparto 1 que, sumado con 8, que es lo único de la cuarta columna, da 9. La suma total es, pues, 9313.

P. Y las cantidades decimales ¿cómo se suman?

R. De una manera análoga, pues se colocan en columna vertical los números, de manera que se correspondan las comas decimales, con lo cual se corresponderán todas las unidades de igual clase. Se comienza la suma tambien por la derecha y los demás pormenores son los mismos que en la suma de enteros, con solo el aumento de que, concluida la suma, se pone una coma en ella en correspondencia con la de los sumandos.

P. ¿Cómo se hará esta suma indicada 4,67 + 53,29 + 3,289?

R. Segun la regla, los sumandos se ponen así: La primera columna de la derecha 4,67 53,29 3,289 — suma abajo porque no hay con qué sumarlo. Luego se dice: 7 y 9, 16; 16 y 8, 24; pongo 4 y llevo 2: 2 y 8, 10; 10 y 2, 12; 12 y 2, 14; pongo 4 y llevo 1: 1 y 4, 5; 5 y 3, 8; 8 y 3, 11; pongo 1, apartando 1. Este 1 lo sumo con el 5 que está solo en la 5ª línea, y obtengo 6 que escribo en su lugar. Pongo la coma decimal en columna con la de

los sumandos, resultándome para valor de la suma 61 enteros, 449 milésimas.

Resta ó sustraccion.

P. ¿Qué es restar?

R. *Encontrar lo que un número tiene de más que otro. Los números que se restan se llaman: uno, el restado, sustraendo, el de que se resta minuendo, y lo que resulta, resta, diferencia ó residuo.*

P. ¿Cuál es el signo de esta operacion?

R. Este —, llamado *ménos*.

P. ¿Cómo se hace la sustraccion de enteros?

R. *Se colocan como para sumarse; el minuendo arriba; el sustraendo abajo; luego, comenzando por la derecha, cada cifra de abajo se resta de su correspondiente, poniendo debajo los resultados.*

P. Hagamos, pues, la resta 836 — 415.

R. Coloco así los números y resto el 5 del 6 836
lo cual me da 1, que pongo en su lugar: 415
el 1 restado del 3 da 2, que tambien escribo donde le toca, que es junto al 1, 421
y por fin resto 4 de 8, obteniendo 4 para esta resta parcial, y para la total: 421.

P. ¿Pero no puede suceder que alguna cifra del minuendo sea cero, ó por lo ménos menor que la del sustraendo?

R. Suele suceder, en efecto, y esto constituye un caso aparte; entónces se supone que la cifra

del minuendo *aumenta en diez unidades, y que la de su izquierda se rebaja en una.*

P. Y esto altera la cantidad minuendo?

R. En ninguna manera, porque al explicar el sistema de numeracion ya dijimos que *una sola unidad equivale á diez de la clase inmediata inferior, y por lo mismo, lo que por un lado se aumenta por otro se disminuye.*

P. Aplicad esa doctrina á este ejemplo: 859 — 376.

R. Comienzo la resta diciendo: de 9 quitado 6, da 3; ó para más brevedad: de 9, 6, 859
3; de 5 quitar 7 no es posible; pero al 5 376
le agrego 10, y entónces digo: de 15, 7, —
8. Paso á la otra cifra, pero ya la con- 433
sidero como 7, para compensar con 1
centena de rebajo las 10 decenas de aumento,
y digo: de 7, 3, 4.

P. ¿Y en caso de haber ceros en el minuendo, cómo se procede?

R. No de distinta manera.

P. Pues explicad cómo procederíais en el ejemplo siguiente: 9008 — 5264?

R. Procederia diciendo: de 8, 4, 4. Como 9008
arriba del 6 hay un 0, segun la regla le 5264
aumentaria 10; pero como al 0 siguien-
te no se puede rebajar 1, voy al 9, al 3744
cual le rebajo 1, aumentando 10 al 0
inmediato, lo cual da el mismo 10. Luego á
éste le rebajo 1, queda convertido en 9, y al 0
siguiente le aumento 10. Hechos estos cam-
bios, digo: de 10, 6, 4; de 9, 2, 7; y de 8, 5, 3.

P. ¿Luego, en general, qué procedimiento se sigue en caso de haber ceros?

R. Se considera la cifra inmediata significativa superior disminuida en 1, y como nuevas todos los ceros, ménos el último que se reputa como 10.

P. Y en caso de haber decimales, ¿qué se hace para restar?

R. Idénticas operaciones, cuidando solo de que la coma decimal de los términos de la sustracción y la de la resta queden correspondiéndose. Si hay ménos decimales en el minuendo, se le agregan ceros al fin, hasta igualar el número de las decimales del sustraendo.

P. Aplicad esa regla á este ejemplo:

82,5—14,8769.

R. Coloco las cantidades correspondiéndose las comas, y luego agrego tres ceros al minuendo que quedará en esta forma, y ya en ella, resto conforme á lo explicado, lo que da por resta:

82,5000	
14,8769	
67,6231	

P. ¿Hay algun signo por el cual se indique la igualdad entre dos números que resulten de hacer algunas operaciones?

R. Sí, éste =, y se llama *igual á*. En $8 - 5 = 3$ indica la igualdad que en efecto existe entre el 3 y el resultado de la resta.

Multiplicacion.

P. ¿Qué es multiplicar?

R. *Multiplicar es tomar un número—ó parte de un número—tantas veces como unidades tie-*

ne otro. Así, multiplicar 5 por 4 es tomar 4 veces el número 5 y multiplicar 5 por 0,4, es tomar cuatro veces la décima parte de 5.

P. ¿Cómo se llama el número que se multiplica y aquel por el que se multiplica?

R. *Multiplicando el primero, el segundo multiplicador, y ambos factores.*

P. ¿Y el resultado?

R. Se llama *producto*.

P. ¿Con qué signo se indica la operacion?

R. Con el siguiente \times , y se lee *multiplicado por*.

P. ¿Cómo se multiplica un número de varias cifras por otro de una sola?

R. *Se multiplica comenzando por la derecha, cada cifra del multiplicando por la del multiplicador, escribiendo unos á la izquierda de los otros los resultados tales como salgan, si no pasan de 9; mas en caso contrario solo se escribe la cifra de unidades, reservando la de decenas para sumarla con el siguiente producto. Si hay decimales en el multiplicando, se separan á la derecha del producto con una coma, tantas decimales cuantas dicho factor contenga.*

P. Practicad esta operacion $87,3 \times 6$.

R. Colocadas como se ve las cantidades, 87,3 digo: 3 multiplicado por 6, ó bien 3 por 6, 18; 8, y va 1; 7 por 6, 42, y 1, son 43; 3, y van 4; 8 por 6, 48, y 4, son 52, que se escribe completo. Despues, como hay una decimal en el multiplicando, se separa una tambien en el producto, que es 523,8.

- P. ¿Cuando son varias las cifras de ambos factores, cómo se procede?
- R. *Se multiplica cada cifra significativa del multiplicador por el multiplicando, lo cual produce diversas cantidades que se colocan en columna, de manera que la primera cifra de la derecha quede en la 1.^a columna, si el producto parcial viene de la 1.^a cifra del multiplicador; en la 2.^a, si de la 2.^a procede, etc., etc. Cuando la primera cifra significativa no sea la primera del multiplicador, porque éste tenga ceros terminales, se usa de ellos para suplir el lugar de las columnas que falten. Se suman los productos parciales, y en caso de haber decimales en los factores, se separan en el producto tantas cifras decimales cuantas haya en ambos factores.*

P. Apliquemos la regla á este caso:

$$45,832 \times 6,04.$$

- R. Coloco, como se ve, los factores, comienzo á multiplicar por el 4 del multiplicador, y esto me produce, segun la regla del caso anterior, 183328. Como el cero no es cifra significativa, paso á multiplicar por el 6 lo que me da el producto 274992. Para la colocacion de éste, observo que, segun la regla, la primera cifra de la derecha debe ocupar el tercer lugar, puesto que 6 ocupa el tercero en el multiplicador. Sumo los dos productos parciales, y en el resultado separo cinco cifras decimales, por haber tres en

$$\begin{array}{r} 45,832 \\ \times 6,04 \\ \hline 183328 \\ 274992 \\ \hline 276,82528 \end{array}$$

el multiplicando y dos tambien en el multiplicador.

P. ¿Cómo se hará esta multiplicacion 23,92 \times 3400?

- R. Multiplico el multiplicando por el 4; pero como éste ocupa el tercer lugar en el multiplicador, pongo dos ceros al fin del producto 9568, para que la cifra 8 ocupe el tercer lugar. Luego multiplico el 3, colocando la primera cifra del producto en la cuarta columna, porque el 3 ocupa el cuarto lugar. Sumo, y en el resultado separo las dos cifras del fin, con la coma decimal, obteniendo por producto 81328 enteros, cero décimas, cero centésimas.

P. Cuando haya ceros en una cantidad decimal antes de las cifras significativas, ¿qué puede suceder al multiplicar?

- R. Que el producto de las cifras significativas contenga menor número de cifras que las decimales de ambos factores, entre las cuales se cuentan los ceros, en cuyo caso, para la operacion que prescribe la regla, se hace antecedan á las cifras del producto, los ceros necesarios para que la separacion de decimales sea tal como la regla indica.

P. ¿Si hay ceros al fin del multiplicando, será necesario multiplicarlos por las cifras del multiplicador?

- R. De ninguna manera: basta multiplicar como si no existiesen, agregándolos al fin del producto.

Division.

- P. ¿Qué es dividir?
- R. Encontrar una cantidad que multiplicada por otra, reproduzca otra cantidad determinada.
- P. ¿Cómo se llama el número que se divide?
- R. *Dividendo.*
- P. ¿Y aquel por el cual se divide?
- R. *Divisor.*
- P. ¿Y cómo se denomina el resultado?
- R. *Cociente.*
- P. ¿Con qué signo se indica la operación?
- R. Con el siguiente \div que se lee: *dividido por.*
- P. ¿Cómo se divide un número de varias cifras por otro de una sola?
- R. *Se escribe el dividendo, y á su derecha el divisor dentro de dos líneas en forma de escuadra; se principia la operación por la izquierda, dividiendo, si se puede, la primera cifra del dividendo por la del divisor, y escribiendo el cociente bajo la línea horizontal. Si la dicha división no es posible, se toman para que lo sea, las dos primeras cifras del dividendo; el cociente obtenido, salvo que sea cero, se multiplica por el divisor, restando el producto del dividendo parcial. Al lado de la resta se baja la cifra siguiente del dividendo, y el conjunto así formado, se divide por el divisor, colocando el cociente á la derecha del anterior. Se multiplica el nuevo cociente por el divisor, y hasta agotar las cifras del dividendo,*

se siguen las mismas operaciones que mediaron del primero al segundo cociente parcial. Si hay decimales en el dividendo, el número de cifras que de esta clase haya en él, se separa en el cociente.

- P. Aplicad la regla al caso siguiente:

$$318,6 \div 9$$

- R. Por ser la primera cifra del dividendo, menor que el divisor 9, tomo á 31, que dividido por 9 da 3; multiplico 3 por 9 y el producto 27 lo resto del dividendo parcial 31, obteniendo 4 por resta. Al lado suyo bajo el 8 y divido 48 por 9, lo que me da el cociente 5, que sitúo junto al anterior. Las mismas operaciones que hice con el cociente 3, divisor 9, y dividendo parcial 31, repito ahora, diciendo $5 \times 9 = 45$; lo escribo bajo de 45, resto, y sale 3, á cuya derecha bajo el 6. Divido 36 por 9 y saco el cociente final 4. Ahora, por haber una decimal en el dividendo, separo una en el cociente, que es, en definitiva: 35,4.
- | | | |
|-------|----|------|
| 318,6 | 9 | |
| | 27 | 35,4 |
| | 48 | |
| | 45 | |
| | 36 | |
| | 36 | |
| | 0 | |

- P. ¿Cómo se dividen dos números de varias cifras?
- R. *Si hay decimales en los términos de la división, se agregan ceros al que tenga menos para igualar el número de las del otro, sin que despues de hecho esto se tome ya al fin en consideracion la coma decimal. Pero si solo las hay en el dividendo, se separan al fin en el cociente sin hacer la agregacion de ceros.*

P. Ejecutad la operacion indicada $729,84 \div 24$

R. Como las dos primeras cifras 72 componen cantidad mayor que 24, las tomo $729,84 \mid 24$
 para primer dividendo parcial. Para obtener el cociente de 72 y 24, tomo las primeras cifras 7 y 2 de ambos términos y las divido obteniendo el cociente 3. Lo multiplico por el divisor, resto el producto del dividendo parcial, y obtengo cero. Al lado de dicha resta coloco el 9, cifra siguiente á 72. Como 9 no se puede dividir por 24, pongo cero en el lugar respectivo del cociente. Bajo la cifra 8 del dividendo, y el número 98, que así formo, lo divido por 24; el cociente es 4 que multiplico por el divisor, lo que produce 96, que resto de 98. Con la resta 2 y el 4, final del dividendo, compongo 24, que dividido por 24, da 1, para último cociente parcial. Como hay dos decimales, se paro en el cociente, con una coma, dos cifras á la derecha, y así el resultado es 30,41

P. En la operacion anterior, al comenzar, tomásteis para obtener el cociente las primeras cifras de los términos de la division; ¿esto siempre conduce con seguridad al resultado?

R. No; es un tanteo, y cuando despues de multiplicar el cociente por el divisor, la resta no se puede hacer, se rebaja el cociente de una en una unidad hasta que la resta sea posible.

P. ¿Existe alguna simplificacion en la práctica de la division?

R. Sí, y consiste en hacer á un tiempo la multiplicacion del cociente por el divisor y resta del producto. V. g., en el ejemplo anterior se puede decir, 3 por 4, 12, y no escribir nada, sino continuar, de 12, cero y va 1; 3 por 2, 6 y 1 son 7, de 7 cero. Aquí, cuando se dice de 12 se resta de un golpe de 72 el primer producto 12, en vez de restar como es comun, solo cifra por cifra, y por esto al hacer el otro producto, se dice, 3 por 2, 6 y 1, 7; pues es lo mismo que al 7 se le rebaja la decena del 12, que se aumenta al 6, que del 7 anterior se resta.

P. Haced ahora esta operacion: $63,5 - 0,25$.

R. Habiendo decimales en ambos términos, agrego un cero al dividendo, para que convertido en 63,50, tenga dos cifras despues de la coma como el divisor. Hecho esto, como segun la regla, las comas decimales no se han de tomar en consideracion, prescindo de ellas, y la operacion se reduce ya á dividir 6350 por 25, cuya operacion entra en las explicaciones de la regla anterior, por lo cual solo pongo el cuadro de ella en seguida:

$$\begin{array}{r} 6350 \mid 25 \\ 135 \quad 254 \\ 100 \\ 0 \end{array}$$

P. ¿Se puede hacer alguna simplificacion en la práctica de la division?

R. Sí, y consiste en que cuando hay igual número de ceros en los términos de la división, se puede hacer ésta prescindiendo de ellos.

P. Cuando un dividendo es menor que un divisor, ¿qué puede hacerse?

R. Aproximar el cociente por decimales, lo cual se practica agregando al dividendo tantos ceros cuantas cifras decimales se quieren obtener en el cociente, y poniendo en éste, antes de ellas, una coma. En vez de agregar los ceros de un golpe, puede agregarse uno á cada resta que se vaya obteniendo.

P. Dividid 8 por 42.

R. Digo 8 dividido por 42, no les toca; 8,0 | 42

pongo un cero y una coma decimal en el cociente para indicar 42 0,19

que no hay cociente entero. —

Luego agrego un cero al 8 despues de 380

una coma y lo convierto en 80 decimas, diciendo: 80 dividido por 378

42, á 1; multiplico 1 por 42, res- —

to de 80, y saco 38, al que agrego un cero; 2

divido 380 (que son centésimas) por 42, obteniendo 9 de cociente y 2 de resta. Si quisiera seguir aproximando continuaria en agregar ceros á las restas. Habiendo sacado dos cifras decimales, digo que he aproximado hasta centésimas.

Amplificaciones sobre lo anterior.

P. Hay algun modo de garantizar si la práctica de las operaciones de sumar, restar, multiplicar y partir, ha sido bien seguida?

R. Sí; pero la garantía es tanto menor cuanto más semejantes en la dificultad son las operaciones comprobadas y comprobatorias. La suma se prueba sumando las columnas en orden inverso. La resta, sumando sustraendo y resta, que deben reproducir el minuendo

P. Y cómo se puede comprobar la multiplicacion?

R. Cambiando el orden de los factores; pero hay tambien la prueba por 9, que aunque en algun caso remoto, puede fallar, es sin embargo, en general muy útil. Supongamos este producto: 25000656, cuyos factores son.... 72048 y 347. En el producto se dice, sumando las cifras: 2 y 5, 7; 7 y 6, 13, y aquí, ántes de continuar la suma, se dice: 1 y 3, 4, y luego 4 y 5, nueve: en llegando á nueve, se pára como si se principiase; pero como ya la cifra 6 no tiene con que sumarse, se apunta así.

Operacion semejante se hace con

cada factor: el 1º da 7 y 2, nueve; $\begin{array}{r} 6 \\ 6 \\ \hline 12 \end{array}$

se sigue 4 y 8, 12; 1 y 2, 3, que se $\begin{array}{r} 3 \\ 3 \\ \hline 6 \end{array}$

apunta. El 2º factor da 3 y 4, 7;

7 y 7, 14; 1 y 4, 5, y se apunta. Luego se multiplica 3 por 5, y la prueba consiste en que

en el producto de residuos, la suma de las cifras deje un número igual al que dejó el producto que se trata de comprobar. Aquí el

producto de residuos es 15, y 1 y 5 da 6, en efecto.

P. Para la division, ¿qué prueba tenéis?

R. *Multiplicar el cociente por el divisor, cuyo producto debe ser el dividendo.* Tambien, si la division es exacta, se puede aplicar la prueba por 9, considerando al cociente y divisor como factores, y al dividendo como producto. Si hay resta, se rebaja al dividendo, y luego se procede como se dijo.

P. ¿Qué principios conviene tener presentes acerca de las cuatro operaciones explicadas?

R. Los siguientes: 1º *El orden de los sumandos no altera la suma.* 2º *Aumentar el minuendo es aumentar la resta en la misma cantidad y aumentar el sustraendo, por el contrario.* 3º *Multiplicar un factor por 2, 3, 4, etc., es multiplicar el producto por tal número.* 4º *Multiplicar el dividendo por un número, es hacer lo mismo con el cociente, pero éste se divide cuando se multiplica el divisor.* Estos principios tienen otros correlativos, fáciles de deducir.

CAPITULO II.

De los quebrados comunes.

P. ¿Hemos practicado ya algunas operaciones con quebrados?

R. Sí, señor, porque las decimales son quebrados

por su naturaleza, pues decir 0,8 décimas, es expresar solo *parte de la unidad.*

P. ¿Y cuando decís, 0,8 décimas, cómo concebís ese número?

R. Como resultado de haber dividido la unidad en 10 partes, tomando luego 8.

P. ¿Se puede escribir la cantidad 0,8 de otra manera?

R. Sí, y es, poniendo el número 8 que expresa el número de partes que se tienen de la unidad arriba, y separado por una raya, del 10, que significa en cuántas partes se dividió la unidad, en esta forma: $\frac{8}{10}$ y se lee, *ocho diezavos.*

P. ¿Se puede dividir la unidad en partes que no sean precisamente 10, 100, 1000, etc?

R. Evidentemente, y de aquí resultan las *fracciones comunes* que se escriben con dos números. Por ejemplo, $\frac{1}{2}$ indica, que de cinco partes en que la unidad se dividió, se tomaron 4.

P. Al número que indica la division en partes iguales de la unidad, ¿cómo se llama?

R. *Denominador.*

P. ¿Y al que marca el número de ellas?

R. *Numerador.*

P. ¿Se pueden escribir los quebrados comunes sin denominador expreso, como en la primer manera de escribir los decimales?

R. No, porque en éstos la division sigue la ley misma del sistema de numeracion, de ser diez veces menores unas que otras todas sus unidades.

P. Supuesto que en la idea del quebrado entran

dos números, debe ser difícil comprenderlos y calcular con ellos.

R. No es así, porque en los decimales ya hemos visto cómo sucede lo mismo, y eso pasa también en los enteros, donde cada cifra encierra en su valor, la idea de *dos números*, pues el valor absoluto y el relativo componen juntamente la idea de la cifra, y así quien dice 3 *decenas*, expresa la idea del 3 y la del 10, que es lo que vale la decena con relación á la unidad.

P. De manera que según esa explicación, ¿á qué se pueden comparar el numerador y el denominador?

R. El primero al valor absoluto, y el segundo al relativo, con la diferencia de que en los enteros el valor relativo es un *factor*, y en los quebrados un *divisor*.

P. Podriais de otra manera acabarme de dar idea de lo que son el numerador y denominador?

R. Sí, porque del primero puede decirse que da idea de la *cantidad*, y el segundo, de la *calidad* ó clase de las partes que el otro expresa.

P. ¿Cómo se puede considerar un quebrado?

R. Como el cociente de su numerador por su denominador. De suerte que $\frac{3}{5}$ por ejemplo, es igual á $3 \div 5$, porque así como $\frac{16}{5}$, v. g., que es igual á 0, 7, sale de dividir por aproximación 7 por 10, del propio modo puede considerarse que $\frac{3}{5}$ resulta de dividir 3 por 5.

Reduccion de quebrados al mismo denominador.

P. ¿Si dos quebrados tienen igual denominador, cuál es mayor?

R. El que tiene mayor numerador, porque siendo igual la calidad de las partes, es mayor la cantidad de ellas.

P. Cuando en dos quebrados los numeradores son iguales, ¿cuál es mayor?

R. El de menor denominador.

P. ¿Se altera en su valor un quebrado cuando sus dos términos se multiplican por una misma cantidad?

R. El quebrado no sufre alteracion.

P. ¿Cómo se reducen varios quebrados al mismo denominador?

R. *Se multiplican los denominadores de todos los quebrados, y el producto se repite como denominador de los números que resulten de multiplicar cada numerador por todos los denominadores, ménos por el suyo.*

P. Reducid al mismo denominador estos quebrados: $\frac{3}{5}$, $\frac{7}{9}$ y $\frac{4}{10}$.

R. Del producto $5 \times 7 \times 9 = 315$ formo el denominador común á los nuevos quebrados. El primer numerador es $3 \times 7 \times 9 = 189$; el segundo $5 \times 2 \times 9 = 90$, y el tercero.
 $5 \times 7 \times 4 = 140$. De manera que los primitivos quebrados se convierten en éstos: $\frac{189}{315}$, $\frac{90}{315}$ y $\frac{140}{315}$.

P. ¿Hay algunos casos en que sea posible obtener

quebrados más sencillos que por la regla general?

R. Sí, y es cuando los denominadores son de tal naturaleza que tengan factores comunes, como por ejemplo, 18 y 27, que descompuestos, son iguales á 9×2 y 9×3 .

P. ¿Y cómo se procede entonces?

R. Entonces el denominador común se forma multiplicando cada denominador por todos los factores de los otros que no estén incluidos en él; por ejemplo, si los denominadores son..... $18 = 9 \times 2$, y $27 = 9 \times 3$, se deberá multiplicar 18 por solo 3, porque el 9 ya está en el 18; cuyo producto es 54; y luego se multiplicará 27 por 2, lo cual produce también 54.

P. ¿Cómo se reduce un entero á quebrado de cierto denominador?

R. Se multiplica el entero por la cantidad que ha de servir de denominador, y luego al producto, esa misma cantidad se le pone por denominador.

Suma y resta de quebrados.

P. ¿Cómo se suman los quebrados?

R. Se reducen á un común denominador, se suman los numeradores, y á la suma se da por denominador, el denominador común.

P. Haced esta suma indicada $\frac{2}{3} + \frac{1}{4} + \frac{1}{5}$.

R. Reducidos los tres quebrados al mismo denominador, se convierten en $\frac{40}{60} + \frac{15}{60} + \frac{12}{60}$. Su-

mando los numeradores, saco..... $189 + 90 + 140 = 419$, cuya suma 419 pongo por numerador á 315, y obtengo por suma de los quebrados $\frac{419}{315}$.

P. Cuando hay enteros y quebrados, ¿cómo se procede?

R. Se suman los quebrados, examinando si el quebrado que de la suma resulte contiene una ó varias unidades, y luego se suman los enteros, agregándoles las unidades sobrantes, si las hubo.

P. ¿Cómo, pues, haréis la suma siguiente: $7\frac{2}{3} + 29\frac{2}{3}$?

R. Las fracciones $\frac{2}{3}$ y $\frac{2}{3}$, reducidas al mismo denominador, dan $\frac{4}{3}$ y $\frac{4}{3}$, cuya suma es $\frac{8}{3}$. Como una unidad tiene 36 treintaseisavos, para encontrar las unidades de $\frac{8}{3}$, divido 51 por 36, lo que me da el cociente 1 y la resta 15: escribo, pues, $1\frac{15}{36}$ y reservo el 1 para sumarlo con 7, y luego el resultado con 29, lo cual produce 37, siendo la suma total $37\frac{15}{36}$.

P. Cómo se restan las fracciones?

R. Redúcense al propio denominador, se restan los numeradores, y á la resta se le pone por denominador el denominador común.

P. ¿Cómo se restan los números mixtos?

R. Se reducen los enteros á quebrados, y luego se procede como en el caso anterior.

Multiplicacion de fracciones.

P. ¿Cómo se multiplica un quebrado por un entero?

R. Se multiplica el numerador del quebrado por el entero, y al producto se pone por denominador el del quebrado.

P. Esclareced la regla con un ejemplo.

R. Si, v. gr., tengo que multiplicar $\frac{4}{5} \times 3$, multiplico el numerador 4 por 3, y el producto 12 lo pongo por numerador del 5, en esta forma: $\frac{12}{5}$, y queda así hecha la multiplicación.

P. ¿Cómo se multiplica un entero por un quebrado?

R. Se procede como si el quebrado se multiplicase por el entero.

P. ¿Cómo se multiplican dos quebrados?

R. Se hacen dos productos: uno de los numeradores y otro de los denominadores, y con ellos se forma una fracción en que el producto de los numeradores sea numerador, y el otro denominador.

P. ¿Cómo haríais, pues, esta operación: $\frac{2}{3} \times \frac{4}{7}$?

R. Multiplicaría 2 por 4 y 3 por 7, y el primer producto 8 sería el numerador, y el producto 21 el denominador, obteniendo así por producto de los quebrados, la fracción $\frac{8}{21}$.

P. ¿Cómo se multiplican los números mixtos?

R. Se reducen los enteros á quebrados de la especie de los que los acompañan, y luego se procede como en el caso anterior. También se pueden restar primero las fracciones, y en caso de no poderse hacer la resta, se toma una unidad del minuendo y se reduce á la especie de la fracción que de él forma parte, teniendo este rebajo en cuenta al llegar á la resta de los enteros.

P. ¿Hay otra manera de ejecutar esta operación?

R. Sí, y consiste en multiplicar el quebrado primero y luego el entero del multiplicador, por el quebrado y el entero del multiplicando, de

lo cual resultan cuatro productos que se suman.

P. Indicad la suma de esos cuatro productos en este caso: $2\frac{2}{3} \times 4\frac{1}{2}$.

R. Héla aquí: $2 \times 4 + \frac{2}{3} \times 4 + 2 \times \frac{1}{2} + \frac{2}{3} \times \frac{1}{2}$.

P. ¿Y cuánto resulta haciendo todas las operaciones anteriores?

R. Resulta $1^2 + \frac{8}{3} + 8 + \frac{1}{2}$, ó reduciendo á un común denominador los quebrados..... $\frac{2}{2} + \frac{8}{3} + 8 + \frac{1}{2}$. Sumando los quebrados $\frac{1}{6}$, á cuyo quebrado, si le saco los enteros, da 4, y el sobrante $\frac{2}{3}$. Como ya había 8 enteros, le agrego los 4, y así el producto final es $12\frac{2}{3}$.

Dividir quebrados.

P. ¿Cómo se practica la división, sea de enteros y quebrados, de quebrados y enteros y de quebrados y quebrados?

R. Se supone en todo caso que el divisor tiene por numerador el denominador, y al contrario, y luego se procede como si se tratase de multiplicación. Cuando el divisor es entero se le supone la unidad por denominador, y luego se procede como se dijo.

P. Pues aplicad la regla á estos tres ejemplos:

$$1^{\circ} \frac{5}{7} \div 2.$$

$$2^{\circ} 6 \div \frac{1}{2}.$$

$$3^{\circ} \frac{3}{4} \div \frac{5}{8}.$$

R. Primer caso. Como el divisor es 2, lo pongo así: $\frac{2}{1}$, y luego multiplico $\frac{5}{7} \times \frac{1}{2}$, lo que da $\frac{5}{14}$, que es el cociente.

Segundo caso. El divisor $\frac{1}{2}$ lo cambio en $\frac{2}{1}$ y lue-

go ejecuto esta multiplicacion: $6 \times \frac{1}{11}$ lo que me da $\frac{6}{11}$, que es el cociente.

Tercer caso. Cambio el divisor en $\frac{2}{3}$ y hago esta operacion: $\frac{1}{2} \times \frac{3}{2}$, obteniendo $\frac{3}{4}$, como cociente de los primitivos quebrados.

P. ¿Cómo se dividen los números mixtos?

R. Se reducen los enteros á quebrados del mismo denominador que los que les acompañan, y luego se procede segun la regla ántes dada.

Condiciones de divisibilidad por ciertos números.

P. ¿En qué se conoce la divisibilidad por ciertos números.

R. He aquí las condiciones:

Por 2 puede dividirse un número cuya última cifra ó es par ó cero, como en 754 y 140.

Por 4, cuando el conjunto de las dos últimas cifras es divisible por dicho número, como en 724.

Por 5, cuando la última cifra es 5 ó cero, como en 270.

Por 8, cuando las tres últimas cifras componen un número divisible por el mismo 8, como en 79808.

Por 3, cuando sumando las cifras del número se saca un múltiplo de 3. V. g., 876 es divisible por 3, porque $8 + 7 + 6 = 21$, y 21 se compone de 7 veces 3.

Por 6, es divisible un número si se puede dividir por 2 y por 3.

Por 9, cuando la suma de sus cifras produce un

múltiplo de 9. Por ejemplo, 657, en el que $6 + 5 + 7 = 18$ y 18 consta de dos nueves.

Estos conocimientos son muy útiles en la práctica y especialmente en la simplificación de quebrados, que se hace dividiendo sus dos términos por un mismo número.

P. Hay otras condiciones de divisibilidad por otros números?

R. Si, señor; pero siendo complicadas explicaré la que lo es ménos, y es la condicion de divisibilidad por 11 que se conoce en lo siguiente: se suman las cifras de lugar par, y por otro lado las de lugar impar; se restan estas sumas, y si la resta es cero, 11, ó un múltiplo de 11, el número dado será divisible por 11.

Por ejemplo, en 73854, las cifras de lugar impar son 4, 8 y 7, y su suma 19: las de lugar par son 5 y 3, y 8 su suma. Restando de 19 el 8, sacó 11, de donde deduzco, que 73854 es divisible por 11.

CAPITULO III

Sistema métrico decimal.

P. ¿Qué entendéis por sistema métrico decimal?

R. El conjunto de medidas que deben usarse conforme á la ley, cuyas medidas están relacionadas entre sí las de igual clase, como las unidades del sistema de numeracion, y párten todas del me-

tro, que tiene una relacion determinada con el meridiano terrestre.

P. Pero supuesto que hablais de meridiano, ¿podréis explicarme lo que es?

R. Sí, señor. La tierra tiene una figura muy semejante á la de una esfera, y está dotada de un movimiento de rotacion alrededor de dos puntos opuestos que se llaman polos. Si por uno y otro de esos polos hiciésemos pasar un plano, cortaríamos á la esfera en dos mitades, y la línea del corte sería un círculo, cuyo círculo es lo que se llama *meridiano*.

P. Y bien, ¿qué relacion tiene el metro con el meridiano?

R. El metro es la *diezmillonésima* de la cuarta parte del meridiano, ó lo que es igual, el meridiano completo tiene 40000000 de metros.

P. ¿De qué manera están relacionadas con el metro, todas las unidades?

R. De la siguiente: Las superficies se miden por medio de cuadrados, descomponiéndose en ellos como los tableros de ajedrez, las que son de esa regularidad; y las diversas, de otra manera que enseña la Geometría. Ahora bien, la unidad de superficie es un cuadrado que tiene un metro por lado.

P. ¿Cuál es el nombre de esa unidad de superficie que mide un metro por lado?

R. Se llama *ara*.

P. Para los volúmenes, ¿qué medidas se usan y cómo se relacionan con el metro?

R. Se usan el *esterio* y el *litro*. El esterio es una especie de dado perfectamente regular, ó *cubo*,

como se llama en Geometría: tiene un metro de largo, ancho y alto. El litro es el volúmen de un cubo que tenga un decímetro por lado.

P. ¿Se usan en todos los casos el esterio y el litro como medidas de volúmen?

R. No, sino unas veces el uso echa mano de una en vez de la otra medida; y por el uso tambien no se emplean los múltiplos del esterio.

P. ¿Cómo se mide el peso de los cuerpos?

R. Por el *gramo*, que es lo que pesaria un dado ó cubo de agua, que teniendo un centímetro por lado, fuese destilada, á la temperatura de cuatro grados, y pesada en el *racio*, es decir, en un lugar privado de aire.

P. Y tantas condiciones ¿para qué se necesitan?

R. Para que el peso del gramo sea constante, pues el peso de los cuerpos varia con el volúmen que se tome de ellos, la temperatura, etc.

P. ¿Esa constancia en el valor del gramo, existe en todas las unidades del sistema métrico?

R. Existe evidentemente, porque relacionadas con el metro, éste lo está con el globo que habitamos.

P. ¿Pues qué esa constancia no podria existir con cualquiera otra clase de medidas que se eligiesen, guardando luego cuidadosamente los patrones ó tipos?

R. No podria existir, porque el calor tiene la propiedad de agrandar los cuerpos, la humedad de hincharlos ó torcerlos, el rozamiento de desgastarlos, etc., etc., y sujetos los patrones á estas influencias, la medida que por tipo se tomase, no seria matemáticamente igual en todos tiempos, no habiendo medio de rectificar el er-

ror; todo lo contrario precisamente de lo que sucede tratándose del metro, base del sistema métrico decimal.

P. Habéis indicado que todas las unidades de igual clase están entre sí relacionadas.

R. Efectivamente, porque todas las unidades superiores, son diez veces mayores que la primitiva, y las inferiores diez veces menores.

P. ¿Con qué palabras se indican los múltiplos?

R. Anteponiendo al nombre de la unidad primitiva, las palabras *deca*, *hecto*, *kilo*, *miria*, se expresan otras unidades que vienen á ser la decena, centena, millar, y decena de millar, de la primitiva. Así *decámetro*, quiere decir, diez metros; *hectómetro*, cien metros; *kilómetro*, mil metros, y *miriámetro*, diez mil metros.

P. Según eso ¿qué querrá decir, *decálitro*?

R. Diez litros.

P. ¿Y *kilógramo*?

R. Quiere decir, mil gramos.

P. Para los submúltiplos, ¿qué nombres son usados?

R. Se anteponen al nombre de la unidad primordial las palabras *deci*, *centi*, *milli*, *diezmili*, y con esto se indican las décimas, centésimas, milésimas, diezmilésimas, etc., de la unidad primitiva.

P. ¿Qué quiere, pues, decir *decímetro*?

R. Décima parte del metro.

P. ¿Y *centímetro*?

R. Centésima parte del mismo metro.

P. ¿Qué unidad se expresa con la palabra *miligramo*?

R. La milésima parte del gramo.

Números complexos no decimales.

P. ¿Qué cosa es número *complejo* ó *denominado*?

R. Aquel en cuya composición entran partes de una cierta unidad principal concreta, como *dos pesos*, *tres reales*, donde los reales expresan partes del peso, que es la unidad principal y concreta.

P. Luego ¿con qué se pueden comparar los números complexos?

R. No son otra cosa que números en que la parte fraccionaria tiene denominadores suplidos, y así en lugar de decir, $\frac{3}{4}$ de peso, se dice *3 reales*.

P. Luego ¿á qué reglas debe estar sujeto el cálculo con los complexos?

R. En el fondo, á las mismas que el cálculo con los quebrados.

P. ¿Cuáles son las unidades ó medidas concretas principales que conocéis, y cuáles sus subdivisiones?

R. Son las siguientes: el *siglo* que tiene 100 años. El *año* que tiene 12 meses, y puede ser comun ó bisiesto, teniendo 360 días en el primer caso, y 365 en el segundo. El *dia*, que consta de 24 horas, la hora de 60 minutos, el minuto de 60 segundos, etc.

La vara que se divide en 3 *piés*, el *pie* en 12 *pulgadas*, la *pulgada*, en 12 *líneas*, y la *línea* en 12 *puntos*. También existe para las grandes distancias, la *legua*, compuesta de 5000 varas.

El *buey*, medida de hidromensura, se usa en la

distribucion de aguas, y es una abertura de una vara en cuadro. Se divide en 48 *surcos*; el surco en 3 *naranjas*; la naranja en 8 *reales*; el real en 2 *dedos*, y el dedo en 9 *pajas*.

Para la distribucion de terrenos se usa el *sitio de estancia de ganado mayor*, que es un cuadro que por cada lado mide una legua. Compónese de 4 *criaderos de ganado mayor*, siendo cada uno de éstos, un cuadrado de 2500 varas por lado. El *sitio de ganado menor* es un cuadrado cuyo lado es de $3333\frac{1}{3}$ varas; se divide en 4 *criaderos* que son un cuadrado que por cada lado mide $1666\frac{2}{3}$ varas. La *caballería de tierra* es un cuadrilongo cuyos lados miden 1104 y 552 varas; se divide en 4 *suertes de tierra*, que tienen 552 varas de largo por 276 de ancho, componiéndose, á su vez, de 3 *fanegas de sembradura de maíz*, cuya longitud y latitud son 276 y 184 varas.

Para medidas de granos se emplea la *carga*, dividida en 2 *tercios*, ó *fanegas*; la fanega en 2 *médias*; la média en 6 *almudes*, y el almud en 4 *cuartillos*.

Las medidas de peso, son: el *quintal*, dividido en 4 arrobas; la arroba en 25 *libras*; la libra en 16 *onzas*, y la onza en 16 *adarmes*.

El *marco* se usa para pesar el oro. Es igual á media libra, y se divide en 50 *castellanos*; el castellano en 8 *tomines*, y el tomin en 12 *granos*.

Para la plata, el mismo marco se divide así: en 8 *onzas*; la onza en 8 *ochavas*; la ochava en 6 *tomines*, y el tomin en 12 *granos*.

Reduccion de complexos á fraccionarios
y recíprocamente.

- P. ¿Cómo se reduce un número complejo á unidades de menor especie?
- R. Se multiplica la parte principal por el número de veces que una de sus unidades contiene á la siguiente del número, agregando al producto las unidades que haya de esta especie. Despues, el número que se obtenga se considera como parte principal, y con ella y la siguiente del número dado, se procede como ántes, y así sucesivamente, hasta que no haya en éste partes que tomar en consideracion.
- P. Reducidme á su menor especie el complejo 8 va., 2 ps., 5 plgs., ó lo que es igual, 8 varas, 2 piés, 5 pulgadas.
- R. La parte principal 8 la multiplico por 3, puesto que una vara tiene 3 piés; de la multiplicacion me resultan 24 piés, á los que agrego los 2 que ya tengo, y así son por junto 26. Considerando ahora á 26 como parte principal, lo multiplico por 12, que son las pulgadas contenidas en un pié: resulta por producto, 312, á cuyo producto agrego las 5 pulgadas que ya habia, y obtengo, por fin, 317 pulgadas.
- P. ¿Cómo se reduce un número complejo á fraccionario de la unidad principal?
- R. Una vez reducido á su menor especie, segun la regla dada, se pone al resultado un denominador igual al producto de todos los números que expresan cuántas veces la segunda unidad está

contenida en la primera, la tercera en la segunda, etc., etc.

P. Patentizado con un ejemplo.

R. Si, por ejemplo, el complejo 8 vs., 2 ps., 5 pulg. de ántes, lo quisiera reducir á fraccionario, lo convertiría, primero, en unidades de su menor especie. Esto ya se sabe que da 317 pulgadas. Ahora, para buscar el denominador, multiplico 3, que son los piés que tiene una vara, por 12 que son las pulgadas que tiene un pié, y así, el fraccionario deseado es $\frac{317}{36}$ de vara.

P. ¿De qué manera se torna en complejo un número fraccionario concreto?

R. Se divide el numerador por el denominador, apartando el cociente. En seguida se multiplica la resta por el número de veces que la unidad superior que el quebrado expresa contiene á la inmediata; se divide el producto por el denominador y se separa el cociente, procediendo con la nueva resta y siguientes, como con la primera. Los cocientes obtenidos expresan las unidades concretas que el quebrado contiene.

P. Reducid á número complejo el quebrado concreto $\frac{4}{7}$ de vara.

R. Multiplico 4 por 3, que es el número de piés de la vara, el producto 12, dividido por 7 da 1, que son los piés contenidos en el quebrado. La resta 5 multiplicada por 12, me da 60, y 60 dividido por 7, da 8 por cociente, que son las pulgadas. Podría sacar así las líneas, pero deteniendo aquí la operacion, resulta que $\frac{4}{7}$ de vara equivalen á 1 pié, 8 pulgadas y $\frac{6}{7}$ de pulgada.

Sumar y restar denominados.

P. ¿Cómo se suman los denominados?

R. Rigen para el caso los mismos principios que para los enteros, con solo la diferencia de que en éstos las unidades que componen una superior, no guardan la regularidad que en ellos se nota.

P. Sumad lo siguiente: 2 vs., 2 ps., 5 pulg., con 7 vs., 1 pié, 9 pulg., con 5 vs., 0 ps., 8 pulg.

R. Coloque así los números. La suma de la columna de pulgadas da 22, en 22 pulgadas hay 1 pié, que tiene 12 pulgs., y sobran 10 que escribo. La columna de piés, con el 1 que sobró da 4; en cuatro piés hay una vara y sobra un pié. Escribo esto, y la vara la reuno á la tercera columna, obteniendo 15.

P. Restad de 12 § 3 rs. 5 gs., el número 6 § 2 rs. 7 gs.

R. Escritas en correspondencia las partes homóneas, comenzaría desde luego la resta si el 7 no fuese mayor que el 5, por lo que tomo un real, lo reduzco á sus doce granos, division imaginaria, y éstos los reuno con 5, resultándome 17, del cual, restando 7, deja 10. Los tres reales se convirtieron en 2, y como dos hay abajo, es la resta cero. De 12 § quito 6 y me quedan 6, con lo cual concluyó la resta.

- P. Si en el caso anterior no hubiese habido granos en el minuendo y sí en el sustraendo, ¿qué hubiérais hecho?
- R. Siempre habría tomado uno de los 3 reales, procediendo en lo demás de una manera igual.

Multiplicar y dividir denominados.

- P. ¿Cómo se multiplican los denominados?
- R. *Se reducen los factores á fraccionarios, éstos se multiplican, y el quebrado que resulta por producto, se valúa en unidades de la especie del multiplicando, es decir, se convierte en denominado.*
- P. Y la division de denominados, ¿cómo se efectúa?
- R. *Todas las operaciones anteriores son iguales, con solo la diferencia que los términos de la operación, una vez reducidos á fraccionarios, se dividen. El cociente es abstracto si el dividendo y el divisor son de la misma especie; en caso contrario, es de la clase del dividendo, aunque puede haber excepciones que la cuestion indicará.*
- P. Practicad esta operación:
8 § 3 rs. 2 gs. ÷ 2 vs. 2 ps. 5 pulg.
- R. Segun se ve en el cuadro adjunto, de convertir los 8 pesos en reales y agregar los tres que ya hay, han resultado 67, cuyo número, reducido á granos y agregándole al paso 2 que existen, dió 806, al cual se le pone el denominador 96. De análoga manera obtengo para equivalente del divisor, el quebrado $\frac{191}{96}$. Hago esta division:

$\frac{806}{96} \div \frac{191}{96}$ que dá por resultado $\frac{29016}{9696}$ y valúo este quebrado en unidades de moneda, que son las del dividendo, de lo cual me sale 2 § 7 rs., 11 gs., y $\frac{3734}{96}$ de grano, fraccion despreciable por su pequeñez.

8 § 3 rs. 2 gs. ÷ 2 vs. 2 ps. 5 pulg	
8	3
67	8
12	12
136	21
67	8
806	101
96	36

- P. ¿Qué regla seguís para conocer en las cuestiones de denominados, cuándo se debe multiplicar y cuándo dividir?
- R. *Si de la equivalencia de la unidad voy á la de la pluralidad, es decir, de lo que vale uno voy á lo que valen varios, hago multiplicacion; pero si de la pluralidad voy á la unidad, practico division. Por ejemplo: en el caso anterior, para que deba haberse practicado division, es preciso una cuestion que diga que el segundo número denominado, vale lo que el primero, y se desea saber lo que valdrá una sola unidad de aquel.*
- P. ¿Hay otro método para multiplicar denominados, á más del indicado?
- R. Existe, y voy á explicarlo. Supongamos que se desea saber el importe de 12 @. 5 lb. 4 onz. de

un efecto, á razon de 4 § 3 rs. cada arroba. Dispongo así la operacion:

Para practicarla *se considera primero, que no existe sino la primera especie*

4 § 3 rs.	
12 @. 5 lb. 4 onz.	

del multiplicador, y ésta,	48
se multiplica por todas las	3
del multiplicando. Se dice,	1—4
pues, 4 por 12, 48, comenzando por la mayor especie; despues se podría	0—7
multiplicar 3 rs. por 12, y	0—1—4½—
resultarian reales; pero se reflexiona que 3 reales es	0—0—4½
igual á 2 reales y á 1 real, ó lo que es lo mismo,	
á la cuarta y á la octava parte del peso; y como multiplicar por el cuarto y el octavo de una unidad, no es otra cosa que dividir por 4 y por 8, de aquí que, la multiplicacion del 12 por los 3 rs., se haga tomando la cuarta de 12 que es 3, y para tomar la octava se saca la mitad de la cuarta. El 3 obtenido al tomar la cuarta, representa pesos, porque á esta unidad están referidos los 2 reales, por eso se coloca en la columna de los pesos. La mitad de 3 pesos es uno, y sobra uno, que reducido á reales da 8, y mitad de 8 reales, son 4.	53—3—4½

Despues de esta primera parte de la operacion, *se multiplican las diversas partes del multiplicador por el multiplicando, siempre valiéndose de alieutas de las partes, para que las multiplicaciones vayan convirtiéndose en divisiones.* Procédese, pues, diciendo: si 1 arroba importa

todo el multiplicando, la quinta parte de una arroba equivaldrá á la quinta parte de éste, por lo cual, para multiplicar por 5 libras que es la quinta de 25, de que una arroba se compone, tomo la quinta del multiplicando, en esta forma: quinta de 4 §, no la hay; los reduzco á reales y son 32; los junto los 3 que existen y salen 35, cuya quinta es 7 reales, que escribo en la segunda columna. Para multiplicar por 4 onzas, reflexiono que son la cuarta de una libra. Si tuviese el valor de una libra, le sacaría la cuarta; pero como solo hay lo correspondiente á 5, saco á esto quinta para tener aquel; pero como este producto *auxiliar* no debe entrar en el cálculo directamente, lo tacho. La quinta de 7 rs. es 1 rs. y 4½ gs. La cuarta de esto que es lo que corresponde á 4 onzas, es 4½ gs. Sumo los productos parciales y saco el total, que es 53 § 3 rs. 4½ gs.

- P. ¿Cómo se convierte un número decimal, como por ejemplo, 0, 26 de quintal, en denominado?
- R. Multiplico 0, 26 por 4, que son las arrobas de un quintal, el producto 1, 04 indica que hay una arroba en la cantidad y 0, 04 de arroba. Multiplico 0, 04 por 25 que son las libras de una arroba, y el producto 1, 00 me indica que hay además 1 libra en el decimal. Procedimientos análogos se emplean en otros casos.
- P. ¿Cuando un cálculo esté hecho con números complejos no decimales, cómo se conoce la relacion que guarda con las decimales?
- R. Por medio de tablas calculadas al efecto, y donde dada la relacion de cada unidad decimal

con la que no lo es, es fácil averiguar todas las equivalencias.

P. Explicad cómo puede eso practicarse.

R. Por ejemplo, 1 vara es equivalente á 838 milímetros, y si se tratase de convertir en metros 672 varas, es claro que se deberían multiplicar 672 por un 838, lo cual produce 529616, número de milímetros. Como la unidad es el metro, se separan tres decimales y sale 529 metros y 616 milímetros.

Por medio de las mismas tablas se puede cambiar un número expresado en unidades del sistema decimal en el complejo común respectivo.

CAPITULO IV.

Cuadrado y raíz cuadrada.

- ¿Qué cosa es *cuadrado*?
- El producto de dos factores iguales.
- ¿Cómo se indica que un número debe elevarse al cuadrado?
- Poniendo un 2 arriba y á la derecha de él, cuyo signo se llama *exponente*.
- ¿Qué es *raíz cuadrada* de una cantidad?
- Uno de dos factores iguales que engendran una cantidad, de modo que ésta es el cuadrado de su raíz cuadrada.
- ¿Cómo se indica la operación de extracción de raíz cuadrada?
- Con el siguiente signo $\sqrt{\quad}$ denominado *radical*.

P. Cuáles son los cuadrados de los números del al 9?

R. Los siguientes:

Números 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9.

Cuadrados 1, 4, 9, 16, 25, 36, 49, 64, 81.

P. ¿Cómo se extrae la raíz cuadrada de un número entero, como por ejemplo, 1156?

R. Se separa en períodos de dos

cifras, comenzando por la derecha. En el caso especial los períodos son 11 y 56.

Se resta del primer período el cuadrado perfecto mayor posible y la raíz suya se

escribe aparte. Aquí el cuadrado perfecto más grande

que se puede restar de 11 es 9, cuya raíz 3 por lo tanto se pone entre las líneas que se ven. *Al lado de la resta se baja el período siguiente, separando con una señal su última cifra.* Por esto al lado de la resta 2 he puesto el período 56, apartando el 6. *Todo lo separado á la izquierda se divide por el duplo de la cifra puesta entre rayas escribiendo el cociente á su derecha.* Por esta prescripción, la parte 25 la divide por el 6 (que escribí abajo), duplo del 3, y el cociente 4 le sitúo á su derecha. *El cociente obtenido se multiplica por todo el número que compone el duplo que sirvió de divisor y el mismo cociente puesto al final, y el producto se resta del número que sirvió de dividendo y de la cifra separada.* Para aplicar esta parte de la regla he puesto el cociente 4 también junto al 6 y 1

$$\begin{array}{r} \sqrt{11\ 56\ |34} \\ 9 \qquad 64 \\ \hline \end{array}$$

25 6

25 6

0

multiplicado 64 por 4, cuyo producto 256 he restado de 256, sacando cero por resta. Si es cero la resta, la raíz exacta de la cantidad está compuesta del cociente hallado y la cifra anterior. En nuestro caso es, pues, 34 la raíz.

P. ¿Puede suceder que despues de hecho el producto de que habla la regla anterior, y aunque no haya habido equivoacion en la division la resta prescrita no sea posible?

R. Puede suceder, y entónces se rebaja el cociente unidad por unidad hasta que la resta se pueda verificar.

2. Y la resta, si la hay, en una extraccion de raíz, ¿puede ser mayor que la raíz sacada?

R. Sí, pero no pasar de su duplo, pues esto será señal de que están mal ejecutadas las operaciones.

3. Cuando son más de cuatro las cifras de una cantidad, ¿cómo se le extrae raíz?

R. Siempre se hace la division en períodos de dos cifras. Se procede con los dos primeros períodos, como si los demás no existiesen, y concluida con ellos la operacion, al lado de la resta se baja el siguiente período, procediéndose con este número y las dos cifras de la raíz, como se procedió antes con la única cifra que habia de la raíz y con la resta junta con el segundo período. Si hay más períodos, se repite la misma serie de operaciones.

El cuadrado de una cantidad decimal ¿puede tener cifras decimales en número impar?

No, porque en el producto de las decimales hay tantas cifras decimales como ambos factores tienen; y siendo el cuadrado producto de fac-

tores iguales, siempre será par el número de decimales.

P. Segun esto, ¿qué debe hacerse para extraer raíz á una cantidad decimal como 7,5?

R. Agregarle un cero para que sean dos las decimales, así: 7,50. Despues se saca la raíz sin hacer caso de la coma, y en dicha raíz se separa la mitad de cifras decimales que haya en el número. Aplicando la regla al caso, extraigo la raíz, que es 27, separo una cifra decimal por haber dos en el número, y es el resultado 2,7. Se podrian sacar más cifras decimales agregando á la resta 21 y á las sucesivas dos ceros por cada nueva cifra que se desease en la raíz.

$$\begin{array}{r} \sqrt{7,50} \quad | \quad 2,7 \\ \underline{4} \quad \quad 47 \\ \hline \end{array}$$

350

329

21

P. ¿Cómo se eleva al cuadrado una fraccion?

R. Elevando al cuadrado cada uno de sus términos

P. ¿Cómo se extrae raíz á un quebrado?

R. Si su denominador no es un cuadrado, se multiplican ambos términos por el denominador, extrayendo luego raíz al numerador y denominador; si lo es, se saca inmediatamente la raíz de estos. Por ejemplo, á $\frac{4}{25}$ se le extrae raíz multiplicando 4 por 5 y 5 por 5, lo que da el quebrado $\frac{20}{25}$. La raíz de 20, aproximada hasta centésimas, es 4,47, y la de 25 es 5, de manera que la raíz es $\frac{4,47}{5}$. En la práctica se omite multiplicar el denominador por sí mismo, puesto que ha de reaparecer al extraer raíz.

P. ¿Hay otra manera de sacar la raíz de un quebrado?

R. Sí, y consiste en reducirlo primero á decimal.

CAPITULO V.

De las proporciones.

P. Cuando dos números dan la misma resta que otros dos, ¿cómo se dice que están entre sí?

R. En *proporción aritmética*, y se llama *razón*, tanto á cada resta igual como á los números que la producen, de los cuales el minuendo toma el nombre de *antecedente*, y el sustraendo el de *consecuente*.

P. Ponedme un ejemplo de dos razones iguales, ó sea una proporción aritmética.

R. Hélo aquí: $8 - 5 = 27 - 24$ que tambien se acostumbra escribir así: $8 : 5 : 27 : 24$, leyéndose *8 es aritméticamente á 5 como 27 es á 24*. En esta proporción, 8 y 27 son los antecedentes de cada razón, y 5 y 24 los consecuentes. Por su parte las cantidades del centro se llaman *medios*, y las otras, *extremos*. Así, 5 y 27 son medios; 8 y 24, extremos.

P. ¿Qué sucede en toda proporción aritmética?

R. Que la suma de extremos es igual á la de medios.

P. ¿Cómo se forma una proporción geométrica?

R. Con cuatro cantidades que de dos en dos den el mismo cociente. Los nombres que toman éstos y aquellas, son los mismos que en la otra proporción. Por ejemplo, $20 \div 5 = 36 \div 9$ es una proporción geométrica, que se escribe tambien así: $20 : 5 :: 36 : 9$, y se lee: *20 es geométricamente á 5 como 36 á 9*.

P. ¿Qué se verifica en toda proporción geométrica?

R. Que el producto de extremos es igual al de medios, y así en el caso anterior, $20 \times 9 = 5 \times 36$. En efecto, el producto es para ambos casos 180.

P. Siempre que hay igualdad de dos productos ¿existe proporción entre los factores que los constituyen?

R. Así es; y por lo mismo subsiste la proporcionalidad, aunque se pongan los extremos en lugar de los medios, se dupliquen, tripliquen los antecedentes, etc., pues *es legítimo todo cambio que no altere la igualdad del producto de extremos y medios*.

P. Supuesto que el producto de extremos es igual al de medios en una proporción, ¿cómo se encontrará un término de ésta que se desconozca?

R. Si es medio el desconocido, el producto de extremos se divide por el otro medio conocido, si es extremo; el producto de medios se divide por el extremo cuyo valor se sabe. Por ejemplo, si en la proporción $20 : 5 :: 36 : 9$, el 9 fuese desconocido, se encontraría multiplicando 5 por 36, lo que da 180, el cual 180 dividido por 20 da el cociente 9.

Regla de tres. ®

P. ¿Qué clase de cuestiones son las que se llaman de regla de tres?

R. Aquellas en que se busca un cierto número, atendiendo á las relaciones de proporcionalidad de los conocidos, que se llaman *datos*, en tanto el

número que se busca se denomina incógnita, y se designa por una de las letras finales del alfabeto.

P. ¿En qué se divide la regla de tres?

R. En simple y compuesta. La primera es la que solo contiene tres datos, y la segunda la que encierra más.

P. ¿Cómo se clasifican las cantidades en la regla de tres?

R. En homogéneas y relativas. Homogéneas son las de la misma especie; relativas, aquellas que tienen en la cuestión un enlace directo, de tal manera que una existe por la otra. Por ejemplo, en la cuestión: 12 albañiles han hecho un zócalo de 35 pulgadas de alto: ¿a qué altura lo habrían elevado 48 albañiles? 12 y 48 albañiles son las homogéneas, como también las 35 pulgadas y las que se buscan, que llamaré x ; y las relativas son 12 albañiles y 35 pulgadas y 48 albañiles y x pulgadas.

P. ¿Qué otra cosa se distingue en la regla de tres?

R. El supuesto y la pregunta. El supuesto es aquella parte del enunciado en que se dan cantidades todas conocidas y entre sí relacionadas, para que sirvan de punto de partida para encontrar una incógnita que, con las cantidades que le están anexas, componen la pregunta de la cuestión.

P. ¿Qué otras divisiones hay?

R. Existe la regla de tres directa y la inversa. La directa es aquella en que el ser mayor ó menor una homogénea que otra, trae igual relación en las dos relativas que les corresponden; é inver-

sa, aquella en que la mayoría de una homogénea trae la inferioridad de su relativa, respecto de la otra relativa.

P. ¿Qué se llama plantear una cuestión?

R. Fijar las operaciones que se han de hacer con los datos para que resulte la cantidad incógnita.

P. ¿Cómo se plantea la regla de tres simple?

R. Las homogéneas conocidas se ponen en la primera razón, y en la segunda las otras, de manera que las cantidades colocadas como antecedentes y consecuentes sean las relativas — si la regla es directa; — pero si es inversa, las relativas deben hallarse de extremos y medios.

P. Esclareced la doctrina con ejemplos.

R. 1ª Regla directa. Para vestir 80 soldados se han consumido 240 varas de paño, y se desea saber cuántas se necesitarán para el vestuario de 94. Esta regla es directa, porque 94 es mayor que su homogénea 80, y también la relativa de 94 debe ser mayor que la relativa de 80; pondré, pues, así el planteo:

$$\begin{array}{cccc} \text{hb.} & \text{hb.} & \text{vs.} & \text{vs.} \\ 80 & : & 240 & : & x \end{array}$$

donde cada razón la componen las homogéneas, y son antecedentes 80 y 240; y 94 y x , cantidades relativas. El valor de x lo saco de multiplicar los medios y dividir el producto por el extremo conocido 80; es decir,

$$x = \frac{94 \times 240}{80} = 282, \text{ varas que se necesitan para vestir los 94 hombres.}$$

2ª Regla inversa. 8 wagones de ferrocarril condujeron tropa en 6 viajes; ¿cuántos viajes hubie-

ran necesitado hacer 12 wagones? La regla es inversa, porque en *más* wagones cabe más gente y necesitan hacer *ménos* viajes. Su planteo es así:

$$\begin{array}{cc} \text{wag.} & \text{wag.} \\ 12 : 8 :: 6 : x \end{array}$$

cuyas razones las forman las homogéneas, siendo medios 8 y 6, relativas, y extremos 12 y x , también relativas. Resuelta la proporción, da

$$x = \frac{8 \times 6}{12} = 4.$$

P. ¿Cómo se resuelve la regla de tres compuesta?

R. Hay varios métodos; pero el más sencillo consiste en escribir en dos líneas las cantidades del supuesto y la pregunta correspondiéndose las homogéneas, y cambiar los lugares de las cantidades, si influyen de una manera directa, y dejar como están las que influyen de una manera inversa. Hecho esto, el producto de todas las cantidades de la línea donde no está la x se divide por el producto de las conocidas en que la x se encuentra: el cociente es el resultado.

P. Resolved, pues, esta cuestión: 35 artilleros han trasladado de un punto á otro de una ciudad sitiada 1750 cajones de parque en 18 horas, teniendo que recorrer 10 calles, iguales entre sí; impidiendo despues las operaciones militares el tránsito por las mismas calles, y siendo preciso trasladar 350 cajones de uno á otro de los mencionados puntos en 6 horas: se pregunta, cuántos hombres habrá que emplear, advirtiéndose

que el nuevo trayecto equivale á 12 de las anteriores calles.

R. Coloque así los datos:

Artilleros.	Cajas.	Horas.	Calles.
35	— 1750	— 18	— 10
x	— 350	— 6	— 12

y reflexionando que *ménos* cajas necesitan *ménos* artilleros, veo que 1750 y 350 influyen de una manera directa, por cuyo motivo los cambio de lugar. *Ménos* horas piden *más* artilleros; aquí, pues, 18 y 6 horas influyen de un modo inverso, y por lo mismo quedan en sus lugares. *Más* calles requieren *más* artilleros que hagan la faena; influyen, pues, directamente, y cambio los lugares de 10 y 12, quedando así las cantidades:

Artilleros.	Cajas.	Horas.	Calles.
35	350	18	12
x	1750	6	10

Multiplico los números de la primera línea, saco $35 \times 350 \times 18 \times 12$, y esto lo divido por el producto de las cantidades conocidas de la segunda línea que es $1750 \times 6 \times 10$, siendo el valor de x como en seguida lo expreso:

$$x = \frac{35 \times 350 \times 18 \times 12}{1750 \times 6 \times 10} = 25,2. \text{ (R)}$$

P. Muy bien; pero ¿qué quiere decir 25 hombres y 2 décimos de hombre?

R. Como en la cuestión el hombre representa cierto trabajo que puede ejecutar, los 2 décimos, no vienen á significar sino que se necesita otro hombre que solo pueda hacer los 0,2 de lo que

los otros hacen, ó bien que trabaje tan solo los 0,2 del tiempo que los otros.

Variedades de la regla de tres

P. ¿Qué clase de cuestiones son variedades de la regla de tres?

R. Las llamadas de interés, de descuento, de sociedad ó compañía, de cambio, y de aligación.

P. ¿Qué cosa es regla de interés?

R. La que trata de averiguar cuánto producirá un capital determinado sabiéndose lo que ganan cada cien pesos de él, cuya ganancia se denomina, tanto por ciento; mientras la del capital, se nombra sus réditos.

P. ¿En qué se divide la regla de interés?

R. En dos casos. 1º Cuando el tiempo en que corre el tanto por ciento es el mismo que el que ha estado á réditos el capital, y 2º cuando el capital ha estado á réditos un plazo distinto que el necesario para que se cumpla el tanto por ciento.

P. ¿Cómo se resuelve la regla de interés en ambos casos?

R. Valiéndose de las reglas dadas al tratar de la regla de tres; pero no se necesita plantearlas en cada caso, pues en el primero, los réditos se encuentran multiplicando el capital por el tanto por ciento y partiéndolo el resultado por 100; y en el segundo, se multiplica el capital por el tanto por ciento y por el número de días que ha estado á réditos, y el resultado se divide

por 100, multiplicado por el tiempo en que corre el tanto por ciento, que generalmente es un año.

P. ¿Cuánto producen en un año 3580 \$ al 6 p^oo, en un año, es decir, al 6 por ciento?

R. Multiplico 3580 por 6, de lo que saco 21480; dividido esto por 100 y el resultado 214,80 es el rédito.

P. Si en la anterior cuestion se dijese que solo habia estado á réditos el capital durante 180 días, ¿cómo se resolveria la cuestion?

R. Siendo del 2º caso, así: $3580 \times 6 \times 180$, cuyo producto dividiria por 100×360 (suponiendo el año no bisiesto, pues si lo fuera, entonces multiplicaria 100 por 365); obteniendo por resultado 107,40. Aquí no habia, en rigor, necesidad de practicar todas las operaciones, pues siendo 180 mitad de 360, se pudo sacar el resultado tomando la mitad de 214,8.

P. ¿Qué es la regla de descuento?

R. La que nos enseña á separar de una suma en que entran capital y réditos, una de la otra cantidad.

P. ¿Cómo se procede para lograrlo?

R. Supongamos que se quieren descontar de..... 3794 \$ 80 los réditos, sabiendo que es 6 el tanto por 100. Como 100 pesos con sus réditos se vuelven 106, se establece esta proporcion:

$$106 : 3794, 80 :: 6 : x$$

que quiere decir, que si en 106, capital tipo y réditos juntos, 6 es el rédito, ¿cuál será en.... 3794,80. El resultado de la solucion es 214,80.

P. ¿Qué es regla de sociedad?

R. Interpretada en el sentido abstracto, *la que trata de dividir una cantidad en partes cuya relación sea como la de ciertos números dados*. Por ejemplo, supongamos que se da el número 5000 que se ha de dividir en tres porciones proporcionales á los números 5, 3 y 2. Se suman éstos y dan 10, diciéndose: si cuando el total es 10, la primera parte es 5, cuando el total sea 5000, ¿cuál será la primera parte? cuya pregunta queda planteada así:

$$10 : 5 :: 5000 : x = 2500$$

Para la segunda parte sirve la proporción.....

$$10 : 3 :: 5000 : y = 1500.$$

Para la tercera, ó se plantea otra proporción, ó conocidas las dos primeras partes, la tercera es igual á 5000 menos 4000, suma de ellas, es decir, equivale á 1000.

P. ¿Cómo se resuelve la regla de sociedad cuando la naturaleza de la cuestión exige por una parte que el número dado se divida en partes proporcionales á ciertos números, y por otra, á otros números determinados?

R. Este caso se reduce al anterior, pues del producto de cada par de números proporcionales, se forman otros nuevos. Por ejemplo, supongamos que los accionistas de una empresa han ganado 106000 \$, y que, siendo tres, el primero tomó 3 acciones por 5 años; el segundo, 2 por 7 años, y el tercero 6 por 4 años. Es claro que la ganancia debe ser relativa al tiempo y al número de acciones, y para lograrlo, se di-

vide 106000 en partes proporcionales á los productos 3×5 , 2×7 y 6×4 , ó sea 15, 14 y 24, lo cual, según lo dicho, da las partes 30000, 28000 y 48000.

P. ¿Para qué sirve la regla de cambio?

R. Para encontrar lo que una cantidad de dinero vale en monedas de otro país, para lo cual se deben tener presentes, entre otras, estas relaciones:

\$1 vale 5 francos.

24 francos, 26 chelines.

15 chelines, 6 florines, etc.

Si se quiere saber, v. g., cuántos florines representan 48 \$, se cambian en francos por medio de la proporción siguiente:

$$1 : 48 :: 5 : x = 240,$$

que quiere decir: si un peso vale 5 francos, ¿cuántos representarán 48 \$? Obtenido el número de francos, y por procedimiento análogo, se saca el número de chelines y después el de florines.

P. ¿Qué es regla de aligación?

R. *La que tiene por objeto encontrar el valor de una unidad, de varias cosas que se han mezclado, y cuyo precio es diverso*. Sin embargo, en muchos casos la idea de la mezcla es solo una abstracción.

P. Explícate el caso más sencillo de regla de aligación.

R. Supongamos que se ha mezclado cebada de tres clases: 15 cargas de la 1ª á 40 rs. carga; 12 de la 2ª á 35 rs., y 16 de la 3ª á 42, deseándose saber cuál precio deberá ponerse á la carga de la mezcla para que el importe total de las car-

gas sea el mismo. Se resuelve la cuestion multiplicando *cada parte por el precio de la unidad*. De esto se saca: 1º, 600; 2º, 420, y 3º, 672. El valor de todas las cargas es, pues, 1692 reales, y como son $15 + 12 + 16 = 43$, resulta que el precio de una en la mezcla, será..... $1692 \div 43 = 39$ reales $\frac{1}{3}$ de real.

P. Explicad ahora otros casos de la regla de aligacion.

R. *Sea el primero*. Se trata, v. g., de saber en qué *proporcion* deben mezclarse dos clases de botellas de vino, cuyo precio respectivo es 23 y 15 reales, para que la botella de la mezcla tenga de valor 18 reales. Se dispone la operacion así:

$$\begin{array}{r|l} 3 & 23 \\ 5 & 15 \\ \hline & 18 \end{array}$$

y 18 que es lo que se llama el *precio medio*, se hace en un caso, *minuyendo*, y en otro, *sustrayendo* de 23 y de 15; de manera que se practican estas operaciones $18 - 15$ y $23 - 18$: los resultados 3 y 5 se ponen, el que resultó cuando se tomó 15, frente al 23, y el que salió tomando 23, frente al 15, y estos números vienen á significar las botellas que de cada clase deben tomarse. En efecto, el precio de todas las primeras botellas, es 69 rs., y el de las segundas, 75, cuya suma 144 rs., dividida por $3 + 5 = 8$ botellas, da el precio 18 que se pedía.

Como 3 y 5 son números proporcionales, pueden tomarse tambien el doble, triple, cuádruplo, etc., de cada uno.

Sea el segundo. Saber en qué *proporcion* deben mezclarse botellas de vino cuyos precios son

16, 29 y 14 reales. Se resuelve así: Con 29, *mayor* $\begin{array}{r|l} 11 & 16 \\ 4+2 & 29 \\ 11 & 14 \end{array}$ 18
que 18 y 16, *menor*, se procede como en el caso anterior, y luego con el mismo 29 y 14 se hace cosa análoga, juntando las dos porciones que para 29 resultan, de modo que se necesitan 11 botellas de la primera clase, $4 + 2$, ó 6 de la segunda y 11 de la tercera.

Sea el tercero. Se tienen 6 fanegas de trigo cuyo precio es de 29 reales y otras de 40 reales, y se desea saber con cuántas de éstas se han de mezclar para que resulten fanegas de 4 23 rs.

Lo primero que se hace es *prescindir* del núm. 6 de fanegas y resolver la cuestion como ántes, lo que da, segun el cuadro

$$\begin{array}{r|l} 7 & 29 \\ 4 & 40 \\ \hline & 33 \end{array}$$

adjunto, 7 fanegas de la primera clase y 4 de la segunda. Ahora, se dice: si

cuando son 7 las fanegas de primera especie se necesitan 4 de segunda, cuando sean 6, cuántas de éstas se necesitarán? lo cual queda planteado en la siguiente *proporcion*:

$$7 : 6 :: 4 : x = 3\frac{1}{3}$$

Se necesitan, pues, 3 fanegas $\frac{1}{3}$ de fanega.

P. ¿No hay otra clase de cuestiones que puedan presentarse en la regla de aligacion?

R. Hay otras; pero todas se resuelven buscando primero los números proporcionales y luego estos sirven de base para resolver la cuestion en cada caso, segun su naturaleza. Por ejemplo: si en el ejemplo anterior no se diese la parte fija, 6 fanegas, sino se dijese que el total de la mez-

ela debería ser 18 fanegas, se habrían sumado 7 y 4, y se hubiera dicho: si $7 + 4 = 11$ es el total que dan los números proporcionales, cuando este total deba ser 18 ¿cuál será la primera parte? Sacada la primera y restada de 18, se obtendría la segunda.

P. ¿A qué llamais regla de la diversa unidad?

R. A aquella en que supongo á dos números iguales por ser distinta la unidad que los mide.

P. ¿Para qué sirve esta regla?

R. Para resolver algunas cuestiones en que se conoce una parte de un número y las relaciones proporcionales de las otras partes: por ejemplo, en esta cuestión: un hombre gastó la tercera parte de sus bienes en comprar una casa, la quinta en un carruaje, la sétima en un piano y le sobraron 340 \$, ¿cuánto tenía? Resuélvese eligiendo un número cualquiera que tenga tercera, quinta y sétima, como 105, y se dice: siendo este el capital, el precio de la casa sería 35 \$, el del carruaje 21 y 15 el del piano, cuyo total es 71; luego el sobrante es 34. Ahora, se establece esta proporción: si siendo 34 el sobrante, la parte primera es 35, cuando sea 340 cuál será esta:

$$34 : 340 :: 35 : x = 350.$$

Las otras partes, sacadas de un modo igual, son 210 y 150, y todas, sumadas con 340, dan el capital 1050.





LA NEGACIÓN POSITIVISTA
Y
SU VALOR CIENTÍFICO.

SEÑORES:

Hemos visto á la negación materialista lo mismo que á las anteriores, enarbolar la bandera de la ciencia, y no dejar más que ruinas en el campo de la ciencia. Hemos visto que el materialismo, negando el alma como sustancia distinta del cuerpo, á la vez que acaba con los elementos que la componen y con las palabras que sirven para expresarla, echa por tierra la gran ciencia que ha ilustrado tantos ingenios: la psicología ó la ciencia del alma. Pero todavía lleva más adelante el materialismo sus devastaciones en el imperio de los conocimientos; porque negando el espíritu y proclamando el reinado exclusivo de la materia en el hombre; niega la mismo tiempo la libertad, proclamando el

reinado exclusivo del mecanismo y de la fatalidad; y la negación absoluta de la libertad trae consigo la negación y la destrucción absoluta de la ciencia moral ó de la moralidad de los actos humanos. No más ciencia **ps**iológica; no más ciencia moral: tales son los dos resultados infalibles del triunfo del materialismo.

Hasta aquí, señores, hemos visto cuatro grandes negaciones que bajo sus golpes destructores arrastran consigo, unas en pos de otras, la ruina de la verdad y de la ciencia, como restos de un edificio que se demuele, piso por piso y piedra por piedra: hemos visto al naturalismo, al panteísmo, al ateísmo y al materialismo, siguiéndose y confundiéndose muchas veces en un horrible amontonamiento de ruinas científicas. Parecía que tocábamos ya á las últimas fronteras de la negación, y que no podíamos proseguir sin volvernos atrás. Pero estaba reservado á nuestro siglo formar con los restos de todos esos sistemas, otro que aunque asimilándose los, se distingue de ellos por una fisonomía especial y se presenta entre nosotros como la reunión más completa de negaciones que se ha visto

nunca en la historia del espíritu humano. Y lo que en particular caracteriza ese sistema, y le reviste de un interés especial desde el punto de vista en que estamos colocados, es que esa vasta sistematización de errores, y ese enorme conjunto de negaciones se nos ofrece precisamente como la más alta expresión del saber y la más completa organización de la ciencia en el siglo XIX. Ese sistema tan extraño se ha dado un nombre más extraño todavía: se llama el *positivismo*.

¡El positivismo! Esta palabra, inventada para expresar un conjunto de negaciones, es más que todo una cosa bien extravagante. La palabra *positivo* tiene, en las tradiciones de nuestra lengua francesa, sentidos muy diferentes según la especialidad de las cosas que expresa y que nadie entre vosotros puede ignorar. Trabajo nos cuesta, por lo tanto, comprender á los hombres que nos traen con aire de reveladores esa novedad singular que se llama el positivismo; y no podemos menos de preguntarnos si nos hablan con formalidad esos cándidos reformadores, cuando nos dicen, mirándonos con tanta altivez y con tan raro desdén: "Nosotros, los sabios, somos positi-

"vistas: nosotros profesamos la ciencia y la "filosofía *positiva*: ciencia del progreso, filosofía del porvenir, que ha de regenerar al "mundo y trasformar á la humanidad."—Oráculo de profetas, símbolo de novadores, que anuncia, no sólo una nueva revolución social sino, como ellos dicen en su prodigioso idioma, *una nueva educación de las inteligencias*.

Por honor á nuestro carácter nacional, que tiene tanto anhelo por la claridad y tanta sed de luz, es necesario entenderse antes respecto al sentido de las palabras; y para esto es preciso que el positivismo consienta en darse á conocer, definiendo y exponiendo su propia doctrina. Investiguemos, pues, antes que todo, cuál es la fórmula explícita de su símbolo, el secreto de sus ambiciones, el resultado de sus esfuerzos, lo que cree, lo que espera, lo que es realmente. Después de exponer á vuestras inteligencias, en su verdadera fisonomía, esa creación prodigiosa del siglo xix, pondrémos de manifiesto lo que vale bajo su aspecto científico esa pretensa *organización* de la ciencia.

Causará á algunos extrañeza que consagremos un discurso entero á la exposición y á la refutación de esa forma fantástica de la nega-

ción contemporánea; y yo confieso, señores, que si el positivismo no tuviera otra importancia que la que pudiera darle su valor intrínseco, no habría que ocuparse mucho en un sistema que lleva tan léjos como es posible la singularidad científica, la extravagancia religiosa y la contradicción filosófica. Pero el positivismo tiene á su favor dos cosas que explican el éxito que relativamente alcanza; y la fascinación que produce en la inteligencia de los jóvenes: y son, por una parte, el mentís que lanza contra las más sagradas afirmaciones; por otra, la libertad que da á las más detestables pasiones: tantas cosas verdaderas como niega en el orden intelectual; tantas cosas vergonzosas como legitima en el orden moral: esto es lo que me decido á exponer primeramente; refutando después en sus principios fundamentales la doctrina positivista.

El positivismo, nacido en nuestro suelo, y por decirlo así, á nuestra vista, sigue siendo para el mayor número de nosotros como uno

de esos países extranjeros de que se oyen contar cosas prodigiosas, y á los que casi no se conoce más que por las relaciones de los viajeros que los han cruzado. Por eso, antes de entrar en la refutación directa de ese sistema tan antipático al buén sentido del género humano y sobre todo, al génio de Francia, creo necesario empezar por hacerlos de él una exposición clara y francamente imparcial. Bien sé que esa exposición de los grandes errores ofrece sus dificultades, porque tropieza fácilmente en uno de dos escollos: calumniar ó lisonjear; desfigurar ó embellecer; ser injusto con el error á fuerza de amor á la verdad, ó ser injusto con la verdad á fuerza de contemplaciones con el error. ¿De qué manera pasaremos entre esos dos escollos, al exponer rápidamente las doctrinas positivistas, con una imparcialidad completa y con una justicia consumada? Hay para ello un medio que me ha parecido tan sencillo como leal; mostraros sucintamente al positivismo pintado por sí mismo.

Así, pues, señores, prestadme por algunos momentos una paciente atención, y no os escandaliceis, porque voy á hablar como buén

positivista, es decir, como muy mal católico, y debo añadir, como muy mal filósofo.

Para entrar con conocimiento de causa en la nueva secta, he aquí lo que primero debe admitir el iniciado. Ha de saber "que todas nuestras concepciones, de cualquier orden que sean, pasan sucesivamente por tres estados, cuyo orden determina la naturaleza de las cosas y está señalado en la historia por distintas etapas: el estado teológico, el estado metafísico, y el estado positivo. Este desenvolvimiento del espíritu humano es universal y no reconoce excepción. En el estado *teológico*, el hombre, trasportando al mundo exterior la idea que de sí tiene, *supone* que los objetos se mueven por la acción de voluntades superiores; pero en la esencia análogas á la suya. De aquí la hipótesis de los ángeles y de las divinidades paganas; de aquí también la hipótesis de Dios. En el estado *metafísico*, el hombre sustituye entidades abstractas á las concepciones concretas de las teologías; y *supone* á esas entidades, que son producto de su propia imaginación, con una realidad y una objetividad que no tienen. De aquí un conjunto de especulaciones estériles y de supuestos conocimien-

tos metafísicos, tan faltos de realidad como la misma teología. Por último, [en el estado *positivo*, que es la era de las verdaderas grandezas de nuestra humanidad, el hombre reconoce su verdadera situación en medio del orden universal de que forma parte; y llega á hacer un gran descubrimiento, cual es que los movimientos de los seres y el conjunto de sus fenómenos están determinados, no por *voluntades libres*, sino por las *propiedades* de las cosas, por fuerzas *inmanentes*, cuyo conocimiento sirve de base á toda la ciencia.

La verdadera filosofía de la historia consiste en poner de manifiesto á la luz de los hechos la sucesión regular y normal de esos tres estados en el desenvolvimiento del espíritu humano, los cuales constituyen el triple *régimen mental* de la humanidad.

Así veis como el régimen *teológico*, partiendo desde la cuna de las religiones y de las sociedades, pasa por esas varias facetas, se simplifica progresivamente, se va haciendo cada vez más abstracto, y á cada simplificación que en él se produce, va teniendo menos parte en la vida de los hombres. Veis además siempre á la luz de los hechos, el régimen *metafísico*, al

principio subordinado al imperio del dogma, después en rebelión abierta contra el espíritu teológico, ganando cada día terreno á la teología y tomando atrevidamente la dirección de las inteligencias en la era de las revoluciones que todavía dura. Veis, por último, al régimen *positivo* suplantando cada vez más á la misma metafísica, y después de haberse ido apoderando sucesivamente de todas las ciencias, *eliminar* todo lo que no es él y absorber cuanto en él pueda entrar, y hoy día pone el pié triunfante en el dintel mismo del orden social.

Tal es la sucesión de los tres estados por los cuales pasa de una manera fatal el espíritu humano. El último excluye á los otros dos, y los condena á un desuso definitivo y á una impotencia irremediable, á causa de su oposición radical con él.

No es difícil comprender de dónde procede ese antagonismo radical entre los dos primeros estados y el tercero. La filosofía positiva y la filosofía teológica ó metafísica, se excluyen esencialmente; puesto que la una se ocupa en lo absoluto y la otra en lo relativo, y nada más que lo relativo. Tal es la barrera

insuperable que en lo sucesivo ha de separar el pasado y el porvenir del espíritu humano. Hasta ahora, el hombre ha dejado lo finito y lo relativo, para ir en pos de lo absoluto, y de lo infinito; y lo infinito y lo absoluto son inaccesibles al espíritu humano, no siendo susceptibles de demostración ni de refutación. El espíritu humano, en sí mismo, no es lo absoluto ni lo infinito: preguntarle el secreto de uno y otro, es pedirle lo que no tiene ni puede dar. Por tanto, encerrarse en el círculo de lo que la escuela llama lo *contingente* y lo *relativo*, constituye una diferencia capital entre una y otra filosofía, y abre entre ellas un abismo que impedirá al mundo del porvenir volverá las doctrinas de lo pasado.

Este es el partido definitivo y la resolución inquebrantable que toma el positivismo. Así es que de hoy en adelante el positivismo no ya discutirá con los teólogos ni con los metafísicos, sino que les volverá la espalda y los pondrá *fuera de la ciencia*. Y esa exclusión que pronuncia el positivismo contra la teología y la metafísica, no la pronuncia menos contra la psicología y la moral, tal como los filósofos la han comprendido en nuestros días. La psico-

logía ó la ciencia del alma, considerada como sustancia inmaterial, no es menos quimérica en su objeto que la misma metafísica; y los hechos de conciencia, considerados como distintos de los fenómenos fisiológicos, no tienen más que un valor puramente *nominal*. La moral aceptada como legislación de nuestra vida espiritual, escrita en el fondo del alma por el dedo divino, tampoco es en sí misma otra cosa que una bella ilusión. La verdadera moral, la que consagra la ciencia, descansa por completo en la distinción de los instintos *egoistas* y de los instintos *altruistas*, ó sea los que concentran al hombre en sí mismo, y los que lo inclinan hácia los demás. El egoismo y el *altruismo* son los dos polos en la vida moral de la humanidad.

Una vez descartadas todas las regiones de la hipótesis y reconocidas como inaccesibles á las miradas de la verdadera ciencia, los dominios científicos se estrechan de un modo notable, pero es para iluminarse más. El positivismo, colocado fuera de lo imaginario y de lo quimérico, toma en medio de la luz de la ciencia, el punto de partida que ha de conducirle de claridad en claridad desde su-

base más profunda hasta su más elevada cumbre, es decir, desde los primeros elementos de las matemáticas hasta la cima luminosa de la *sociología* ó ciencia de la sociedad, último término á que ha de llegar un día la filosofía positivista.

Ya veis, pues, lo que de hoy en adelante ha de entrar en ese reino de la luz pura y constituir los elementos de la ciencia nueva: hechos, y nada más que hechos; hechos, con las leyes inherentes á su naturaleza y las fuerzas *inmanentes* de la materia. Es necesario desarraigar esa preocupación que tan cuidadosamente han infundido los teólogos y los filósofos, de "que hay dos órdenes de hechos "perfectamente distintos, los que caen bajo "los sentidos y los que sólo descubre la conciencia;" porque esa distinción es el vicio fundamental de la ciencia de lo pasado. "Todos los hechos son esencialmente *homogéneos*; y no hay más que un procedimiento para conocerlos, que es la experiencia ó la observación. Todo fenómeno real debe ser observable, y para eso es necesario que caiga bajo los sentidos. Toda otra observación es esencialmente vana.

Por eso, en vez de lanzarse con la imaginación en busca de las *causas* y de la *esencia* de los seres, el procedimiento único y universal que de hoy en adelante ha de conducir al verdadero conocimiento de aquellos seres y de sus leyes, es aplicarse á estudiar por medio de la observación las cosas en sí mismas, con sus fuerzas *inmanentes*; y sustituir á las aventuras de la especulación teológica, metafísica, moral, ó psicológica, las investigaciones precisas del cálculo, aplicado á las realidades materiales. Ahora bien, seis ciencias que están ligadas entre sí, y se auxilian unas á otras, encierran dentro de sus grandes líneas el conjunto de los hechos observables y el campo de las investigaciones científicas: estas seis ciencias son: las matemáticas y la astronomía; la física y la química; la biología y la sociología; las matemáticas, que son la ciencia del número, de la dimensión y de la extensión abstracta; la astronomía, que es la ciencia de los movimientos de los cuerpos y de su extensión determinada; la física, que es la ciencia de las leyes generales que rigen á la materia; la química, que es la ciencia de las afinidades de los cuerpos y de sus ele-

mentos moleculares; la biología, que es la ciencia de los seres vivientes; y la sociología, que es la ciencia del hombre social. Cuanto es posible *saber* está encerrado en el círculo descrito por los contornos de esas seis ciencias; y esa es la esfera exclusiva en que la ciencia está llamada á moverse en lo porvenir.

Tal es el edificio científico que el positivismo construye para elevar el espíritu humano. Su base es ese diamante inquebrantable que se llama la ley matemática; y en su más alta cumbre muestra la ciencia de la vida y la ciencia de la sociedad, ó en términos positivistas, la *biología* y la *sociología*. Entre esas dos ciencias, de las cuales una es la expresión de lo más sencillo y otra de lo más complejo, la obra maestra de la filosofía positivista es ordenar todas las ciencias, escalonarlas gradualmente unas en pos de otras, tomando cada una su punto de apoyo en la que le precede y sirviendo de fundamento á la que ha de seguir: desprender de esas ciencias las leyes que las rigen; y llegar desde todas esas leyes, caminando de simplificación en simplificación, hasta la ley universal y general

que las domina todas. En adelante la filosofía no debe ser más que el resúmen, ó por mejor decir, la simplificación de las leyes generales *inmanentes* en la naturaleza, y comprobadas por la ciencia.

Este es el milagro que el positivismo está en vías de llevar á cabo. El positivismo ha trazado de una manera definitiva el recinto de la ciencia; de suerte que abrazar lo que él abraza, es abrazar la realidad entera. La filosofía positiva se asemeja á las primeras circunnavigaciones que han mostrado al hombre los límites del globo terrestre: da la vuelta á la realidad, como los navegantes han dado la vuelta al mundo. Más allá y más arriba de este mundo en que el entendimiento humano encuentra todo lo que puede saber, las miradas del sábio no descubren sino regiones imaginarias, que se llaman, unas veces teología, otras metafísica, ya psicología, ya moral, y que son como esos cielos fantásticos que la ignorancia de la astronomía creó y en cuya ciencia mantuvo por largo tiempo á los niños en su infancia."

Tal es la fé robusta que el positivista tiene en su propia suficiencia; y esta fé

cer en él esperanzas fabulosas. El positivismo tiene acerca de sus destinos, visiones, esperanzas y ambiciones que apenas se podrían creer si no se supiese de todo lo que es capaz el orgullo del espíritu humano, cuando no creyendo ni esperando en Dios, tiene en sí mismo una fé sin medida y una esperanza sin límites. Sin duda lo que acabais de oír es prodigioso; pero hay en la secta nueva algo que me parece más asombroso aún, y es lo atrevido de sus profecías y lo extraordinario de sus esperanzas. Sigamos oyendo al positivismo.

“Hoy el régimen positivo lo invade todo y domina en todas partes, excepto en el terreno social. Pero el que siga con ojos atentos el desenvolvimiento de las ciencias, y las vea como van desalojando de sus posiciones á las nociones teológicas, metafísicas, morales y psicológicas, verá de una manera evidente que la série se completará: y el advenimiento del reinado positivo en todas las ramas de los conocimientos humanos trae necesariamente consigo su advenimiento en el único orden de cosas de que está excluido aún, que es el orden social.

“En medio de los partidos que luchan, el terreno se oculta en todas partes bajo los pies de los contendientes; y todo converge hácia la noción positiva del mundo.

“Al declinar la autoridad sobrenatural aparece una nueva autoridad, que es el positivismo, y todo se va colocando, clasificando y coordinando en derredor de ella.

“Si miramos lo que queda detrás de nosotros, veremos á la historia mostrándonos la dilatada corriente de las ideas teológicas y metafísicas en todo su desenvolvimiento: pero ya comienza á señalarse otra vertiente, y el manantial de las ideas positivas brota á su vez y en adelante correrá con libertad por el lecho que él mismo se abre y por la pendiente que lo precipita.

“La humanidad en su infancia estaba regida por la ley de la *trascendencia*: en su madurez la regirá la ley de la *inmanencia*. La *trascendencia* era la teología ó la metafísica que explicaba el mundo por la acción de causas que iban á buscarse fuera de él. La *inmanencia* es la ciencia positiva, que explica el mundo por la acción de las causas que están en él. Estas dos corrientes han luchado

largo tiempo una con otra; pero el dilatado conflicto en que han estado toca á su término; y nada en el mundo puede ya detener la carrera fatal que lleva al positivismo en el carro del progreso al gobierno de las inteligencias y al dominio del porvenir.

Lo que profetiza de una manera más infalible á los ojos del positivismo su triunfo definitivo é inmediato, es el derrumbamiento general y la decadencia irremediable de todo lo que precede á su advenimiento. Si se le oye á él, no hay ya símbolo religioso que pueda contar en adelante con el asentimiento de todos los hombres; no hay ya doctrina metafísica capaz de imponerse á todas las inteligencias: y por lo tanto no hay ya nada que pueda impedir el reinado del positivismo. Lo sobrenatural está relegado para siempre á la región de las quimeras: y la metafísica se ha perdido para siempre en el vacío de sus abstracciones, ó por mejor decir, de sus sueños. Al mismo tiempo que se verifica esta doble decadencia, las ciencias positivas se levantan alcanzando cada día más autoridad; y sobre uno y otro régimen del espíritu humano, que se han hecho ya imposibles, es inevitable

el triunfo del régimen positivo. El positivismo no es ya sólo la doctrina del porvenir, sino la del presente; su triunfo ha comenzado y continúa: no le falta más que completarse. Y si consentimos en creerlo; si queremos reconocer su importancia contemporánea y su dominación ya casi universal, poco falta, señores, para que vosotros y yo estemos ya sometidos al tercer régimen mental; y sin duda alguna el día ménos pensado, la humanidad entera, asombrada de verse trasportada al nuevo régimen sin saberlo, exclamará al despertar, desde un extremo al otro del mundo: «Soy positivista.»

Ya lo veis, señores, el positivismo no es modesto; bien se ve que la humildad no es una virtud positivista, porque es imposible admirarse y jactarse con una seguridad más rara y una calma más olímpica. Así es que experimento cierto pesar al venir á turbar á sus reveladores y á sus oráculos en el placer celestial que sienten, según parece, al proclamarse señores del mundo y reguladores del pensamiento. Sin embargo, por más que colocados en el fondo de su olimpo de semidioses, nos miren desde tan alto á nosotros los po-

bres mortales, necesario es que se dignen poner el pié en el terreno á que nos provocan, y nos den alguna cuenta, en el punto mismo de vista en que se colocan, de la presunción que ostentan y de las ambiciones que manifiestan. Tenemos derecho á preguntarles qué son y qué han hecho para legitimar una fé tan colosal y unas esperanzas tan gigantescas: una fé capaz de trasportar, no sólo los montes, sino los mundos; unas esperanzas capaces de trastornar las cabezas más fuertes y de sacar de quicio á los espíritus más firmes.

Si yo tuviera delante de mí á esos cándidos maestros del espíritu humano, é iniciadores del nuevo régimen mental, ved aquí sobre poco más ó menos lo que quisiera decirles por su interés y por el nuestro, antes de discutir á fondo el sistema que acabo de exponer.

Señores positivistas, en verdad que no sois poco ambiciosos; vosotros mismos no hacéis misterio de eso. Nos anunciáis con una solemnidad que no es común en el ingenio, no sólo una nueva reforma del mundo, sino lo que es mucho más grave y radical todavía, lo que llamais en vuestra lengua *una nueva educación de las inteligencias*. Ahora bien: esos nuevos

maestros de las inteligencias, si es que os comprendo bien, sois vosotros, vosotros mismos, vosotros solos: y en verdad que semejante ambición, ya lo conoceis, bien vale la pena de que se le justifique con algún título eminente. Vosotros profetizais más que milagros; siendo así, nos habeis de permitir que os planteemos esta cuestion. ¿Quiénes sois? Sí: eso que los judíos preocupados preguntaban al santo precursor de Cristo, sentimos la necesidad de preguntároslo á vosotros que os presentais como los mensajeros del progreso y los Mesías del porvenir. Dignaos, pues, respondernos quiénes sois y qué decís acerca de vosotros mismos. Que sois profetas y profetas de vuestra gloria, eso ya lo sabemos; pero sólo el porvenir posee el secreto de vuestro triunfo ó de vuestra derrota, y ya la historia dirá algún día al mundo lo que se debía pensar acerca de las profecías del positivismo. Dejemos, pues, á un lado el ministerio profético, que no tiene nada que ver con la ciencia, y decidnos lo que sois ante ese siglo al que quereis educar y ante vuestras inteligencias á las que pretendéis servir de maestros. ¿Sois reveladores? ¿Sois inventores? ¿Sois organizadores?

¿Reveladores? Así debería ser, sin duda alguna, para legitimar vuestra ambición y justificar vuestra empresa: porque ¿cómo es posible que sin haber recibido desde lo alto el signo auténtico de una nueva revelación, ven-gais con toda formalidad en el siglo XIX á proponernos una nueva educación de las inteligencias, ó para decirlo en otros términos, una refundición del espíritu humano? Si no sois dioses, y nada que yo sepa nos ha demostrado que lo seáis, vuestra ambición es cuando menos sorprendente. Lo que nos anunciáis tiene traza de divino: mostradnos, pues, un reflejo de Dios en vuestra frente. ¿Cuál es vuestra revelación? ¿Qué verdades desconocidas traéis al mundo? ¿Con qué nuevo dogma enriqueceis al espíritu humano?

¡Ah! ese espíritu humano os ha comprendido ya, y ese siglo os ha visto á toda luz; y sabe que vuestras revelaciones no són más que supresiones, que en vez de multiplicar las verdades, las disminuís; que en vez de iluminar nuestras inteligencias con nuevas luces, no hacéis más sino apagar las antiguas. Si: vosotros apagais con vuestro soplo esas radiantes antorchas que iluminan desde lo al-

to todos los laberintos de la inteligencia, como son la teología, la metafísica, la psicología y la moral; y con todo eso decís: *Fiat lux*. ¡Y ese es vuestro papel como reveladores y vuestro ministerio como iluminadores! Apagar la teología, apagar la metafísica, apagar la psicología, apagar la moral misma; y creer despues firmemente que una vez extinguidas con vuestro potente soplo todas esas grandes antorchas del espíritu, el género humano verá más claro, y que arrojada la luz de todos los puntos culminantes, va á subir de abajo arriba contra todas las leyes establecidas. ¡Oh, reveladores! Dejadnos vuestras antorchas, y guardaos vuestras revelaciones.

No sois reveladores, no. ¿Qué sois, pues? ¿Sois *inventores*? Pues entónces sería preciso que al menos nos dijéscis cuáles son y dónde están vuestras invenciones. ¡Mas ah! Bien conozco vuestras invenciones, que darian no poco que reir á este grave auditorio y que no recordaré. No, señores, no quiero proporcionarme el placer harto fácil de hacer pasar por delante de vuestros ojos las fantásticas invenciones que han dado á ciertos maestros del positivismo la celebridad de la extravagancia

más aún que la del ingenio. Dejaré á un lado los fenómenos valetudinarios de ese famoso *régimen mental*. Me haré cargo del positivismo menos imaginativo, menos enfermizo y menos propenso á las crisis de la alucinación; del positivismo más franco y más razonable, más político y más castigado, más retocado y más correcto; en suma, del positivismo más *positivo*. Lo tomaré tal como hace un momento nos lo mostraba su oráculo más ilustre; y le diré: ¿Qué has hecho por el progreso de la ciencia? A cada momento estoy oyendo en tus discursos esa palabra cabalística: la ciencia. Pues bien: nosotros, que no somos positivistas, queríamos saber lo que ha hecho el positivismo en el siglo XIX para que pueda considerársele como el númen de la invención científica.

Vosotros nos decís con grande estrépito, que independientemente de la teología, de la metafísica, de la psicología y de la moral, es decir, de todo lo que vosotros no admitís, hay seis ciencias entre todas las demás que limitan y demarcan los dominios científicos; á saber: las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la biología y la sociología.

Nos decís además que esas seis ciencias están enlazadas por relaciones naturales que es casi imposible no ver si se tienen los ojos abiertos: ¡Qué descubrimiento, gran Dios! Que hay seis ciencias y que esas seis ciencias se corresponden y se llaman mutuamente. Ved ahí una cosa maravillosa; y en verdad que creemos comprenderos. Pero ¿no podremos saber cuál de esas seis ciencias es la que vosotros habeis inventado, ó al menos la que habeis engrandecido ó perfeccionado de un modo notable? ¿ó siquiera la que por el áspero camino del trabajo habeis levantado hasta la gloria de los grandes descubrimientos que han dejado impreso un surco luminoso en pos de los pasos de tantos ingenios ilustres en la ciencia? ¿Dónde están vuestros Keplers, vuestros Galileos, vuestros Newtons, vuestros Liebnitz, vuestros Laplaces y vuestros Lavoisiers? Voy buscando entre vosotros un solo hombre que haya sorprendido en la creación un secreto del Criador: voy buscando un verdadero *inventor*; y no lo encuentro.

No sois, pues, inventores, como tampoco sois reveladores. Y entonces ¿qué sois? ¡Ah!

ya os oigo reivindicar una gloria que no tiene semejante en la ciencia. «Nosotros somos, decís, los *organizadores* de la ciencia moderna en el siglo XIX.» ¡Los organizadores de la ciencia...! Pero ¿de qué manera? ¿A la manera de Aristóteles, á la de Santo Tomás de Aquino, ó á la de Bacon? Mirad bien que aun sin tomar en cuenta la comprensión, la amplitud y la profundidad del ingenio, os separa un abismo de esos grandes organizadores de la ciencia. Ellos lo abarcaban todo, ó al menos no excluían nada. El primero tomó por centro la filosofía, el segundo la teología y el tercero la física; pero ninguno de los tres conocía esa excomuni6n intolerante de una parte de la ciencia respecto de la otra; ni se les habia ocurrido que para organizar la ciencia fuese preciso separar de una vez la mitad ó las tres cuartas partes de ella: sobre todo, nunca se figuraron que fuese preciso *eliminar* sistemáticamente sus bases más profundas y sus puntos más sublimes. Pero vosotros, señores positivistas, ¿qué otra cosa hacéis sino eliminar y eliminar incesantemente?

Os hablo de la ciencia que ilustraron San Agustín, San Anselmo, Santo Tomás y San

Buenaventura, ó sea de la teología. ¿La teología? decís: está eliminada.—Os hablo de esa otra ciencia que recuerda los grandes nombres de Aristóteles, y Platon, de Descartes y de Leibnitz, de Bossuet y de Fenelon, ó sea de la metafísica. ¿La metafísica? decís: está eliminada. Os hablo de esa ciencia del alma que también tuvo por intérpretes los más grandes ingenios, ó sea de la psicología. ¿La psicología? preguntáis: está eliminada. Os hablo en fin, de la moral eterna, de los hechos morales, de los fenómenos de la conciencia. ¿La moral, dice el positivismo; los hechos de la conciencia, los fenómenos morales? Están eliminados; eliminados, os repito.

¿Y á eso se reduce vuestra nueva organizacion? ¿Y ese es el método fecundo que ha de multiplicar en lo porvenir los milagros de la ciencia: la *eliminacion*, siempre la *eliminacion*? De manera que al par que con las grandes líneas de esas seis ciencias cuas mútuas relaciones y armonías correlativas nos poneis de manifiesto bien ó mal, nos trazais, como hizo Dios con los límites de la tierra, las fronteras de la ciencia; describís, con la regla y el compás en la mano, una especie de base destinada

á servir de sostén á toda la arquitectura científica, y nos decís con tono imperativo: todo lo que no está comprendido en ese recinto, está *fuera de la ciencia*.

¿Y á eso llamais la organización de la ciencia y la educación de las inteligencias; á una série de negaciones y de destrucciones? ¡Ah! yo os lo juro por la ciencia misma; vuestra obra no es un edificio levantado con verdades nuevas para que se cobije bajo de él el ingenio del porvenir: es la prisión del espíritu humano construida con los restos del materialismo, del ateísmo, del panteísmo y de todos los errores que de un siglo á esta parte están amontonados en el camino real de la ciencia. Vuestra obra es un conjunto de negaciones; un ex plagio de filosofía negativa: la negación misma, en la más vasta escala que el espíritu humano la ha practicado nunca. Y por una de esas ironías vengadoras que la verdad echa sobre el error cuando la ultraja, viene á suceder que esa soberbia palabra *positivismo*, que quiere significar la plenitud de la afirmación, no sirve sino para designar la plenitud de la negación. Retiraos, pues, que ya estais juzgados. No sois reveladores,

no. No sois inventores, no. No sois organizadores, no. No sois más que *eliminadores*. No sois la multiplicación de la ciencia, sino su disminución; no sois el engrandecimiento de las inteligencias, sino su empequeñecimiento: no sois un edificio levantado con verdades conquistadas, sino un montón de ruinas formado con el polvo de las verdades destruidas: no sois la armonía de las afirmaciones, sino la amalgama de las negaciones.

¡Y á ese montón de ruinas, á ese casucho formado de escombros, es á lo que llamais soberbiamente el edificio de la ciencia nueva. Vamos, pues, á demostrar, antes de concluir, que esa construcción no puede sostenerse; que no hay en el mundo nada menos científico, ni más desmentido por la ciencia que esa titulada organización de la ciencia.

II

Y notad bien ante todo, señores, que no se trata aquí de las personas, sino de las cosas; porque al negar el valor científico del positivismo, no tengo el menor afán de reba-

jar el valor personal de los hombres que se han erigido en apóstoles suyos; antes bien reconozco que algunos hombres honrados han puesto al servicio de esa idea prodigios de trabajo, y tesoros de saber, que hubiesen dado más fruto sirviendo á una causa mejor.

Ciertamente debemos decir, en obsequio á la verdad, que el positivismo no ha producido hasta ahora su Aristóteles, ni su Bacon, ni su Leibnitz, ni su Newton, ni su Keplero. Pero librenos Dios de imputarle eso como un crimen: no es el ingenio del que lo quiere; porque el ingenio es un astro que rara vez se muestra en el horizonte de las inteligencias. Respecto á la ciencia ya es otra cosa. Con cierta dosis de buena inteligencia, de buena memoria y de buena voluntad, se puede ser sabio si se quiere: los positivistas lo han querido y han llegado á serlo. Pero no son sabios porque son positivistas: su positivismo no entra para nada en su saber. Son sabios á pesar de que son positivistas; porque en la esfera donde ellos se mueven, se llega hasta alcanzar cierto grado de ciencia, cualquiera que sea la filosofía que se profese, ó aunque no se profese ninguna. En fin, sea de ello lo que

quiera, la cuestión que aquí se presenta deja fuera de discusión el valor personal de los sabios positivistas: sólo se trata de saber lo que el positivismo, como positivismo, vale ante la ciencia: esa es toda la cuestión: esa cuestión es eminentemente desinteresada: y los positivistas no pueden encontrar mal que nosotros investiguemos con la mayor lealtad lo que el positivismo hace realmente en favor de ese progreso de la ciencia que en sus sueños busca para la humanidad.

Penetremos en lo íntimo de las cosas, y vereis como todo protesta en alta voz en nombre de la ciencia contra las pretensiones científicas del positivismo. Porque en efecto; la ciencia misma, examinando ese sistema, descubre en él tres vicios radicales que prueban su nulidad científica aun á los que le miren con menos atención: á saber, la hipótesis gratuita, la contradicción universal y la falsedad absoluta.

Lo que ante todo llama la atención en esta prodigiosa doctrina, es que tiene en su base el vicio radical que ella misma echa en cara á todo lo que pretende destruir en nombre de la ciencia, es decir, la *hipótesis*. Oid hablar

á ese ingenio tan exigente, tan riguroso, tan severo y tan matemático, que se llama el positivismo, y vereis que todo lo que elimina de la ciencia lo elimina como hipótesis y á título de hipótesis. Si lo oís, todos somos juguetes de la hipótesis: los teólogos suponen todo un mundo de realidades teológicas: los metafísicos suponen un mundo de realidades metafísicas; los psicólogos suponen un mundo de realidades psicológicas; los moralistas suponen un mundo de realidades morales. Nosotros estamos siempre suponiendo. El positivismo no ve por do quiera sino suposiciones, lo mismo en las creencias más acreditadas que en las convicciones más universales; incesantemente nos está hablando de la *supuesta* causa primera, del *supuesto* Dios, de la *supuesta* alma. En una palabra, la hipótesis, y siempre la hipótesis, es lo que se cree con derecho á echarnos en cara siempre y en todas partes, como el obstáculo radical que se opone al triunfo de la ciencia.

Después de formar ese proceso en nombre de la ciencia á la tiranía de la hipótesis, parecía natural que el positivismo estuviese á cubierto de las ilusiones de la hipótesis; por-

que cuando hay valor para excomulgar con tanta altanería casi todas las doctrinas que profesa el género humano como puramente *hipotéticas*, no se concibe que se levante sobre meras hipótesis todo un sistema en que se denuncia á los más grandes ingenios de la humanidad como esclavos de la hipótesis. Y, sin embargo, ese es el espectáculo que el positivismo ofrece al mundo sabio en el siglo XIX. Sí: ese grande enemigo de la hipótesis todo lo levanta sobre hipótesis. Preguntad al positivismo dónde están sus bases ciertas y sus principios evidentes; y en todas partes hallareis hipótesis en vez de principios. ¡Y qué hipótesis, señores! Hipótesis que en otro siglo hubieran causado risa á los discípulos más vulgares de la ciencia, y que harán encoger de hombros á los filósofos del porvenir.

Enemigos declarados de la hipótesis ¿os habeis olvidado de lo que vosotros mismos os veis obligados á suponer?

En primer lugar suponeis que hasta el siglo XIX, el espíritu humano, á pesar del ingenio y de la virtud de sus órganos más famosos se ha visto sometido por la fuerza de las co-

sas al yugo humillante de las hipótesis gratuitas y de las creencias quiméricas. Y este hecho ni siquiera os tomáis el trabajo de demostrarlo. ¿Y cómo podríamos aceptar sin pruebas una suposición semejante? ¿Cómo habíamos de admitir sin demostración una ley de progreso intelectual, en cuya virtud las inteligencias habían de estar fatalmente condenadas por espacio de largos siglos á afirmar lo falso y creer lo imaginario?

¿Qué hipótesis, señores, la que supone que la fatalidad del error y el reinado inevitable de la quimera ha sido una cosa universal y perpetua hasta nuestros días! ¡Cómo! La humanidad está formada de tal manera y la ley invencible que la rige es tal que necesita comenzar, en el órden de los conocimientos, por el régimen mental teológico, el cual régimen mental es el error y nada más que el error, y luego ha de pasar del régimen teológico al régimen metafísico, cuyo segundo régimen es también el error; sólo que en vez de voluntades libres y quiméricas, hay en él entidades metafísicas imaginarias. Y esos dos estados han de durar siglos y más siglos; y se les encuentra en todas partes; y en todas par-

tes afectan de tal suerte á todas las inteligencias, que ninguna puede sustraerse á la ley de su imperio: hasta que al fin se abre el famoso cielo, ó sea el tercer régimen mental, en que por vez primera el espíritu humano se libera de la tiranía de la preocupación y de la oscuridad del error, para ver la luz de la verdad y disfrutar de la libertad de la ciencia. Oh soberbios enemigos de la hipótesis, vosotros los que confiscáis en utilidad vuestra los gloriosos títulos de sábios y de filósofos, decidnos qué os parece esta hipótesis, científica y filosóficamente considerada.

Y sin embargo, esta no es aún sino la menor de vuestras hipótesis. Vosotros suponeis además como dogma fundamental de vuestra ciencia nueva, que todos los hechos, de cualquiera clase que sean, están sometidos *al mismo método de comprobación*. Suponeis que toda realidad debe ser conocida por *sólo la observación*, y que ninguna puede alcanzarse directamente por medio del raciocinio. Suponeis que no hay más que una ciencia, que esa ciencia es *el encadenamiento de hechos ligados entre sí por relaciones que pueden observarse directamente*, y que todo lo que no entra en es-

ta definición es sólo un sueño y una aprensión. Suponéis que el método que resuelve los problemas del mundo material y del mundo industrial es el único que puede tener eficacia para la solución de los problemas que interesan al espíritu humano, y por tanto el único método verdaderamente científico. Declarais, en fin, á manera de oráculo autocrático, que es preciso desarraigar esa preocupación tan cuidadosamente difundida por los teólogos y filósofos, de que hay dos clases de hechos diferentes, los hechos que caen bajo los sentidos y los que sólo percibe la conciencia; y suponéis como uno de vuestros axiomas más incontestables, que todos esos hechos son esencialmente *homogéneos*.

Pues bien: pregunto yo aquí al positivista más convencido. Todas esas afirmaciones fundamentales y todas esas fórmulas sacramentales de la nueva escuela ¿son verdades evidentes por sí mismas? ¿Habrà que concederos sin discusión y sin exámen, como si fuese un axioma, que todos los hechos, de cualquiera naturaleza que sean, están sometidos á *la misma ley* para su comprobación? Pues eso es exigir que se os conceda lo que

estais obligados á demostrar. ¿Quién de vosotros ha probado que en el órden de los conocimientos toda realidad depende sólo de la observación? ¿Cómo demostrais que una cosa no puede ser *real* si no puede ser *directamente observada por los sentidos*? Decis que eso no es necesario demostrarlo: pues en verdad que ese procedimiento científico no puede ser más cómodo. Y no es esto sólo; es preciso concederos también que no hay más que una ciencia y que esa ciencia no es más que el encadenamiento de hechos directamente observables; lo cual es pedir que se empiece por concederos aquello en que consiste toda la cuestión. Porque en efecto, ahí está la cuestión toda entera. ¿No hay más que una ciencia? Y esa ciencia ¿no puede contener otra cosa más que hechos directamente observables? Y todo lo que no entra en esa categoría ¿es forzosamente imaginario? Y ese método, ¿es realmente el único que merece el honor de llamarse científico? Vosotros así lo afirmáis; pero nosotros lo negamos, y con nosotros lo niega todo el género humano.

Vosotros, que tan profundo horror teneis á la hipótesis, ¿no experimentais un senti-

miento de pudor filosófico al formular sin sombra de prueba una proposición tal como la de que *todos los hechos son esencialmente homogéneos*. Si ese axioma es la evidencia misma ¿cómo es que por espacio de tantos siglos se han obstinado las inteligencias en no verla? Y si esa fórmula no lleva consigo la luz que brilla en los axiomas, ¿cómo no veis que necesita ser demostrada? Y si necesita ser demostrada, ¿por qué la estableceis como principio? ¿Por qué estableceis esa hipótesis gratuita como base de todo ese edificio científico que descansa en el vacío?

Necesito reducirme todo lo posible, señores, y sin embargo, no hemos acabado aún de exponer todas las hipótesis positivistas. ¡Oh! el positivismo supone todavía otras cosas; y yo llegaría hasta lo infinito si me propusiera exponer todas sus hipótesis gratuitas. Supone que las cosas no tienen principio ni fin. Supone una serie de causas sin causa primera: una serie de leyes sin legislador supremo, y una serie de movimientos sin primer motor. Supone la *inmanencia* intrínseca de las fuerzas de la naturaleza y la fatalidad de su imperio. Supone que lo sobrenatural es imagi-

nario y lo absoluto quimérico. Supone que todo lo que no es visible, comensurable y tangible, es la pura nada. Supone que no hay teología, metafísica, psicología ni moral; en una palabra, señores, el positivismo supone que él solo tiene razón y que todos los demás estamos en el error: que él es la verdad pura, la verdad íntegra, la ecuación exacta entre la inteligencia y lo inteligible: y que todo lo que no es el positivismo apenas merece que se le conceda el honor vulgar de tener sentido común.

Ved ahí lo que hacen esos hombres, que dicen mirando con un supremo desdén al resto de la humanidad: "la Escuela á que yo pertenezco se compone de espíritus positivos, rebeldes á todas las seducciones de la hipótesis y resueltos á no tomar en cuenta sino los hechos demostrados." ¡Ah! las seducciones de la hipótesis triunfan, y no poco, en esos espíritus tan rebeldes á las seducciones de la hipótesis. Pero ¿qué estoy diciendo? La hipótesis no es sólo la seducción del positivismo, sino su táctica: no es en él una debilidad, una distracción ó un olvido; sino un sistema. El positivismo tiene formada de antemano su re-

solución de establecer de una manera arbitraria todos sus puntos de partida, y resistirse en nombre de la ciencia al exámen científico de ellos. Y en efecto: hay una cosa que se ve por todas partes en los libros positivistas; y es que el positivismo tiene, no sólo propensión á la hipótesis, sino manía por ella: así es que se va á derecha y á izquierda, por los dominios de la ciencia ó por los espacios de la literatura, repitiendo siempre lo mismo, á saber, que todos los hechos son *homogéneos*, que los hechos de conciencia son puramente imaginarios, que lo absoluto no existe, que la metafísica es una quimera; es decir, precisamente todo lo que necesitaría demostrar.

Tal es, señores, el primer vicio radical de la doctrina positivista desde el punto de vista científico; suponerlo todo, y no demostrar nada. Es decir, que se encuentra, respecto á todas las grandes afirmaciones, y entre ellas las que pertenecen al orden natural, en una situación análoga á la que hemos visto que ocupa el naturalismo respecto á lo sobrenatural.

Pero no es este el único vicio que afecta al positivismo en su base: tiene otro no menos capital, que es la contradicción científica

elevada á la más alta potencia: así como es hipotético en todas sus bases, es contradictorio en todos sus procedimientos. El positivismo parte de la hipótesis y camina en medio de la contradicción.

A este propósito podríamos hacer notar antes que todo que el positivismo cae desde su primer punto de partida en la enorme contradicción de proclamar en la ciencia el reinado exclusivo de los hechos y de recusar al mismo tiempo, en nombre de la ciencia, todo un conjunto de hechos. Porque, como acabais de ver, el positivismo repite incesantemente su célebre fórmula: los hechos, y nada más que los hechos: y al mismo tiempo arranca al dominio de la ciencia los hechos más palpables que se producen por do quiera así en la cumbre como en el centro de nuestra vida: tales son: el hecho de la historia humana, que toda ella afirma lo sobrenatural: el hecho del pensamiento, que conoce y percibe lo invisible: el hecho de la inteligencia, que afirma lo absoluto: el hecho de la conciencia, que lleva impreso el sello de la ley moral: hechos todos tan palpables como muchos otros que admite y reconoce, y que sin embargo mira

con desdén y pasa junto á ellos calificándolos de quiméricos y de imaginarios.

Pero todavía hay en el positivismo una contradicción más radical; que es la de eliminar la metafísica y al mismo tiempo suponerla. Por una parte el positivismo descansa en la eliminación de la metafísica. La metafísica inspira al positivista una repulsión aun más profunda que lo sobrenatural, porque el positivismo tiene más que nada horror á lo absoluto y la metafísica vive de lo absoluto. De aquí procede su ódio instintivo á la metafísica: de aquí el grito de «atrás la metafísica; eliminemos por completo la metafísica.» Y por otra parte el positivismo acepta las matemáticas como la primera de sus bases. ¿Y quién no ve que las matemáticas tienen puntos de contacto necesarios con la metafísica y que proclamar la ley matemática es proclamar la existencia de la metafísica? ¿Por ventura las matemáticas pertenecen puramente al dominio experimental? No, en verdad: los axiomas algebraicos son racionales, no son empíricos. Y en prueba de ello, ¿podría la experiencia sola demostrar una verdad algebraica ó geométrica? ¿Habeis visto en la natura-

leza un círculo que os dé á la simple vista la idea matemática del círculo? ¿Conoceis un triángulo rectángulo que os dé la noción absoluta y verdadera del triángulo rectángulo? No: la verdad matemática no está en los cuerpos que analizais, ni en la materia ó en la extensión que medís; sino que los domina: sirve para calcular su extensión, su peso y su movimiento; pero no está en ellos. ¿Dónde está, pues, el lugar en que reside el mundo matemático? Está en esa misma metafísica, que no podeis suprimir sin suprimir la base sobre la que intentais levantar todo el edificio de la ciencia.

Tal es, pues, la contradicción radical hácia la cual llamamos aquí la atención de los pensadores que miran lo sustancial de las cosas: basarlo todo en la ley matemática, y suprimir despues la metafísica, que es la base de las matemáticas: base eterna, unión divina, en que las matemáticas se enlazan con la metafísica, y una y otra con el mismo Dios. Sin duda alguna ha sido preciso que á los fundadores del positivismo les haya faltado el sentido filosófico, para no haber visto el íntimo y esencial himeneo que une al axioma mate-

mático con la verdad metafísica, y para haber concebido la singular idea de levantar sobre las ruinas de lo absoluto y de la metafísica un sistema que de grado ó por fuerza descansa en la metafísica y en lo absoluto.

Y puesto que hemos pronunciado esta palabra, vamos á acabar de una vez con esa deplorable manía que el positivismo tiene con lo *absoluto*: vamos á hacer ver, áun á los que tengan menos claridad de vista, el círculo vicioso en que se encierra al negar en todas partes ese absoluto que en todas partes supone, y sin el cual la ciencia misma le desafía á que pueda asentar la base de alguna construcción científica. También en esta parte el positivismo descansa por completo en una enorme contradicción. No quiere admitir más que lo relativo. En todo y por todo niega lo absoluto, lo ataca de frente y se esfuerza en arrojar del espíritu humano y de la ciencia hasta la idea de él. Y siendo así, señores, ¿concelis que sea éste el positivismo que aspira, no sólo á renovar y perfeccionar, sino también á organizar y formar la ciencia; la ciencia, que no vive más que de lo absoluto, que no se sostiene ni se mueve más que

por lo absoluto? ¡Cómo! ¿Os proclamais hombres de ciencia, y no admitís más que lo relativo, y no aceptais más que hechos, grupos ó series de hechos esencialmente variables? ¿Y al tratar de constituir la ciencia, aspirais al honor de fundar lo inmutable? Porque al fin, ¿qué cosa más inmutable que una ciencia, cuya base son las relaciones necesarias que unen las conclusiones ciertas á los principios evidentes?

Negais lo absoluto, y sin embargo, raciocináis. ¿Pues por ventura el raciocinio no es en sí mismo una proclamación de lo absoluto? Decidme: ¿en qué están basados vuestros raciocinios? Sin duda alguna en los axiomas. ¿Y qué cosa hay más absoluta que los axiomas? El raciocinio implica dos cosas, más ó menos explícitamente formuladas: el principio y el silogismo: el principio que señala el punto de partida del pensamiento, y el silogismo, que indica su evolución. Por otra parte, ¿cómo es posible que una ciencia tuviese por base más que principios inmutables y absolutos? ¿Ni cómo podría verificarse su desenvolvimiento sino por medio de silogismos, ninguno de los cuales puede seguir

su curso ni llegar á su fin sino por la virtud y el poder de lo absoluto? ¿Puede un hecho deducirse por sí sólo de otro hecho, si no interviene lo absoluto como mediador? Y aún dentro de los dominios de la observación ¿puede nuestro espíritu sustraerse á las ideas de causa, de sustancia y de leyes? Y esas causas, y esas leyes una vez comprobadas, no sois vosotros los primeros que les dais un valor absoluto en vuestros cálculos y en vuestros racionios? ¿No veis, por último, que ese absoluto que pretendéis triturar arbitrariamente en la muela de vuestra despótica ciencia, de grado ó por fuerza se desborda por todas partes? ¿Y cómo se os puede ocultar que vuestra pretensa filosofía no causa al espíritu humano ni al genio científico un cuarto de hora de ilusion, sino gracias á lo absoluto que invoca y de que se sirve al mismo tiempo que lo repudia?

Vemos, en efecto, cómo habeis de hacer para prescindir de lo absoluto y construirlo todo sobre lo relativo. *Lo que es, es:* esta verdad ¿es absoluta, sí ó no? "*Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y desde el mismo punto de vista* ¿es esta una verdad pura-

mente relativa? *Nada existe sin razón suficiente:* ¿es esto también del dominio de lo relativo? Estos axiomas, que sostienen sobre sus inmutables verdades á todas las ciencias y á todos los racionios ¿os parecen extraños al imperio de lo absoluto? Pues hay que elegir forzosamente entre racioniar, y entónces han de admitirse principios absolutamente ciertos; es decir, se ha de reconocer el reinado de lo absoluto; ó no racioniar, y en tal caso no demostrar nada, es decir, abdicar la ciencia. Sí: esa es la inevitable alternativa en que os encontráis; aceptar lo absoluto ó apostatar de la ciencia. ¡Oh! por más que hagais, lo absoluto tiene sobre vosotros un imperio ineludible: os quereis sustraer á él por una parte, y él os conquista por otra: lo arrojais de la metafísica, ó por mejor decir, lo expulsais de la ciencia en unión de la metafísica, y vuelve á entrar por las matemáticas y con las matemáticas. Necesitais de lo absoluto, vosotros sobre todo los que construís de una sola pieza la geometría universal de las cosas; porque no hay álgebra ni geometría que no camine apoyándose por completo en el granito de lo absoluto. De manera que esa estatua de lo absolu-

to que echais por tierra con la mano izquierda, teneis que levantarla con la mano derecha, y adorarla como una faz de Dios al mismo tiempo que la maldecís como un espectro de la nada.

¿Podrá ir mas allá todavía la contradicción? En el orden teórico no lo creo; pero en la práctica positivista hay aun otra contradicción más palpable y que se reproduce en todos los puntos fundamentales donde asienta su planta el positivismo. El positivismo aparenta á cada paso no ocuparse en los grandes problemas; á saber, de Dios, del alma, de la causa primera, de las causas finales y de la inmortalidad de la vida. Si se le oye, el que creyese que formula sobre estas cuestiones alguna otra doctrina, estaria en un error. Su solución acerca de todos los problemas que de grado ó por fuerza se presentan ante la inteligencia, consiste en no tener ninguna. ¿Qué enseña el positivismo acerca de Dios? Nada. ¿Y acerca del alma? Lo mismo. ¿Y acerca de las causas finales? Tampoco. Sobre todos estos puntos no dice sí ni no: todo lo deja en libertad absoluta. Estas cuestiones no las trata, sino que las borra como

supérfluas del programa de la ciencia. Y sin embargo, cuando se viene á la aplicación, en todos los libros del positivismo hay una cosa que salta á los ojos, y es que todas esas cuestiones que se proponía no tratar y que parece que no quería ni siquiera tocarlas con la punta del dedo, las decide y las resuelve con un aplomo y una seguridad que os dejan abortido por más de un motivo.

Hermano positivista, me has dicho, no una vez sino ciento, que no sabes nada acerca de la esencia de las cosas, por ejemplo, acerca del *alma*: que no quieres examinar si tenemos alma ni qué alma es esa. Muy bien: pero entonces ¿por qué declaras con tanto aplomo que el alma es "el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal?" ¿Para un hombre que hace profesión de no saber nada, eso es saber demasiado; y esa manera de dogmatizar acerca de lo desconocido, más que contradictoria, es risible, filosóficamente considerada.

Acerca del problema de las causas finales y de la causa primera también, dices que la "filosofía no niega ni afirma nada acerca de "ellas: que no sabes nada acerca de la causa

“del universo y de los habitantes que contiene: que la filosofía no se ocupa, ni en los principios, si es que el universo ha tenido principios, ni en lo que han de ser los vivos después de la consumación de los siglos, si es que hay consumación de los siglos.”

¡Ah! no sabes nada acerca de las causas finales. Y entonces, ¿por qué dices con el tono imperativo de una certeza absoluta que “es inherente á la materia organizada la propiedad de ajustarse á un determinado objeto, de acomodarse á ciertos fines?” ¿Y á eso llamas no negar ni afirmar nada acerca de las causas finales? ¿Pues por ventura se puede decir con más claridad y más osadía que no hay causas finales?

Tampoco sabes nada acerca de la causa primera del universo. Y entonces ¿dónde has aprendido que “no se puede explicar el origen del mundo ni por medio de muchos dioses ni por medio de uno sólo?” Si la causa primera te es de todo punto desconocida, ¿cómo proclamas con tanta altanería, que, “el dogma nuevo, que elimina de una manera definitiva todas las voluntades *sobrenaturales*, conocidas con el nombre de Dios

“ó de la Providencia, demuestra que todo obedece á leyes naturales, á que se llamará, “si así se quiere, las propiedades inmanentes de las cosas?” ¿Es eso no saber ni enseñar nada acerca de la causa primera? ¿Pues qué dirías si supieses y afirmases alguna cosa?

Ved ahí, pues, la manera que teneis de no tratar del alma, ni de Dios, ni de las causas finales, ni de las causas primeras. Bien se ve que vuestra abstención no es más que una mentira y vuestra neutralidad un disfraz; disfraz que os poneis para ocultar bajo apariencias científicas el rostro del ateísmo y del materialismo.

¿Y qué significa además esa actitud equivoca y groseramente contradictoria respecto á la metafísica? Sois más que inconsecuentes porque llegais á ser divertidos en vuestra abstención simulada respecto á la metafísica. Decís que no os ocupais en la metafísica: que eliminais del templo de la ciencia, juntamente con Dios, el alma, las causas primeras y las causas finales, y que como pontífices, le prohibís que salve sus umbrales. Confesais que no sois metafísicos, ni habeis tratado de serlo. Y entonces ¿quién os autoriza para re-

legar la metafísica, en unión de la teología, á la región de lo imaginario? ¿Con qué derecho declarais que la metafísica es una quimera? Si nos hablais de esa metafísica presuntuosa, hipotética y llevada á la quinta esencia, que más allá del Rhin se ocupa en construir *á priori* á Dios, al mundo y á la naturaleza, entónces os dejamos en buena hora esa metafísica hueca. ¿Pero sabéis vosotros de una manera exacta que no hay otra metafísica muy real, muy positiva y muy inherente al espíritu humano? Esta es la cuestión; y vosotros, que no estudiáis metafísica ¿cómo nos opondéis esa protesta tan solemne contra ella? ¿No veis que hay en esto usurpación por parte vuestra y hasta despotismo? No sois metafísicos: podéis muy bien no serlo; ¿pero es eso una razón para que no haya metafísica? ¿Os bastará de hoy en adelante no ocuparos en una ciencia, para que esa ciencia pierda su derecho á existir? No os gusta la metafísica. ¿Y por qué? ¿Quién sabe? Acaso por que no teneis aptitud para ella. Pues entónces absteneos, y tal vez nos servireis mejor dedicándoos á cualquiera otra cosa. La Fontaine os diria á este propósito: «Más vale

que seais albañiles, si es ese vuestro oficio.» Pero abrigar la soberbia presunción de suprimir una ciencia ó de declararla quimérica, sólo porque no os excita la curiosidad ó porque sois incapaces para ella, eso empieza á parecerse bastante á las manías intelectuales y filosóficas que amenazan con la pérdida de la razón á los que son víctimas de ellas; y el tercer *régimen mental* está aquí muy cerca de otro cuarto régimen, el de la *enajenación mental*, que es el último de todos y el que lleva en derechura á Charentón á los reformadores del género humano.

Hasta ahora, señores, hemos visto en el positivismo dos cosas que son esencialmente anticientíficas: la hipótesis gratuita y la contradicción universal. Considerados en absoluto esos dos vicios, que alcanzan á todo el sistema y lo condenan á la impotencia, podrian muy bien no afectar sino al método; y por eso, para ultimar el proceso del positivismo ante el tribunal de la ciencia, es necesario convenirlo de falsedad absoluta en sus afirmaciones radicales.

Ante todo, señores, ¿habeis pensado lo que seria necesario admitir de pronto en la hun

nidad para darle la razón al positivismo? Acabamos de ver lo que el positivismo tiene necesidad de suponer para que se le acepte, sin invocar ni aun la apariencia de una demostración. Pero ¡gran Dios! ¡Cuánto no necesitaríamos suponer nosotros para justificar en presencia de la razón ese amontonamiento de hipótesis y esos laberintos de contradicciones! Para darle la razón á unos cuantos ilusos de 1848 ó de 1865, necesitaríamos suponer en el inmenso concilio de las inteligencias el error universal, por no decir la locura ó la alucinación universal.

Al hablaros el año anterior de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, hice comparecer al pequeño grupo de la crítica negativa ante el grande ejército de la afirmación católica. Pero hoy, en presencia del positivismo que lleva la audacia de las negaciones hasta las fronteras extremas de la verdad, no es ya sólo el grande ejército de las inteligencias cristianas, sino el universal é innumerable ejército de las inteligencias humanas el que tenemos que oponerle. Para que el positivismo triunfe, como verdad, es preciso que tenga fuerza bastante para soportar el mentís

que contra él lanza la humanidad entera. Es preciso que los más grandes hombres y los más grandes ingenios de todos los siglos, con todas las generaciones que han seguido sus huellas luminosas y han repetido la armonía de sus voces, hayan girado de una manera fatal en un círculo de errores: es preciso que todos esos hombres, y todos esos pueblos, y todos esos siglos vengan hoy á caer á los piés de algunos espíritus adheridos á los límites de una idea fija y á apostatar de todas sus creencias, repudiando todo cuanto han dicho en una palabra: es preciso que toda esa humanidad, tan coronada de honra, de gloria y de ingenio, se incline ante ese sistema que nació ayer de algún cerebro enfermizo, y diga con una humillación suprema: Tú eres la verdad, y yo soy el error: tú sólo tienes razón, todos nosotros nos hemos equivocado!...

¡Ah, señores! cuando trata uno de darse cuenta de semejante suposición, parece á la vez tan deplorable y tan ridícula, que no se sabe lo que principalmente está llamada á producir en las generaciones ante las cuales se hace; si un inmenso gemido ó una inmensa carcajada.

¿Cómo? Por tal de daros la razón á vosotros, que nacisteis ayer y morireis mañana: por tal de que triunfe un sistema que no tiene á su favor la autoridad de la experiencia ni la del ingenio: para glorificar á una filosofía que hasta ahora no se ha conquistado otra celebridad sino la de la audacia y la escentricidad, habremos de admitir que es *falso* todo lo que no ha sido positivista, y eso siempre y en todas partes: tendremos que acusar de falsedad á todos los hombres y á todos los pueblos que han proclamado y proclaman que el mundo tiene una causa primera y un objeto final, distinto de sí propio; á todos los hombres y á todos los pueblos que han creído que más allá de la naturaleza y de sus leyes hay realidades superiores á este mundo inferior: á todos los Platones y á los Aristóteles, á todos los Agustinos y los Anselmos, á todos los Tomases de Aquino y los Buenaventuras, á todos los Descartes y los Malebranche, á todos los Clarke y los Leibnitz, á todos los Bossuet y los Fenelon: á todos esos ingenios metafísicos de primer orden que han creído con toda la energía de sus convicciones y proclamado con la ilustración de sus obras, que la

metafísica no descansa en hipótesis ni en quimeras: á todos esos grandes hombres que han creído y creen todavía en la realidad del alma humana y en su distinción real de las sustancias del cuerpo; y que han basado sobre la inmaterialidad de nuestro sér pensador esa noble é ilustre ciencia cuyas glorias seculares recordábamos el domingo último, la psicología: á todos los moralistas antiguos y modernos, sagrados y profanos, que han admitido en el hombre el imperio de la conciencia independiente del imperio de la materia, y como reguladora de ese imperio interior una moral que no tiene nada de común con las leyes de la fisiología y es superior á la moralidad que no procede sino del instinto animal: en fin, á cuantos han enseñado que no todos los hechos son homogéneos, que no todos los objetos del saber humano son empíricos; que más allá de las ciencias que tienen por objeto la extensión, el movimiento y las propiedades de los cuerpos, las leyes de la vida y de la sociedad, hay todavía ciencia, y que el estrecho recinto trazado por las líneas conjuntas de las seis ciencias del positivismo no la comprende toda.

¡Oh! en verdad que es demasiado exigir que reconozcamos el imperio fatal del error y el reinado secular de la falsedad en todo eso: pedidnos más bien que abduquemos la inteligencia y apostatemos de la razón. Demasiado sé dónde está aquí el error: está en que calificais de hipótesis la idea de Dios, causa primera de todo, idea tan bien grabada en el fondo del alma humana, que nunca ha logrado desprenderse de ella por completo por más que se haya hecho: está en vosotros que os habeis propuesto destituir á la teología y con ella á la metafísica, que está enlazada con todas sus raíces á la constitución de la inteligencia, esa metafísica que no lograreis destruir sino con la condición de destruir al mismo tiempo el sentido universal, el sentido de lo absoluto y el sentido de lo infinito, es decir, al mismo espíritu humano: está en vosotros, que cerrais los ojos á la irradiación del alma que brilla en vosotros mismos, que constituye vuestro propio ser, y que por medio de todas las manifestaciones que brotan de ella se presentan como testimonio de lo invisible y de lo inmaterial: en vosotros, que con una temeridad que ultraja á nuestra ma-

jestad primitiva, trabajais por destruir en el hombre el imperio moral de su conciencia, á la vez con la legislación eterna escrita en el fondo del alma por el dedo del mismo Dios: en vosotros, que sistemáticamente quitais al imperio del saber las tres cuartas partes del saber: que bajo pretexto de dar nuevo vuelo á la ciencia, la encerrais en un oscuro calabozo de donde no puede salir: que pretendéis engrandecernos y nos rebajais de todos modos, quitando á nuestra vida sus aspectos más sublimes y sus fuerzas más reales: y en fin, que bajo pretexto de elevarnos, lo que lograríais, si os siguiésemos hasta el fin, sería rebajarnos y hacernos caer, en nombre del progreso humano, en una esfera inferior al hombre mismo.

Porque en efecto; ¿qué sucedería si vuestros errores llegasen algún día á prevalecer en el mundo como un progreso para la humanidad? Apenas me atrevo á decirlo. ¿No veis, señores, á esta humanidad engrandecida, elevada é ilustrada por el positivismo, dueño y absoluto soberano de los destinos humanos? Mirad como el tercer *régimen mental* ha venido á ser el *régimen universal*. ¿Qué

régimen, gran Dios! O por mejor decir, ¡qué vergüenza y qué degradación! ¡Oh humanidad! contéplate ahí tal como te ha soñado el positivismo caída hasta el extremo que él lo ha querido. Ya no hay nada que mire hacia lo alto; ya no hay nada que se encamine hacia el cielo: todo es terreno y todo se arrastra por el suelo. Ya no hay nada que te levante; ni Dios, ni el alma, ni lo ideal, ni lo absoluto, ni lo inmortal, ni lo infinito. Ahí estás cautiva, humillada, deshonrada; con los ojos fijos en el suelo, con un compás en una mano y una balanza en la otra, midiendo la extensión y pesando la materia; encerrada para siempre en el círculo fatal que forman en derredor de tu alma y de tu corazón, hambrientos de lo infinito, las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la *biología* y la *sociología*. Tu destino está trazado: el positivismo ha vencido.

¡Veneid! ¿Qué es lo que he dicho? ¡Ah, señores, no temais! El positivismo no vencerá, porque tiene en contra suya no sólo la barrera del cristianismo, sino también la del alma humana, defendida por sus instintos más sublimes y sus necesidades más inven-

cibles. No: el positivismo no pasará adelante, no tocará con su pié el pórtico del porvenir, ni aun siquiera los umbrales del siglo xx. Sí: tengo de eso una convicción profunda: antes, mucho antes de que este siglo termine, tal vez como el anterior, envuelto en una sangrienta nube, el positivismo, que es una mezcla de todos los más bajos errores, desaparecerá en los abismos de la filosofía contemporánea, mezclando el polvo de su sistema con el polvo de tantos otros sistemas que ha barrido ya el viento del siglo y pulverizado el soplo de la verdad. Y la ciencia á la que pretendía encerrar en un círculo inflexible, y juntamente con ella al espíritu humano, la ciencia continuará engrandeciéndose y elevándose; pero se elevará y engrandecerá llevando consigo á la moral, la psicología, la metafísica y la teología, como la cúpula sublime que corona el edificio: arquitectura admirable, que tiene en su base lo absoluto para que todo descansa sobre ella, en el centro el alma humana para engrandecerlo todo, y en la cúspide la idea de Dios para iluminarlo todo!

